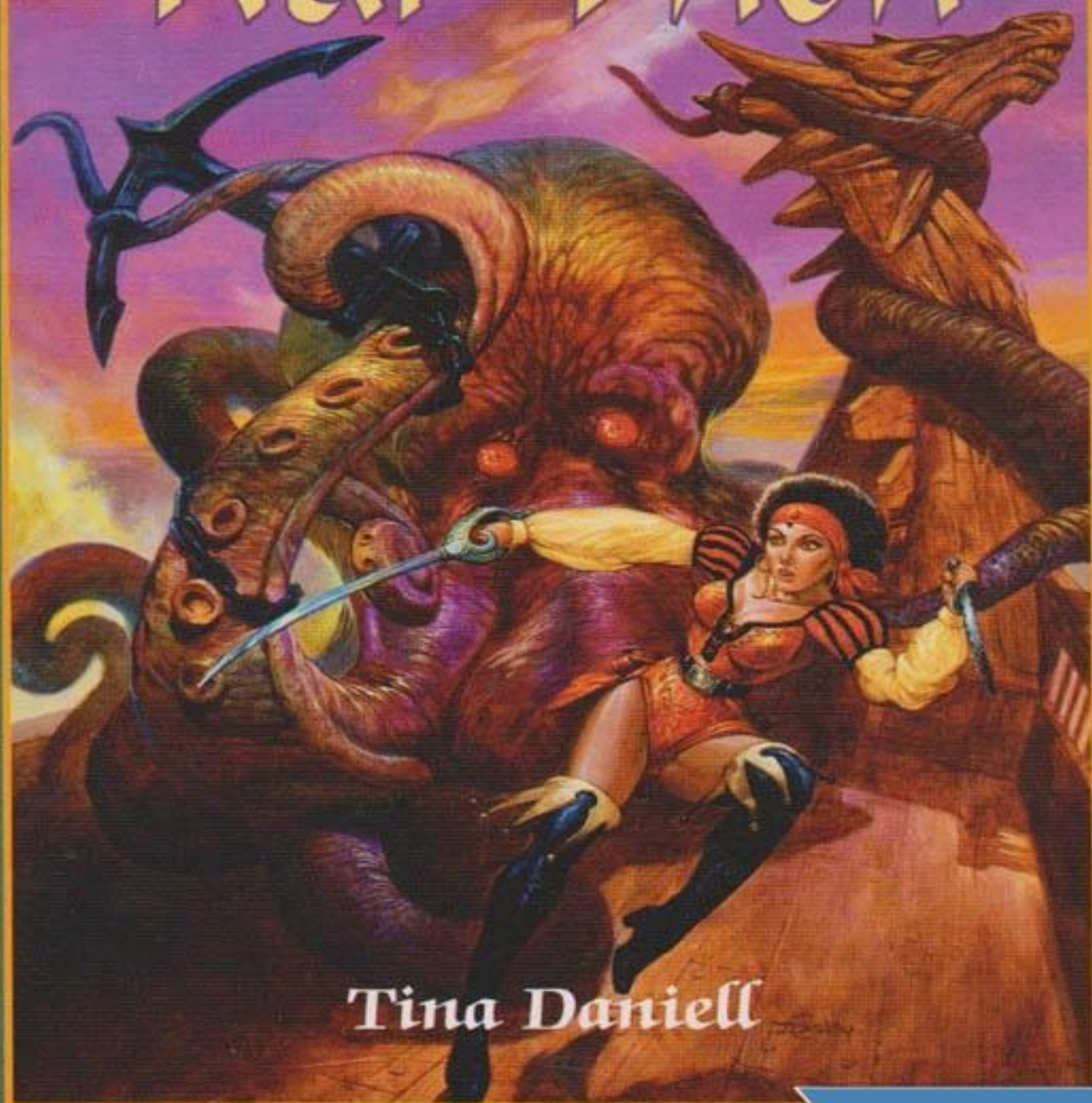




Maquesta Nar-Thon



Tina Daniell

Lectulandia

Con 18 años, Maquesta Nar-Thon acaba de ofrecerse voluntaria para capitanear el *Perechon* en una misión en la que está en juego la vida de su padre. El jefe minotauro Attat ha administrado al padre de Maq un veneno de efecto retardado y retendrá el antídoto hasta que Maq capture un morkoth, un siniestro monstruo marino, para incorporarlo a su zoológico privado, Attat envía con ella a un minotauro renegado llamado Bas-Ohn Koraf, a un guerrero umbra y a Tailonna, una elfa de mar.

En el curso de su travesía, el *Perechon* será abordado por piratas, atacado por diablillos del Mar Sangriento y asaltado por kuo-toas. Maq deberá enfrentarse a estos enemigos y demostrar su valía a la tripulación. Y en cada uno de esos lances, la joven tendrá siempre presente la imagen de su padre moribundo.

Lectulandia

Tina Daniell

Maquesta Nar-Thon

Dragonlance: Guerreros de la Dragonlance - 2

ePub r1.0

Enhiure 31.12.13

Título original: *Maquesta Kar-Tho*.

Tina Daniell, 1995

Traducción: Roberto Gil Rance

Ilustraciones: Jeff Easley

Editor digital: Enhiure

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Preparativos

—¿Qué opinas, Maquesta Nar-Thon?

Lendle se expresaba con parsimonia y un estilo ligeramente formal, como tienden a hacer los gnomos cuando hablan con miembros de otras razas, incluso cuando, como en este caso, era alguien a quien conocía desde que era una niña pizpireta.

La manera inquieta en la que Lendle manoseaba los brillantes cilindros y las finas varas de hierro que estaban sobre el puesto del buhonero, además de su habla, angustiosamente lenta para lo habitual en él, indicaban a Maq que, fueran lo que fuesen los objetos, el gnomo los deseaba con una intensidad casi desesperada.

Maq estiró el cuello para intentar atisbar el barco de su padre desde la fila desordenada de puestos que llamaban mercado en el bullicioso puerto minotauro de Lacynes.

—No opino nada acerca de esos artefactos, sean lo que fueren —contestó al cabo la joven—. Ya deberías saber, Lendle, que si una cosa no tiene nada que ver con mástiles y velas, estoy perdida. Venga, vamos, ya hemos perdido aquí suficiente tiempo. —La voz de Maq empezaba a adquirir un leve tono de impaciencia—. Debemos regresar al barco, pues aún nos queda mucho por hacer antes de la carrera de mañana.

Pero parecía que Lendle no la hubiera oído. El gnomo estaba inmóvil, casi hipnotizado, mientras con sus gordezuelos dedos toqueteaba, palpaba y acariciaba cada centímetro de los objetos.

—Está claro, Lendle —dijo Maq, después de suspirar, cambiando de táctica—, éstos parecen justo los que necesitabas, seguro que no puedes vivir sin ellos. De hecho, creo que deberías comprarlos... si eres capaz de encontrar las monedas necesarias. —Maq hablaba ahora en voz baja—. Tras todas estas semanas sin un trabajo decente para el *Perechon*, no entiendo cómo puede quedarte algo de dinero.

—Sí. Sí, Maquesta Nar-Thon. Creo que tienes razón, éstos son justo los que necesito —contestó Lendle mientras metía la mano en el saco que llevaba colgado al hombro y sacaba una caja de cuero plana y rectangular con varios pequeños cajones y compartimentos. El gnomo apretó algunos botones de colores situados en la parte superior. Con una sonrisa de oreja a oreja le explicó a Maq que este invento suyo tenía un pequeño cajón que al abrirse contendría la cantidad exacta de monedas que le pedía el comerciante. En vez de eso, la caja se desfondó y el pequeño tesoro del

gnomo se desparramó en la calle embarrada.

»¡Aymadreaymadreaymadre! —Las palabras salían de la boca del gnomo como un torrente, al recuperar de repente la velocidad normal de habla de los de su raza.

Maq se agachó para ayudar a Lendle a recoger el dinero, y observó que la suspicaz dueña del puesto, una robusta humana, examinaba con detalle cada moneda antes de entregarles varios cilindros y varas de metal. Maq pensó que probablemente no estaba acostumbrada a tratar con clientes que no fuesen minotauros, ya que los miembros de las razas extranjeras eran una rareza en la isla de Mithas, aparte de los esclavos, que no estaban en situación de comprar nada, y los que ejercían profesiones de rango inferior, como comerciantes callejeros. Cuando acabó de entregar los objetos, Lendle ya había arreglado su caja de dinero mecánica y la había vuelto a guardar en su saco. Desde que Maq conocía al gnomo, y de eso hacía muchos años, éste nunca había creado un artilugio que funcionara de forma correcta.

Maq lo guió hacia el embarcadero donde estaba atracada la chalupa que habían usado para llegar desde el *Perechon* hasta la costa. El gnomo iba dando brincos de alegría, y atravesaba la multitud tan rápido que la joven tuvo que alargar sus zancadas para no perderlo.

Hacían una pareja interesante: la mujer, alta y esbelta, con piel de ébano y cabello rizado y oscuro del color de la medianoche; y el diminuto y rechoncho gnomo, de piel cobriza y melena nívea. Mientras se abrían camino por las calles de arena bordeadas de inmensos, aunque poco imaginativos, edificios de piedra, casi ninguno de los enormes minotauros les prestaba la menor atención. Maq sabía por experiencia que estas bestiales criaturas no tenían el más mínimo interés por los seres de otras razas... excepto como esclavos o como guerreros a los que sacrificar en sus espectáculos de gladiadores.

Maq sintió un escalofrío. Ella tampoco quería tener nada que ver con los minotauros ni sentía especial aprecio por su ciudad. Sin embargo, captó su atención uno de los nativos de la villa que venía hacia ellos con paso firme, procedente del puerto. Sus curvos cuernos relucían como si les hubieran sacado brillo, y llevaba un aro de oro en la punta de una de las astas. El tono rojizo de su pelaje se acentuaba por la capa roja que caía suelta desde sus inmensos hombros. Las correas de un arnés de cuero se cruzaban sobre su pecho, sujetando varios cuchillos y pequeñas hachas de mangos finamente labrados. La falda de cuero que ceñía sus musculosas caderas estaba tachonada de gemas azules y verdes que centelleaban bajo el sol. En una de sus manos sujetaba una gruesa cadena unida a un ancho collar que rodeaba el cuello de una criatura que Maq nunca había visto antes. Del tamaño aproximado de un perro, parecía una rata gigante, aunque sin pelo ni rabo. Tenía seis patas, y su mandíbula superior estaba repleta de dientes grandes, protuberantes y de aspecto mortífero que salían sobre el belfo inferior.

La bestia corría tras el minotauro, quien, en algún que otro momento, daba un fuerte tirón a la cadena para acelerar su marcha. De vez en cuando, la alimaña bufaba de forma amenazadora, sobre todo cuando alguien se les acercaba demasiado, y esto desencadenaba un tirón aún más brusco por parte del amo. Maq podía ver que el collar de hierro había hecho una herida sangrante en la piel casi incolora del animal, cuyos ojos marrones, muy juntos, miraban de hito en hito a su dueño con expresión agresiva.

Maq había aflojado el paso mientras contemplaba a la pareja. Lendle, que sólo prestaba atención a su reciente adquisición, sin dejar de manosearla incluso mientras caminaba, seguía avanzando velozmente. Maquesta alargó un brazo y lo agarró del cuello de la camisa, sacudiéndolo para captar su atención, y con un ademán señaló hacia el minotauro y su «animal de compañía». El gnomo, con gesto de haber sido despertado de un agradable sueño, miró hacia donde Maq le indicaba.

—Es un osquip. Unos bichos desagradables —afirmó Lendle, entrecerrando los ojos con momentáneo interés—. Nunca había visto uno fuera de unas ruinas subterráneas. De hecho, a decir verdad sólo los he visto en dibujo. Pero he oído hablar de ellos. Se dice que son carnívoros y muy voraces. Creo, ejem, no, creo que eso son los otyughs. Ésos sí que son animales terribles si uno se los encuentra. Tampoco he visto ninguno, pero tuve un tío que se topó cara a cara con uno mientras exploraba una gruta subterránea. Mucho más peligroso que el osquip. —Las palabras del gnomo salían atropelladamente de su boca.

En ese momento el osquip soltó un bufido amenazador. La alimaña saltó, gruñendo, al cuello de su amo sorprendiendo a Maq. Sin embargo, el pesado collar y la cadena limitaban su movilidad. Con sorprendente agilidad, el minotauro se alejó unos pasos del animal, desenvainó una espada corta de su arnés, y de un solo golpe cortó la cabeza del animal. La sangre manó a chorros del cuello del osquip mientras éste caía pesadamente al suelo pataleando.

—Ocupaos de eso —ordenó el minotauro mientras limpiaba el arma ensangrentada en la piel del osquip. Volvió a envainar la espada cuando estuvo satisfecho de su limpieza. Dos esclavos humanos con aspecto sarnoso que seguían a su amo se acercaron al cuerpo del osquip que aún se estremecía. Uno de ellos agarró las patas traseras y empezó a arrastrar el cuerpo, dejando tras de sí un rastro sangriento. El otro cogió la cabeza. Luego siguieron a su señor por el camino embarrado que se extendía a lo largo de la bahía del Cuerno. Maq contempló inmóvil cómo los esclavos arrojaban la cabeza y el cuerpo al agua, donde los restos del cadáver se unieron a los despojos que contribuían a dar a Lacynes su «aroma» inconfundible.

—Sí. Bien. Eso fue agradable. Minotauros. En cualquier caso —barbotaba Lendle sin parar—, mi tío evitó por poco los tentáculos del otyugh... o brazos, supongo,

según se mire. Aunque uno de los tentáculos tiene globos oculares. Media docena de ojos, decía él. Así que supongo que no se le puede llamar brazo. Bueno, supongo que sí, ya que los ojos no estaban en la cabeza. Eso decía mi tío, y él debería de saberlo. En cualquier caso, la bestia tenía tres o cuatro patas y se movía a toda velocidad. Pero mi tío pudo moverse más deprisa, y consiguió salir de la caverna sin tener que matar al bicho. —Lendle sonrió, feliz de acabar su narración.

—¿Para qué tener un animal de compañía si lo vas a maltratar y matar? —musitó Maquesta, encaminándose de nuevo hacia la chalupa mientras sacudía la cabeza—. Estos minotauros sí que son desagradables y son ellos los que deberían estar atados con correas. Me alegraré de poder dejar su compañía cuando ganemos la carrera de la bahía. Espero no tener que volver por aquí en bastante tiempo.

La joven y el gnomo caminaron en silencio durante un rato, mientras Maq reflexionaba acerca del incidente que acababan de presenciar; pero cuando notó en su rostro la brisa marina imponiéndose al ambiente malsano que los rodeaba, su ánimo mejoró. Y al pisar el muelle y contemplar los mástiles gemelos del barco de su padre, el *Perechon*, que ahora podía apreciar al completo, su alegría se desbordó. Su paso se aceleró lleno de felicidad. Pronto estaría en el *Perechon*. Pronto estaría en su hogar.

—Date prisa, Lendle —le exhortó Maq—. A buen seguro, padre estará ansioso de que regresemos.

—Voy deprisa —respondió el gnomo, inspeccionando aún sus compras.

El *Perechon* de Melas Nar-Thon no era la nave más hermosa del Mar Sangriento, con sus velas remendadas y su pintura desconchada, aunque su línea esbelta y su grácil proa hacían que estuviera entre las más bellas. Pero la embarcación era, indudablemente, una de las más veloces que surcaban las aguas de Ansalon. El *Perechon* era un bergantín de dos mástiles. Parecida a una goleta, era una nave de guerra que se jactaba de tener velas para navegar velozmente, además de portas para remos que le permitían maniobrar en batalla. Con cuarenta y dos metros de eslora, tenía un soporte para montar una balista en la proa. El arma en sí, una gran ballesta capaz de disparar arpones, saetas, lanzas y otros muchos tipos de proyectiles con una fuerza mayor a la de cualquier hombre, estaba guardada bajo cubierta, ya que no se permitían armas en la inminente carrera. A pesar de su diseño, el *Perechon* había visto pocas batallas, utilizándose principalmente como barco de carga y, de vez en cuando, como barco de pasajeros para aquellos individuos que necesitasen ir a algún sitio de forma rápida y discreta, aunque últimamente el capitán navegaba de puerto en puerto en busca de trabajo.

La batayola del *Perechon* estaba tallada en madera de caoba, y los balaustres se habían labrado para asemejar columnas ornamentadas, del tipo que se podía encontrar soportando los techos de los templos. El bauprés, el palo que se extendía por delante de la proa, era de nogal endurecido. La cubierta principal era de madera de roble

teñida y se fregaba y pulía de forma casi continua, mientras que el castillo de popa, en la parte posterior de la nave, se había fabricado con roble blanco importado de algún bosque elfo. Maquesta estaba casi tan orgullosa de la nave como su padre.

Maq desató el cabo que unía la chalupa del *Perechon* a la cornamusa a la que la habían amarrado mientras hacían los recados, y se impulsó apoyándose en el embarcadero, remando con fuerza hacia el barco. Mientras se acercaban al *Perechon* alcanzó a ver a varios miembros de la tripulación que sacaban brillo a la batayola. Otros trabajaban duro pintando la arboladura. Maq sospechaba que su padre quería que el barco tuviera un aspecto inmejorable durante la carrera. Sonrió ampliamente al pensar que habría tiempo de sobra para que Lendle y ella pudieran también arrimar el hombro. La muchacha deseaba que todo estuviera perfecto para su padre, ya que la carrera era muy importante para él.

El padre de Melas había sido marinero, como también lo fueron su abuelo y su bisabuelo. A la familia Nar-Thon le gustaba decir que su sangre estaba compuesta principalmente por agua de mar. Melas conocía muy bien su profesión. La modesta dote que Mi-al, la madre de Maq, había aportado a su boda secreta, junto a las afortunadas ganancias de las mesas de juego y los beneficios de la venta del balandro familiar de los Nar-Thon, le habían proporcionado a Melas el dinero que necesitaba para construir su propio barco. Sabía bien lo que quería, y lo que necesitaba crear: la embarcación más veloz y marinera que se hubiera visto. Le puso de nombre *Perechon*, igual que una pequeña ave marina que a su mujer le gustaba contemplar.

Mi-al era una elfa, y Melas confiaba en que una vida en la mar la mantendría a salvo de aquellos a los que les gustaba cazar a los de su raza. Se ocultaba bajo vestimentas amplias y con capucha cuando se movía entre la tripulación del *Perechon*, y sólo se aventuraba por los puertos con su marido y de noche, cuando las sombras disimulaban sus facciones. Únicamente Lendle conocía su secreto, y compartía el pesar de Melas. Hacía catorce años Mi-al había desaparecido, poco después del cuarto cumpleaños de Maquesta, dejando a Melas desolado, y acabando con la posibilidad de darle un hijo que pudiera continuar la tradición marinera de los Nar-Thon. Aun así, Melas estaba decidido a comunicar todo lo que sabía acerca de la ciencia, el arte y su amor por la navegación a su único vástago. Y así lo había hecho, después de recortarle las orejas a la niña. Maquesta parecía, en todos los aspectos, enteramente humana, aunque era muy consciente de su ascendencia elfa. Melas quería que estuviera a salvo, y Maq no tenía ningún inconveniente en mantener el engaño, pues la joven quería seguir viva, y también deseaba que su padre fuera feliz.

—Nunca adivinarías quién más va a competir mañana —le dijo Maq a Averno, el primer oficial del *Perechon*, tras subir a bordo. La joven agitaba una lista con los nombres que le habían dado en Lacynes al hacer la inscripción de la nave para la competición—. El *Torado* —exclamó, refiriéndose a otra embarcación que procedía

de Saifhum.

—Bueno, eso pondrá las cosas interesantes —contestó Averon, con una sonrisa y una expresión en los ojos más traviesa de lo habitual—. Tendremos que enarbolar nuestros colores especiales para que todos sepan que la nuestra es la nave de Saifhum a derrotar —comentó Averon, quien hizo un gesto con la cabeza hacia lo más alto del mástil más cercano del *Perechon*—. He hecho la nueva bandera yo mismo. ¿Qué opinas?

Maq cayó de repente en la cuenta de que los demás tripulantes habían dejado lo que estaban haciendo y los contemplaban con risa contenida. La joven quedó boquiabierta como siempre ocurría al darse cuenta de que estaba participando en una de las bromas pesadas de Averon, y ella era la víctima. A Maq se le encogió el estómago al levantar la vista hacia el cielo.

Gualdrapeando en la brisa marina, al final del mástil, inconfundible a la luz del atardecer, colgaba la camiseta de seda amarilla de Maquesta, una de las escasas prendas realmente femeninas que poseía, adorada también porque era uno de los pocos objetos que habían pertenecido a su madre y sobrevivían a muchos años de vida marina. Maq gritó, saltó sobre el aparejo y trepó velozmente por los cabos para recuperarla, no sin antes fulminar con una mirada a Averon.

¿Cómo podía haberle hecho esto? ¡Y encima Averon! Averon y el padre de Maq eran amigos desde su niñez. A menudo habían rivalizado por conquistar a la misma mujer, hasta que Melas había conocido a Mi-al cuando iba solo en misión comercial. Melas se casó con la elfa, acabando con la rivalidad. Averon había acompañado con frecuencia a los recién casados, y a menudo Melas se preguntaba si Averon habría adivinado que su esposa era una elfa. Averon había estado con Melas en la travesía marina durante la que Mi-al desapareció, y había consolado a Maq, entonces una niña de cuatro años, cuando su padre, durante un tiempo, había estado demasiado embargado por el dolor para recordar que tenía una hija. Averon, siempre impetuoso y pícaro, había sido como un segundo padre para ella.

Una súbita ráfaga de viento golpeó a Maq, y estuvo a punto de arrancarla del aparejo. La joven apretó los dientes y olvidó su mal humor. No podía permitirse llorar ya que no disponía de una mano libre para enjugarse las lágrimas ni podría trepar con los ojos empañados. El viento del mar había virado, se había intensificado y ahora hacía cabecear al *Perechon*. Maq precisó de todos sus sentidos, toda su fuerza y toda su habilidad para continuar subiendo. La joven tampoco quería que ningún miembro de la tripulación viera que estaba trastornada. Maq se había criado prácticamente como la mascota del *Perechon*, mimada cuando los marineros tenían tiempo libre, tratada con afecto por todos.

Pero al crecer eso cambió. Los navegantes no sabían qué pensar de Maquesta como joven mujer, a veces ni siquiera ella lo sabía. Se mostraban retraídos con ella,

sin hostilidad pero siempre vigilantes, y eso no era bueno para la joven. No si Maquesta quería convertirse algún día en capitana del *Perechon*, como deseaba. Así pues sabía que cualquier ocasión podría convertirse en una «prueba», y ésta, sin duda, era una de ellas.

Al echar un vistazo hacia abajo, Maq se dio cuenta de que ninguno de los marineros podía ver la expresión triste de su semblante. Estaban agrupados bajo ella como figuritas de juguete, apuntando y riendo. El áspero cáñamo de la maroma le cortaba las palmas, haciéndole sangre, y el viento tiraba con mayor fuerza de su cuerpo. Pero finalmente tuvo la fina seda de su camiseta en la mano, y su mueca de determinación se transformó en una sonrisa. La prenda estaba intacta, pues Averon la había atado con gran cuidado al aparejo del mástil.

La joven descendió tan rápido como le permitieron las ráfagas de viento y finalmente saltó con ligereza sobre la cubierta. Recuperada al fin la compostura, fulminó a Averon con la mirada y después barrió con los ojos al resto de los marineros, desafiándoles a hacer algún comentario. Averon esquivó por un instante su mirada y luego, con una reverencia exagerada, se quitó un sombrero imaginario.

—Bien hecho, Maquesta Nar-Thon —la felicitó, mirando hacia arriba con unos ojos que de nuevo brillaban con picardía—. ¡Enhorabuena, de verdad!

Maq pudo resistirse al encanto de Averon durante al menos tres minutos, y justo cuando notó que sus labios empezaban a curvarse hacia arriba en el inicio de una sonrisa, Melas Nar-Thon apareció sobre la cubierta principal procedente de su camarote situado a popa. Éste, al ver a unos doce miembros de su tripulación sin hacer nada, y el enfrentamiento visual entre Averon y Maquesta, avanzó con paso firme hacia la pareja.

—¿Qué pasa aquí? —bramó el capitán—. Por si lo habéis olvidado, tenemos que prepararnos para una carrera. ¡Averon, maldito perro! ¿Qué broma has gastado ahora, para que la tripulación haya dejado de hacer sus menesteres? Ahora volved todos al trabajo, especialmente vosotros dos —gritó Melas mirando con gesto adusto a Averon y Maquesta.

A pesar de la dureza de sus palabras, todo ello se dijo con la brusca cordialidad típica del afable capitán del *Perechon*. Antes de que hubiera acabado de hablar, los marineros corrían a sus puestos, y se notaba el aprecio que sentían por capitán por los pocos murmullos de protesta que se oyeron.

—A ver, vosotros dos. ¿Qué voy a hacer con vosotros? Se supone que debéis dar ejemplo —exclamó Melas, aparentando hablar en serio mientras intentaba rodear con sus brazos Maq y a Averon. Maq esquivó ágilmente el achuchón de su padre, pero Averon era más torpe. Melas agarró el hombro de su amigo y convirtió el abrazo en una llave de lucha, cosa que no era difícil.

Los dos amigos ofrecían una curiosa estampa: Melas medía más de metro ochenta

y su piel negra relucía, más oscura incluso que la de Maquesta. Estaba completamente calvo, lo que hacía aún más llamativa su gran cabeza, sobre sus hombros anchos y fuertes. Su complexión musculosa había empezado a transformarse en los últimos años, con un engrosamiento en su parte media, debido a su gran afición a la cerveza. Le sacaba una cabeza a Averon, quien era ligeramente patizambo. Éste había dejado crecer su cabello, rubio y sucio, en un intento de cubrir la incipiente calva de su coronilla; y un gran mostacho con las puntas retorcidas era el único aspecto de su físico que cuidaba. Su piel bronceada y curtida por el sol tenía algunas arrugas aquí y allá que le hacían parecer más viejo de lo que realmente era.

—Oye, Maquesta, ¿qué averiguaste cuando fuiste a pagar nuestra inscripción? ¿Algo que pueda sernos útil mañana? —preguntó Melas, apretando con fuerza el cuello de su amigo antes de soltarlo con un empujón cariñoso. El primer oficial se tambaleó durante unos instantes, se giró y lanzó todo su peso en un ataque bajo que tiró al gran hombre por los suelos. En un santiamén, los dos rodaban por la cubierta enzarzados en un combate de lucha libre.

—¡Basta ya! —los exhortó Maquesta, molesta de nuevo por la facilidad con la que su padre y Averon se comportaban como niños—. ¡Parad de una vez! —les gritó con los brazos en jarras—. Los dos debéis estar en buena forma mañana o no tendremos ninguna posibilidad de ganar. Vamos, poneos en pie. —A veces la joven se sentía como si fuese su madre.

La idea de la carrera les hizo incorporarse, jadeando ligeramente. La inminente competición era importante para ambos, y para todos los demás tripulantes del *Perechon*. Solinari y Lunitari habían completado varias veces su ciclo en el cielo desde la última vez que la embarcación había tenido un cliente de pago, aunque, como casi siempre, la mayoría de los marineros habían optado por quedarse en la nave. Melas, siempre dispuesto a «sobrevivir» entre misión de pago y misión de pago siempre y cuando pudiera navegar, no era el más fiable de los pagadores. Los marineros sin empleo en el Mar Sangriento lo sabían, pero a aquellos que realmente amaban navegar les encantaba hacerlo con él.

Sin embargo, esta última sequía económica ya duraba demasiado, por lo que Averon había desaparecido recientemente en una de sus aventuras periódicas «para buscar fortuna», como solía decir con solemnidad. Esas excursiones solían estar precedidas de una bronca de Melas, quien a su vez era recriminado por Averon por no ser suficientemente ambicioso. Sin embargo, pasado un tiempo, siempre conseguía localizar de nuevo al *Perechon*, y volvía llevando con él una sarta de increíbles historias acerca de sus correrías, y a menudo sin dos monedas de cobre para frotar entre sí. Entonces llegaba el turno de Melas de ofrecer una crítica constructiva. A pesar de las constantes tomaduras de pelo recíprocas, nunca había habido un enfrentamiento serio entre Melas y Averon, ya que su amistad era demasiado

profunda. Y Maq siempre se alegraba del regreso de Averon, tanto por ella como por su padre. Él era parte de la única familia que la joven había conocido.

De su última escapada Averon había regresado con noticias acerca de la carrera relacionada con el circo minotauro; sin duda, la competición se llevaba a cabo con la idea de que tripulaciones de minotauros pudieran infligir derrotas humillantes a participantes de otras razas, a la vez que mostraban su gran capacidad como marineros. Una especie de ejercicio preparativo para el concurso realmente mortal del circo. El premio era considerable, decía Averon, y sería suficiente para que el *Perechon* y su tripulación pudieran sobrevivir durante un tiempo prolongado.

Ahora que había conseguido librarse por fin de la llave de Melas, Averon se marchó para ocuparse de los preparativos, farfullando en voz baja una queja ficticia acerca del poco aprecio que le tenían el capitán del *Perechon* y la hija de éste.

—¿De qué iba todo eso entre Averon y tú? —preguntó Melas a su hija en cuanto estuvieron a solas—. ¿Y qué es que tienes en la mano? Parecías dispuesta a despellejar a Averon cuando subí a la cubierta.

Maquesta hizo un ovillo con la camiseta de seda, ocultándola en un puño detrás de su espalda, ligeramente avergonzada de enseñarle su ropa interior a su padre.

—Averon... —comenzó, pero luego dudó y sólo sacudió la cabeza—, nada, no era nada. —Maq sabía que, por justificada que estuviera su queja acerca del comportamiento de Averon, su padre no le daría importancia. Nunca lo hacía.

Melas rodeó cariñosamente con su brazo los hombros su hija, la atrajo hacia sí y le dio un beso en la frente.

—Todo el mundo está tenso antes de una carrera —explicó Melas—. Sea lo que fuere, estoy seguro de que sólo lo hizo para distraer a la tripulación. Tienes que entenderlo, Maq. —Melas apretó suavemente los hombros de su hija—, hay pocos amigos tan buenos como Averon. Estoy seguro de que no quiso hacerte daño.

—Lo sé —contestó Maq, abrazando a su vez a su padre—, y estoy bien. —La joven se alejó y le sonrió—. Pero tengo hambre; voy a buscar a Lendle y a averiguar qué está guisando para la cena. Espero que no sea una nueva versión de estofado de anguila reseca.

Maq contempló cómo su padre se alejaba con paso firme hacia un grupo de marineros que comprobaba el aparejo del palo de mesana, el más pequeño de los mástiles del barco, luego se giró y avanzó hacia la cocina.

—Seguro que Averon quería divertir a todo el mundo —farfulló entre dientes mientras caminaba—, excepto a mí.

En cuanto llegó a la puerta de la cocina supo que la cena consistiría, efectivamente, en anguila seca estofada, aunque esta vez mezclada con algunas especias que era incapaz de identificar. La gran cazuela que burbujeaba, sujeta por unos soportes sobre el fogón alimentado por leña, exhalaba el aroma aceitoso a

pescado que caracterizaba de forma inconfundible ese guiso. A Lendle, sin embargo, no se lo veía por ningún sitio. Maq tuvo que agachar la cabeza al acercarse para ver lo que se cocía en el cacharro. El gnomo había pertrechado la cocina de forma que casi todos sus utensilios de cocina —cucharones, cacillos, tenedores de dos puntas, cazuelas y sartenes— colgaban de un laberinto de correas transportadoras que estaban todas a su alcance. Lendle insistía en que sabía perfectamente la manivela que debía accionar para poner en marcha las correas, acercando cualquier utensilio que pudiera necesitar hasta su mesa de trabajo o el fogón, y otro tirón lo soltaba de su gancho y hacía que cayera en sus manos. La experiencia de Maq indicaba, sin embargo, que esto raramente ocurría. La mayoría de las veces la herramienta caía ruidosamente al suelo, a varios pasos de donde se hallaba Lendle, o lo hacía dentro de lo que se estaba guisando. En varias ocasiones, un tirón de Lendle había hecho caer ruidosamente el invento, haciendo que todo el mundo acudiera corriendo para ver qué había pasado. Y una o dos veces, un afilado tenedor había herido levemente a algún visitante poco avezado; pero Maq sospechaba que Lendle había planeado esos «accidentes» para miembros de la tripulación que le habían ofendido o habían insultado su capacidad culinaria. Hacía bastante tiempo que no había caído ningún tenedor.

La joven se asomó a la cazuela sopesando la posibilidad de probar lo que allí cocía; pero el aspecto de varias bolas pringosas que parecían uvas peladas, aunque sin duda no lo eran, y lo que Maq estaba segura de que era un tentáculo flotando en la superficie del guiso la convencieron de lo contrario. En vez de eso cogió una galleta que había en la mesa de trabajo junto a varias naranjas medio podridas y salió de la cocina.

Al no estar todavía preparada para unirse a los preparativos de la carrera tras el episodio de la camiseta, Maquesta se encaminó hacia el castillo de popa que contenía los camarotes de su padre y ella; el aposento de Lendle estaba justo debajo. El ingeniero-cocinero del *Perechon* ocupaba una cabina relativamente espaciosa, de un tamaño que era la concesión de Melas a la pasión que tenía Lendle de apañar cosas, y su incansable acumulación de objetos potencialmente útiles. Maq golpeó la puerta con fuerza, se detuvo un momento y después la empujó y metió la cabeza por la rendija a sabiendas de que a menudo Lendle estaba tan abstraído en sus arreglos que a veces ni oía la puerta. La joven tuvo, como siempre entraba allí, la sensación de que se hallaba atrapada en un mágico compartimiento que iba encogiéndose poco a poco. Cada centímetro de las paredes, casi todo el suelo, el techo y cualquier repisa estaban repletos de una vasta variedad de objetos curiosos, todos ellos etiquetados, guardados en cajas y organizados de acuerdo con el sistema privado de Lendle.

De unos ganchos en las paredes colgaban ovillos de bramante y alambre fino, rollos de gruesa sogá de cáñamo y otros de cadenas de calibres diversos. En el suelo se alineaban cajas de madera repletas de engranajes con dientes recortados, listones

de madera, poleas y montones de tela. Al entrar en el camarote Maq se golpeó la cabeza con unas cestas mimbre y sogas que colgaban dentro de unas redes que pendían del techo. La única excepción a tanto desorden organizado era la cama de Lendle, que estaba atornillada a la pared. Era el típico camastro de mar, con rebordes elevados en los laterales, cabecera y pie para evitar que el cocinero pudiera rodar al suelo durante los episodios de mar encrespada. Fijada al suelo había una mesilla, también con rebordes elevados para que los objetos no se cayeran, iluminada a su vez por un farol que la iluminaba desde el techo.

Lendle solía guardar su caja de herramientas debajo de la mesa, donde la enganchaba a cuatro escuadras que había clavado al suelo, pero ahora no estaba allí, y tampoco el gnomo. Llevada más por una creciente curiosidad que por una necesidad de hablar con Lendle, Maq cerró la puerta del camarote y se encaminó hacia la bodega de carga. Allí no habían almacenado casi nada durante los últimos meses, pero Maq sabía que a menudo Lendle aprovechaba el espacio que allí había cuando estaba elaborando alguna de sus ideas para algún invento especialmente complicado, o trabajaba en algún proyecto que necesitaba más sitio.

—¡Fuego! —La joven gritó la alarma a pleno pulmón, luego se giró y empezó a subir por la escala de la bodega de carga antes siquiera de haber llegado hasta la mitad de ésta. Volutas de humo ascendían a su alrededor, y Maq esperaba que algún miembro de la tripulación la oyera y empezara a traer cubos de agua.

»¡Fue...! —Maq sintió que algo tiraba con fuerza de una de sus piernas, separándola de la escala y haciendo que perdiera el equilibrio. Al caer, alguien le puso una mano en la boca y también amortiguó el impacto. Sus pupilas se adaptaron a la titilante luz de las llamas y tuvo que parpadear para contener las lágrimas provocadas por el humo.

»¡Lendle! —gruñó, con tono de reproche.

—¡Silencio! —El gnomo la amonestó mientras le soltaba la pierna y la fulminaba con la mirada.

—¡Lendle! En el nombre de la Gema Gris de Gargath, ¿qué está pasando? ¡Esta vez vas a destruir el barco! —le exhortó la joven.

—¡El *Perechon* no va a arder! —respondió Lendle—. ¡Soy un buen ingeniero! —El gnomo parecía tan dolido como emocionado. Sus palabras salían muy lentamente para que Maq lo entendiera bien.

Maquesta buscó el origen de las llamas que, en efecto, parecían estar contenidas en un recinto de ladrillo; y el humo se estaba disipando. Había una puerta abierta en uno de los lados del compartimento de ladrillo y cerca de ella un montón de madera. Sobre la pequeña construcción, como en un nido, había una gran esfera de bronce, parecida a una tetera excepto que estaba cerrada por arriba y acababa en dos tuberías, que la conectaban a un gran cilindro, el cual se curvaba hacia arriba en la dirección de

la trampilla que llevaba a la cubierta inferior y a las portas de los remos. Con la tenue luz producida por las llamas y por un quinqué situado a los pies de Lendle, Maquesta no podía apreciar dónde acababa el cilindro ni si su extremo estaba conectado a alguna otra cosa.

Más cerca de ella, Maq pudo ver que la unión entre la especie de tetera y el cilindro era incompleta y emitía un sonido como si el agua contenida en la esfera estuviera empezando a hervir; la joven pudo ver unas volutas de vapor que escapaban por lino de los lados del cilindro. También observó que Lendle estaba sujetando uno de los trozos de tubo que había adquirido en Lacynes.

—Concentradores de vapor —explicó, indicando el cilindro—. ¿Ves esto? —añadió, trazando orgulloso un arco con el brazo en la dirección del artilugio—, es para los momentos en que estemos en alta mar y no haya viento. ¡Esto ayudará al *Perechon*! —Lendle asintió con la cabeza de forma enérgica, mostrando a las claras que estaba muy de acuerdo consigo mismo.

—Ya tenemos remos, diez pares, para cuando cesa el viento —indicó Maq, intrigada, aunque tenía que admitir que no se usaban casi nunca.

El *Perechon* estaba bien equipado y su tripulación tenía experiencia necesaria para aprovechar incluso las brisas suaves. Además estaba el hecho de que a ningún miembro de la tripulación le entusiasmaba la idea de remar. Melas no solía insistir en ello, otra más de las razones que le granjeaba su popularidad entre los marineros.

—Nos ayudará —insistió Lendle—. Te lo mostraré, Maquesta Nar-Thon. Pero ahora no, dentro de poco. Ahora debes marcharte, tengo mucho trabajo que hacer. —El gnomo empezó a empujar a la joven hacia la escalera.

—Vale, pero ten cuidado —dijo Maq, volviéndose mala gana hacia la escotilla—. Espera un momento. —Se detuvo en el primer peldaño—. Te estaba buscando porque tenía hambre. Todos tenemos hambre. ¿Cuándo comeremos?

—Maquesta Nar-Thon —contestó Lendle con tono reproche—, conozco mis deberes, y no soy un mago que pueda habilidosamente conjurar una comida en el último momento. —El gnomo arrugó su voluminosa nariz con gesto de desprecio ante la idea de la magia—. La cena ya se está haciendo. Comeremos a la hora de siempre. Ahora no te olvides de tus deberes. Ve a ayudar a tu padre a preparar la carrera. ¡Venga, fuera!

Concluida la regañina, Lendle se volvió hacia su artilugio. Maq trepó por la escala. La joven odiaba que el gnomo le siguiera hablando como si fuera una niña pequeña.

La tripulación del *Perechon* cenó esa noche a la hora habitual, y el estofado de anguila reseca estaba más sabroso que de costumbre pues las bolas poco atractivas que flotaban en el guiso estaban más ricas de lo esperado. Lendle las llamaba patatas del Mar Sangriento, un organismo desconocido para Maq, pero la joven decidió no

pedir que le aclararan su origen. Fueran lo que fueren, ayudaban a llenar su estómago y el del resto de los marineros, demostrando con ello que la capacidad de inventiva de Lendle a veces daba buenos resultados.

Averon, sin embargo, no cenó.

—Quizás haya ido a comprarle a Maquesta algunas prendas de vestir —sugirió Vartan, el timonel—. Tengo entendido que los minotauros de Mithas tejen algunas ropas muy finas y delicadas que sin duda le sentarían muy bien. —El timonel, un nativo de Saifhum, era uno de los marineros por los que Maq sentía menos simpatía.

—¿Algo de color turquesa? Me encanta ese tono —bromeó otro.

Varios de los marineros sofocaron la risa ante estas palabras. Vartan procuró no elevar el tono pero miraba a Maq con expresión desafiante.

—Averon es demasiado listo como para gastar su dinero en algo que puedan coser esas horribles bestias —intervino la hija del capitán—. Y él utiliza su cerebro para pensar, no sólo como relleno para darle una forma bonita a su atractiva cabeza.

Vartan, quien, de hecho, era bastante apuesto y no poco presuntuoso, se ruborizó y volvió su atención al guiso mientras sus compañeros reían y celebraban la respuesta de Maq.

—Averon ha ido a comprar algo de buen ron y un barril de cerveza para que podamos empezar a celebrar la victoria en cuanto crucemos la línea de meta pasado mañana —anunció Melas—. Con el dinero del premio recibiremos todos nuestro salario, incluidos los atrasos. Vamos a concentrarnos en eso y en nada más. —Melas recorrió la cocina con la mirada, deteniéndose por un instante en Maq y en Vartan.

Dicho eso, el capitán se concentró en su comida, y los demás hicieron lo propio. Lendle, al que le gustaba mucho más la cerveza que el estofado, engulló una jarra y empezó a silbar mientras iba rellenando los cuencos ahora vacíos.

La carrera

Con todas las velas desplegadas para acelerar su avance, el *Perechon* saludó la mañana con ansia de navegar, aprovechando todos los soplos de viento bajo las firmes manos de Melas, quien había cogido el timón.

Mientras Maquesta comprobaba un cabo en el palo de mesana, se maravillaba del clima que hacía; llevaban navegando en carrera desde el amanecer y en el cielo no se habían visto más que unas pocas nubecillas. La brisa del mar había soplado constante y con una fuerza razonable. Sin tormentas o falta de viento por las que preocuparse, Melas y su tripulación habían podido concentrarse en el reto principal: mantener el rumbo. Maq se sonrió, pues pronto le tocaría turno de timón, y estaba ansiosa de demostrar su valía. Por supuesto que había pilotado la nave cientos de veces, pero no en una carrera, por lo menos no en una tan importante y potencialmente fructífera como ésta.

El rumbo les llevaría hacia el norte y el este, saliendo la bahía del Cuerno para rodear la isla, pasando ante Los Rompientes con sus fuertes corrientes y los poco amistosos tiburones toro, y por delante de la Cuchilla, donde el fondo del mar se perdía en una sima de profundidad calculable, creando turbulencias imposibles de predecir. Se rumoreaba que la sima servía de hogar para una colonia de ghagglers, o sligs como les llamaba la mayoría de marineros: primos lejanos y más grandes de los goblins que respiraban en el agua o fuera de ella con la misma facilidad.

El *Perechon* estaba incrementando su ventaja cuando el vigía notó que uno de los barcos de la carrera que estaba más cerca de ellos se había visto afectado por algo situado cerca de un arrecife de coral. El *Correolas*, una goleta de la costa Sombría, estaba quieta en el agua.

—¡Capitán, la tripulación está trabajando en las velas! —gritó el centinela, que miraba con su ojo derecho por un catalejo—. Parece que han tenido mala suerte y se les ha enganchado la jarcia. No veo nada en el agua que les haya podido detener. No hay rocas ni arrecifes, y tampoco se aprecia turbulencia, no más de la que hemos encontrado nosotros. Sin embargo, hay otra nave más atrás, que parece ir viento en popa, sin problemas, aunque no creo que nos vaya a dar alcance.

El *Perechon* tendría que pasar por el Ojo del Toro, un tramo estrecho de aguas traicioneras situadas entre Mithas y Kothas, y luego rodear el cabo sudoeste de la isla, al que muchos marineros denominaban «El Albur». Después el rumbo les llevaría de

nuevo a la bahía del Cuerno, todo antes del atardecer del segundo día, si es que querían ganar la carrera, y así era.

El reglamento decía que sólo se permitía energía eólica, estaba prohibido usar los remos, y los barcos participantes debían tener por lo menos treinta metros de eslora, independientemente de la longitud de la quilla. Una docena de barcos había comenzado la carrera, aunque al poco tiempo empezaron a quedar menos, con el *Perechon* por delante de ellos; varias embarcaciones empezaron a ganar terreno al atardecer del primer día, pero Vartan ajustó la jarcia y la nave empezó de nuevo a dejar atrás a sus competidores.

Poco después del amanecer, Maquesta vio cómo una carraca mercante, el *Saburnia*, y un barco corsario algo cochambroso, el *Vasa*, eran desviados hacia el océano Courrain Septentrional por las corrientes fuertes e imprevisibles que había cerca de Los Rompientes. Maq no podía saber si volverían a la carrera o qué pasaba con las demás naves que se habían perdido de vista. El *Perechon* mantenía el liderato y poco a poco iba poniendo más y más agua entre él y sus adversarios. La nave surcó el mar a gran velocidad hasta media mañana, cuando cesó el viento al pasar por entre dos acantilados.

Durante esa calma, dos barcos que aún disfrutaban de vientos fuertes pudieron acercarse hasta la nave. Ahora, cuando el sol matinal brillaba con intensidad y empezaba a arreciar el viento alrededor del *Perechon*, Maq pudo ver que ya no había más que tres contendientes: el barco de su padre y esos dos: el *Torado* de Saifhum, capitaneado por Limrod, que era bien conocido por la tripulación del *Perechon* y considerado un oponente valeroso, aunque incompetente; y una hermosa embarcación que era desconocida por todos, el *Katos*. Era un barco minotauro, y había entrado en la bahía de Lacynes justo unos minutos antes de comenzar la carrera, al parecer habiendo sido inscrita con antelación.

Maq la contemplaba ahora con creciente respeto. Estaba situada justo a popa y a estribor del *Perechon*, y los perseguía con determinación pero, para alivio de Maq, no parecía poder recortar la distancia. La velocidad no era una de las mejores cualidades de los barcos minotauros, y eran muy escasos los que podían mantener la misma velocidad que el *Perechon*. El *Torado* navegaba a la misma altura que el *Katos*, pero por el lado de babor del *Perechon*.

—¡Arrizad las gavias, y todo el mundo a sus puestos! —Por mucho que odiara la idea de frenar y arriesgar el liderato, Melas sabía que sería temerario rodear la punta sudeste de Mithas e intentar pasar por el Ojo del Toro a toda velocidad. Confiaba en que podría recuperar por la costa oeste de la isla cualquier tiempo que pudiera perder con las precauciones.

La superficie del mar se hacía más turbia según se acercaban; pero las olas no eran regulares sino que había un movimiento irregular que se intensificaba en el

punto en que las naves debían girar hacia el oeste, donde la cresta submarina que se extendía desde la isla se hundía en la sima de la Cuchilla.

—Vigila al *Torado* —le dijo Melas a Maquesta, que acababa de unirse a él en el puente—. Si conozco bien a Limrod va a intentar alguna maniobra ahora.

El capitán tenía razón ya que, con las velas hinchadas por el viento, el *Torado* comenzó a ganarle terreno al *Perechon*; pero al mismo tiempo tuvo que acercarse a la costa de Mithas, mientras que Melas estaba llevando al *Perechon* mar adentro para evitar la turbulencia, más cerca de Kothas. El rumbo del *Torado* acortaría la distancia entre los dos barcos a la vez que lo mantendría alejado de los peores remolinos; pero Maq cayó en la cuenta de que las aguas costeras menos profundas podrían resultar peligrosas para una nave tan grande como el *Torado*, especialmente porque la rocosa cresta submarina llegaba en algunos puntos casi hasta la superficie del mar.

—¡Maquesta! —gritó Averon—. ¡Deja de soñar despierta y ven a echarnos una mano! —El primer oficial, acompañado de varios marineros, estaba intentando atar la gavia del palo de mesana, una labor que se hacía cada vez más difícil al arreciar la fuerza del viento. Las ráfagas, que a menudo cobraban mayor fuerza en este tramo de mar, contribuían a la turbulencia, como Melas ya había previsto. Avergonzada por su momentánea inactividad, Maq echó una mirada a su padre, pero Melas estaba concentrado en la navegación de su barco y no se había apercibido de nada. Maquesta trepó por la jarcia, pero al llegar a la sección en la que Averon y los otros tripulantes estaban trabajando con la gavia éstos ya habían conseguido atarla a la verga. Se maldijo a sí misma entre dientes y aprovechó para comprobar el aparejo para que, por lo menos, pareciera que estaba haciendo algo.

—No te desanimes, chica —dijo Averon guiñándole un ojo mientras se dejaba caer por un lado de la jarcia—. Si estás buscando trabajo, hay mucho por hacer. Ven conmigo.

Por lo menos Averon no le tenía rencor. Maq ya había comenzado el descenso por el otro lado cuando ambos se detuvieron por un estruendo desgarrador: como si estuvieran arrancando una enorme rama de su árbol. Maq pensó por un instante que el ruido procedía del *Perechon*, pero entonces, desde la altura de su atalaya pudo ver el origen.

El *Torado*, que avanzaba rápido por aguas poco profundas, había encallado, enganchado en la cresta submarina. El gran barco había cabeceado a sotavento y Maq pudo ver un agujero irregular justo encima de la línea de flotación y debajo del bauprés.

—¡Ja! Espero que eso le sirva de lección a Limrod —gritó Melas desde el timón—. ¡Su tripulación y él estarán mar sobre mano en la playa o caminando tierra adentro hacia Lacynes cuando entremos navegando en la bahía para reclamar nuestro premio! ¡Quizás incluso volvamos a todo trapo a recogerlos, cuando acabe la carrera!

—Los marineros de la cubierta del *Perechon* silbaron y gritaron alegremente mostrar su acuerdo con las palabras de su capitán.

Con el *Torado* encallado a unos doscientos metros a babor y a popa del *Perechon*, Melas empezó a aumentar más incluso su ventaja sobre la única nave rival que quedaba, el barco minotauro. Cuando el *Torado* empezaba a escorar, su tripulación empezó a bajar una chalupa hasta el agua. La barca tendría que hacer dos viajes para transportar los más de veinte marineros hasta la costa. Maq pudo imaginar los sentimientos de esos hombres y casi sentía pena por ellos, pero rápidamente descartó esa emoción a sabiendas de que un corazón débil era de muy poco provecho en mar abierto.

Cuando la joven bajó de la jarcia y estaba a punto de volver su atención a otra cosa, como ver dónde se había metido Averon, una extraña turbulencia en el agua que rodeaba el *Torado* atrajo su interés.

—Averon, ¿qué opinas de eso? —le preguntó Maq, al divisarlo en la batayola.

—Bueno —respondió el primer oficial, que sacó un pequeño catalejo plegable de su bolsillo y se lo colocó en el ojo—, está claro que Limrod ha conseguido más de lo que esperaba con su atajo. Echa un vistazo. —Averon le dio a Maq el telescopio y chilló a Melas para que sacara el suyo y lo apuntara hacia el *Torado*.

Maquesta no pudo, en un principio, adivinar lo que Averon quería decir. Podía ver a Limrod al timón, gesticulando hacia su tripulación; pero entonces, al recorrer la nave, unas extrañas formaciones de algas que colgaban de los lados del *Torado*.

—¿Esas algas, de dónde...? —comenzó a preguntar Maquesta, luego se detuvo, con todos sus sentidos puestos en que ocurría en el *Torado*—. Esas algas se mueven —murmuró la joven.

Los gestos de Limrod se habían hecho más enérgicos ahora, y en cada uno de ellos asomaba el terror que debía de sentir. Su primer oficial, un apuesto semiogro, tenía un arpón en una mano y estaba clavándolo en un trozo de alga que se movía por encima de la batayola. El resto de la tripulación visible estaba como paralizada y la chalupa colgaba a mitad de camino del agua, balanceándose levemente.

Las masas de algas seguían en movimiento. A Maq se le encogió el estómago y sintió que le flaqueaban las rodillas; incluso a esta distancia sabía lo que le esperaba a la tripulación. Al centrar su catalejo en uno de los montones verdosos confirmó sus sospechas: las algas eran realmente largas hebras de pelo verde pertenecientes a la criatura más temible de estas aguas: la arpía de mar. Maq sintió un escalofrío; la aparición de estas criaturas la llenaba de terror. Una de ellas se volvió hacia el *Perechon*, y Maq pudo apreciar su piel de un color amarillo sucio. Las protuberancias óseas de sus dedos estaban adornadas con manchas de escamas verdes y sus uñas increíblemente largas parecían garras sucias. Los ojos del ser eran puntos rojos, del color de un atardecer antes de una tormenta. Por un instante pareció como si la

marchita criatura le estuviera devolviendo la mirada a Maq, pero ésta sabía que el *Perechon* estaba demasiado lejos. El aspecto cadavérico de las arpías tenía el poder de asustar a las futuras víctimas, provocándoles una debilidad momentánea, lo que les permitía acercarse a sus objetivos y fulminarlos con una mirada mortal que los dejaba indefensos; entonces las criaturas se acercaban para la matanza. Los marineros decían que las arpías de mar sólo vivían para matar, y que comían sólo una parte de lo que aniquilaban.

Más arpías habían subido al *Torado* por el lado más alejado. ¡Ya debía de haber dos docenas! Maq enfocó con el catalejo a una de las arpías que se acercaba a un marinero que había conseguido pasar una pierna por encima de la batayola antes de ser inmovilizado. Unos brazos flacuchos, con manos que acababan en uñas como garras, salieron de entre los pelos que parecían algas y agarraron al indefenso hombre. Maq observó incrédula cómo esos brazos aparentemente decrepitos rompieron con tiran facilidad el cuello del marinero, a continuación le arrancaron al pobre hombre un brazo como si fuera una pata de pollo, y luego la criatura empezó a masticarlo. La bestia empujó el resto del cuerpo por encima de la borda, al agua, antes de comenzar a buscar otra víctima. Las arpías de mar efectuaron ataques parecidos contra todos y cada uno de los marineros del *Torado*. Sólo el capitán y su primer oficial parecían ofrecer algo de resistencia.

—¿No podemos hacer algo? —se oyó decir Maq—. Tenemos que hacer algo. — Pero sus palabras no obtuvieron respuesta.

La joven observó cómo Limrod usaba su alfanje para destripar a una de las arpías. Una sustancia negro-verdosa fluyó del estómago del ser a la cubierta, pero aun así, la criatura no murió sino que miró fijamente a su adversario y elevó sus sucias garras, pasándolas como un rastrillo por el rostro del capitán. Maq estaba muy lejos para oír nada; pero vio cómo Limrod abría la boca e imaginó que estaba gritando de dolor. El hombre no se rindió, y trazó otro arco con su arma, asestando esta vez el golpe entre la cabeza y el hombro de la arpía. El ser se retorció de forma salvaje y cayó sobre la cubierta. Limrod, sin detenerse, pasó por encima del cadáver y empezó a enfrentarse a otro monstruo. El capitán del *Torado* era fuerte, pero ya no era un hombre joven, e incluso a doscientos metros, Maquesta pudo ver que sus sablazos iban perdiendo fuerza por la fatiga.

Maq se mordió el labio inferior y mentalmente le urgió a moverse más rápido, a asestar golpes más fuertes y a retroceder hasta el castillo de popa para protegerse las espaldas. La joven emitió un suspiro de alivio cuando la segunda criatura a la que se enfrentaba el capitán cayó muerta sobre la cubierta; pero había ya otras tres para ocupar su sitio. El trío se le acercó lentamente, quizá disfrutando del momento o tal vez inquietas ante el hombretón que parecía inmune a su mirada paralizante. Empezaron a rodearlo, pero él se movía con rapidez y, escogiendo un objetivo, lanzó

un sablazo que le cortó la pierna a la más pequeña de las arpías. La criatura cayó retorciéndose, y sus dos compañeras se acercaron más, al parecer indiferentes al destino de su congénere.

Una de ellas agarró el brazo armado del capitán, clavando las garras y mordiendo fuerte con lo que Maq imaginaba que serían dientes pútridos y afilados, y Limrod tuvo que soltar su arma. El otro ser atacó al capitán por detrás, clavándole las garras en la espalda. Maq apartó un instante la mirada tras ver cómo se desgarraban la camisa y la piel de Limrod; al volver a mirar, el capitán estaba boca abajo, y las dos arpías luchaban sobre él. Maquesta pudo ver que el hombre no estaba muerto, pues intentaba incorporarse.

En ese momento apareció en su campo de visión otro marinero, el primer oficial del *Torado*. El alto semiogro soltó una patada a una de las arpías para quitarla de encima de su capitán y clavó una cabilla entre las paletillas de la otra. Después ayudó a Limrod a incorporarse de la cubierta, y los dos se colocaron espalda contra espalda, manteniendo a raya un número cada vez mayor de arpías.

Durante unos instantes Maquesta creyó que entre los dos serían capaces de hacer retroceder a las horribles criaturas, pero las arpías eran demasiado numerosas. Tras ver perecer a otras cuantas bestias, contempló cómo el capitán caía de rodillas, sucumbiendo al fin a sus horribles heridas. La joven recorrió con el catalejo el resto del *Torado* y un nudo le atenazó la garganta: la cubierta estaba embadurnada de rojo y por las portas de babor caían riachuelos de sangre.

—Si esas criaturas no eran razón suficiente para abandonar estas aguas, esa sangre sí que lo es —avisó Averno—. En cuanto se diluya en el agua tendremos aquí a todos los tiburones toro y a todas las barracudas de varios kilómetros a la redonda. Melas, ¿no podemos ganar velocidad? —le pidió el primer oficial al capitán.

—¡Espera! —imploró Maq, agarrando el brazo de Averno—. ¿No podemos intentar ayudarlos? ¿No podemos hacer algo? —Esta vez consiguió que alguien le hiciera caso, pero de poco le sirvió.

—¿Qué quieres que hagamos, chica? —respondió Averno apartando con impaciencia la mano de Maq—. Si nos acercásemos a menos de diez metros del *Torado* las arpías podrían usar sus poderes para paralizarnos, lo único que haríamos sería entregarles el postre en una bandeja. Más fácil, imposible. No gracias, Maq.

Averno hizo señales a varios tripulantes cercanos para que le ayudaran a largar las velas que acababan de fijar. Los marineros estaban asustados, y ansiosos por abandonar la zona, pero dudaron, esperando oír las órdenes de Melas.

—Pero no podemos abandonarlos a su suerte. Aún veo marineros con vida —insistió Maq. La joven seguía mirando por el catalejo, observando la sangrienta lucha en el *Torado*; la carrera había perdido importancia de repente.

—Ahora lo único que podemos hacer es ayudarnos a nosotros mismos yéndonos

de aquí tan rápido como podamos —dijo el primer oficial—, antes de que las arpías de mar empiecen a buscar otro objetivo o lleguen los tiburones toro. Cuando se junta un banco de esos escualos y se les abre el apetito, pueden incluso abrir un boquete a golpes en el casco de un barco tan grande como el nuestro. ¡Vayámonos de aquí!

Averon dirigía estas últimas palabras tanto a Melas como a Maq, pero miraba fijamente a su amigo y capitán. Maquesta apartó su atención del *Torado* para implorar con la mirada a su padre. Melas seguía aferrando con firmeza el timón; pero la joven pudo ver que su rostro había perdido color bajo la piel morena.

—Padre... —insistió la joven.

—No. Averon tiene razón —se pronunció finalmente el capitán—. No podemos hacer nada —dijo con gesto torvo—. No, si no queremos morir con ellos, y yo desde luego que no. Además, Maq, cuando llegásemos hasta allí ya no habría nadie a quien rescatar. —Tras pronunciar esas palabras y echar un último vistazo al *Torado* agarró con mayor firmeza el gobernalle—. ¡Vartan! ¡Ve con Hvel y largad la gavia de la mayor! Veamos cuánto tardamos realmente en enhebrar esta aguja. Tendremos que apresurarnos, pues el *Katos* está acortando distancia. ¡Tenemos que pasar antes que ellos!

Mientras Melas estaba virando el *Perechon* hacia el oeste, a fin de situarlo en la posición ideal para entrar en el Ojo del Toro, Vartan, que estaba encaramado al palo mayor, llamó su atención. Maquesta vio que el *Katos* le recortaba terreno al *Perechon*, indiferente también a lo que ocurría en el *Torado*, sin detenerse siquiera para ver lo que allí ocurría.

—Capitán, a estribor y a popa. ¿Qué crees que puede ser? —La voz de Vartan traslucía temor.

Melas, Maq, Averon y todos los que estaban en cubierta miraron hacia donde indicaba Vartan y vieron la espumosa cresta de una ola que parecía estar persiguiendo al *Perechon*. Bajo la espuma blanca, el agua relucía de color aguamarina en el sol de la mañana. Se movía a una velocidad increíble, acercándose por momentos al *Perechon*.

—¿Qué dices, capitán? ¿Ocupamos nuestros puestos en los remos? —preguntó Hvel, quien acababa de ayudar a Vartan con la gavia. La tripulación interrumpió lo que hacía, esperando la respuesta de Melas, a sabiendas de que usar los remos infringiría el reglamento de la carrera. La tripulación del *Katos* vería que extendían los remos y ganaría por descalificación. El capitán mantenía toda su atención concentrada en la extraña ola, usando el catalejo para una mejor visión.

—¡Vartan, coge el timón! ¡Averon, Maquesta, tirad una escala de sogas por estribor, y manteneos atentos! —ordenó Melas, casi con enfado, luego bajó aprisa por las escaleras de la cubierta de popa en cuanto Vartan cogió el timón. Maq miró a Averon con gesto interrogante, pero en silencio. Éste se encogió de hombros como

única respuesta. Era indudable que el primer oficial tenía tan poca idea como ella de lo que estaba pasando. Maq observó con aprensión cómo se acercaba la ola. ¿Una arpía de mar? Estaba claro que no era un tiburón toro; los escualos no se movían tan deprisa.

—¡Mirad, el *Katos* nos ha alcanzado! —gritó uno de los marineros—. No podemos permitirnos parar. ¡Tenemos que seguir adelante!

Melas hizo caso omiso del aviso y, con una agilidad impresionante, saltó sobre la borda y empezó a descender por la escala.

—Padre, por todo Krynn, ¿se puede saber qué haces? ¡Ten cuidado! —Al caer en la cuenta de que aún tenía el catalejo de Averon, Maq lo sacó y estaba a punto de utilizarlo cuando un relincho agudo detuvo su mano.

—¡Hipocampos! —gritó Averon—. ¡Un corcel de mar!

Aliviada, pero aún curiosa, Maq se asomó por la borda, si bien su gesto era ahora de expectación. Todos los marineros habían oído historias, o conocían a alguien que conocía a otro al que habían ayudado los benevolentes corceles de mar a los que se llamaba hipocampos; pero Maq nunca había visto ninguno. Se inclinó más sobre la borda, mirando fijamente la ola, segura de que la originaban unos hipocampos que traían algo al barco.

Transcurridos un par de minutos, Maquesta pudo distinguir tres criaturas parecidas a caballos que se acercaban a gran velocidad al *Perechon*. Sus equinas cabezas, culminadas por crines de largas aletas iridiscentes, se elevaban por encima de la espuma, lo que creaba la ilusión de que se desplazaba sobre la ola. Cuando se acercaron, Maq vio que eran los propios hipocampos los que agitaban el agua con sus poderosas extremidades anteriores. Ellos creaban la ola.

La ola disminuyó de altura cuando los hipocampos frenaron su marcha para acercarse a Melas, quien estaba ya al final de la escala, con una mano libre y el otro brazo entrelazado en la soga de cáñamo. Al calmarse el agua, Maquesta pudo distinguir mejor los rasgos de los animales. Uno de ellos, el más cercano al barco, era de color aguamarina; otro era de color marfil, mientras que el tercero era de color verde claro, casi como el mar. Las patas anteriores y el torso eran como los de un caballo y estaban recubiertos de pelo corto, pero los cascos eran aletas membranosas y al final de las costillas de los hipocampos había unas fuertes y largas aletas caudales. Era como si los dioses hubieran combinado los mejores atributos de los peces y de los caballos para crear esas criaturas. Las colas y las aletas dorsales triangulares se agitaban lentamente en el agua para mantener las cabezas de los hipocampos por encima de la superficie marina.

Dos de los animales se mantuvieron quietos, mientras el más grande se elevó sobre el agua agitando la cola con fuerza, para intentar alcanzar a Melas. El sol se reflejó sobre su piel de color aguamarina, haciéndola brillar con gran intensidad.

Tenía tres grandes agallas a cada lado, donde la cabeza se unía con el musculoso cuello, lo cual le permitía respirar tanto en el agua como fuera de ella. Así, de cerca, Maq pudo ver que la crin era realmente una membrana flexible que parecía una aleta y que crecía desde el centro del cuello del hipocampo.

El animal se detuvo ante el capitán del *Perechon* y lo miró fijamente a la par que bajaba la cabeza a modo de saludo, al que Melas respondió del mismo modo. Después, el hipocampo alzó de nuevo la testa para emitir un suave relincho, se giró de lado, y presentó su flanco a Melas. Enganchado al dorso del corcel había un revoltijo de ropas mojadas. Melas se agachó y las rodeó con su poderoso brazo. ¡Entonces se apercibió Maquesta de que dentro de las ropas había una persona! Melas y el hipocampo se saludaron de nuevo y entonces el corcel se unió de nuevo a sus compañeros y se alejó velozmente. Melas echó el peso de la persona sobre sus hombros y trepó lentamente por la escala, un logro que habría sido imposible para un hombre más pequeño y débil.

—Llamad a Lendle —farfulló Melas después de que Maq y Averon lo ayudaran a soltar su carga sobre la cubierta. Maq quedó boquiabierto de sorpresa cuando vio al hombre que estaba allí tendido. Era el primer oficial del *Torado*, el apuesto semiogro al que había visto batallar contra las arpías de mar. Tenía las ropas hechas jirones y el cuerpo cubierto de arañazos de las garras de las arpías. En medio del pecho tenía un profundo mordisco, donde una de las bestias le había clavado los dientes. El cabello del semiogro, largo y rubio, trenzado desde la nuca hasta la mitad de la espalda, estaba lleno de sangre, y la tira de cuero que lo sujetaba estaba desgastada. El fino bigote se le había pegado a la cara por el agua del mar, y tenía una gran herida sangrante que iba desde el pómulo derecho hasta la mandíbula. Maq pensó que probablemente le dejaría una cicatriz.

—Se llama Fritzen Dorgaard —anunció Melas—. Lleva tres años navegando con Limrod. —El capitán recorrió la cubierta con la mirada y señaló a dos marineros musculosos—. Llevad a Fritz abajo, al camarote de la tripulación, y ved qué puede hacer Lendle por él. Me sorprende que el semiogro haya abandonado el barco, claro que quizá no lo hizo, tal vez los corceles se lo llevaron de allí. En cualquier caso, debe de ser el único superviviente.

Melas y Maq contemplaron a Fritzen: tenía la respiración débil, y sus ojos, abiertos de par en par, estaban vidriosos.

—Pobre hombre —dijo tristemente el capitán—. Probablemente sólo ve lo que tiene grabado en la mente. Si sobrevive, lo enrolaré. Tengo entendido que es una buena persona, un acróbata que cambió la vida en el circo por la de la mar. —Melas se alejó lentamente del semiogro hasta situarse en el centro del *Perechon*—. ¡Y los demás, vamos, a mover el barco! Tenemos una carrera que ganar, y estamos perdiendo el tiempo.

Tras echar una última mirada preocupada al primer oficial del *Torado*, Melas subió aprisa las escaleras de la cubierta de popa y retomó el timón de las manos de Vartan mientras gritaba órdenes al resto de la tripulación. Lendle, que había llegado de la cocina, se llevó a Fritzen con la ayuda de otros dos marineros. Maq desechó la sorpresa y la fascinación que sentía y se concentró de nuevo en ganar la carrera.

El retraso acumulado por el *Perechon* al detenerse para recoger a Fritzen permitió al *Katos* hacer algo que no había podido lograr por sus propios medios durante día y medio: acceder al liderato de la carrera. La embarcación navegaba ya por el Ojo del Toro, y había puesto casi una legua de por medio entre ella y el *Perechon*. Estas aguas en particular daban pocas posibilidades de maniobra a Melas para intentar adelantarla. En el lado de Mithas se elevaban unos inmensos acantilados que hacían rebotar con fuerza las olas que rompían contra ellos, chocando así contra otras olas y creando un gran estruendo y una pared de agua casi vertical. En el lado de Kothas, el agua parecía estar más en calma; sin embargo, Melas sabía que bajo la superficie se ocultaban corriente traicioneras y arrecifes mortales que albergaban bandadas de arpías de mar.

—¡Tendremos que aproximarnos al *Katos* todo lo que nos atrevamos, y luego intentar recuperar el liderato en cuanto salgamos del canal! —gritó Melas, en un intento de hacerse oír por encima del estruendo del agua.

El *Perechon* cabeceaba y escoraba mientras perseguía a la embarcación minotaura por el Ojo del Toro. El agua subía y bajaba formando gran cantidad de espuma que se derramaba por encima de la cubierta, zarandeando a los marineros que corrían en busca de algo a lo que agarrarse. Maquesta se sujetó a la jarcia e intentó trepar por la escala de sogas del palo mayor. Quería conseguir una buena visión para comprobar cuánta ventaja les sacaba el *Katos* pero, tras ascender unos tres metros, decidió que era mejor detenerse. La joven enlazó los brazos a las sogas y se sujetó con fuerza mientras el *Perechon* continuaba su baile por encima de las aguas turbulentas. Vio que uno de los marineros más novatos se aferraba al cabestrante y se retorció con arcadas y vómitos por el mareo. Maq torció el gesto con desaprobación al pensar que si su padre reparaba en el marinero bisoño, le echaría una severa reprimenda antes de conminarlo a buscarse un trabajo en otro lugar.

Una ola imponente rompió contra la proa del barco, lanzando un muro de agua sobre el desafortunado marinero. Maq se sonrió, pero después debió preocuparse por ella misma cuando el barco sufrió una nueva sacudida. Se agarró a la escala con más fuerza, pero sus piernas se soltaron y quedó colgada, como una bandera ondeando al viento. Al mirar hacia arriba, vio que la gavia se ponía tirante contra los mástiles y oyó cómo crujía la larga madera; pero tras un momento soltó un suspiro de alivio cuando el barco atravesó el Ojo y las aguas empezaron a calmarse.

El marinero mareado recuperó la compostura, y se entretuvo comprobando la

jarcia. Maq lo observó durante unos instantes con una gran sonrisa en el rostro y luego trepó para ver mejor al *Katos*. Melas estaba maniobrando para situar al *Perechon* a popa de la nave minotaura en cuanto empezaron a acercarse al final del canal.

—Más rápido, más rápido —les urgió Maq mientras trepaba e inspeccionaba las velas. La tela y la jarcia estaban aguantando bien; pero se instó a recordar que debía convencer a su padre de que invirtiera parte del dinero del premio que iban a ganar en una gavia nueva. La que tenían ya había sido remendada demasiadas veces.

El *Perechon* y el *Katos* salieron finalmente del canal, y Maquesta descendió por las sogas para correr al lado de su padre.

—¡Tira fuerte! —bramó el capitán, empujándola hacia la rueda. La joven se agarró con fuerza a dos de las cabillas e hizo girar el gobernalle hacia la derecha. Ese movimiento se multiplicó por el sistema de poleas e hizo moverse el timón, con lo que el *Perechon* se acercó al lado de estribor del *Katos*—. ¡Mantenla así! —gritó de nuevo Melas, quien elevó la voz para que se le oyera por encima del ruido que hacían las velas sacudidas por el viento—. ¡Yo voy a intentar ajustar la jarcia para ver si podemos aumentar un poco la velocidad!

Maquesta se estremeció de la emoción. La habían dejado al timón en el momento crucial de la carrera. El *Perechon* había participado en muchos torneos parecidos, pero ésta era la primera vez que alguno de los barcos rivales ofrecía una resistencia seria. Se le aceleró la respiración y notó el fuerte palpito de su corazón. El rumbo que puso acercó tanto su barco al *Katos* que imaginó que podía oír las conversaciones de los minotauros que estaban en cubierta. Aprovechó para mirar hacia un lado y vio al capitán y a sus oficiales manejando esforzadamente el timón. Otro grupo de minotauros trabajaba en la jarcia, pero la joven dudó de que tuvieran la pericia de su padre.

Maq colocó una mano en la cabilla mayor, aquella que está hacia arriba cuando el timón está recto, y viró todo a babor, alejándose del *Katos* y acercándose peligrosamente a la traicionera costa. La joven dudaba mucho que su padre hubiera intentado esta maniobra, y probablemente se lo habría impedido si hubiera estado más cerca. Maquesta no quería arriesgarse a que las dos naves chocaran en esas aguas impredecibles, y quería probar a hacer lo mismo que había intentado Limrod, pero en aguas un poco más profundas. Sabía que el *Perechon* tenía menor calado que el *Torado* y ansiaba, en secreto, impresionar a su padre y demostrarles algo al resto de la tripulación. Un chorro de agua salada le salpicó la cara, refrescándola. Al mirar de reojo de nuevo, notó que el *Perechon* había adquirido ventaja y se estaba alejando del *Katos*. ¡Su maniobra conseguido que el *Perechon* recobrar el liderato!

Los marineros de la cubierta del *Perechon* prorrumpieron en vítores y una fuerte aclamación a su espalda indicó que volvía su padre. Melas le golpeó la espalda con

fuerza.

—¡Buen trabajo, Maquesta! —la felicitó el capitán, radiante de alegría—. Y me alegro de haber acertado al darte el timón, porque yo no habría acometido esa maniobra —añadió con voz más queda—. Y espero no pillarte de nuevo intentando algo así. He hecho algunos ajustes, que nos ayudarán a cobrar mayor velocidad. Supondrá un mayor riesgo para las velas y la jarcia, pero necesitamos ganar esta competición.

Maq le dedicó una sonrisa y dio un paso hacia atrás cediendo el timón, olvidada ya la regañina. Nada podía empañar su alegría. Había triunfado allí donde había fracasado el *Torado*, acercando el *Perechon* a la costa de Mithas; había pasado entre el *Katos* y la costa, recobrando el liderato con creces.

El cálido sol de un atardecer veraniego calentaba la piel de Maq mientras ésta se permitía pensar en las celebraciones que sabía tendrían lugar esa noche en Lacynes. La joven sonrió a su padre, y éste, que seguía al timón, le guiñó un ojo. Maq había permanecido en la cubierta posterior, donde podía oír cualquier orden de Melas, mientras éste seguía incrementando la distancia que le sacaban al *Katos*. Maq había realizado las tareas que le habían sido encomendadas, al igual que hacía desde su niñez, escuchando cómo Melas le explicaba su estrategia: por qué había que disponer las velas de determinada manera, los posibles riesgos o ventajas de las aguas que tenían delante, y cómo se sentía de distinta forma la cabilla mayor según fuesen las condiciones del agua. Cuando Maq era más joven, a menudo se les unía Averon, y Maq y su padre pasaban horas hablando acerca de los detalles sutiles de la navegación, mientras que el dicharachero primer oficial ofrecía su opinión de cuando en cuando. Últimamente, sin embargo, esas charlas habían pasado a ser un asunto exclusivo entre padre e hija. Se alentaba a todos los demás, Averon incluido, a no interrumpirles excepto por un asunto de importancia extrema. Melas solicitaba, cada vez con mayor frecuencia, la opinión de Maq, cuyos conocimientos y experiencia crecían, en lugar de la de Averon, lo que siempre hacía que la joven se hinchiera de orgullo.

Ahora, de nuevo, el *Katos* navegaba por detrás del *Perechon* a una distancia estable de casi una legua, incapaz de recortar la ventaja. Si los vientos se mantenían constantes, Maquesta estimaba que entrarían navegando en la bahía del Cuerno para anotarse la victoria una hora antes de que oscureciera. La joven recordó que debía hablar con su padre acerca de comprar una nueva gavia para la mayor, pues aunque los minotauros no construían sus barcos tan bien como las otras razas, eran expertos artesanos de velas, y en Lacynes se podían adquirir unas velas excelentes.

Una extraña sensación se abrió camino en su mente.

—Padre —comentó Maq—, ¿no te parece extraño que no hubiéramos visto ni oído nada acerca del *Katos* antes de hoy?

—Krynn no es un lugar pequeño —contestó Melas—. Hay puertos que no hemos visitado, aguas por las que nunca hemos navegado.

—No son muchos —continuó Maq, mirando pensativa al *Katos*—, y, a juzgar por su diseño, parece una nave del Mar Sangriento. Yo pensaba que ya conocíamos todos los barcos que había por aquí. Por lo menos parece una embarcación del Mar Sangriento excepto por un detalle. ¿Te has fijado?

—Sí —respondió Melas—. Es un poco raro, pero no totalmente desconocido, Maquesta.

Ambos se referían a un toldo a rayas que se extendía desde la base de la cubierta superior de popa, por encima de la cubierta principal del *Katos*, con tres paredes para que pareciera una pequeña tienda de campaña cerrada.

—Yo odiaría tener que trabajar alrededor de eso en nuestra cubierta principal —apuntó Maq—. Me pregunto... Espera un momento. —Maq, que había estado contemplando el *Katos* relajadamente, observó con más detenimiento la otra embarcación.

»¿Ha rolando el viento? —La joven no había notado ningún cambio, y al comprobar el velamen del *Perechon*, Maq vio que el viento seguía igual. Miró de nuevo a la otra nave—. ¡Padre, no sé cómo lo estará haciendo, pero el *Katos* está acortando distancia!

—¡¿Qué?! —bramó Melas—. ¡Maquesta, ven aquí! —El capitán le indicó que tomara el timón y luego se detuvo, con los brazos en jarras, mirando de hito en hito al *Katos*. Sacó su catalejo del bolsillo, lo extendió, y miró por él. Una retahíla de palabras malsonantes salió de su boca, metió bruscamente el catalejo de nuevo en el bolsillo y saltó para bajar la escalera que llevaba a la cubierta principal—. ¡Averon, échame una mano aquí! ¡Vartan, Hvel, al palo de trinquete!

Melas gritaba una orden tras otra, para que la tripulación ajustara primero una vela y después otra, mientras le gritaba órdenes a Maq, quien seguía al timón. Los marineros trabajaron de forma frenética, pero el *Katos* seguía acortando distancia.

Maq agarró el gobernalle con fuerza para que no se moviera. Su corazón palpitaba de alegría, ya que de nuevo le habían encomendado pilotar en un momento importante. Su mano derecha se cerró sobre la cabilla principal a la par que los nervios amenazaban con atenazarle el corazón hasta hacerlo detenerse. ¡Corrían peligro de ser adelantados de nuevo!

La joven echó un vistazo por encima del hombro para ver que, a pesar de todos los esfuerzos de la tripulación y a sólo una hora de la bahía del Cuerno, el *Katos* seguía recortando la ventaja del *Perechon*. ¡Qué ignominia! Maq sintió vergüenza de sus emociones, tan egoístas; pero le remordía una combinación de ira y sonrojo al pensar que ella pilotaba el *Perechon* en el momento en que se encaminaban hacia una derrota.

El velamen del *Perechon* crujió al viento; Melas había ordenado que largaran hasta el último centímetro de tela y dirigía las velas para sacar el máximo provecho del más mínimo soplo de viento. El *Perechon* cortaba el mar y brincaba por encima de las olas con una energía nunca vista. La espuma del mar humedeció el rostro de Maquesta e hizo que el pelo se le pegara a la cara. La joven estaba aprovechando cada gramo de su peso en un esfuerzo por sujetar el timón y mantener el rumbo de la nave. Pensó en la posibilidad de atar un cabo a la batayola de la cubierta de popa para que le sirviera de ayuda y miró a su alrededor por si veía algo útil. Al levantar de nuevo la mirada vio que su padre estaba de pie a su lado. Melas oteaba hacia la mar con el entrecejo fruncido y, con sólo mirarle a la cara, Maq supo que las cosas no iban bien.

Pero, al echar una ojeada por encima del hombro, Maq estuvo a punto de saltar de alegría. ¡El mar estaba vacío! Debían de haberle sacado mucha distancia al *Katos*. Pasado un instante se apercibió de que el mar de popa estaba vacío porque el *Katos* navegaba parejo con el *Perechon*. Tras hacerle a su hija un ademán con la cabeza, Melas tomó de nuevo el timón. Tras unos momentos, tanto el padre como la hija sacudieron la cabeza para aclararse los oídos, pero los dos siguieron oyéndolo, aunque tenuemente al principio: un sonido agudo de instrumento de viento, que sonaba exactamente como si alguien estuviera tocando una giga con la flauta.

El *Katos* navegaba aún parejo, aunque aparentemente incapaz de situarse en cabeza. La música se hizo más fuerte, más insistente. Maq y Melas se miraron con el mismo gesto desconcertado: ¿de dónde venía ese sonido? La lenta comprensión de su procedencia hizo que se frunciera aún más el entrecejo del capitán. ¿Quién, en Krynn, estaría tocando la flauta en el tramo final de una carrera?

—Si lo que quieren es levantar con ello el ánimo en su barco —comentó excitada Maq—, me apuesto algo a que no funciona. ¡Circo que son incapaces de adelantarnos! ¿Qué opinas, padre...?

La joven nunca acabó la pregunta. La giga se interrumpió de repente, y Maquesta creyó ver cómo las velas del *Katos* perdían algo de tensión pero, surcando de nuevo las olas, volvió a oírse la música, aunque esta vez la melodía era casi obsesiva y el tono era más agudo que el de la giga. De forma inexplicable, el *Perechon* se vio zarandeado por vientos contrarios, cuyas ráfagas llenaron los ojos de la tripulación de polvo y serrín. Las velas del *Perechon* se tensaron y crujieron, llenándose por momentos de un viento y luego de otro. Los grandes palos crujían de forma amenazadora como si estuvieran sintiendo dolor, tensados al límite.

—¡Arriad las velas! —bramó Melas desde el timón ¡Arriad las velas o vamos a perder los palos!

Protegiéndose los ojos del polvo con el antebrazo, Maq abrió camino hasta el palo de mesana donde Averon y otros cuantos marineros estaban intentando arriar ambas

velas.

—Alguien va a tener que subir hasta la botavara —le gritó Averon al oído—. Parte del aparejo de la gavia se ha enganchado en algo. Toma, ocúpate de esta soga y yo subiré.

Maq negó con la cabeza y empezó a trepar por la jarcia. La joven sabía cuál era el problema, porque ya se había preocupado antes de la gavia. Vio que Averon le estaba diciendo algo porque tenía la boca abierta, pero el viento se llevaba el sonido. Maq era una de las mejores trepadoras de la tripulación, y se le daría mejor desenganchar una vela que sujetar un cabo, lo que necesitaba más fuerza que maña. Además, como siempre, creía tener algo que demostrar a la tripulación.

Maq subió centímetro a centímetro por la jarcia, sacudida por el viento y guiándose más por el tacto que por la vista. El polvo era cegador y la obligaba a cerrar los ojos. Entonces, cuando casi había alcanzado la botavara, la turbonada de viento se detuvo de repente, igual que había comenzado. Al parpadear para limpiarse los ojos, Maq observó que el cielo seguía sin nubes, que brillaba el sol y que el *Katos* navegaba por delante de ellos, a gran distancia, aparentemente sin el estorbo de los vientos cambiantes. La joven trabajó en la gavia hasta conseguir soltar el pliegue antes de mirar de nuevo a la nave minotaura.

Maquesta atisbó sobre la cubierta del *Katos* una figura esbelta, envuelta en una capa con capucha. Juzgó que no debía de ser un minotauro, pues no se veía la forma de los cuernos bajo la tela. Antes de que la joven pudiera estudiar más a fondo al personaje, éste se metió de nuevo dentro del toldo.

Traición

—Adelante.

La invitación fue pronunciada con dificultad. Maquesta había esperado que su padre bebiera la cerveza que había a bordo, y que lo hiciera en abundancia; lo que le sorprendió fue que se hubiera ido solo a su camarote después de que el *Perechon* hubiera entrado, sin pena ni gloria, en el puerto de Lacynes, justo a tiempo de poder ver como una barcaza engalanada se llevaba a un grupo de tripulantes del *Katos*, al parecer para ir a cobrar el premio por ganar la carrera. El capitán bebió en solitario, con sólo un par de grandes jarras del espumoso brebaje por compañía. La joven le dedicó una mirada antes de darse la vuelta y marcharse. Volvería luego, cuando su padre estuviera sobrio o durmiendo la mona.

Maq se encaminó a la cubierta superior de popa, con un libro y un quinqué de aceite. Su puesto en el timón estaba vacío ahora que el *Perechon* se hallaba anclado en la bahía del Cuerno. Sin embargo, aunque se encontraba en el extremo más alejado de la cocina y de los camarotes de los marineros, Maq todavía podía oír casi todo el velatorio que hacían los hombres para lamentarse del fracaso del *Perechon* y ahogar sus penas.

Horas después, la mayor parte del ruido había cesado y varios de los marineros habían subido dando traspiés hasta la cubierta y se habían desplomado, incluido Vartan, a quien Maq pudo ver tendido en la cubierta principal. Aquellos que todavía permanecían en la cocina se habían dedicado a beber aún con más empeño. Pero Melas seguía sin salir de su camarote ni Averno se había unido a él, y ambas cosas le parecían extrañas a Maq. En condiciones normales, los dos estarían en medio del fregado con el resto de sus hombres. Maq no bebía casi y, desde luego, nunca con los marineros. No quería exponerse a perder el control y que la pudieran ridiculizar.

En cualquier caso, Maq prefería leer para distraerse. Su madre, que había sido maestra en un pueblo elfo, le leía a menudo tanto en la lengua común de los humanos como en el cadencioso idioma elfo, y Maq siempre se acordaba de su madre al leer. Eso la reconfortaba mucho aunque sólo estuviera leyendo una vieja gaceta marinera o una antigua carta marina. Empero, esa noche, dándole vueltas a la derrota del *Perechon*, Maq leyó muy poco antes de decidirse de nuevo a visitar a su padre.

La joven se detuvo dubitativa al empujar la puerta del camarote de Melas. Estaba oscuro, iluminado sólo por la luz de las lunas de Krynn que entraba por las portillas

de ambos lados del camarote. El capitán se había desplomado sobre su mesa, que estaba repleta de hojas de papel, y a sus pies había dos jarras de cerveza vacías.

Al acercarse, Maq esperó que su rostro no delatara la angustia que sentía. Su padre estaba llorando. Ella no había vuelto a ver sus lágrimas desde la desaparición de su madre. Melas había llorado tanto entonces, solía decir, que se le habían secado las lágrimas. Pero ahora lloraba de nuevo.

—Padre, ¿qué pasa? —Maq se arrodilló a los pies de Melas, y alzó la mirada—. Sólo era una carrera. Habrá más en las que competir y ganar, otros premios que embolsarnos. La tripulación podrá esperar para cobrar. Ya lo han hecho antes y no te van a abandonar ahora.

—Ah, no, Maquesta. —Melas giró la cabeza para que su hija no le viera llorar—. Era más que una carrera, era el *Perechon*. —El cuerpo de Melas se sacudió con un intenso sollozo. El capitán se pasó un musculoso antebrazo por el rostro, enjugándose las últimas lágrimas, y se volvió de nuevo para mirar a su hija directamente a los ojos, en apariencia dueño de sí otra vez—. Ya lo he dicho.

Su hija lo miró y le acarició la cabeza con la mano.

—¿Que has dicho qué? —preguntó Maq, contemplando a su padre con la mirada interrogante—. ¿A qué te refieres? Al *Perechon* no le pasa nada. Está tan bien como siempre. Ninguna nave podría haber navegado a través de la turbonada. Sólo necesita una gavia nueva. —La joven sintió un acceso de vergüenza al recordar su actuación al timón, pensando que quizá podría haber hecho algo cuando el *Katos* los adelantó por segunda vez. Maq se encogió de hombros.

»Justo ahora mismo estaba leyendo en el *Manual de Aficionados al Mar* acerca de una terrible turbonada que...

—No. Maquesta. El *Perechon* sigue siendo la mejor embarcación del Mar Sangriento, y tu papel al timón ha sido insuperable.

Maq pensó que, incluso en su estado actual, su padre sabía lo que ella sentía y notó una oleada de afecto.

—Sólo que el *Perechon* ya no será nuestro barco —continuó Melas, cuya voz se había convertido en un mero susurro. De nuevo intentó evitar la mirada de su hija.

—¿Qué? —El corazón de Maq había dado un vuelco.

—Averon y yo estábamos tan convencidos, tan seguros de que íbamos a ganar la carrera, que apostamos todo lo que teníamos. Mejor dicho, apostamos más de lo que tenemos. Ya sabes el poco dinero que nos quedaba a todos. Y había pasado tanto tiempo desde la última vez que pagué a la tripulación. —Melas hablaba tan deprisa que las palabras le salían entrecortadas.

»El maestro apostador minotauro de Lacynes no quería aceptar nuestro pagaré. En caso de que perdiéramos quería algo más que nuestros nombres en una hoja de papel. Pero nosotros sabíamos que no podíamos perder. Era imposible. Y entonces,

Maquesta, con el dinero del premio más nuestras ganancias... —En la voz de Melas se notaba incluso ahora el entusiasmo que esa perspectiva despertaba en él.

»Con nuestras ganancias no nos habríamos tenido que preocupar por el dinero en mucho tiempo —concluyó Melas—. Sólo que el maestro apostador no aceptó nuestro pagaré, así que pusimos en prenda el *Perechon*.

—Averon no es quien para dejar el barco en prenda, no le pertenece —susurró Maq, cuya voz estaba embargada por la emoción.

—Maquesta, no eches la culpa a Averon. Lo hice yo. Quería hacerlo. Estaba seguro... —Llegado a este punto, Melas sacudió la cabeza, abrumado—. Averon se siente fatal, realmente mal.

—¿Dónde está? —Maq rechazó las ideas tristes que llevaban a la inevitable conclusión de que iba a perder el único hogar que había conocido en su vida—. ¿Por qué no aquí contigo?

—Le dije que se fuera. No me apetecía la compañía de nadie Necesitaba... Necesito arreglar las cosas yo solo —dijo Melas avergonzado y con la cabeza gacha.

Maq abrazó a su padre, aunque era incapaz de abarcar el voluminoso cuerpo, y acurrucó su cabeza contra el pecho del hombretón. Melas acarició los oscuros rizos de su hija y, abrazados ambos, se sintieron reconfortados durante un momento. Se quedaron así hasta que ella le convenció de que debía descansar.

—Se nos ocurrirá algo por la mañana —aseguró Maq—. No te preocupes. De algún modo conseguiremos resolver el problema, como siempre.

Maquesta cerró suavemente la puerta del camarote de Melas, se giró y se topó cara a cara con Averon. El primer oficial extendió una mano hacia el picaporte para abrir la puerta.

—No entres. Por fin he conseguido que se meta en su camastro. Creo que duerme —dijo Maq, con sus ojos fijos Averon, quien trataba por todos los medios de evitar su mirada, cambiando el peso de un pie a otro y dando pasitos hacia atrás mientras hablaban. Al observarlo, Maq cayó en la cuenta de la gravedad de lo que había ocurrido.

»Averon, ¿cómo pudiste utilizar el *Perechon* para garantizar las apuestas? ¿Cómo has podido convencer a mi padre de una cosa así? Es tu mejor amigo, y ahora, lo ha perdido todo.

—Ay, chica, parecía un plan perfecto —respondió débilmente Averon, quien seguía apartándose de la joven.

La ira por el incidente de la camisa de seda y la frustración por la pérdida del *Perechon* estallaron de repente en el interior de Maquesta.

—¿Es así como recompensas a mi padre por ser tu amigo, por darte siempre un hogar y un trabajo al que poder volver cuando llevas semanas vagando por ahí? ¿Le tenías que meter en uno de tus planes irresponsables? Y pronto ninguno de nosotros

tendrá un hogar, en este barco. ¡Estaremos desterrados en esta ciudad minotauro! — La joven acentuó su ataque verbal acercándose al primer oficial.

Averon detuvo su lento retroceso, se irguió y alzó la barbilla. Algo de lo dicho por Maquesta le había escocido.

—He hecho mucho a lo largo de muchos años por Melas y por este barco, y nunca me lo han agradecido. ¡No me quedaré aquí para que me sermoneen! —Dicho eso, Averon giró sobre sus talones y se alejó.

Aún furiosa, Maquesta caminó ruidosamente hacia su camarote, situado al lado del de Melas. Una vez dentro se movió de un lado a otro, intentando tranquilizarse sin éxito. Entonces cogió un libro, encendió un quinqué y se sentó ante su mesilla de lectura. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando la interrumpió el tintineo de una campanita que estaba suspendida del techo. Maq alzó la mirada hacia el instrumento de bronce, suspiró, y se puso de pie. La pequeña campana, que seguía sonando, se soltó del muelle que la sujetaba y fue a golpear a Maq en la cabeza. La joven se agachó, la recogió y la arrojó con todas sus fuerzas a un rincón.

—¡Lendle! —Maq bramó el nombre del gnomo, y siguió farfullando una sarta de maldiciones que sólo podía conocer una joven que hubiese crecido cerca de los puertos de mar. Finalmente se dirigió hacia la puerta, llevando consigo su mal humor.

Fritzen Dorgaard estaba tendido de espaldas en un camastro que Lendle había colocado en la armería, la cual se usaba a veces como enfermería temporal ya que estaba al lado de la cocina, en la que el gnomo confeccionaba sus remedios. Maq se inclinó sobre el marinero herido. Los verdes ojos de Fritzen estaban abiertos de par en par, pero sin ver nada.

Melas había dicho que Fritzen era medio merro, u ogro de mar, y Lendle insistía en que su piel, tostada por el sol, debería tener un tono verdoso. En lugar de eso, parecía que su epidermis había perdido toda tonalidad.

—Una combinación extraña, la de ogro de mar y humano —dijo Maquesta, pero después se mordió la lengua antes de concluir—, bueno, ¿quién soy yo para hablar?

La joven apoyó su mano en la frente del enfermo; estaba fría y pegajosa. La piel de alrededor de la herida que había en su rostro estaba hinchada, y tiraba de los puntos que Lendle acababa de suturar.

—Muygravemuygraveneecesitounpocodebetónica —farfulló Lendle, hablando a la velocidad típica de los gnomos—, onovasobreviviranoserqueyoconsigabetónicapronto.

—¡Para, para! —se quejó Maq—. Tu estúpida campana de llamada me cayó en la cabeza. Me han dado muy malas noticias. Es tarde. Estoy cansada. En otras palabras, no me encuentro en condiciones de aguantar tu parloteo a velocidad de vértigo.

Lendle apretó los labios para mostrar una leve desaprobación hacia quien era su favorita entre los miembros de la tripulación. Con un ademán de la cabeza, señaló a

Fritzen.

—Me hubiera bastado con un simple «más despacio, por favor», Maquesta Nar-Thon. Yo también estoy cansado y no tengo ningunas ganas de que me sermoneen. Me he pasado las últimas tres horas ocupándome de nuestro invitado.

Maq se ruborizó. Había recibido dos regañinas consecutivas por sermonear, aunque echar reprimendas era una práctica bastante frecuente entre los capitanes de barco, que era lo que ella esperaba ser algún día, o por lo menos eso pensaba hasta haber recibido las inesperadas noticias esa misma noche.

—Lo siento —se disculpó Maq—. ¿Cómo está Fritz y para qué me necesitas? Yo no soy una sanadora.

—Su estado es muy grave —contestó Lendle—. ¿Ves esta raja en el antebrazo? —Lendle cogió la muñeca del semiogro y rotó el brazo hacia fuera para que Maq pudiera ver la parte interna más blanda. Había una herida desgarrada de quince centímetros de longitud que penetraba casi hasta el hueso. Los bordes de la lesión exudaban una mucosidad verde y al verla Maq puso una mueca de desagrado.

»Puede que una de las arpías tuviera veneno en las garras y le cortara antes de que los hipocampos lo rescataran —explicó Lendle—, o puede que sea otra cosa. En cualquier caso necesito despertado para hacerle algunas preguntas antes de poder tratarlo. Una herida causada por arpía de mar necesita cuidados especiales. Desgraciadamente, parece que su estado de shock cada vez es más profundo. Le han ocurrido muchas cosas, y puede que no se recupere. La betónica puede hacerle recobrar la conciencia, pero no tengo. Quiero que vayas a Lacynes a comprarla. Me queda un puñado de monedas de cobre y varias de acero. Eso debería de ser más que suficiente. Le he dedicado demasiado tiempo como para dejarlo morir.

—¿No podemos esperar hasta que amanezca? —preguntó Maq—. Me gustaría dormir un poco, y no me atrae nada la idea de caminar por las calles de Lacynes en la oscuridad después de que todos los habitantes se hayan pasado la noche bebiendo.

—Sí, pero debes partir en cuanto empiece a clarear. Y que alguien te acompañe, Maquesta. Iría yo mismo, pero creo que debo quedarme aquí con Fritzen Dorgaard.

Maq asintió con la cabeza y de repente se sintió abrumada por el agotamiento. Regresó hasta su camarote, se dejó caer en el colchón e inmediatamente se quedó dormida.

A la mañana siguiente Maquesta recorrió las calles de Lacynes, intentando caminar por terreno seco a la par que evitar algún solitario minotauro borracho con los que se cruzaba de vez en cuando. Incluso a una hora tan temprana el aire estaba caliente y húmedo, factores constantes del clima de esta parte de Krynn y una de las razones por las que los caminos casi nunca se secaban del todo entre lluvia y lluvia.

Hvel seguía a Maq, caminando a paso acelerado para mantener el mismo ritmo de las zancadas de la joven. Maq era algo más joven que Hvel, pero le sacaba una

cabeza. Sin embargo él se movía rápido y sabía muy bien cómo usar su peso y su estatura en caso de pelea. Maq lo tuvo en cuenta cuando le pidió que la acompañara; eso, y el hecho de que era uno de los pocos tripulantes que había despiertos y sobrios a la hora de partir. Cuando estaba alerta, como ahora, era también un hombre de pocas palabras, lo que a Maq en estos momentos le venía muy bien. La joven tenía un asunto personal que resolver en cuanto consiguiera comprar la betónica. Hvel era el tipo de hombre que no haría muchas preguntas si ella decidía separarse de él para después reunirse en el embarcadero.

Casi todas las manzanas de Lacynes presumían de tener una posada o una taberna, y todas las que habían pasado estaban abiertas y ocupadas. En ese puerto nunca cerraban. Más adelante Maq avistó la placa que estaba buscando, El Mirador de la Bahía. Lendle le había dado instrucciones concretas y le había contado que el posadero, un humano llamado Renson, vendía también medicinas y hierbas mágicas.

Una vez que hubieron traspasado el umbral, Maq y Hvel esperaron hasta que sus ojos se adaptasen al tenebroso interior. Había media docena de candelabros en las paredes, pero sólo ardía una de sus velas. La tenue luz del amanecer, que entraba por la puerta y por dos ventanucos en la parte posterior, proporcionaba poca ayuda a la vela. Maq recorrió el establecimiento con la mirada en busca del posadero. En la parte posterior de la habitación vio una escala de madera, que sustituía a las escaleras en la mayoría de los edificios minotauros. Ésta llevaba, se suponía, a las habitaciones de los huéspedes. A diferencia de las tabernas minotauros, que servían sólo comida y bebida, El Mirador de la Bahía ofrecía también acomodo para pasar la noche. Sin embargo, por lo que Maquesta pudo ver, la mayoría de los clientes se habían quedado traspuestos ante sus mesas, sin molestarse en gastar una moneda de cobre en una cama. Sólo seguía despierto y bebiendo un trío de compañeros bien armados, probablemente piratas, pensó Maq.

Maquesta no vio rastro alguno del propietario, pero el sonido de unos ronquidos la atrajo hacia un tosco mostrador de madera situado en el rincón más alejado de la sala. Era una buena posición estratégica para observar la puerta cerrada y la escala de madera. Cuando Hvel y ella se acercaron al mostrador, no sólo se hizo más fuerte el ruido de los ronquidos sino que también notaron un aroma a especias que penetraba en el cargado ambiente de la posada. Unas volutas de humo subían de unos cacharros situados en el perímetro del mostrador. Inhalando profundamente, Maq se echó hacia adelante al caminar, pero se dio con la nariz contra una superficie dura y lisa a la par que se golpeó el dedo gordo pie. La joven se tambaleó hacia atrás maldiciendo, y sólo mano amiga de Hvel le permitió mantener el equilibrio y no caer de culo. Tras ella, los piratas prorrumpieron en ruidosas carcajadas y burlas.

—¿Qué... qué ha pasado? —se preguntó Maq mientras se tocaba la nariz para comprobar que no se la había roto. No, sólo dolorida, decidió. Sin duda alguna, se

había topado con algo y, sin embargo, no había nada ante ella. Detrás del mostrador se entrecortaron los ronquidos antes de detenerse del todo, sustituidos por un ronco rugido.

—¿Cuál de vosotros, petimetres, estaba intentando beber gratis mientras yo me echaba una cabezadita? —bramó el propietario de la voz—. ¡No lo voy a tolerar! Cobro un precio razonable. Nunca engaño a nadie y espero que nadie me engañe a mí.

Enarbolando un hacha en una mano y una espada corta de filo dentado en la otra, el tipo que había pronunciado, o más bien rugido, estas palabras salió de detrás del mostrador. Unos pocos cabellos de punta sobresalían de su cabeza casi calva, un ojo los contemplaba debajo de una poblada ceja, y dónde debía haber estado el otro ojo, sólo había un profundo agujero negro.

—Le aseguro que no estábamos intentando robar nada —dijo Maq con claridad, haciendo caso omiso de la risa ética de los piratas—. Soy Maquesta Nar-Thon, y éste es Hvel y somos del *Perechon*. Hemos venido a comprarle betónica.

La mención de una transacción comercial tuvo un inmediato efecto tranquilizante sobre Renson, pues éste era el nombre que dio el hombre del mostrador al presentarse. Los estudió detenidamente con su ojo bueno, evaluándolos claramente. Medio minuto después, el posadero sopló para apagar lo que ardía dentro de los cacharos y les dijo a Hvel y a Maquesta que se adelantaran.

Ambos vacilaron, pero finalmente Maquesta extendió los brazos hacia el mostrador. Nada. Avanzó lentamente, tanteando el aire con las manos, y Hvel la siguió con cautela. Renson rió encantado.

—No os preocupéis, tranquilos —dijo Renson—. Es sólo una pequeña ilusión que he creado con algunas de mis hierbas, una pared de humo invisible. Eso evita que aquellos que tienen los dedos demasiado largos y la sed demasiado intensa se sirvan ellos mismos de la espita. Las hierbas han dejado de humear, ¿veis? No os pasará nada. Las volveré a encender cuando acabemos. No me puedo fiar de todo el mundo. —Llegado a este punto Renson señaló hacia los piratas, quienes seguían bebiendo—. De otra forma, nunca conseguiría dormir.

Al apoyar los antebrazos en el mostrador, Maquesta pudo ver que había colocado detrás un camastro con una sucia sábana encima. Renson había guardado el hacha en un pequeño chiribitil fácil de alcanzar y se había metido la espada corta en el cinturón, dejando así ambas manos libres para atarse un parche deshilachado sobre la cuenca vacía.

—Bueno, ¿qué era eso que queríais comprar? —preguntó el posadero una vez se hubo colocado el parche y frotándose las manos para adquirir el aire de un mercader zalamero.

—Betónica, por valor de unos cinco drames —contestó Maq.

—Tendré que comprobar mi almacén —les informó Renson, cuya expresión se había agriado levemente al oír la minucia que Maq quería comprar—. Creo que os podré ayudar. —Dicho eso, el posadero levantó una trampilla situada en el espacio abarrotado que había tras el mostrador, y desapareció de la vista.

Maq notó cómo Hvel, que estaba detrás de ella vigilando a los piratas, se ponía tenso. La joven se giró y vio que uno de los del trío, un marinero alto, pelirrojo y musculoso, se les acercaba. En una mano tenía tres jarras de cerveza vacías. Maq lo observó. El hombre se movía con garbo, aunque obviamente llevaba un buen rato bebiendo. Sólo una ligera pesadez de párpados dejaba entrever la cantidad de cerveza había consumido. Miró a Hvel, quien asintió casi imperceptiblemente con la cabeza. Ambos sabían que había que tratar con mucho cuidado a un marinero borracho en un puerto tan salvaje como Lacynes.

El pelirrojo colocó las jarras en el mostrador para que se las rellenasen y luego se volvió hacia Maq, contemplándola con interés.

—Saludos, y buenos días. Me llamo Fletch. Yo y mis colegas navegamos en el *Halcón Sangriento*. Quizá lo conozcáis.

Maq asintió con la cabeza; era un barco pirata con reputación de rápido y despiadado.

Fletch se tambaleó levemente, sonriendo a Maq.

—¿Por qué no te deshaces de tu amigo rechoncho y te unes a nosotros? Te enseñaremos cómo pasarlo bien. —El pirata le guiñó un ojo y golpeó una de las jarras contra el mostrador—. ¿Qué me dices?

Maq echó un vistazo a los piratas sentados que la estaban mirando con lascivia. Le dedicó una dulce sonrisa a Fletch.

—Estoy segura de que haríais todo lo posible, pero en realidad no me gusta la lucha libre. En cualquier caso, mi amigo está muy enfermo. Le estoy comprando la medicina ahora mismo y tengo que llevarlo de vuelta al barco antes de que se desmaye. Espero que no sea contagioso.

Fletch miró con suspicacia a Hvel, quien seguía de pie al lado de Maquesta y, aparte de los ojos enrojecidos, parecía mostrar un excelente estado de salud.

—No te acerques demasiado —le advirtió Maq, interponiéndose entre Fletch y su compañero—. Me sentiría fatal si tú también lo cogieras, así que declinaré tu invitación. Lo siento de veras, quizá podamos vernos en otro momento. —La joven siguió sonriendo al pirata.

Fletch estaba demasiado borracho como para darse cuenta de que le estaban mintiendo e insultando, pero dio un paso.

—¡Posadero! ¡Más cerveza! —gritó en dirección a la trampilla. Tras unos minutos absorto en la contemplación de las jarras vacías, el pirata pareció olvidarse de su conversación anterior y cambió de tema—. ¿Dices que sois del *Perechon*? —

preguntó, y Maq asintió con la cabeza sin dejar de sonreír—. Alguien en vuestro barco debe de estar muy contento, muy feliz. —El pirata se detuvo un instante para darle mayor énfasis a sus palabras—. Y rico. —El pelirrojo le guiñó un ojo a Maquesta.

«¿De qué está hablando este idiota?», se preguntó Maq. La joven se puso en guardia pues no quería revelar su curiosidad al marinero borracho ni a Hvel, quien, como el resto de la tripulación, desconocía por completo la estrategia fallida de las apuestas de Melas.

—Nadie está contento. Perdimos. —Maq se interrumpió y respiró hondo. Le resultaba difícil decirlo en voz alta—. Perdimos la carrera.

—Sí. —Fletch agitó un dedo ante el rostro de Maq—. Es una pena que no estuvierais navegando en el *Halcón Sangriento*. Nunca perdemos cuando nos planteamos algo en serio. Te contaré que hubo una vez, hace dos años...

—Sí, he oído lo que pasó, impresionante. —Maq estaba ansiosa de enterarse de lo que había ocurrido en la carrera de la bahía por lo que intentó reconducir de nuevo a Fletch tema—. Y ¿cuál de los marineros *del Halcón Sangriento* se alegró del desenlace de la carrera de ayer? —preguntó la joven con aire inocente.

—No, *del Halcón Sangriento* no, *del Pere... Perek...* —se rindió—. Vuestro barco. Me lo contaron donde el maestro apostador, allí en El Rompeolas. Ese sí que es un sitio donde por lo menos le sirven a uno un trago —dijo en voz alta, buscando en derredor a Renson.

Maq le tiró de la manga y Fletch la miró sin comprender.

—¿El *Perechon*? —insistió.

—Correcto. —Fletch frunció el entrecejo antes de animarse—. Alguien de la tripulación apostó por la nave ganadora y entró en El Rompeolas para cobrar sus ganancias. Un tipo bajito, patizambo. Muy contento. Y rico. —El pirata miró con renovado interés a Hvel, quien se había alejado al otro extremo del mostrador tras el improvisado diagnóstico de su enfermedad por parte de Maquesta y por tanto no se había enterado de la mayor parte de la conversación—. ¿Es baja toda la tripulación *del Perechon*?

Maq estaba desconcertada por la descripción del ganador como alguien que se parecía mucho a Averno, y no pudo articular una respuesta. Para alivio suyo, vio aparecer la cabeza de Renson, que volvía de la bodega. La atención de Fletch cambió de repente.

—¡Posadero! —bramó el pirata.

Maquesta se reunió con Hvel al final de/ mostrador, donde esperaron a que Renson sirviera a los piratas antes de venderles a ellos la betónica.

—Ese marinero estaba bastante más borracho de lo que parecía —apuntó Hvel—. ¿Qué decía acerca de que uno de nosotros había apostado contra el *Perechon*? ¿Lo he

oído bien? Y después ¿me ha llamado bajito?

—Tiene la mente tan embotada por la bebida que no sabe lo que dice —respondió Maq tras recobrar la compostura. Esa historia ha cambiado unas diez veces en una conversación de cinco minutos.

—Bajito yo. ¡Ja! —Hvel rió entre dientes, y volvió su atención a un plato de bollos azucarados que había en una de las estanterías de detrás de la barra.

—Aquí tenéis la betónica. —Renson depositó sobre el mostrador la hierba enrollada en un trozo de papel—. Son doce piezas de acero.

—¡Doce! —respondió Maq indignada, y así comenzó el ritual del regateo.

Los años de llevar la economía doméstica del *Perechon* habían hecho de Maquesta una regateadora muy hábil. Sin embargo, en esta ocasión, preocupada por lo que acababa de oír, no estuvo a su mejor altura y abordó el proceso de forma casi mecánica. Aun así, consiguió una importante rebaja con respecto al precio inicial.

—¿Y cuánto quieres por uno de esos bollos duros que tienes ahí detrás? —añadió Maq, lo que hizo que Hvel se alegrara.

Tras regatear durante un minuto más, el marinero tenía uno de los bollos pegajosos entre las manos. La joven contó las monedas y se giraron hacia la puerta, pero, tras andar un par de pasos, ella se detuvo.

—Ve tú delante, Hvel —continuó Maq—. Se me ha olvidado preguntarle a Renson algo que me pidió Lendle acerca de la forma de preparar la betónica. No tiene sentido que te quedes aquí mientras me explica la receta. Nos veremos en el embarcadero. Tardare menos de una hora.

Hvel siguió masticando su bollo, asintió con la cabeza, y salió por la puerta. En cuanto se alejó lo suficiente para no poder oírla, Maq le indicó a Fletch que se acercara.

—¿Puedes indicarme el camino para ver al maestro apostador, en El Rompeolas? —La joven había salido del barco con la intención de encontrar a la persona o personas que tuvieran los papeles de Melas para intentar negociar un acuerdo que le permitiera a su padre conservar el *Perechon*. Ahora, tras las palabras de Fletch, tenía otra razón para encontrar al maestro de apuestas, y encontrarlo rápido.

Maq salió por la puerta intentando recordar las vagas indicaciones que había recibido del pirata. A cada paso que daba aumentaba su ira y su curiosidad. Varios minutos después, y tras perderse un par de veces, llegó a El Rompeolas.

Tras recorrer un laberinto de calles y callejuelas se encontró ante un pequeño y estrecho edificio incrustado entre otros dos más grandes. Las ventanas tenían la pintura desconchada, y ante el local crecían de forma profusa las hierbas, entre una jardinera con plantas muertas. Aún así, el camino bien pisoteado que llevaba hasta el umbral del maestro de apuestas indicaba la gran popularidad del lugar. Sin embargo, a esta hora tan temprana, Maquesta parecía ser el único cliente.

Una vez dentro, Maq vio que el mostrador estaba situado en diagonal, en el rincón más alejado. Aparte de eso no había nada en la rectangular estancia que indicara que el local era una taberna y no un almacén vacío. No había mesas para los clientes, sólo dos pizarras, cada una colgada en cada pared lateral para escribir sobre ellas el precio que se podía recibir por cada competidor en una determinada prueba, pensó Maq. Además, no estaba el maestro apostador.

—¿Hola? —gritó Maq—. ¿Hay alguien aquí?

Maq caminó lentamente por el suelo de tierra prensada hasta el final de la estancia. Tras no recibir respuesta alguna y probar a decir varios «holas» más, se dirigió a una puerta situada en la pared del fondo, golpeó la hoja de madera, y como respuesta se abrió hacia dentro tan rápido y con tanta fuerza que era la joven dio un paso atrás para evitar caer de bruces.

Maq atravesó el umbral por encima de un listón de madera que marcaba la entrada y entró en una habitación no tan larga como la primera, pero igual de estrecha. A ambos lados había una fila de minotauros armados con las mazas llenas pinchos que ellos llamaban tesstos. Ante ella y detrás de un inmenso escritorio con tabla de pizarra, tan alto como para permitir a alguien trabajar de pie, y con la superficie inclinada hacia adentro, para evitar que alguien en la posición de Maquesta pudiera ver lo que había sobre la mesa, había uno que Maq supuso debía de ser el maestro de apuestas. A la débil luz emitida por dos velas que había en los candeleros de las paredes, sus cuernos parecían tocar el techo después de ensancharse hasta ocupar casi la mitad del ancho de la habitación.

Era un minotauro inmenso, incluso sin contar con el efecto de la escasa luz. Medía por lo menos dos metros y veinticinco centímetros de altura, y su pelaje era de un negro tan oscuro como Nuitari. La cabeza se asentaba sobre unos hombros anchos, desde los que se extendían largos brazos musculosos. Unas manos largas y repletas de anillos jugueteaban con un cuchillo que estaba sobre el mostrador. Maquesta se sintió atraída por sus ojos, de un color inusual entre su gente, un azul intenso, casi del mismo tono que los zafiros que formaban un círculo alrededor de su cuello, engarzados en una gruesa cadena de oro. El maestro de apuestas vestía una túnica corta de un sedoso tejido gris; en la tela se marcaban claramente las formas musculosas de su torso. Maq decidió que todo aquello relacionado con el maestro de apuestas debía de ser caro.

El minotauro la miró con fijeza, resopló ruidosamente, y volvió su atención hacia un trozo de pergamino. Era palpable el desprecio que esa criatura sentía por ella. Maq tragó saliva, cuadró los hombros y avanzó enérgicamente. El maestro de apuestas continuó sin hacerle el menor caso; pero Maq percibió que los guardianes estaban observando todos sus movimientos. Cuando llegó hasta un metro de la mesa, uno de ellos dio un paso al frente y le cerró el camino con su tessto. El maestro de apuestas

seguía absorto en los pergaminos que tenía sobre la mesa, sin tan siquiera levantar la vista para observarla. Al estar tan cerca, Maq notó que la piel del minotauro tenía un suave punteado rojizo en varias zonas. Este punteado sólo aparecía en los minotauros de más de cien años, por lo que Maq lo observó con renovada curiosidad.

Pasaron unos minutos, y Maq empezó a moverse inquieta. El maestro de apuestas no daba señal alguna de estar concluyendo el trabajo que tenía encima de la mesa y pretender hablar con ella. La joven no conocía los detalles de la etiqueta de los minotauros pero, consciente de la necesidad de volver al *Perechon* con la betónica para Fritzen, Maq se decidió a hablar.

—Perdone, busco al maestro de apuestas. ¿Es usted? —preguntó al cabo la joven.

—Aquellos que no tienen el coraje de hablar, cuando tienen asuntos conmigo, mientras me ocupo de mis papeles no merecen mi tiempo —contestó el minotauro levantando al fin la vista de la mesa—. ¿Qué quieres? —El minotauro hablaba la lengua común humana con una soltura poco frecuente entre los de su raza, aunque muchos años de ganar mucho dinero cuando el destino repartía victorias le habían conferido un tono incluso más arrogante de lo normal entre los suyos, lo que daba un aire de severidad a cada una de sus palabras.

—Soy Maquesta Nar-Thon, hija del capitán del *Perechon*. He...

—Entonces no tienes negocios conmigo —intervino el maestro de apuestas—. Ya he pagado al tripulante del *Perechon* que hizo la apuesta ganadora y ya no estoy en posesión de los papeles del barco de tu padre.

—Pero seguro... —insistió Maquesta, pero el minotauro resopló de nuevo y volvió a su papeleo.

¡Aquel idiota del *Halcón Sangriento* había dicho la verdad! Ahora Maquesta no sólo necesitaba averiguar quién tenía los papeles de su padre sino que tenía que averiguar cuál de los tripulantes del *Perechon* había apostado contra su propio barco. Sin embargo, la joven dudaba de que el maestro apostador quisiera revelar su identidad.

—¿Quién tiene los papeles de mi padre? —preguntó Maq, pensando con agilidad—. A veron me ha enviado para saber si con sus ganancias se podrían cubrir las pérdidas de mi padre.

—¿Ah, sí? —El maestro de apuestas dejó que la pregunta flotara en el aire durante unos instantes antes de proseguir—. Nunca habría pensado que ésas fueran sus intenciones, pero no importa. Ni siquiera el succulento premio que le he pagado cubriría las insensatas apuestas de tu padre. Por suerte, ya no es asunto mío. Debes ir a hablar con Attat Es-Divaq. Él compró los papeles de tu padre antes de la carrera, así que ahora me ahorraré el trabajo de deshacerme de vuestro barco.

El maestro de apuestas la miró con evidente desprecio por la raza humana, hizo un ademán hacia uno de los guardianes y luego empezó a recoger sus papeles.

Maquesta apenas se dio cuenta de la identidad del poseedor de los papeles porque su mente daba vueltas alrededor del mismo nombre: ¡Averon! La joven estuvo a punto de verse desbordada por los sentimientos de ira, traición y confusión. Maq había empezado a temblar de forma tan violenta que temía desmayarse en una habitación repleta de extraños con ganas de chanza. Un agudo pinchazo en medio de la espalda la hizo reponerse. Uno de los guardianes la había empujado hacia la puerta con su tessto. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, Maquesta se giró, recorrió la estancia y traspasó el umbral. Cuando salió a la antesala, Maq apoyó la espalda contra la pared de rugosos ladrillos para no desplomarse. Va no temblaba, sino que se había quedado sin fuerzas.

Tras unos momentos, empezó a pensar con más claridad. Si era verdad lo que ella pensaba, la noticia destrozaría a Me-las. «No —pensó Maq—, se negará a creerme». Él ni siquiera querría escucharla si le hablaba así de su amigo. Necesitaba un plan, no sólo para afrontar a ese nuevo jefe minotauro sino también para enfrentarse a Averon y obligarle a admitir abiertamente lo que había hecho. Sólo así la creería Melas y quizás entonces podrían utilizar el dinero que había ganado Averon para cubrir parte de las apuestas de Melas y apaciguar al jefe minotauro.

Maquesta empujó contra la pared para apartarse y salió a toda prisa de la sala del maestro de apuestas en dirección al embarcadero. Su corazón latía al mismo ritmo acelerado de sus pasos.

Atrapada

—Por suerte para Fritzen Dorgaard su herida no estaba causada por una arpía de mar —explicó Lendle—. Estaba mareado, pero consiguió explicarme que se hirió el brazo al golpearse con un arrecife cuando cayó por la borda. Le he puesto una cataplasma, y ya ha empezado a sanar. —El gnomo le mostró a Maquesta el antebrazo de Fritz, y luego volvió a su trabajo de majar una mezcla de hierbas apestosas en su mortero.

Maquesta miró al semiogro herido y pensó que compartían muchas cosas, además del mestizaje. El barco de Fritzen se había destrozado contra unas rocas. Las esperanzas de ella para su futuro se habían destruido de una forma casi igual de violenta, y muy pronto el barco de su padre pertenecería a otra persona. Ambos estaban prácticamente sin hogar.

Aunque el semiogro, tumbado boca arriba, seguía inmóvil y sus ojos aún estaban cerrados, hubo un leve movimiento de párpados, y parecía algo más tranquilo. También había recuperado algo de color, cosa de la que Lendle se mostró orgulloso. Por suerte para todos aquellos que habían enfermado en el *Perechon*, los mejunjes medicinales de Lendle siempre habían funcionado mejor que sus artilugios mecánicos.

—¿Te dijo alguna otra cosa después de darle la betónica? —Maq formuló la pregunta de forma casi mecánica, preocupada como estaba con su plan de juntar a Melas, Averno y el jefe minotauro Attat. Quizá, si lo planeaba bien, no perderían el *Perechon*, después de todo.

—Está avergonzado. —Lendle dejó de majar para contemplar a Fritzen—. Avergonzado y herido allí donde una cataplasma no puede curarle. Intentó decirle a su capitán que no se acercara tanto a las rocas, pero sus palabras no fueron suficientemente convincentes. No sólo perdió el *Torado* a manos de las arpías de mar sino que fue incapaz de salvar a su capitán. Y al final, se agarró a uno de los hipocampos. Se está maldiciendo por haber abandonado el barco y a la tripulación para salvarse él. No sé si conseguirá olvidarse alguna vez de eso.

«Sí —pensó Maquesta—, quizás algunas heridas son demasiado profundas para cerrarse».

—Melas, Averno, yo y algunos otros vamos a volver hoy a Lacynes —dijo Maq—. ¿Necesitas alguna cosa más para cuidar de Fritzen?

—¿Qué necesidad tenéis de ir a Lacynes? —preguntó molesto Lendle, mirándola fijamente—. Tu padre no parece tener el ánimo necesario como para ir a buscar trabajo para el *Perechon* y así pagar nuestro salario. Y creo que seguir bebiendo cerveza no va a beneficiar a nadie.

—No te preocupes, Lendle —contestó Maq—, tenemos que resolver algunos asuntos que incluso podrían conducirnos al día de paga en un futuro no muy lejano.

Maq apretó los dientes en una sonrisa que no convenció al gnomo y luego dejó la armería para organizar la visita a tierra firme con Melas. Se encaminó con paso resuelto hacia su camarote, decidida a hacer que su plan funcionara a la perfección.

—¿Padre? —Maquesta empujó suavemente la puerta del camarote de Melas. Sumido en una oscura desesperanza, el capitán llevaba desde la noche anterior sin salir del camarote. Lo encontró de nuevo sentado a su mesa, con Averon sentado en un taburete a su lado. La conversación cesó en cuanto Maq entró en la habitación.

Maq no había previsto que el primer oficial estuviera con Melas. Al no estar preparada, notó que el dolor y la ira eran evidentes en su rostro cuando lo vio. Pero Averon, que ofrecía su perfil hacia la puerta, ni siquiera la miró. Su mirada se perdía más allá de la cabeza de Melas, en alta mar, a través de una portilla. Un su interior Maq seguía furiosa con el mejor amigo de su padre, un hombre cuya amistad ella también había valorado.

—Padre —comenzó Maq—. He descubierto quién tiene tus papeles. Ya no los tiene el maestro de apuestas. Es un minotauro que se llama Attat Es-Divaq. ¿Lo conoces? —Maq pensó que quizás había algún resentimiento entre Melas y Attat.

Melas negó lentamente con la cabeza.

—Creo que tú, Averon y yo deberíamos ir a verlo antes de que venga a cobrar su deuda. Nos ofreceremos a trabajar para pagarle. Eso representaría trabajar para un minotauro, pero por lo menos conservaríamos el *Perechon*. Y quizá ganemos algo más de acero para pagar a la tripulación.

Era lógico que Averon, al ser el mejor amigo de Melas y el primer oficial, los acompañara, y al hacer la sugerencia delante de ambos, Maq veía imposible que se pudiera negar. La joven estaba convencida de que si conseguía que se reunieran Melas, Averon y ella misma con el jefe minotauro que estaba en posesión de los papeles de su padre, sería capaz de provocar a Averon para que revelase su duplicidad. Pero también creía que Averon intentaría evitar esa confrontación.

—Sí. —Melas se detuvo, estudiando la idea—. Averon estaba sugiriendo eso mismo.

¿Por qué habría propuesto Averon la reunión? ¿Quizá estaba equivocada? Esta novedad inquietó a Maq, pero era incapaz de entresacar nada de la actitud de Averon. Éste seguía mirando fijamente la portilla. Seguía sin mirarla.

Melas sin embargo, siempre optimista y hombre que prefería hacer cualquier cosa

a no hacer nada, se sentía atraído por la idea de visitar a Attat.

—Sí, cojamos al toro por los cuernos, y nunca mejor dicho. Sólo nosotros nos podemos ocupar de esto. —Melas habló tanto para sí mismo como para Averon y Maq—. El *Perechon* es un buen premio, no hay nave mejor, pero premio mucho mejor si además tiene la mejor tripulación del Mar Sangriento. ¡Sí! —Melas golpeó la mesa con la abierta, sobresaltando a Averon y a Maq, que seguían absortos en sus propias meditaciones. Sus ojos habían vuelto a recobrar la chispa y estaba eliminando rápidamente la resaca de toda la bebida que había consumido la noche anterior.

»Iremos después del almuerzo —continuó Melas—. Reúne a algunos de los hombres para que vengan con nosotros. Lo más prudente es no estar en inferioridad numérica cuando se entra en una fortaleza minotaura.

El capitán se puso de pie y en tres zancadas se plantó ante ella para darle un cariñoso abrazo de oso.

—Maq, haremos que esto funcione —dijo confiado Melas. Soltó a su hija y palmeó amistosamente a Averon en la espalda, luego se volvió hacia la puerta. La abrió ostentosamente y extendió la mano, indicándole a Maq que ella debía salir.

—Bueno, venga. ¿No era esto lo que me estabas pidiendo que hiciera? —oyó mientras se alejaba, que su padre le decía a Averon. No escuchó la respuesta del primer oficial, pero éste salió detrás de ella.

Aunque la tripulación parecía complacida de tener de nuevo a su capitán entre ellos, incluso la presencia de Melas fue incapaz de alegrar el almuerzo de ese día. Varios de los marineros continuaban demasiado indispuestos por la resaca como para arrastrarse hasta la mesa. Los que lo consiguieron comieron un puré claro de judías, que era todo lo que Lendle era capaz de cocinar, ocupado como estaba por los cuidados de Fritzen y con los escasos víveres de que disponía. La tripulación estaba embargada por una inquietante sensación de incertidumbre.

Melas comió rápido, luego se levantó de la mesa y empezó a impartir órdenes casi con la misma energía y autoridad de siempre.

—Averon, ven conmigo —bramó el capitán—. Maquesta, empieza a bajar la chalupa. Nos iremos enseguida.

Maq se había ocupado personalmente de la selección del grupo que iba a ir a tierra, ya que no quería que se encargara Averon. Un rato antes, nada más salir del camarote de Melas, había hablado de nuevo con Hvel y otros cuatro. —Canin, Urraca, Micah y Gorz— diciéndoles a todos ellos que fueran armados y preparados por si surgían problemas. Se tomaban las mismas medidas de precaución para cualquier visita a Lacynes, así que los marineros no se sorprendieron en absoluto. Maq se alegraba de que Averon se hubiera ido con Melas; se proponía repetir las recomendaciones en cuanto estuvieran todos en la chalupa, pues quería que todo el mundo estuviera sobre aviso.

Al ponerse en pie, Maq hizo un ademán hacia los otros para que también se incorporaran. La joven se enfadó al ver que Vartan se incorporaba con Hvel, que era su mejor amigo. Cuando Maq había hablado con Hvel, éste sugirió que los acompañara Vartan, y ella se había opuesto de forma enérgica. En su opinión, el timonel sólo era una cara bonita que aún no había demostrado su valía, y lanzó una mirada fulminante a su amigo Hvel. Éste se encogió de hombros como si alegara impotencia. Maq decidió no darle por el momento mayor importancia; hablaría luego del asunto con Hvel cuando regresaran al barco. Así que habría media docena de marineros acompañándola, además de Averon y Melas.

El viaje desde el *Perechon* hasta el embarcadero transcurrió sin novedad. Los tripulantes seguían sin saber nada de la apuesta de Melas y el riesgo de perder la nave. Maq había decidido no compartir esa información hasta que llegara a su desenlace la entrevista con Attat. Los marineros pensaban que iban a acompañar a Melas a una audiencia con el minotauro en la cual, suponían, el capitán iba a solicitar una misión para el *Perechon*. Maq seguía preocupada por la actitud de Averon, que le resultaba difícil de interpretar. Según se iba acercando la chalupa al embarcadero, tanto Melas como Averon dieron muestras de una creciente agitación.

Tras atracar y asegurar la chalupa en el embarcadero, Averon encabezó el grupo que se alejó del malecón para por las calles de Lacynes.

—¿No deberíamos preguntar por el camino de la residencia de Attat? —preguntó Maq desde la retaguardia.

—No te preocupes —contestó Averon—. Conozco el camino. Éste es uno de los muchos temas en los que puedo serte de ayuda, Maq. —El primer oficial terminó su comentario con algún chiste al oído de Melas. Su ostentosa demostración de la categoría que le confería su amistad con el capitán acentuó la determinación que sentía Maq por desenmascarlo.

Resultó que el palacio de Attat estaba bastante alejado de la primera línea de mar, una distancia que se vio incrementada por el hecho de que no hubiera un modo directo de llegar allí a causa de la desordenada disposición de las calles de Lacynes. La mayoría de las viviendas minotauras era similar a los edificios que Maq había visitado esa mañana: desvencijadas, con escalas en vez de escaleras y nunca más de tres pisos. Sin embargo, alguno de los nobles más acaudalados tenían residencias más opulentas. Maq había oído hablar del palacio de Chot Es-Kalin, el autoproclamado gobernador de Lacynes; decían que era casi una ciudad dentro de la ciudad. A pesar de ello no estaba preparada para el palacio de Attat.

Aunque ubicado dentro de los muros de la ciudad, lo rodeaba su propia e inmensa muralla, que Maq estimaba debía medir casi siete metros de alto. Ante la puerta principal, cerrándoles el paso, había dos enormes guardianes minotauros ataviados con grebas de cuero y pectorales de bronce. Iban armados con sendos bardiches, que

eran unas largas lanzas con un hacha curva en el extremo superior, cuya hoja relucía amenazadora al sol. Melas intentó decirle a los guardianes lo que querían pero, al parecer, los minotauros no hablaban la lengua común de los humanos. Resultó que Vartan sí hablaba algo de la lengua de los minotauros y fue capaz de explicarles sus intenciones. El marinero sonrió pícaramente a Maq cuando quedó claro que los minotauros comprendían lo que decía. Los centinelas hicieron llamar a un esclavo humano de aspecto lamentable, quien se marchó y volvió al rato con el mensaje de que Melas y los otros podían pasar.

Melas iba en cabeza al atravesar el patio polvoriento que estaba vacío, a excepción de otros guardias, ataviados de forma similar a los de la puerta e igualmente armados. Maquesta se preguntó si era probable que hubiera más guardias ocultos. El grupo avanzó con cautela hasta un par de altas puertas de madera con incrustaciones de plata batida, el metal precioso favorito de los minotauros. Maq se sorprendió ante la calidad del trabajo del artesano, que era sin duda uno de los mejores de Krynn. Mientras la joven estudiaba los paneles, las puertas giraron silenciosamente sobre bisagras bien engrasadas, incluso antes de que Melas pudiera llamar. El grupo entró en una pequeña antesala, que conducía a otra entrada flanqueada por dos columnas de madera talladas profusamente. Había dos guardias más, éstos con pectorales de acero, que les dejaron pasar al gran salón del palacio.

La estancia cumplía un doble propósito: impresionar e intimidar. Maq percibió el asombro y la agitación de los otros tripulantes, todos ellos aventureros experimentados, y la sintió ella misma. La longitud de la sala era casi igual a la del *Perechon*, tres veces mayor que la anchura. A ambos lados de la sala había sendas filas de inmensas columnas de granito pulido. Tras ellas había nichos sombríos, algunos de los cuales llevaban sin duda a otras secciones del palacio.

En el extremo más alejado se alzaba una ancha tarima recubierta de gruesas alfombras, sobre las que había un imponente sillón de madera tallada en el que estaba sentado el jefe minotauro. Éste se hallaba rodeado de guardianes, varios de los cuales resoplaron cuando se acercaron Melas y sus acompañantes. Maq no pudo reconocer al animal de escamas doradas que colgaba entre dos pequeñas columnas situadas detrás del trono. Las escamas centelleaban débil y cálidamente bajo la luz que entraba por las ventanas de una pared detrás de la tarima. Varias antorchas encendidas incluso ahora, al mediodía, y situadas en hacheros en las paredes, contribuían también a iluminar la sala. A través de las ventanas se veía lo que parecía un jardín bien cuidado y repleto de plantas, estatuas y pájaros multicolores.

Además de Attat, sus guardias y varios esclavos, el gran salón albergaba un zoológico de criaturas fantásticas, cada una de ellas encadenada a una de las columnas. Maq era incapaz de reconocer a algunas de ellas, pero a otras sí. Había un grifo encadenado directamente enfrente de un hipogrifo —una mezcla de caballo y

águila—, la presa natural de éstos. La proximidad ocasionaba en ambos una constante agitación, lo que parecía constituir una gran fuente de diversión para Attat. Un oso polar con un pelaje asombrosamente blanco tensaba su cadena, emitiendo de vez en cuando un rugido de frustración. Agachado cerca de la base de una de las columnas, vio el físico deforme de un goblin de Curik Cha'al que estaba babeando y farfullando.

—Un bullywug —susurró Hvel, que caminaba al lado de Maq, cuando pasaron ante los ojos saltones de una criatura parecida a una rana, cuya lengua entraba y salía de su continuamente—. Es carnívoro.

Maq se estremeció al recordar que sin duda venía hacia aquí el osquip que Lendle y ella habían visto hacía unos días, conducido mediante una cadena por un minotauro. La joven sospechaba que estaría encadenado a una de estas columnas si su guardián no le hubiera cercenado la cabeza.

El jefe minotauro no les quitó el ojo de encima desde el momento en que entraron en la sala, casi como si estuviera valorándolos como posibles incorporaciones a su zoo privado. Ahora que ya estaba ante él, Maq abrió los ojos de par en par y respiró hondo al darse cuenta de que era el mismo minotauro que Lendle y ella habían visto cerca del mar el día antes de la carrera, el que había acabado de un solo golpe con el osquip. El gnomo y ella habían pasado ante el mismísimo lord Attat, sin saber que en ese momento sujetaba en sus manos el *Perechon* tan firmemente como la cadena que rodeaba el cuello de la desafortunada bestia. Además del cinturón de joyas que llevaba el otro día, Attat exhibía ahora muñequeras de plata y un collar incrustado con grandes gemas, cualquiera de las cuales podría probablemente comprar un barco del tamaño del *Perechon*.

—¿Qué os parecen mis animales de compañía? —El jefe minotauro se dirigió a los humanos en Común, con una voz grave, aunque no tan gutural como la solían tener otros minotauros con los que Maq había hablado.

—Imagino que no serán muy afectuosos —comentó Melas, dando unos pasos al frente mientras los demás se quedaban atrás.

Maquesta observó con detenimiento a su padre y a Attat. Era obvio que este lord precisaba ser tratado con deferencia, pero en la forma de ser de Melas había poco lugar para los halagos. Maq esperaba que su padre fuera capaz de controlarse.

—Eso es cierto, pero me proporcionan otros placeres —explicó el jefe Attat, para seguir con una peligrosa insinuación—. Y los invitados de mis mazmorras parecen disfrutarlos inmensamente.

—Soy Melas Nar-Thon y...

—Sé quién eres, humano —le interrumpió Attat—. El famoso capitán de barco, señor del velocísimo *Perechon* —dijo con tono insultante—. Te estaba esperando —añadió, sorprendiendo a Melas—. No has hecho nada por ocultar tu procesión hasta mi humilde morada —explicó Attat—, y no me faltan amigos en este puerto para

mantenerme informado de los asuntos que me puedan interesar. —El jefe minotauro entrecerró los ojos antes de dirigirlos hacia Maquesta.

«Soplones y espías quieres decir».

Durante un instante Maq pensó que había perdido la cabeza y había hablado en voz alta, tan convencida estaba que sus palabras se habían oído. Pero no. La falta de reacción de quienes la rodeaban indicaba que se había guardado para sí misma su opinión acerca de los «amigos» de Attat.

—Me has ahorrado un viaje —prosiguió Attat—. Tenía planeado bajar hoy hasta el *Perechon* para reclamar lo que es mío.

Maq vio que Hvel y Vartan, que estaban detrás de Melas, intercambiaban una mirada de extrañeza. Les hizo un gesto para que se mantuvieran en silencio. Attat parecía estar disfrutando de su pequeño juego. Las pocas esperanzas que le quedaban a Maq de solucionar el problema, conservando el *Perechon*, se estaban desvaneciendo por momentos.

—Espero convencerte de lo contrario —respondió Melas—. He venido para proponerte un negocio.

—¡Qué interesante! —murmuró Attat—. Tantas propuestas que considerar y tan poquito tiempo.

Melas, que estaba decidido a nacer su exposición, hizo caso omiso del comentario y prosiguió.

—Mi idea es sencilla y beneficiosa para ambos —explicó el capitán—. Mi tripulación y yo nos quedamos en el *Perechon* y navegaremos por donde tú quieras hasta que te podamos volver a comprar el barco.

—¿Estás sugiriendo que trabajaríais sin cobrar? —preguntó Attat, claramente intrigado.

—Lo haría, sí —prosiguió el capitán—. Y sospecho que la mayoría de los tripulantes también. Incluso ahora hay veces que navegamos sin el dinero. Podríamos negociar un salario reducido para aquellos que necesitasen cobrar. Nos haría falta algo de dinero para las reparaciones y el mantenimiento del barco, para víveres y quizás algo de dinero en metálico para las visitas a los puertos, pero sería bastante menos costoso que si tú mismo tuvieras que armar el barco y pagar el sueldo completo de una tripulación.

—Ejem. —Attat, reflexionó, aparentemente interesado—. ¿Por qué debería pagar yo el sueldo de una tripulación que, sin duda, te va a ser más fiel a ti que a mi?

—Porque aunque el *Perechon* es una buena adquisición, es menos valioso si no tiene la mejor tripulación del Mar Sangriento —contestó el capitán con convicción.

Melas tenía los brazos pegados al cuerpo y los puños cerrados mientras esperaba la decisión de Attat, y su hija pudo advertir la tensión en los tendones de su cuello. La joven no debería haberse preocupado por el comportamiento de su padre. Estaba en

juego el futuro de su querido *Perechon*.

—Da la casualidad de que tengo en mente una misión inmediata para el *Perechon*. —Las palabras de Attat atrajeron de nuevo la atención de Maq—. Dime si te interesa.

»Como habrás podido observar, colecciono criaturas exóticas. —Attat trazó un arco en dirección a las bestias encadenadas—. Mi colección es mucho más extensa de lo que ves aquí; he construido un zoológico en mis jardines. —Attat indicó la ventana que había detrás de la tarima y sacó pecho.

»Pero hay una criatura —prosiguió el jefe minotauro—, que sería la joya de mi colección: un morkoth. ¿Has oído hablar de ellos?

Melas frunció el ceño, sumido en una profunda concentración, pensó un minuto y luego negó con la cabeza.

—A veces los llaman espectros de las profundidades —intervino Hvel, quien, al parecer, tenía un extenso conocimiento de la arcana zoología de Krynn—. Son criaturas malvadas, letales y muy inteligentes. Tengo entendido que viven en túneles submarinos y que son muy difíciles de encontrar, a no ser que sepas dónde buscar. Hay quien afirma que los morkoth tienen aspecto humano, pero con aletas y escamas en el resto del cuerpo, y con una cabeza como la de un calamar, incluido un pico mortífero. Otros dicen que se parecen más a un pez que a una persona, o que son en parte pulpos. Sospecho que en realidad hay pocos supervivientes que puedan describir uno con precisión. —Hvel dio un paso hacia atrás como si hubiera completado un recital. Era evidente que estaba orgulloso de saber tanto sobre el mar. El marinero le guiñó un ojo a Maq, y ésta frunció el ceño como respuesta.

—Correcto, muy bien —dijo Attat, divertido—. Hay descripciones contradictorias, y ésa es una de las razones por las que dichos animales han despertado mi curiosidad. Quiero ver cómo son en realidad. Quiero poseer uno. He hecho construir una gruta en mi jardín para el morkoth. La bestia será la pieza central de mi zoo y un logro que debería demostrar de forma definitiva mi superioridad sobre ese bruto ignorante Chot Es-Kalin, quien osa llamarse rey de Nethosak —bramó Attat, usando el nombre minotauro de Lacynes.

»Mis exploradores han reunido suficientes historias y rumores como para delimitar la localización del morkoth en las aguas llamadas cabo del Confín, más allá de la costa noroeste de Saifhum. Vive cerca de una colonia de kuo-toas. No me interesa adquirir un kuo-toa, ya tengo una pareja.

Los miembros del contingente del *Perechon* conocían esta raza de hombres-pez que odiaban a los habitantes de la superficie y eran feroces luchadores. No querían enfrentarse a ellos.

—La misión que propones es muy difícil —dijo Melas—, sin embargo, no acabo de entender por qué necesitas al *Perechon* en concreto para llevarla a cabo.

—Bueno —contestó Attat en tono altanero—, en realidad no necesito al *Perechon* para esta misión, lo que sí quiero es un morkoth. Mi barco, el *Katos*, es de primera calidad pero, para ser franco, no tan rápido como el *Perechon*. Nunca hubiera ganado la carrera de no ser por esa desafortunada racha de mal tiempo que os encontrasteis.

Maq se quedó boquiabierto. ¡Attat era el dueño del *Katos*! La joven se sintió de repente desasosegada, sin causa aparente, tras descubrirlo en medio de una reunión sobre la posesión de los papeles de su padre.

—Pero es evidente que sería mucho menos costoso usar una tripulación de humanos mercenarios que tener que reclutar y entrenar a una tripulación de los mejores minotauros. Además, si ocurriera algún desgraciado accidente, odiaría perder a los minotauros —continuó Attat, con los ollares muy abiertos, gesto que Maq ya reconocía como señal de que Attat se estaba divirtiendo.

—Si he de ser sincero —intervino Melas—, tal y como lo describes, si los kuo-toas viven cerca del morkoth es posible que estén aliados con él. Si éste es el caso, y la meta es la captura del morkoth, creo que debemos esperar que ocurra ese desgraciado incidente.

Las palabras del capitán no causaron efecto ninguno en Attat.

—Incluso si consiguiéramos superar a los kuo-toas y capturásemos al morkoth, ¿cómo nos las arreglaríamos para traerlo hasta aquí? O mejor aún ¿cómo podríamos llegar hasta él en primer lugar, si ninguno de nosotros tiene agallas para respirar en el agua? —preguntó Melas.

—He considerado a fondo ese problema. ¡Guardias!

Attat dio una sonora palmada. Dos de los guardias minotauros caminaron hasta el gran ventanal que había detrás de la tarima. Descorrieron una cortina y abrieron dos grandes puertas de cristal. Como si hubieran estado esperando la señal entraron otros dos guardias, que sujetaban rudamente por los brazos a una alta elfa de mar. Ésta tenía la piel de un color azul pálido que relucía con una pátina plateada. El vestido blanco hasta las rodillas que llevaba puesto se le pegaba al cuerpo, señal de que acababa de salir del agua. Su largo cabello, liso y brillante, caía hasta la parte de atrás de sus muslos y goteaba, formando un pequeño charco tras ella. Sus ojos de color esmeralda recorrían de forma furtiva la habitación, evitando a Attat. Sus manos palmeadas estaban atadas delante y llevaba grilletes en los tobillos, lo que la obligaba a arrastrar los pies cada vez que los minotauros la empujaban hacia adelante. La elfa mantenía la cabeza erguida con orgullo, lo que le confería un aspecto desafiante a la voz que traslucía la profunda humillación que sentía al verse encadenada.

—Permitidme que os presente a Tailonna —dijo Attat en tono burlón—. Uno de los muchos huéspedes de mi humilde morada. —El minotauro se puso de pie e hizo un ademán a los guardias ordenándoles que la llevaran a su lado. Luego se sentó pesadamente y contempló a la elfa de mar.

Tailonna, quien había sido arrastrada hasta ocupar su sitio al lado de Attat, miraba directamente al frente, negándose a hacer caso alguno del minotauro, a la par que evitaba las miradas de Melas y su tripulación. Maq estaba impresionada por la dignidad de la criatura cautiva.

—Tailonna nos ha llegado procedente de las aguas costeras cercanas a la colonia de kuo-toas —continuó Attat—. Mis exploradores tuvieron la suerte de «adquirirla» durante la misma expedición en la que oyeron hablar del morkoth. Desgraciadamente, como tiene la habilidad de transformarse en una nutria y otras cuantas cualidades mágicas, la hemos tenido que mantener dentro de un tanque especial durante su estancia aquí, usando estas cadenas especiales con la cerradura encantada cuando la sacamos de él. Así que me temo que no esté muy contenta con nuestra hospitalidad.

El gesto pétreo de Tailonna se mantuvo inalterable durante toda la burlona parrafada de Attat.

—La elfa será muy útil en cualquier intento de atrapar morkoth —añadió Attat—, ya que sabe cómo preparar una poción que permite inhalar agua coma si fuese aire y respirar bajo el mar a los humanos y otras criaturas de la superficie.

«¿Y por qué iba a ayudarte?». Maq se sorprendió ante su atrevimiento; pero cuando Attat no reaccionó, se dio cuenta de que sólo había pensado las palabras, sin decirlas en alto, aunque tenía de nuevo la sensación de que la estaban oyendo.

La pregunta era pertinente, y la hizo el propio Melas un instante después, aunque de un modo más educado.

—He descubierto que Tailonna me causa muchos más disgustos que alegrías en lo que se refiere al entretenimiento —dijo Attat—. Si ayuda a capturar al morkoth, he acordado soltarla cuando lo tenga encarcelado aquí. Sabiendo lo honorable que es el pueblo elfo creo que puedo confiar en que os ayude. —Attat se burlaba de su prisionera.

Melas miraba de soslayo a la elfa de mar prisionera. Nada que le hubiera dicho Attat le había hecho sentirse más incómodo. Seguía teniendo los brazos a los costados, con los puños cerrados. Maq observó con preocupación que cada centímetro del cuerpo de su padre denotaba su tensión.

Attat dio de nuevo una sonora palmada, esta vez sin pronunciar palabra. Maq recorrió la sala con la mirada. Su búsqueda concluyó en un nicho situado a la izquierda de la tarima del jefe minotauro. Algo o alguien que había detrás estaba corriendo una pesada cortina de terciopelo rojo que cubría el vano en forma de arco del nicho. Una figura envuelta capa salió de la oscuridad del fondo del nicho, sujetando un alarga vara acabada en un gancho de aspecto malvado.

Maquesta miró de hito en hito la figura, convencida de que la había visto antes. Mientras seguía boquiabierta, Attat conminó a la figura a que se acercara.

—He aquí otra incorporación útil para la tripulación del *Perechon* durante la

expedición del morkoth. ¡Ilyatha, retira tu capucha! —ordenó el minotauro.

La figura se había quedado justo en el arco del nicho, sin salir a la sala principal, bien iluminada por el sol del atardecer. Alzó una fina mano con garras y retiró la capucha hacia atrás. Los ojos verdes del ser parpadearon con rapidez, y él pareció encogerse para huir de la luz.

Maq no tenía ni idea de lo que estaba contemplando. Tenía un leve parecido con un hombre, pero con el cuerpo y la cabeza recubiertos de un corto pelaje negro. Bajo la amplia capa se veía una túnica con un brocado de aspecto costoso, que parecía más bien un tabardo por las aperturas laterales. La mirada, que examinaba a Melas, Maq y los otros, sugería una inteligencia excepcional y exigía un respeto inmediato; pero la cara, con una nariz chata y aplastada, y unos colmillos inferiores muy afilados que sobresalían por encima del belfo superior, evocaba la imagen de alguna otra bestia, tal vez un simio. Maq se volvió hacia Hvel y arqueó las cejas en un gesto interrogante, pero incluso él parecía perplejo.

Soy un umbra.

Aunque la joven sabía que no había pronunciado la pregunta acerca de la naturaleza de esta criatura, Maquesta sintió de nuevo como si la hubieran oído, y esta vez le habían contestado. Hvel también lo había oído y tenía los ojos abiertos de par en par; Maq sabía por qué. ¡Los umbras eran parte de las leyendas, no existían! Se volvió para mirar a la criatura.

Soy, para mi pesar en estas circunstancias, de carne y hueso. En vuestra lengua, lo más parecido a mi nombre es Ilyatha. Al igual que Tailonna, soy prisionero de Attat y aunque las razones de mi presencia obligatoria aquí son tal vez más sutiles que las tuyas, son igual de reales.

Ilyatha habló con una gran tristeza. ¡Sólo que Maq lo estaba mirando directamente, y sus labios no se habían movido! Maquesta frunció el entrecejo y empezó a abrir la boca para hacer una pregunta imprescindible.

—Sí, Ilyatha es telépata —explicó Attat—. No sólo comunica sus pensamientos sin hablar, es inútil intentar ocultarle los vuestros. Es un talento que a menudo resulta un fastidio; pero que debería resultar muy valioso en la misión de superar a los kuo-toas y traer al morkoth.

—¿Sabe navegar? —preguntó Melas, quien contemplaba al umbra con suspicacia.

—Pues claro —respondió Attat, riendo entre dientes—. Ilyatha tiene una propensión especial a viajar mediante energía eólica. De hecho, visteis una demostración de ello durante la carrera. Ilyatha, muéstrale al capitán lo que quiero decir.

El umbra se mostró renuente, pero sacó del interior de su capa una larga y delicada flauta, tallada con esmero. Cuando se la llevó a la boca, Maquesta observó fascinada que tenía los brazos unidos a los lados del cuerpo con finas membranas,

como las alas de un murciélago. Empezó a tocar una melodía pura, con tonos agudos, que subía y bajaba sobre sí misma, jugueteando con la memoria de Maq. Según iba aumentando el tempo de la melodía, Maq notó que se empezaban a agitar las cortinas de detrás de la tarima y que las llamas de las antorchas empezaban a agitarse. Una suave brisa le acarició el cabello y de repente una ráfaga de viento cogió desprevenida a Maq y la hizo tambalearse, yendo a chocar con Vartan, quien la asió del brazo y le dedicó una sonrisa condescendiente. Maq vio que éste había abierto las piernas para mantenerse de pie contra el viento que había aparecido de forma inexplicable en la gran sala.

Entonces Maquesta recordó dónde y cuándo había oído aquella melodía: en el *Perechon*, durante la carrera, cuando finalmente el *Katos* los había adelantado. La fascinación que sentía se tornó en furia contra Attat e Ilyatha, quienes se habían confabulado para usar magia con el propósito de que el *Perechon* perdiera. La joven miró a su padre y vio, por el gesto atormentado que aparecía en su rostro, que él también se había dado cuenta.

El viento tiró de un escudo metálico decorativo que estaba suspendido encima del trono de Attat, haciéndolo rodar por la alfombra y caer en el suelo de piedra con estrépito.

—¡Basta ya! —bramó irritado el minotauro, quien chasqueó los dedos para que uno de los guardianes recogiera el escudo.

Ilyatha apartó la flauta de sus labios y el viento cesó al momento.

—Pones a prueba mi paciencia, Ilyatha, y eso no es bueno como ya deberías saber. —Attat miraba fijamente al umbral, quien se subió la capucha y volvió al sombrío nicho del que había salido.

—¿Y qué pasa con mi paciencia? —demandó Melas, cuyas palabras estaban repletas de evidente furia—. ¿Cómo puedes esperar que acepte la misión de navegar en el *Perechon* en beneficio tuyo para poder recuperarlo, cuando has demostrado de forma tan patente que no eres de fiar? ¡Has usado magia para ganar la carrera! ¡Eso está prohibido por el reglamento! ¡Voy a quejarme al Consejo Supremo!

El minotauro echó atrás la cabeza y rió, y los tonos graves de su risa retumbaron por las paredes de la cámara.

—Vamos, Melas, no seas idiota —respondió alegremente el minotauro—. Yo me limitaría a negarlo, al igual que todos los marineros del *Katos*. ¿Crees realmente que el más alto estamento de gobierno de los minotauros va a dar más credibilidad a la palabra de un humano que a la de uno de sus nobles? —preguntó Attat con los ollares abiertos de par en par—. Estoy convencido de que irás tras el morkoth para mí, y creo que lo harás porque es tu única posibilidad, si bien escasa, de recuperar el *Perechon*.

Durante un instante, Melas se irguió con furia, mirando fijamente a Attat. Maq veía latir su pulso en la sien, pero luego sus hombros se hundieron, bajó la mirada.

Estaba atrapado por la complejidad de los planes de Attat. ¿Era posible que el jefe minotauro hubiera urdido todo esto desde un principio con el simple propósito de encontrar un peón para su cacería de la bestia?

—Sí, lo haré —respondió el capitán. Su voz era poco más que un susurro—. ¿Cuándo quieres que partamos? Tardaremos un par de días en pertrecharnos de lo necesario y...

—¡No! —La objeción partió de Averon, quien había estado de pie, en silencio, al lado del capitán durante toda la reunión. El primer oficial dirigió su exclamación a Attat, no a Melas—. ¡Teníamos un trato! ¡Yo te he pagado! ¡Yo iba ser el capitán del *Perechon* en la misión de atrapar al morkoth! —gritó el primer oficial, lanzándose hacia la tarima.

—¿Que le pagaste? —preguntó Melas, mirando atónito a su amigo—. ¿Por qué? ¿Con qué dinero? ¿Cómo que tú serías el capitán del *Perechon*?

—Te quería ayudar —dijo Averon, volviéndose hacia Melas con una expresión salvaje en los ojos—. Por una vez quería ser yo quien te ayudase a ti, en lugar de ser siempre tú el que me ayuda a mí. ¡Quería demostrar que yo podía capitanear el *Perechon* para que lo recuperaras! —El primer oficial suplicaba, más desesperado a cada segundo que pasaba. Melas lo miraba con los ojos abiertos de par en par, sin creerse lo que estaba viendo.

—Aquí, tu amigo —intervino Attat con tono sarcástico— es el reciente ganador del succulento pago de una apuesta que hizo sobre la carrera, un envite a que el *Katos* ganaría.

Maq se sintió destrozada por la enormidad de la traición de Averon, a pesar de que estaba al tanto de lo ocurrido. Él debía de saber que el *Perechon* sería incapaz de ganar, quizás incluso se había confabulado con Attat para provocar su derrota. Maq cerró los ojos por un momento, pero los abrió a tiempo de ver cómo Averon saltaba sobre la tarima emitiendo un ahogado grito de protesta a la vez que sacaba una daga de su cinturón y se abalanzaba contra Attat. En el mismo instante, Melas desenvainó su espada y se lanzó tras él.

Maq no estaba segura de si su padre tenía intención de hacer daño a Averon o de ayudarlo. Pero no importó. Con una serie de gráciles movimientos, Attat rodó hacia un lado para esquivar el arma de Averon, se incorporó de la silla, sacó un espadón de su arnés, se giró y, sujetando la empuñadura con ambas manos, le cortó la cabeza a Averon.

Lo que siguió pareció ocurrir a cámara lenta, como en sueños, para Maq. El cuerpo decapitado de Averon se desplomó a los pies de Attat chorreando sangre, mientras su cabeza rodaba por la tarima y caía con un sonido sordo sobre el enlosado, con los ojos abiertos de par en par. Parpadearon una vez, un reflejo muscular, y se tornaron fijos y vidriosos.

En la tarima, uno de los guardias minotauros que estaban al lado de Tailonna apuntó con su shatang, una lanza con lengüeta, hacia Melas, que estaba ante Attat con su espada desenvainada. Justo cuando el guardián iba a lanzar el arma, la elfa de mar le propinó un empujón que le hizo fallar el tiro, dirigido al centro del pecho de Melas. El shatang le dio de todas formas en el hombro con tanta fuerza que lo tiró hacia atrás y lo clavó contra la tarima.

—¡No! —gritó Maquesta, lanzándose hacia su padre. Los guardias que estaban a ambos lados de la sala se acercaron para contener a Maquesta y a los otros. La joven se giró de forma instintiva para trazar un arco con la pierna y propinar una patada en la ingle de uno de los minotauros, que soltó su shatang y se dobló por el dolor. Hincó el codo en el estómago de otro guardián, justo debajo de las costillas.

El golpe iba bien dirigido e hizo que la enorme bestia se detuviera, pero sólo un instante. Antes de que la joven pudiera sacar su espada corta, el minotauro estaba sobre ella, tirándola al suelo, donde cayó, boca abajo, sobre la fría piedra. El guardián apoyó la pezuña en su espalda para que no se pudiera levantar.

Vartan había conseguido desenvainar su arma y la manejaba expertamente contra uno de los guardias, que parecía bastante torpe con la suya. Tras un último intercambio de golpes, atravesó al minotauro, pero perdió demasiados segundos apreciando su propia obra. Otro guardia emitió un rugido y lo atacó por la espalda, golpeándole en el hombro con su tessto lleno de pinchos, lo que hizo que Vartan soltara su espada y cayera de rodillas, gimiendo de dolor. Attat debía de haber dado instrucciones a sus guardianes de no matar a ninguno de los marineros si había problemas, porque el atacante de Vartan, en vez de rematarlo, le propinó una patada y se sentó sobre él para inmovilizarlo.

Micah no tuvo tanta suerte, sin embargo. En los primeros instantes de la refriega había saltado sobre la espalda de un minotauro, asestándole cuchilladas con su daga. La bestia golpeó a su antagonista contra una de las columnas en un intento de quitárselo de encima. La puntería del guardia fue, quizás intencionadamente, algo desacertada. La cabeza de Micah rebotó hacia atrás y quedó clavada en el extremo puntiagudo de uno de los hacheros que sujetaban las antorchas. Allí quedó colgado, con la punta asomando en medio de su frente.

Hvel, Canin, Urraca y Gorz, en evidente inferioridad numérica, fueron reducidos y desarmados con facilidad, y un clamor de gruñidos, rugidos y aullidos llenó la sala cuando los monstruos encadenados exteriorizaron su sed de sangre o su miedo. Los guardianes esperaron nuevas instrucciones, pero Attat sólo paseaba de un lado al otro de la tarima, propinando de vez en cuando una patada salvaje a Melas.

—Llevadlos a las mazmorras —bramó finalmente volviéndose hacia sus lacayos—. ¡Llevadlos a todos abajo!

Las mazmorras de Attat

Maquesta se debatía entre la conciencia y la inconsciencia. En su mente se repetía una y otra vez la carrera y sentía como si su cuerpo fuera zarandeado cada vez que coronaba ola tras ola. Vio numerosas veces cómo la tripulación del *Torado* acababa en los colmillos y las garras de las arpías de mar y observó como Lendle se ocupaba del único superviviente, Fritzen Dorgaard. También vio el rostro risueño de su padre y recordó muchos de los momentos placenteros que habían compartido sobre la cubierta del *Perechon*. Entonces vislumbró su expresión desgarrada la última vez que el *Katos* había cobrado ventaja. También pudo ver el rostro de su madre; los detalles del pálido semblante elfo eran claros y bellos y relajaron a Maquesta. Habían transcurrido catorce años desde la desaparición de la elfa y cada mes que pasaba a Maquesta le resultaba más difícil recordar el aspecto de su madre. Pero no le era difícil verla en sueños. La joven se rebullía y daba vueltas sin parar, y su mente era un torbellino tan agitado como las aguas del Ojo del Toro.

Finalmente desaparecieron las visiones y, lentamente, Maq se arrastró hacia la cruda realidad. Sudando y con el corazón desbocado, abrió los ojos. La debían de haber sacudido con más fuerza de lo que ella creía. Recordó que la habían arrastrado hacia abajo por una escalera estrecha, húmeda y resbaladiza por el moho, hasta llegar a un pozo oscuro y maloliente. Tenía que haber puertas, pues recordaba haber oído los chirridos de las bisagras oxidadas de muchas de ellas, seguidos del sonido de los cuerpos que eran empujados o arrojados dentro y que precedía a un estruendoso portazo. Entonces le tocó el turno de ser arrojada al interior de un calabozo, y la puerta se cerró tras ella.

Maquesta se frotó los ojos y se incorporó sobre los codos; recordó que la celda era muy pequeña y al observar el tenebroso interior decidió que su memoria funcionaba bien. Puesta ya de pie, con los rizos rozando el techo, tuvo que agarrarse la dolorida cabeza con ambas manos. Maq se pasó lentamente los dedos hasta encontrar un chichón justo encima de su oreja derecha. Los minotauros no habían sido muy gentiles al reducirla. Caminó de acá para allá, pudiendo dar sólo tres pasos entre pared y pared. Su estómago rugía y tenía la boca y la garganta secas. A juzgar por el hambre, y el hecho de que se le marcaban las costillas, calculó que debía de llevar varios días encerrada. Frustrada, seleccionó una de las paredes que parecía menos fangosa que el resto, y se apoyó contra ella. Se deslizó hasta el suelo rozando

con la espalda la fría piedra. Casi podía tocar la pared opuesta con los pies si estiraba las piernas. Tuvo que sentarse con la espalda ligeramente angulada para alejarla de las húmedas piedras y evitar así la acequia de evacuación de desechos que se abría por todo el perímetro del calabozo. Estuvo en esa incómoda postura durante un tiempo incalculable, aunque sospechaba que debían de haber pasado horas ya que la cabeza había dejado de dolerle mientras que su estómago rugía cada vez más.

El sonido de unos quejidos la sacó finalmente de su estado de desesperación. Cuando Maq abrió los ojos se sentía un poco mejor aunque algo más débil por el hambre. Sus ojos, más sensibles que los de los humanos gracias a su parte elfa, se ajustaron bien a la falta de luz. Distinguió fácilmente la sólida puerta de madera de la celda con su ventanuco enrejado, por el que entraba la exigua claridad que había. En la parte superior de las paredes laterales de la celda se abría un largo y estrecho hueco, cerrado también por una reja, que presumiblemente comunicaba con las otras celdas. A través de uno de ellos llegaban unos quejidos.

Tras escuchar con atención, Maq creyó reconocer la voz.

—¿Padre?

Los gemidos cesaron.

—¿Padre? —La joven se puso de pie y llegó hasta la puerta en dos pasos.

—¿Maquesta? —La voz que pronunció su nombre temblaba por la enfermedad y la debilidad, sin embargo Maq sintió un tremendo alivio, pues había temido que estuviera muerto.

—¡Gracias a los dioses que estás vivo, padre! —exclamó Maquesta—. ¿Qué tal tienes el hombro? ¿Te lo han curado?

—No —contestó su padre—. Se han limitado a arrastrarme me hasta aquí sin contemplaciones. Me temo que está infectado, porque me ha sido imposible limpiarlo; pero no te preocupes cariño, tu madre ha venido para ocuparse de mí. Ella me cuidará.

—¿Madre? —Una mano de hielo atenazó el corazón de Maquesta. Melas tenía que estar delirando, lo que significaba que tenía la herida infectada. La joven debía encontrar un modo de sacar a su padre de allí. Maq se dejó caer contra la pared y lloró.

La siguiente vez que Maq despertó fue para oír los sonidos de los guardianes que conversaban en la lengua gutural de los minotauros. Escuchó el tintineo repetido de las llaves que golpeaban unas contra otras en un gran llavero. Los guardias parecían nerviosos y unos momentos más tarde oyó el golpeteo de varios pares de pezuñas bajando los peldaños de piedra. Maq apretó su rostro contra el enrejado de la puerta y presenció, a la luz rojiza emitida por varios braseros de carbón, la majestuosa entrada de Attat a la cámara central de las mazmorras que, en ese momento Maq cayó en la cuenta, servía de sala de tortura. La joven se alejó de la puerta y se ocultó en las

sombras.

Oyó a Attat encaminarse directamente hacia la celda de Melas. Llamó para que uno de los guardianes de se abriera la puerta.

—¡Has arruinado mis planes! —Attat habló con pero Maq dudaba que su padre estuviera siquiera consciente. Oyó un golpe seco, seguido de un gemido de dolor—. ¡Levántate cuando te dirijo la palabra!

Entonces Attat les dijo algo a los guardias en la lengua minotauro. Maq oyó unos movimientos en la celda y después una aguda exclamación de su padre. Seguro que los guardias lo habían agarrado de los brazos para obligarle a ponerse de pie, desgarrando más la herida del hombro. La joven no podía soportar aquello.

—Eso está mejor —prosiguió Attat—. Normalmente te hubiera hecho matar por atacarme pero, con Averon muerto, necesitaba que tú fueras a por el morkoth. Pensé que una semana en mis mazmorras te enseñaría a mostrarme un mayor respeto, pero ahora veo que en tus condiciones no me sirves para nada.

»No hay otra solución —concluyó Attat—. Tendré que encontrar otro capitán y otra tripulación, y vosotros moriréis. Tú serás el último, Melas Nar-Thon, para que veas cómo tus marineros pagan tu osadía y cómo tu compañera paga tu afrenta hacia mí.

—¡Lord Attat! ¡Lord Attat! ¿Puedo hablar contigo? —Maquesta tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas y su aplomo para llamar al jefe minotauro. Se había apoyado contra la pared para mantenerse en pie y maniobró hacia la puerta, agarrándose a los barrotes con los dedos.

Sin embargo Attat no dio señal alguna de haberla oído, o quizá simplemente no deseaba responder. Empezó a andar hacia la escalera.

—¡Yo puedo capitanear el *Perechon*! ¡Yo puedo capturar un morkoth para ti! —gritó Maquesta.

Merced a la visión infrarroja de los minotauros, una capacidad que le permitiría ver extremadamente bien en la penumbra de la mazmorra, Attat recorrió cada una de las celdas con la mirada hasta vislumbrar las manos de Maquesta.

—¿Y quién eres tú? —preguntó el minotauro jefe.

—Maquesta Nar-Thon, hija de Melas —respondió la joven—. Me he criado en el *Perechon*. He pasado toda mi vida navegando, la tripulación me conoce, y puedo hacerlo. Incluso piloté el barco por las aguas más turbulentas durante la carrera.

—¿Hija? —susurró Attat—. Yo creía que eras su amante. —Las carcajadas de Attat resonaron contra las paredes de las mazmorras—. Me encanta que una chica tenga aspiraciones, pero no que yo las tenga que pagar —dijo con aspereza—. Pero te doy las gracias por una cosa; ahora que sé quién eres me aseguraré de que mueras la última, para que puedas contemplar la muerte de tu padre. Lentamente. —El minotauro dio una palmada y los guardias acudieron corriendo.

»Que se les dé de comer, pero no mucho, y dadles agua —ordenó lord Attat—. Quiero que estén razonablemente sanos, aferrándose a la vida, pensando que tienen una oportunidad. No me producirá ninguna satisfacción si están deseando morir.

Durante los días siguientes obligaron a Maquesta a presenciar las horrendas torturas de Urraca, Canin y Gorz. Los guardianes los sacaron a su padre y a ella de sus celdas para que contemplaran los macabros rituales. A Canin le tocó el potro y después, tras horas de tormento, le devolvieron a su celda con un bullywug, que acabó con él y luego se lo comió.

Para Urraca, fueron brasas ardientes y hierros al rojo vivo seguidos de un enfrentamiento desigual con un grifo. Cuando Maq cerraba los ojos y se tapaba los oídos, seguía viendo la sangre y oyendo los gritos.

A Gorz lo colgaron de las muñecas durante horas mientras se iba cerrando sobre él una funda repleta de pinchos metálicos, perforando su cuerpo. Los guardianes se alegraron al dejarlo vivo para poder tener a alguien a quien torturar al día siguiente.

Maquesta se maldijo a sí misma por haber seleccionado a los hombres que iban a acompañarles a Averon, a su padre y a ella a la fortaleza del minotauro. Si los hombres se hubieran quedado en el *Perechon*, ahora estarían libres y a salvo. Se preguntó si el resto de la tripulación habría abandonado ya el barco y las lágrimas corrieron por su cara. Por lo menos no caerían en las garras de Attat.

Durante todo el horror, Maq se sintió agradecida por poder estar cerca de su padre, aunque la salud de éste se iba deteriorando con rapidez. Cuando los guardias estaban distraídos con la diversión, Maq hacía lo posible por limpiar la herida de Melas. Parecía que la infección se estaba extendiendo por el brazo. La mayor parte del tiempo el capitán hablaba, sin coherencia, acerca de Mi-al, acerca de la navegación, de barcos, de su juventud, pero nunca acerca de Averon.

Sólo en una ocasión pareció disiparse por completo la bruma de su cerebro; entonces se giró hacia Maq y le habló con claridad.

—Yo te metí en este lío, Maquesta, y todo fue por confiar en quien no debía —comenzó Melas—. Nunca cometas ese error, prométemelo. Puedes confiar en tu familia, pero en nadie más. Prométeme que nunca lo olvidarás. ¡Júralo! —Agarró el brazo de Maq y fijó su mirada hasta que la joven asintió.

—Sí, lo prometo —susurró Maq.

—El dinero es algo que tampoco te traicionará nunca. Recuerda eso también —insistió Melas. Maquesta asintió de nuevo.

Siempre que podía, Maquesta estudiaba la distribución de la mazmorra y la rutina de los guardias con la esperanza de descubrir alguna forma de escapar de allí. Las celdas se extendían en forma de herradura alrededor de una zona central grande, donde estaban expuestos de forma prominente los instrumentos de tortura. Los únicos

prisioneros eran, o habían sido, los tripulantes del *Perechon*, a excepción de un minotauro, una figura musculosa e imponente a quien Maq no había oído aún hablar. Aunque estaba claro que era un prisionero, el minotauro disfrutaba de un tratamiento especial en la mazmorra. En primer lugar, Maq nunca había visto que lo torturasen. A veces los guardias le permitían salir de su celda con grilletes en las pezuñas, y le ordenaban que les ayudara alcanzándoles cosas como los hierros al rojo mientras ellos «trabajaban». Sin embargo, a juzgar por el modo en que el minotauro realizaba estas labores, posiblemente lo considerara una forma de tortura.

La estrecha escalera que comunicaba con el resto del palacio de Attat estaba situada en la cuarta pared de la cámara de torturas. Los peldaños eran la única vía de entrada o salida de la mazmorra.

Como resultado de eso, sólo se asignaban dos guardianes para vigilar en cada turno. Maq había observado que los que trabajaban el turno de noche parecían menos responsables que los otros y a veces traían una botella de una bebida alcohólica con especias que bebían entrada la noche. Durante uno de estos episodios Maq vio que a uno de los guardias se le caía un puñal del arnés. El guardián le dio distraídamente una patada al arma sin saber lo que se le había caído, y ésta fue a parar debajo de uno de los braseros.

Al día siguiente, dejaron salir a Maquesta de su celda para que pudiera ver la tortura final de Gorz, a quien golpearon hasta sangrar copiosamente y luego lo arrojaron dentro de una jaula de hierro con un oso polar. Mientras lo contemplaban la asquerosa escena con creciente excitación, la joven se alejó poco a poco, se agachó al lado del brasero y buscó el puñal. Se quemó la mano, pero consiguió cerrar los dedos alrededor del arma. Al mirar rápidamente alrededor antes de sacarla, Maq se dio cuenta de que el prisionero minotauro la había visto. Sus miradas se encontraron, pero ante el gesto impasible de él, la joven dudó de que diera la alarma. Maq se metió el puñal en el cinturón y observó impotente cómo el oso terminaba de devorar a Gorz.

Sólo quedaban Vartan, Hvel, Melas y ella. Ni siquiera estaba segura de que Vartan siguiera con vida o en qué condiciones se encontraba. Nunca le habían permitido salir de su celda, por lo que no lo había vuelto a ver desde que los habían arrojado a las mazmorras. Tampoco había visto cómo lo torturaban o mataban y eso era un consuelo. Hvel seguía vivo. Por la noche, cuando los guardianes bebían, él la llamaba, pero no estaba muy bien. Le estaban dando de comer la misma cantidad que a ella, que era poco, y los guardias lo abroncaban y se burlaban constantemente de él contándole cómo iban a torturarlo y cuál era la bestia cuyo estómago iba a saciar.

Maquesta sabía que tenía que actuar pronto, antes de debilitarse aún más con las escasas gachas grises que les daban los guardias. Tenía que hacer algo.

Al día siguiente, cuando los guardias los arrastraron a Melas y a ella fuera de sus celdas, estaba preparada. Maq observó hasta que los guardias abrieron la celda de

Hvel y empezaron a sacarlo. Bramaron una orden en su lengua al prisionero minotauro, que arrastró los pies hasta la celda. Cuando los tres le estaban dando la espalda, Maq apretó su espalda contra la pared, cerca de uno de los braseros ardientes de carbón, y usó los pies para volcarlo, esparciendo las ascuas sobre un montón de paja mohosa. Durante un instante temió que la paja estuviera demasiado húmeda como para prender; pero entonces comenzó a humear y finalmente brotaron las llamas, que bailaron alegremente en el aire quieto de la mazmorra.

—¡Fuego! —gritó Maq, con la esperanza de que los guardias entendieran esa palabra en la lengua humana. Ya fuera por eso o por el humo, lo cierto es que se giraron alarmados.

Uno de ellos corrió hacia allí y empezó a pisotear la paja. Las llamas le lamieron las pezuñas, y el minotauro aulló mientras seguía con sus esfuerzos, incluso golpeando la paja con su mazo. Maq sonrió para sí, era demasiado estúpido para pensar que el fuego no podía extenderse más allá de la paja. No ardería el suelo de piedra ni las paredes.

El humo formó volutas a su alrededor y empezó a toser. A través de la neblina la joven vio que el otro guardia minotauro corría hacia la escalera. Esperando que el humo le ofreciera algo de protección, Maq sacó el puñal de su cinturón y corrió hacia el guardia que se marchaba. Éste recorrió rápidamente la distancia y colocó su arma contra la pared mientras manoseaba las llaves. ¡No podía permitirle dar la alarma! Corrió hacia él con todas sus fuerzas, pero tuvo que llevarse la mano al costado, que le dolía por el desacostumbrado esfuerzo.

El guardián debía de haberla oído venir, pues se giró y la miró ferozmente. La joven le devolvió la amenazadora mirada y se abalanzó sobre el minotauro mientras éste daba un paso en su dirección. Sin dudarle un instante, le clavó el puñal en el pecho, donde esperaba que estuviera su corazón. Él se limitó a gruñirle, levantó su brazo derecho y la abofeteó, arrojándola al suelo. La joven cayó de espaldas, sintiéndose mareada. Una sombra cubrió a Maq y al mirar hacia arriba vio al minotauro sobre ella; emitió un gruñido y se sacó el puñal del pecho, lo contempló y gruñó aún más fuerte. La bestia arrojó el pequeño cuchillo al suelo y se agachó para agarrarla. Maq rodó con destreza hacia un lado y se incorporó dándose impulso contra las baldosas en un solo movimiento. Los brazos abiertos del minotauro se cerraron en el aire y gruñó de nuevo.

Maquesta se agachó para recuperar el puñal y dio unos pasos hacia atrás cuando él se lanzó a por ella. Esta vez, sin embargo, su brazo extendido la alcanzó y sus dedos se cerraron sobre la mata de cabello rizado. El minotauro tiró de la joven hacia él y Maq sintió como si le fueran a arrancar la cabeza. Aproximándola contra su pecho, con la cara de ella contra la herida de él, la envolvió con sus brazos y apretó.

Un relámpago de dolor recorrió su espalda y Maq comprendió que se proponía

partirle la columna. La joven cerró con fuerza los ojos e, intentando hacer caso omiso de la horrible sensación, se armó de valor y le mordió en la herida. El minotauro aulló de dolor y aflojó la presión justo lo suficiente para que la joven pudiera liberar una mano, la que seguía sujetando con firmeza el puñal. Maq lo apuñaló repetidamente en el costado hasta que, emitiendo un gruñido, la soltó. Esta vez le tocó a él retroceder, dando unos pasos cortos hacia la pared en la que había dejado su arma, una larga espada curva.

¡No! El grito retumbó en la mente de Maq. No podía dejarle coger su arma porque entonces ella no tendría ninguna oportunidad.

—¡No! —gritó Maq en voz alta, haciendo acopio de sus últimas fuerzas para recortar la distancia que los separaba. Entonces, aferrando con ambas manos el pequeño mango del puñal y con la punta apuntando hacia el minotauro, saltó con la daga hacia arriba, clavándola en medio de la garganta. La sangre empezó a brotar del cuello del minotauro, que se tambaleó hacia atrás. Intentó revolverse, con ambas manos en la garganta, intentando sacar el puñal, pero Maquesta había usado tanta fuerza que no lo consiguió y el desafortunado guardia cayó pesadamente de rodillas y luego se desplomó de bruces en el suelo.

El sonido de pezuñas contra el suelo de piedra, a su espalda, hizo que Maq se volviera. Al parecer el segundo guardia había dejado el fuego y corría hacia ella para ver lo que pasaba. Iba armado con una maza de pinchos, con la que trazaba un círculo por encima de su cabeza mientras se acercaba. Maquesta se agachó mientras el arma movía el aire estancado unos centímetros por encima de su cabeza.

Se lanzó hacia adelante y le golpeó en medio del abdomen con la cabeza y el hombro, haciéndole retroceder. La maza cayó al suelo con estrépito y el guardia hizo molinos con los brazos, intentando mantener el equilibrio y seguir sobre sus pezuñas mientras barbotaba sin parar insultos en lengua minotauro.

Impávida y resuelta a ser libre, Maquesta asestó una patada, golpeándole con el pie en la ingle. El minotauro se balanceó, doblándose hacia adelante por el dolor y la sorpresa y finalmente perdió el equilibrio y cayó hacia atrás golpeándose con fuerza el lomo contra las piedras. La bestia gruñó y cayó de espaldas, despatarrado como un muñeco. Maq saltó por encima de él hacia donde había rodado la maza. Se agachó para cogerla y cerró los dedos sobre el mango justo cuando el minotauro empezaba a incorporarse.

—¡Ni se te ocurra! —bramó la joven—. Tú no vas a ninguna parte.

El minotauro consiguió sentarse, haciendo de su espalda un blanco fácil para Maquesta, que corrió hacia adelante, llevó el arma por detrás del hombro y luego trazó un arco hacia arriba con todas sus fuerzas, apuntando hacia su nuca. Falló ligeramente el golpe, pero le atizó entre las paletillas y el guardia cayó hacia adelante, golpeándose la cabeza contra la piedra, entre las piernas abiertas. Como Maq no

estaba segura de si se volvería a levantar, le golpeó por segunda vez y se estremeció cuando oyó cómo crujían los huesos del cráneo al fracturarse.

Concluido su espantoso trabajo, Maq soltó la maza e inhaló grandes bocanadas de aire repleto de humo. Tosiendo, se tambaleó hacia el primer minotauro que había matado y lo hizo rodar hasta descubrir el llavero que tenía en el cinturón. La joven tiró de las llaves y aguantó una arcada. ¡Necesitaba aire fresco! El humo del fuego ya había llegado hasta allí. Agarrando el llavero entre sus manos temblorosas, corrió para abrir la celda de Vartan. Este salió tambaleándose, algo desorientado y débil, y Hvel no estaba mucho mejor. Con pesar en el corazón, Maq cayó en la cuenta de que no podía contar con ellos para que la ayudaran a subir a Melas por las escaleras. Tendrían suerte si lo conseguían ellos mismos. Miró hacia el prisionero minotauro que estaba ocupado intentando apagar las llamas.

—Si me ayudas, podremos escapar todos —le contó Maq.

—Y si tú me ayudas a apagar las llamas no bajaré a investigar lo que está pasando —dijo el minotauro, asintiendo con la cabeza. Maq sonrió y le ayudó a apagar las últimas llamas. El humo era muy espeso donde ellos estaban pero aún no había llegado a la reja de la puerta que comunicaba con el resto del palacio.

Maquesta apuntó hacia su padre, quien estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared de piedra. Su cabeza caía hacia adelante sobre su pecho, y tosía levemente.

—¿Me puedes ayudar a llevarlo? —preguntó Maq alzando la mirada hacia el minotauro.

—Espera un momento —respondió el prisionero—, primero voy a intentar romper los grilletes. —Su voz procedía de las profundidades de su pecho. El minotauro colocó la cadena que unía sus pezuñas sobre el brasero que seguía de pie. Cuando los eslabones adquirieron un tono naranja brillante los golpeó con una gigantesca maza que los guardias habían usado para fijar las cuñas en el potro de tortura y atascar los engranajes. La cadena se partió como si estuviese hecha de palillos.

—Soy Bas-Ohn Koraf —dijo el minotauro de modo algo formal.

—Y yo soy Maquesta Nar-Thon —gruñó Maq, que intentaba incorporar a Melas y echar un brazo de su padre por encima del hombro.

—Espera, déjame a mí —dijo el minotauro.

Bas-Ohn Koraf levantó con facilidad a Melas, acunándolo entre sus musculosos brazos. Maq condujo a Hvel por la escalera mientras el humo empezaba a disiparse a su alrededor.

Varios minutos después, salieron sigilosamente por una de las puertas de cristal que conducían al jardín, liberados por fin de la oscuridad de los tenebrosos confines de la mazmorra de Attat y los sinuosos pasillos de su palacio.

—Vamos hacia ese gran árbol situado cerca de la muralla. Treparemos por él para saltar la valla —dijo Maq con urgencia. La joven sabía que no era gran cosa como plan, pero era lo único que se le ocurría y no tenía tiempo para ver si se presentaba algo mejor. El minotauro asintió.

Tras dar un rodeo alrededor de una media luna de rocalla, Maq se giraba para exhortar al minotauro a que se diese prisa cuando el rostro sombrío de éste la hizo volverse. Justo delante de ella estaban Attat y el encapuchado Ilyatha, además de un escuadrón de guardias.

A Maq se le cayó el alma al suelo, y luchó para reprimir las lágrimas.

—He de admitir que estoy impresionado —dijo Attat, cuya voz tenía más de amenaza que de aprobación—. Por la humana, Koraf, no por ti —gruñó al minotauro que portaba a Melas.

—¿Cómo has podido saber hacia dónde íbamos para cortarnos el paso? —demandó Maq.

—No ha habido necesidad de seguiros, tenía la ayuda de Ilyatha —respondió Attat.

Maquesta no podía ver el rostro del umbra pero lo miró de hito en hito. Ilyatha agachó la cabeza. Maq no pudo decidir si era un gesto de admisión o de vergüenza.

—Quizás hablé antes con demasiada precipitación —continuó Attat, dando unos pasos al frente hasta situarse a un metro de Maquesta—. Creo que finalmente sí te dejaré capitanear el *Perechon*. Podría ser una elección peor, por ejemplo Koraf.

—¿Qué pasa con mi padre? —El tono de Maq era brusco, casi imperioso. Estaba al límite de su capacidad y ya no tenía miedo de lo que pudiera hacerle el jefe minotauro—. Quiero que venga conmigo. Se puede recuperar durante el viaje y me será de gran ayuda.

—No, no, no. Pienso que no está en condiciones de emprender un incómodo viaje por mar ¿no crees? —preguntó Attat con fingida buena educación—. Además tengo otros planes para él. Es mi garantía de que volverás, y tu motivación para llevar a buen término la misión.

—Quiero que venga conmigo —dijo Maq con energía—. No quiero que vuelva a tus mazmorras. No duraría ni un día más allí. Y si mi padre muere, tú te quedas sin garantía y yo me quedo sin motivación.

Attat le sonrió y sus labios bovinos empezaron a curvarse hacia arriba; cruzó los musculosos brazos sobre el pecho y sus pulseras refulgieron a la luz del sol.

—Te concederé algo, Maquesta —dijo al fin el minotauro—. No le devolveré a la celda. Mientras preparas el *Perechon* para el viaje, le daré una habitación en la parte principal del palacio y le diré a Tailonna que se ocupe de sus heridas. Ella se asegurará de que le den comida nutritiva. Estará mejor antes de que partáis. El único que va a volver a la mazmorra es Koraf, aquí presente.

Maquesta oyó a Koraf gruñir bajito y decidió intentar conseguir una segunda concesión de Attat.

—No. Él viene conmigo. —Maq estaba firme, o brazos cruzados, imitando a Attat—. Has matado a tres miembros de mi tripulación, cuatro, si contamos a Averno. Ando escasa de personal, y ya he comprobado que Bas-Ohn Koraf es un trabajador hábil. Estoy segura de poder enseñarle lo que necesite saber acerca de la navegación antes de partir. Podrás hacer con él lo que quieras una vez que regresemos con tu precioso morkoth.

El minotauro echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada, luego clavó en la joven sus ojos, que parecían echar fuego.

—Oh, no tendrás que enseñarle nada a Koraf acerca de la navegación. Su profesión es la de constructor de barcos.

Attat se acarició la barbilla y miró a Ilyatha. El umbra estaba frente a él y Maq sospechó que sostenían algún tipo de conversación. La joven sonrió levemente; al parecer, Attat sopesaba su demanda de liberar a Koraf.

Finalmente el minotauro se giró hacia ella y dio un paso al frente para situarse a sólo unos pocos centímetros. Maq percibió el intenso olor almizcleño, pero no se movió. Sin dejar de mirarla fijamente, levantó un labio en una sonrisa de desprecio, pero luego relajó su expresión.

—Adelante, marchaos —dijo bruscamente Attat—. Pero sólo tú y los otros dos hombres del *Perechon* —añadió, apuntando a Hvel y a Vartan—. Te espero aquí de vuelta en dos días, lista para partir; entonces te comunicaré mi decisión. Mientras tanto, Koraf se queda aquí.

Maq miró a los ojos de Bas-Ohn Koraf, pero no pudo interpretar lo que allí veía. Este asintió levemente con la cabeza, como dándole permiso para marchar.

Tras asegurarse de que Melas estaba bien instalado y cómodo, Maquesta cogió a Hvel y Vartan de la mano y salieron deprisa por las puertas de plata batida y por la cancela, a las calles embarradas de Lacynes.

La partida

—¡Lendle! ¡Fritzen, te has recuperado! —exclamó Maquesta—. Pero ¿qué hacéis vosotros dos aquí? Deberíais estar ambos en el *Perechon*. —La joven quería regañarlos y abrazarlos al mismo tiempo, pero se sentía tan aliviada por estar libre que no hizo ninguna de las dos cosas.

Se había topado con la pareja justo cuando Hvel, Vartan y ella salían del recinto amurallado de la fortaleza de Attat.

Maq se pasó la mano izquierda por el cabello y se llenó los dedos de tierra y telarañas. Con la mano derecha sujetaba una bolsa de cuero que Attat le había entregado a regañadientes. Maq pensó por primera vez en más de dos semanas, en el aspecto que debía de tener. Sus ropas estaban harapientas y asquerosas. Y a buen seguro, apestaba. El hematoma que tenía en el pómulo, donde le había golpeado un guardia, tenía un desagradable color amarillento a través de su piel oscura.

Lendle la miraba de arriba abajo y sus ojos de gnomo se detuvieron en el rostro de la joven antes de hablar.

—Hemos estado vigilando el recinto —explicó el gnomo—, intentando discurrir alguna forma de entrar. Yo había trazado unos planos de una catapulta lo suficientemente grande como para lanzar a Fritzen por encima de la muralla. Pero no tenía monedas suficientes para comprar el material y el equipo necesario para montarla. —El gnomo levantó un brazo para coger la mano de Maquesta y empezar a alejarla del palacio—. Claro que todavía no había pensado cómo regresaría Fritzen al no haber catapulta al otro lado.

Mientras caminaban, Fritzen ofreció una sonrisa desdibujada a Maq, Hvel y Vartan. Ya le habían quitado los puntos de la cara, y sólo quedaba una pequeña cicatriz roja como señal de que le habían rajado la mejilla.

—Los guardias de la ciudad se negaron a ayudarnos —comenzó el semiogro—. Dicen que lo que ocurre dentro de las murallas de Attat es asunto suyo, y de nadie más. Yo acababa de sugerir un método algo más expeditivo: reunir a la tripulación y echar abajo la cancela exterior. Tal vez habría conseguido convencer de ello a Lendle, pero entonces habéis salido. —Le dedicó una mirada de preocupación a Maq—. Habéis estado fuera dieciséis días. Realmente llegamos a pensar que tendríamos que entrar a rescataros a todos, y desde luego tenéis aspecto de haber necesitado ser rescatados.

—¡Esp-pera! —tartamudeó de repente Lendle, que se había detenido bruscamente y había soltado la mano de Maq, girándose para mirarla de frente—. Esperaesperaesperaunmomento. —El gnomo miró de soslayo al palacio—. ¿Dónde está Melas? ¿Dónde está Averno? ¿Qué pasa con los otros? —Lendle comenzó a soltar un torrente de preguntas en su mejor estilo de gnomo—. ¿Dónde están Maquesta NarThon?

—Más despacio Lendle —respondió Maquesta sin parar de alejarse del palacio—. No hay buenas respuestas para esas preguntas. Esperemos a encontrarnos de vuelta en el *Perechon* antes de hablar de ello.

A medida que pasaban las manzanas de edificios en su camino hasta el embarcadero, el paso de Maquesta se iba haciendo cada vez más lento. El agotamiento la abrumó finalmente con la fuerza de una ola incontenible y tuvo que sentarse a descansar en un banco delante de una taberna. Sin embargo, sólo se detuvo allí lo justo para recuperar el aliento y luego se incorporó y se forzó a sí misma a poner un pie delante de otro hasta llegar al embarcadero. Vartan y Hvel iban igual de despacio, pidiendo de vez en cuando una parada para descansar. Lendle y Fritzen estaban preocupados por el trío cansado y magullado, pero Maquesta no quería cuidados maternos.

Maquesta, Vartan y Hvel no protestaron cuando Fritzen dijo que remaría él solo para llevar la chalupa hasta el *Perechon*. Sus poderosos brazos los llevaron al barco mientras los tres se mantenían muy juntos e intentaban no dormirse.

Una vez que llegaron a bordo, Maquesta se sentó sobre un barril de agua y le pidió a Lendle que se acercara. Entregó al gnomo el saco de cuero que traía desde el palacio. La curiosidad del gnomo hizo que éste lo cogiera e inmediatamente metiera la cabeza por la apertura. Dentro había harina, alubias, cecina, especias y otros alimentos que hicieron que Lendle chillara de alegría. En el fondo había una bolsa más pequeña, que contenía treinta y seis piezas de acero.

—Son para provisiones —dijo Maq—, te nombro sobrecargo. Tú eres como de la familia, puedo confiar en ti.

—¿De quiénes esto Maquesta NarThon? —farfulló el gnomo mirando inquisitivamente a Maq. Las preguntas salieron a borbotones de sus labios, que se movían a toda velocidad—. ¿Quiénnos daría comida y dinero? ¿Dónde está tu padre? ¿Nos has conseguido trabajo? ¿Nos has conseguido trabajo él? ¿Qué te has pasado para que tengas este aspecto? ¿De dónde has venido todo esto?

—De un demonio —contestó tranquilamente Maquesta—. Estamos trabajando para un demonio. —La joven se puso de pie y miró hacia abajo a su amigo gnomo—. Por el momento, yo soy la capitana del *Perechon*. Necesito que compres algunos suministros, me fiaré de tu buen juicio. Vamos a cumplir una misión especial durante unas semanas. Asegúrate de que tenemos suficiente comida para satisfacer a la

tripulación y así les mantendremos contentos. Ahora me voy a mi camarote a darme un baño caliente. Un baño caliente muy largo. Hablaré contigo cuando vuelvas.

Maquesta se alejó rápidamente de Lendle, que seguía teniendo un montón de preguntas sin respuesta. Se lavó, tiró la ropa que había llevado puesta las últimas dos semanas y acto seguido cayó sobre el camastro, donde durmió durante medio día.

A decir verdad, podría haber dormido mucho más, pero una llamada de Lendle a la puerta la despertó. Sin esperar a ser invitado el gnomo entró como un torbellino llevando una jarra de té de taninos. Le puso a la joven la taza de té debajo de la nariz mientras ésta se sentaba en el borde de la cama, bostezando. El aroma astringente del té llenó la cabeza de Maq, despertándola del rodo.

—¿Qué es? —preguntó Maq, tomando un sorbo.

—Noimportabébetelo —ordenó Lendle—. Teayudarásanar.

—Me temo que hará falta algo más que una taza de té fuerte para conseguir eso —contestó Maquesta con pesar.

Lendle asumió un aire de expectante atención que invitaba a la confianza y Maquesta le contó de corrido lo acontecido en el palacio de Attat: la pelea, la muerte de Averon, los horrores de las mazmorras, la misión que se había comprometido a efectuar en busca del morkoth y las nuevas incorporaciones a la tripulación.

—Hemos de estar de regreso en la fortaleza a puesta de sol de mañana para recoger a mi padre ya los nuevos tripulantes y tenemos que estar preparados para zarpar a la mañana siguiente —dijo Maq—. Debo reunir a la tripulación y explicarles lo ocurrido por si alguien nos quiere dejar. Espero que sigan todos, porque ya hemos perdido a demasiada gente.

Lendle asintió con la cabeza en un gesto de conformidad mientras frotaba un ungüento de aroma agradable en las llagas abiertas de los hombros y brazos de Maq, resultado de la constante humedad de la mazmorra y la gran cantidad de parásitos.

—¿Qué pasa con Fritzen Dorgaard? —preguntó Maq—. ¿Está totalmente repuesto?

—Su cuerpo sanó sorprendentemente rápido, pero no así su espíritu, me temo —respondió Lendle—. Siempre lleva una máscara de buen humor, para ocultar las cicatrices que tiene dentro. Creo que se alegrará de tener algo que hacer, y sospecho que se quedará con nosotros. No le queda nada, ahora que el *Torado* ha desaparecido. Es un hábil marinero y te será de gran ayuda.

Maquesta estiró los brazos y luego los puso de nuevo en jarras para tocarse las costillas. Pensó en conseguir algo de comer, pero luego pensó que había cosas más importantes de las que ocuparse antes.

—Tendré que preparar a la tripulación para la presencia de la elfa de mar —dijo Maq, pensando en voz alta—. Si no se muestra demasiado reservada estoy segura de que apreciarán sus talentos. Hizo lo que pudo durante la pelea en el palacio de Attat.

Evitó que mataran a mi padre.

»Del umbra, sin embargo, no me fío. —Maq frunció el entrecejo al recordar a Ilyatha—. Fue él quien detectó nuestro intento de huida y nos entregó a Attat. De hecho fue el que tocó la flauta de la danza del viento que hizo que perdiéramos la carrera, desencadenando todo lo demás. Debes ayudarme a vigilarlo estrechamente, Lendle, e intenta mantener tu mente concentrada en cosas sencillas cuando lo tengas cerca. Es capaz de escudriñar los pensamientos de una persona.

—No creo que me vaya a gustar eso, Maquesta Nar-Thon —comentó el gnomo, intentando hablar despacio.

—¿Y te he contado que se va a unir a nosotros un marinero minotauro? —preguntó Maq.

—¡Un minotauro! —exclamó Lendle, frunciendo el entrecejo—. ¿Qué poderes mágicos posee *éste*? Ésa es la nueva incorporación para la que tendrás que preparar mejor a la tripulación, después de lo que hemos oído acerca de cómo os han tratado Attat y sus lacayos.

—¿Por qué? —se extrañó Maq—. ¿Han hablado Hvel y Vartan? ¿Se han levantado antes que yo?

Lendle asintió enérgicamente con la cabeza. Maq frunció el ceño. No quería que pensaran que ella necesitaba más descanso y recuperación que sus hombres.

Sus hombres, pensó. Su barco.

—Tengo entendido que a ellos no les trataron tan mal como a ti —dijo Lendle, comprendiendo su preocupación—. Las historias que han contado acerca de ese lugar y sus ocupantes, sin embargo, me han helado la sangre —añadió. Maq hizo una mueca de dolor.

—Sí, pero este minotauro, Bas-Ohn Koraf, no es uno de los bestiales secuaces de Attat. Era su prisionero. Y nos ayudó a escapar de la mazmorra. Es un bicho feo, pero muy diferente a Attat, creo —explicó Maq.

»Pero Attat, de ése debemos cuidarnos, incluso mañana, que se supone que vamos allí a recibir sus órdenes —dijo Maq—. Ése es muy suave por fuera, pero afilado, venenoso y malvado por dentro. Si no tuviera a Melas en su poder, yo diría que leváramos anclas, zarpáramos en el *Perechon*, olvidásemos la deuda y viéramos si es capaz de cogernos. —Maq apretó los labios—. ¿Vartan y Hvel os han contado lo de mi padre?

El gnomo asintió con tristeza.

Maquesta estaba de pie en la cubierta superior de popa y acababa de contarle a la tripulación, reunida en la cubierta principal, lo que tenían por delante si decidían quedarse en el barco, bajo su mando. Incluso antes de empezar a hablar, Maq percibió un nuevo nivel de respeto entre los marineros. Para entonces, todos los de a bordo habían oído la historia, por boca de Hvel y Vartan, de que había sido ella la que

dirigió el intento de huida de la mazmorra de Attat.

—¿Hay alguien que quiera abandonar el barco? No habrá represalias por mi parte ni tampoco por parte de Melas. Cuando le toque a él navegar de nuevo, estoy segura de que podréis volver. Sin rencores.

El silencio de los hombres satisfizo a Maq.

Fritzen se encaramó a la escala que llevaba desde la cubierta principal a la cubierta de popa, en la que estaba Maq.

—¡Tres hurras para la capitana del *Perechon*! —gritó el semiogro—. Si cerramos los ojos, es como si estuviéramos capitaneados por el propio Melas Nar-Thon. ¡Pero cuando los abrimos nos damos cuenta de que nuestra suerte es mucho mayor!

Los marineros prorrumpieron en vítores y carcajadas de alegría.

—Sólo que si veo a algún marinero navegando con los ojos cerrados en este viaje, lo convierto en alimento para los tiburones toro —respondió Maq ruborizada, pero sonriendo abiertamente. Hubo más risas entre los marineros—. Ahora que estamos todos de acuerdo en hacer el viaje, pongámonos a trabajar.

Fritzen, cuya figura apuesta destacaba en la escala, hizo una garbosa reverencia cuando se cruzó con Maq por la escalera. Su piel bronceada mostraba un tono verdoso lo que, según le había contado Lendle a Maq, era señal de salud entre los semiogros. Tenía su largo cabello rubio recogido en una trenza, atada con una tira de cuero, y se había afeitado el encrespado bigote que solía adornar su labio superior. Maq le devolvió la cortesía y fue corriendo a la cocina. Tenía un hambre canina y había decidido que éste era el momento de llenar su estómago, que no paraba de hacer ruidos.

Fritzen no acompañó a Maquesta cuando partió en dirección a la residencia de Attat al día siguiente, a última hora de la tarde. Decía que los minotauros distaban mucho de ser sus seres favoritos.

—Preferiría volver para rescatarte que estropear la entrevista perdiendo los estribos delante de esa gentuza —explicó Fritzen.

—Deberías intentar controlar esa aversión total que sientes —le dijo Maq cuando Lendle y ella abordaron la chalupa—, recuerda que uno de ellos se va a unir a nuestra tripulación y que ya tenemos demasiados problemas como para perder el tiempo peleando entre nosotros.

—Creo que podré soportar a un minotauro —dijo secamente Fritzen—. Aquí él será la minoría.

La ansiedad y la inquietud competían entre sí cuando Maquesta y Lendle entraron con cautela en la fortaleza de Attat. La joven notó que había más centinelas apostados en el patio exterior esta vez y que estaban más fuertemente armados. Maq sonrió con malicia; quizás el hecho de que ella hubiera matado a dos de los lacayos de Attat

había puesto sobre aviso al jefe minotauro. Tenía unas ganas enormes de ver a su padre, pero la idea de enfrentarse de nuevo a Attat hacía que se le encogiera el estómago.

Esta vez, al entrar en la gran sala, los «animales de compañía» de Attat no estaban presentes. Sobre la tarima situada en el extremo más alejado de la sala había dos sillas y, en una de ellas, recostado sobre almohadas y envuelto en una manta ligera, estaba Melas. Maquesta corrió hasta él, con lágrimas corriéndole como ríos por las mejillas. Estaba medio dormido cuando llegó hasta la silla y decidió no despertarlo. Mientras lo examinaba con detenimiento, sintió como si la estuvieran observando. Mirando de soslayo hacia las sombras notó que Ilyatha estaba de pie a su izquierda, obviamente velando a Melas.

Maq apartó rápidamente la mirada del umbra e intentó desechar de su mente la hostilidad que surgió en el instante en el que lo vio. Percibió, sin embargo, que sus esfuerzos fueron en vano.

Tu padre lleva bastante tiempo durmiendo. Despertará en cualquier momento.

Maq había oído las palabras con claridad, pero vio que el umbra no había movido los labios. La manifestación se había hecho en el interior de su mente. Maq siguió mirando a Melas y se negó a reconocer la comunicación de Ilyatha, pero Lendle, cuyas cortas piernas acababan de llevarlo hasta la tarima, giró la cabeza en todas direcciones, intentando averiguar quién había hablado.

—Es un telépata ¿recuerdas? —le explicó Maq, haciendo un ademán con la cabeza en dirección a Ilyatha.

Lendle, abiertamente curioso, se acercó para inspeccionar al umbra más de cerca. Maq «oyó» cómo le saludaba Ilyatha. Un segundo más tarde, Melas abrió los ojos y Maq hizo caso omiso a lo que ocurría entre Lendle e Ilyatha. Melas reprimió una mueca de dolor al echarse hacia adelante para abrazar a su hija y una ancha sonrisa se plasmó en sus rasgos cenicientos. Aunque era obvio que seguía muy débil, también se veía que estaba mucho mejor. Padre e hija hablaron de lo que ocurría en el *Perechon* y, por primera vez en más de dos semanas, Maquesta se sintió feliz.

—¿Dónde se ha metido Attat? ¿Hemos sido anunciados? —preguntó finalmente la joven, ansiosa por recoger a su padre y a los otros y salir de allí.

—Le gusta hacer esperar a las visitas, especialmente si son humanos —contestó Melas—; pero se ha portado muy bien conmigo este último par de días, Maquesta.

—Sí, bueno, estoy segura de que tiene sus razones —continuó Maq—, y no olvides que ha de pagar muchas cosas.

—El mérito debería ser para Ilyatha. Ha cuidado de mí noche y día —explicó Melas—. Y las cataplasmas que preparó han hecho maravillas en mi hombro. Creo que podría enseñarle unas cuantas cosas a Lendle.

En efecto, si los gestos animados y las muecas del gnomo eran de fiar, parecía

estar manteniendo ese tipo de conversación con el umbra en ese momento.

Un esclavo entró en la sala, portando una nota para Maquesta; cuando la abrió y leyó la fina letra de trazos marcados, presumiblemente la de Attat, se informó de que el jefe minotauro se había retrasado porque estaba haciendo un esfuerzo preparando algo especial para Melas. También invitaba a Maq a sentirse libre para quedarse en la sala o visitar el jardín. Attat bajaría pronto.

Maq resopló impaciente, pero cuando levantó la vista de la nota, Melas se había vuelto a dormir.

Hace eso a menudo. Tu padre necesita descanso para poder sanar.

De nuevo Maq intentó no comunicarse con Ilyatha, remisa como estaba a darle crédito incluso por ayudar a su padre. Maq indicó a Lendle que se acercara y se quedase con Melas, ya que tenía intención de visitar el jardín para escapar a la sensación de que alguien le espiaba las emociones.

Me gustaría mostrarte algo, Maquesta Nar-Thon. ¿Me lo permites?

La petición llegó a Maq justo cuando estaba a punto de traspasar el ventanal para salir al jardín. Ilyatha había rodeado la sala por la penumbra del perímetro hasta llegar a su lado, en las sombras.

Maq suspiró y asintió con la cabeza. El umbra iba a navegar en el *Perechon* y a ella no le quedaba más remedio que acostumbrarse a tenerlo cerca, pero ello no significaba que lo aceptara de buen grado.

¿Has visto las formaciones de piedra que hay en el jardín?

Maq asintió con la cabeza antes de recordar que no tenía que mostrar su respuesta al umbra.

Visítalas cuando salgas, vuelve luego y yo te contaré lo que has visto.

«¡Me contará lo que he visto!». Maq estaba furiosa ante la arrogancia de la criatura. Empujó las puertas con fuerza y salió con paso firme al cálido y reconfortante sol.

El jardín de Attat era realmente maravilloso, repleto no sólo de flores y arbustos sino también de espléndidas esculturas. Enojada aún por lo que le había dicho Ilyatha, Maq evitó hacer lo que le había pedido hasta que pensó que era casi el momento de entrar para ver a Attat.

Al principio no notó nada particular en las formaciones de piedra, pero entonces se dio cuenta de que muchas estaban huecas y eran en realidad cavernas; varias de esas cuevas tenían barras cubriendo la entrada. Se sintió atraída hacia una de las más grandes por unos gemidos y chillidos que sonaban como los de algún animal dolorido. La cueva estaba situada de modo que la mayor parte del día estaría a la sombra pero, en ese momento de la tarde, cuando el sol comenzaba su descenso por el cielo, sus intensos rayos de luz iluminaban el interior de la caverna.

Tendida en el suelo de la cueva, en posición fetal y con único brazo con

membrana extendido hacia fuera en un inútil intento de bloquear los rayos del sol, había otra criatura como Ilyatha, aunque más pequeña y delicada, y femenina. La criatura parecía sufrir un dolor inmenso, y Maq sintió deseos de ayudarla. Los gemidos cesaron cuando Maq alcanzó las rejas. La umbra levantó la cabeza y la inclinó hacia la entrada de la cueva. Tenía los ojos abiertos, pero Maq se dio cuenta, horrorizada, de que no veía.

¿Padre? La pregunta del ser fue indecisa. Entonces, tras escudriñar los pensamientos de Maquesta y comprender que no era su padre sino una extraña, el umbra se tendió de nuevo y comenzaron otra vez los gemidos.

Maquesta volvió de prisa a la gran sala. Ilyatha empezó a comunicarse con ella incluso antes de que la joven entrara.

Ésa es mi hija, Sando. Vivimos en una comunidad subterránea de seres de las sombras situada en el otro lado de Mithas. Los seres de las sombras no soportamos la luz del sol. Sólo nos aventuramos al mundo de la superficie de noche, cuando los odiados rayos del sol han desaparecido. Me atormenta la noche en que Sando me convenció de que debía venir conmigo para recoger un trozo de escultura. Nunca tendría que haber dicho que sí. La pieza que queríamos estaba en el jardín de Attat. Iba a ser un regalo para un amigo mío, y yo había traído gemas para dejar a cambio. Como pago. No pretendía robarlo. Pero los guardias de Attat nos atraparon. Me permite merodear por todo el recinto porque mantiene a Sando encerrada en esa cueva. Durante dos horas cada tarde entran los rayos de sol en la cueva. Para Sando es una tortura sin la necesidad de herramientas. Para mi también es una tortura. Se recupera cada noche, pero me preocupa que el efecto final de ese tormento diario la pueda dejar ciega o quizá tullida.

Attat me ha prometido que sacará a Sando de la cueva para meterla en un ambiente de oscuridad total si ayudo en tu búsqueda del morkoth. Sé que crucé la línea entre el bien y el mal anunciándole el otro día vuestro intento de huida. Lo siento. Pero haber obrado de otro modo habría puesto en peligro la vida de mi hija.

Maquesta no tuvo que intentar ocultar sus pensamientos de Ilyatha tras su explicación. Su corazón se abrió a él con simpatía y compasión.

—Te deseo lo mejor, Maquesta Nar-Thon. —Las palabras de Attat sonaron huecas, pero siguió hablando con falso buen humor y pretendida preocupación. Maq, Melas, Lendle, Ilyatha, Tailonna y Bas-Ohn Koraf estaban reunidos delante de la tarima, enfrente del jefe minotauro. Éste vestía una túnica bordada, con perlas negras adornando el cuello, las sisas y el dobladillo. Lucía más anillos en los dedos y alrededor de su garganta había una gruesa banda de plata salpicada de piedras moradas. De sus hombros colgaba un manto de fino satén. Para Maq era evidente que el minotauro se había vestido regiamente con objeto de demostrar su superioridad sobre ella.

Attat levantó una mano y salió de detrás de la tarima un chamán minotauro, ataviado con una capa roja adornada con plumas y cuentas. Tenía un saquillo en la mano y sacó una pizca de polvo que espolvoreó sobre los grilletes de Tailonna. Las cadenas se abrieron por sí solas. Maq vio aparecer una tenue sonrisa en los labios de la elfa de mar por primera vez desde que la había conocido.

—Ahora todo el mundo está libre para marchar contigo, Maquesta, incluso Koraf. Hay veces que la fuerza bruta de alguien corto de alcances tiene sus aplicaciones. Con la compañía de Koraf estaréis bien equipados para volver con el morkoth.

»Sin embargo, como soy receloso por naturaleza, quiero tener una garantía adicional en un asunto como éste —dijo el jefe minotauro chasqueando los dedos, lo que hizo que sus pulseras sonaran de forma discordante.

Al oír la señal dos guardias dieron unos pasos al frente, agarraron a Melas y lo tiraron al suelo de espaldas. Un tercer minotauro le abrió la boca y otros dos corrieron hacia Maquesta para evitar que interfiriera. El chamán avanzó hacia Melas, sujetando esta vez un frasquito lleno de un viscoso líquido negro, cuyo contenido vertió en la boca de Melas. Maquesta, horrorizada, se abrió paso a empellones entre los guardias para llegar hasta su padre. Éste tosió y se quedó inmóvil, jadeando aún. Maq lo ayudó a ponerse en pie. Todo indicio de buen color y buena salud que había recuperado su semblante desapareció de repente, adquiriendo un matiz gris enfermizo.

—¿Qué has hecho? —gritó Maq al chamán. La joven lanzó una mirada airada a Attat—. ¡Teníamos un trato, y esto no estaba incluido!

El jefe minotauro se acercó lentamente a Maq y la miró con desprecio.

—Tu padre se queda aquí. Y para asegurarme de que estás bien motivada, le hemos dado una dosis de veneno de acción retardada, una poción de hierba de ahogo —siseó Attat con malicia. Levantó una mano para mostrar otro frasquito que contenía un líquido dorado—. Tienes treinta días para traer al morkoth. Antes de esos treinta días, este antídoto lo salvará. Si tardas más, bueno... —El minotauro se encogió de hombros—. Si tardas más de treinta días, Melas morirá.

En una residencia algo más desvencijada, que no distaba mucho de la de Attat, otro tipo de jefe minotauro se había reunido con un pirata llamado Mandracore, el Ratero.

Chot Es-Kalin, ataviado con ropas marrones desgastadas y una amplía capucha para ocultar su identidad, se acercó al escritorio cerrado con llave de la sucia oficina y cogió un trozo arrugado de pergamino. Tras darle vueltas en un sentido y en otro se lo arrojó al pirata, un semiogro bestial que estaba sentado en una silla coja.

—¿Y para qué me envían esta información? ¡No vale nada! —rugió Chot. Trazó un arco con el brazo para enfatizar sus palabras y escupió en la dirección del palacio de Attat. Chot hablaba en minotauro, el único idioma en el que sabía expresarse con cierta fluidez. Pataleó con sus pezuñas y miró fijamente al pirata.

Mandracore estudió con rapidez el papel y luego se puso de pie.

—Pone que Attat va a enviar otra expedición en busca de uno de sus trofeos, cerca de la costa de Saifhum —dijo con una mueca burlona el pirata—. Sólo intenta añadir alguna nueva adquisición a su zoo. Quizá quiera un tiburón toro u otro elfo de mar. Va a enviar al *Perechon*, una nave que ha adquirido recientemente tras la carrera. No nos concierne.

—¿Y la tripulación? —persistió el minotauro.

—Humanos —contestó Mandracore—. La misma tripulación que solía navegar en él, aunque ahora trabajan para Attat.

El minotauro le quitó el pergamino de las manos al pirata y lo arrugó con furia.

—Sí que nos concierne —bramó Chot—. Va en busca de algo peligroso, o en caso contrario habría enviado una tripulación de minotauros. Síguelos, y si puedes, destrúyelos —ordenó Chot—. Sería la manera perfecta de golpear a Attat: evitar que obtenga algo que desea intensamente.

—Tenemos otros asuntos más urgentes en esas aguas —dijo Mandracore sorprendido—. No creo que nuestros amigos estuvieran muy contentos si nos ven causar problemas allí... ahora —comentó Mandracore con incerteza.

—¡No te preocupes de tenerlos contentos a ellos. No soy su lacayo, aunque tú seas el mío! Y me hace feliz aplastar a Attat en todo lo que intenta —espetó el minotauro—. En cualquier caso, un semiogro con talento como tú debería ser capaz de mantenernos contentos a todos: a nuestros amigos, a ti... y a mí. ¡Ahora, márchate!

Navegando por el Mar Sangriento

Maquesta, aturdida aún por el envenenamiento de su padre, habló poco de regreso al *Perechon*. Lendle trotaba a su lado, Koraf arrastraba la jaula que Attat les había dado para meter al morkoth, e Ilyatha y Tailonna caminaban detrás. Nadie hablaba, lo que hacía que el grupo marchando en fila pareciera un cortejo fúnebre. Llegados a un punto, Maq miró de soslayo hacia atrás pensando que si esa cuadrilla heterogénea era el núcleo de su equipo, iba a tener problemas, y que la vida de su padre corría un peligro muy serio.

Había anochecido cuando remaron hasta el *Perechon*.

—¿Dónde está Melas? —preguntó Fritzen mientras ayudaba al grupo a subir a bordo.

—Reúne a la tripulación en la cubierta principal —instó Maq de manera cortante por toda respuesta.

Maquesta hizo señas a los otros para que la acompañaran al castillo de popa, donde esperaron a que se reunieran los marineros. La mayoría de ellos miró de hito en hito a Bas-Ohn Koraf, al que dedicaron miradas mezcla de sorpresa, confusión, temor y aprensión.

—Melas no va a navegar con nosotros —les anunció Maq cuando se hubieron reunido todos—. Lord Attat lo ha envenenado. Mi padre se muere lentamente, y Attat no lo salvará a no ser que tengamos éxito en la captura del morkoth.

Los marineros refunfuñaron de forma iracunda y muchos empezaron a apuntar hacia Koraf y a susurrar palabras como «espía», «bestia» y «escoria». La confusión y el temor de sus miradas se convirtieron en odio. Aumentó la hostilidad sobre la cubierta y Maq hizo lo que pudo por disiparla, aunque se dio cuenta de que Fritzen miraba con suspicacia al minotauro.

—Tenemos treinta días. Si le entregamos la criatura a lord Attat antes de ese tiempo, Melas se salvará. Me propongo estar de vuelta en veinte —aseveró Maq, y después empezó a presentar a los nuevos miembros de la tripulación, terminando con Bas-Ohn Koraf.

»Durante todo este viaje, Koraf será mi primer oficial. —Estas palabras de Maq fueron recibidas con abucheos, siseos y gritos de desaprobación que amenazaron con ahogar las palabras de Maquesta, pero la joven apretó los dientes, hizo un ademán con la mano para silenciar a los hombres, y prosiguió—. Es merecedor de ese puesto,

y le guardaréis el respeto debido. No lo juzguéis por su raza, pues yo tengo más razones que vosotros para odiar a los minotauros. Les asignaré tareas a Ilyatha y Tailonna cuando tenga una mejor comprensión de sus habilidades. Tened en cuenta que todos debemos trabajar juntos en armonía, y que debemos navegar mejor que nunca. En este viaje no hay cabida para mezquinas hostilidades individuales. Cualquiera que no pueda seguir estas instrucciones que desembarque antes del amanecer, porque entonces levaremos anclas.

Con las primeras luces, cuando empezaba a zarpar la flota pesquera en la parte meridional de la bahía para su jornada de trabajo, el *Perechon* se deslizó entre los galeones y los barcos mercantes, surcando las aceitosas aguas marrones del puerto de la bahía del Cuerno, pasando ante el rompeolas hacia alta mar.

Irás una noche en vela, en la que se discutió constantemente acerca de la decisión de nombrar a Koraf su primer oficial, Maq tomó el timón. Había considerado la idea de nombrar a Fritzen, pero Lendle le había recordado la permanente depresión del semiogro y le había aconsejado en contra de darle demasiada responsabilidad tan pronto. Aun así, había repasado la ruta de navegación con Fritzen durante la noche. Su plan era navegar entre la punta meridional de Saifhum y el Cerco Exterior de El Remolino que batía las aguas del Mar Sangriento, encima del punto en el que se hallaba la antigua ciudad de Istar, antes de ser devastada por su arrogancia durante el Cataclismo. El Remolino progresaba en anillos cada vez más intensos hacia su centro, la Sima Tenebrosa, como lo llamaban los marineros. Cualquier embarcación que se aventurase hasta el Cerco Exterior corría el riesgo de ser desarbolada por la constante tormenta que soplaba con ferocidad en El Remolino, cuya fuerza centrípeta succionaba hasta el fondo del Mar Sangriento. La ruta que había marcado Maquesta era más arriesgada que rodear la punta septentrional de Saifhum para alcanzar la colonia de kuo-toas; pero les ahorraría un tiempo considerable Bas-Ohn Koraf y Fritzen lo habían aprobado de mala gana.

Antes de que el sol hubiera asomado por el horizonte, Ilyatha acompañó brevemente a Maq en la cubierta superior de popa. Aunque aún había poca luz, llevaba la capucha muy echada hacia adelante, para taparse la cara. El umbral parecía más grande ahora que se habían alejado del palacio de Attat y de los inmensos minotauros. Era bastantes centímetros más alto que Maquesta, y la capa ondeaba a su alrededor, haciéndole parecer casi fantasmal; por primera vez desde que se habían conocido, Maq vio moverse sus labios y escuchó palabras audibles.

—Debo permanecer abajo durante las horas de luz, pero si me necesitas sólo tienes que pensar mi nombre. Lo sabré al momento y ayudaré en lo que pueda. —La voz de Ilyatha era melodiosa y sonora, agradable a los oídos de Maquesta.

Maq sonrió para mostrar su agradecimiento, reconfortada por su oferta, pero antes de que pudiera decirle nada más, se había marchado.

Si el buen tiempo los acompañaba, Maq esperaba acercarse al Cerco Exterior a la mañana del día siguiente. La joven oteó el cielo. Una gaviota de color gris perla trazaba círculos por encima de sus cabezas, siguiendo al *Perechon* en su salida del puerto.

Tras un día sin incidentes y una cena incómoda durante la cual los rostros extraños y los tristes recuerdos hicieron imposible la habitual camaradería, Maquesta se retiró a su camarote. Totalmente vestida se tendió en el camastro e inmediatamente cayó en un profundo sueño. Sin embargo, el fuerte movimiento del *Perechon* acompañado de unos golpes fuertes e insistentes en la puerta de su camarote, la despertaron en medio de la noche.

—¡Maquesta! ¡Será mejor que te levantes! —bramó Fritzen—. ¡Koraf te necesita en cubierta! —Incluso antes de despabilarse del todo, Maq se dio cuenta por la forma en que el arco cabeceaba y escoraba que había llegado la tormenta. La lluvia golpeaba contra las portillas y el viento rugía como algo vivo. Al mirar por una de las portillas, Maq vio que seguía estando oscuro. Era imposible que hubieran llegado ya al borde de El Remolino. La joven se frotó los ojos y se concedió unos instantes para aclarar sus ideas antes de abrir la puerta, molesta por la continua llamada de Fritzen. ¿Qué era lo que tanto le preocupaba? Koraf y él eran capaces de manejar el barco en una tormenta.

—Ya voy, Fritzen, ya... —Se oyó un grito agudo y una risa estremecedora por encima del estruendo del viento. Alarmada, Maq abrió de golpe la puerta de su camarote. Se unió a Fritzen en la cubierta principal a tiempo de contemplar una macabra escena iluminada por el destello de un rayo. La horripilante luz iluminó una neblina roja que se derramaba por la cubierta, a ambos lados. La nube roja llevaba consigo un sonido casi insoportable de chillidos y gemidos. Mientras Maq miraba, la niebla cubrió la cubierta y empezó a subir en volutas por los mástiles, y cuando llegó hasta sus pies sintió un escalofrío que le subía por la columna.

Entonces, ante sus ojos, la neblina adquirió forma sólida —docenas de formas sólidas—, pequeñas figuras rojas con cuernos, garras, largas colas puntiagudas y pequeños dientes afilados.

—Diablillos del Mar Sangriento —murmuró Maq, con desesperación. Cuando los diablillos atacaban, su objetivo era inutilizar el barco y asesinar a la tripulación, arrastrando sus cuerpos hasta el fondo del mar. La joven había oído esas historias, pero nunca relatadas por supervivientes. No sabía de nadie que hubiera sobrevivido a un encuentro con los maliciosos pequeños seres.

Las criaturas corrían frenéticas por el barco y empezaron a tirar del aparejo. Uno flotó hacia arriba por el palo mayo y empezó a desgarrar la vela recogida, rasgándola con sus uñas afiladas. Otros dos habían trepado hasta el tope del palo de mesana y lo estaban balanceando adelante y atrás en un intento de romper la punta. Los crujidos

de la madera sonaban por encima de la tormenta sobrenatural. Se oyó un estruendo de sartenes y cazuelas procedente de la cocina, donde los diablillos debían de estar tirando del artilugio colgante de Lendle.

Maquesta aulló furiosa y corrió a su camarote en busca de su espada. Escuchó tras ella los gritos de la tripulación y la cháchara de los diablillos. Entonces oyó a Koraf que ordenaba a los hombres que se concentraran sólo en un grupo de diablillos a la vez.

—¡Proteged primero las velas! —gritó el minotauro. Cuando Maq salió de su camarote con la espada desenvainada vio que los hombres cumplían las órdenes de Koraf.

La joven contempló horrorizada cómo Fritzen sujetaba una daga entre los dientes y empezaba a trepar por el palo de mesana. Tres diablillos se agarraron a sus piernas y lo consiguieron desprender, arrastrándolo después boca abajo por la madera pulida. Cuando Maq corrió hacia allí, el trío la miró desafiante e intentaron tirar al semiogro por la borda. Faltó poco para que lo consiguieran, pues sus piernas colgaban ya sobre el agua; pero, emitiendo un gruñido amenazador, Fritzen lanzó unas patadas e hizo salir despedido hacia la niebla a uno de los diablillos. Trepó hasta subirse de nuevo al barco y se puso de pie enfrentándose a los otros dos. Cerró un puño y golpeó con fuerza la coronilla de uno de ellos. Maquesta vio cómo se hundía el cráneo de la criatura pero también que recuperaba inmediatamente su forma original. Entonces uno de ellos se apartó, dejando a su compinche solo con Fritzen, y se acercó a Vartan con un brillo malvado en los ojos.

Uno por uno, los diablillos no representaban una amenaza seria para nadie. Pero en masa, como la ola roja que salía ahora de la cocina, presentaban un reto considerable para cualquiera. Maq corrió al lado del semiogro. Hacia ellos venía más de una docena de las perversas criaturas, armadas con cuchillos de carnicero, cazuelas de hierro, espetones y todo tipo de objetos que Lendle utilizaba en su cocina. Realizando una triple voltereta, Fritzen consiguió dispersar con facilidad a la mitad de ellos: pero emitió una serie de maldiciones cuando vio que sus patadas y golpes pasaban a través de los seres sin hacerles daño alguno. Maquesta estaba a punto de ser desbordada por el resto, y trazó un gran arco con su espada. La cuchilla atravesó los torsos de las ruidosas criaturas, pero ni siquiera sirvió para retrasarlos. Al darse cuenta de que no podía hacer nada por dañarlos, pero que sin duda ellos podrían hacérselo a ella, Maq envainó su espada, se agachó y saltó directamente hacia arriba para agarrarse a uno de los cabos de la vela. Subió a pulso, y desde su atalaya pudo contemplar la sorprendente escena que tenía lugar bajo ella.

Algunos miembros de la tripulación salieron a cubierta tras ser despertados por la tormenta y el ruido, pero sus esfuerzos por desembarazarse de los ataques de los diablillos estaban teniendo el mismo resultado negativo. Cinco de las criaturas se

echaron sobre Hvel y consiguieron arrastrarlo hasta la armería, donde lo encerraron. Otro grupo arrastró a Vartan hasta el timón y lo ataron allí con unos cabos sobrantes.

—¡La única forma de atacar a un diablillo del Mar Sangriento es con magia! —gritó Maq a Fritzen mientras éste continuaba sus fútiles esfuerzos para hacer retroceder a los que lo acosaban—. ¡O eso dicen!

Buscando una forma de contraatacar, Maq pensó en la oferta de Ilyatha. Se concentró, y unos momentos más tarde apareció en cubierta el umbra. Maquesta empezó a descender por el aparejo pero aquél negó con la cabeza.

Quédate donde estás. Las palabras de Ilyatha sonaron dentro de su cabeza mientras éste estudiaba la escena. *Me temo que no hay nada que yo pueda hacer para deshacerme de esta plaga. Entre mi gente soy un guerrero,* Ilyatha alzó la vara que acababa en un gancho afilado, un arma que siempre llevaba consigo. *No soy un consejero. Los hechizos que conozco tienen que ver con la curación, pero nada más. Y tampoco veo barcos cerca, aunque intentaré atraer ayuda por telepatía.*

Maq empezó a sentirse paralizada por el pánico. Había un pequeño grupo de diablillos intentando hacer agujeros en la chalupa. Fritzen corrió hacia ellos, agitando los brazos y gritando, pero sin resultado. Maq vio entonces a Koraf cerca de proa; enarbolaba una cabilla en una mano y la espada en la otra y blandía ambas contra un par de diablillos que estaban intentando romper el bauprés. Dos diablillos más acecharon a Maq, trepando por el cabo al que ella se sujetaba, hasta engancharse cada uno a una de sus piernas. Sus chillidos y cacareos le hicieron casi imposible concentrarse. La joven siguió trepando hacia arriba mientras los dos seres le mordisqueaban las pantorrillas.

—¡Pero yo sí que puedo hacer algo! —La voz era la de Tailonna. La elfa de mar emergió de bajo cubierta con apariencia tranquila y fría en medio de tanto caos. Tailonna recorrió rápidamente la longitud del barco, al parecer haciendo algún tipo de cálculo. Al alcanzar la proa se giró para volver sobre sus pasos a la vez que se sacaba del pelo media docena de adornos delicados: finas redecillas de gasa que sujetaban su larga melena, trenzada con conchas en pequeñas lazadas alrededor de su cabeza y cuello.

La elfa se giró primero hacia la docena de diablillos que intentaban desmontar la chalupa, cogió una de las redecillas, se la llevó a los labios, murmuró algunas palabras en su interior y luego la lanzó hacia las malvadas criaturas. La redecilla de pelo creció en el aire hasta convertirse en una red circular, de tres metros de diámetro. Cuando la red cayó sobre los diablillos y se cerró sobre ellos, éstos se quedaron inmediatamente inmóviles y callados, con los ojos abiertos pero sin poder ver.

—Una red de telaraña. Los está hipnotizando —dijo Fritzen con tono de admiración mientras seguía luchando con las criaturas que tenía más cerca.

Tailonna repitió el hechizo cada vez que se acercó a un grupo de diez o más

diablillos. A veces venían corriendo otros seres para intentar liberar a sus camaradas, pero eran incapaces de romper la red. Sus relucientes hilos sujetaban a los diablillos con la misma fuerza que una telaraña sujeta a su presa.

Cuando Tailonna hubo usado todas sus redecillas, todavía quedaban unos veinticinco diablillos. Su mirada se encontró con la de Ilyatha. Tras un minuto, éste se comunicó con los marineros que seguían en cubierta.

Quiere que nos coloquemos a barlovento de donde ella está, y quiere mi flauta de hacer bailar al viento, le comunicó Ilyatha a Maquesta.

—¡Entonces dásela! —gritó Maq mientras una de las criaturas le hincaba sus dientes en la carne, por encima de una de sus rótulas. La tormenta sacudía al *Perechon* y hacía ondear al viento a Maquesta—. No queremos más viento —gritó la joven—. Podríamos perder un mástil, pero eso será irrelevante.

Ilyatha guardó silencio, sin embargo, acerca de las intenciones de Tailonna. Al entregarle la flauta el umbra permaneció a su lado, esperando aparentemente recibir más instrucciones. La elfa comenzó inmediatamente a tocar una variante de la giga que Maq había oído por primera vez el día de la carrera. A sus pies se levantó una tolvanera.

Tailonna siguió tocando hasta que un demonio de polvo estuvo completamente formado y luego hizo un gesto a Ilyatha. El umbra metió una mano en la capa que llevaba la elfa de mar y sacó un saquillo. Espolvoreó una pequeña cantidad de lo que parecía arena amarilla en el centro del remolino. Tailonna varió la melodía y el demonio de polvo empezó a subir por el palo de mesana en dirección a los dos diablillos que allí había. El pequeño torbellino arrojó arena sobre la pareja y éstos se durmieron, deslizándose hasta la base del palo.

Tailonna siguió tocando, mandando a la tolvanera contra el resto de los diablillos del Mar Sangriento, incluyendo al par que incordiaba a Maquesta. Pronto la cubierta estuvo repleta de pequeñas formas rojas que roncaban. Por desgracia, la fuerza imprevisible de la tormenta que rugía aún había arrojado también arena a los ojos de varios de los marineros del *Perechon*, y éstos también cayeron sobre cubierta, profundamente dormidos.

—Tenemos un tiempo limitado —avisó Tailonna—. El efecto de la arena soporífera se pasará dentro de una hora, más o menos; la hipnosis de la red de telaraña dura algo más. ¡Tenemos que alejarnos de esta zona del Mar Sangriento! —Tailonna habló con una voz susurrante y musical que recordaba al mar.

Maq se deslizó hasta la cubierta, donde se frotó los pequeños mordiscos de las piernas.

—No podemos arriesgarnos a largar una vela —dijo la capitana—. La fuerza de la tormenta partiría el mástil y entonces estaríamos de nuevo a merced de esas cosas en cuanto despertaran. Tendremos que usar los remos, pero en esta mar encrespada no

sé cuánto conseguiremos avanzar. ¡Esperad un momento! ¿Dónde está Lendle? —Se le había venido a la mente la imagen del artilugio impulsado por fuego que el gnomo había fijado antes a los remos. Se preguntó si debía arriesgarse a pedirle que lo probara.

El gnomo vino corriendo a ella procedente de la cocina, convocado, al parecer, por Ilyatha. Estaba cubierto de una pegajosa masa de fruta y alubias y apuntaba hacia los diablillos agitando un índice rechoncho. Cuando Maq le interrogó acerca de su invento, Lendle se excitó mucho pero le contestó con una lentitud exasperante.

—Está preparado. Tendré que ir a encender el horno —dijo el gnomo.

—Pues ve a ello, Lendle —ordenó Maq—. Y date prisa, que tenemos poco tiempo.

—Ven a ayudarme —le dijo la elfa de mar a Maquesta. Maq se giró bruscamente. La petición de Tailonna se parecía peligrosamente a una orden. Koraf y Maq se miraron. Sin esperar una respuesta, la elfa de mar empezó a coger los diablillos dormidos y a tirarlos por la borda. Siendo casi tan alta como Koraf, Tailonna no necesitaba ayuda alguna para levantar a los pequeños monstruos, simplemente más pares de manos. Fritzen, Maq e Ilyatha se unieron a ella.

La neblina roja seguía invadiendo el barco, envolviendo la batayola con sus zarcillos y subiendo por las sogas de los mástiles. Maquesta maldijo la niebla carmesí y la escudriñó para asegurarse de que no venían más diablillos. Satisfecha, ordenó a Vartan que reuniera unas sábanas. Tendrían que remendar la vela de la mayor en cuanto salieran de la tormenta. Miró hacia atrás y vio a Koraf inspeccionando el bauprés. Sonriendo, decidió que había elegido correctamente al primer oficial después de todo. Fritzen estaba recogiendo los cuchillos y otros objetos que los diablillos habían sustraído de la cocina. Complacida de que todo en cubierta estuviera en buenas manos, fue a ver cómo le iba al gnomo.

—Lendle ¿por qué tardas tanto? —Maquesta estaba de pie sobre la trampilla que llevaba a la bodega de carga y gritaba hacia abajo. Desde donde estaba percibía el calor del fuego.

—Enunminutoenunminuto —contestó Lendle.

Maq había empezado a descender por la escala cuando el *Perechon* se vio sacudido por una potente explosión y empezaron a subir volutas de humo procedentes de la bodega. La joven saltó para subir de nuevo a la cubierta principal.

—Oh, Lendle —gimió Maq, quien miró por la trampilla a tiempo de oír un chisporroteo después de que Lendle hubiera arrojado un cubo de agua sobre algo que ardía. Salió más humo, lo que hizo que Maq respirara con dificultad. Escudriñando en la nube, Maq intentó ver si el gnomo estaba bien. Trepando fuera de la bodega, el gnomo chocó con ella.

—Haré unos pequeños ajustes y en un momento estaremos volando por el agua —

farfulló Lendle, quien había sacado un trozo de papel y un carboncillo de un bolsillo de su guardapolvo y empezaba a hacer unos cálculos.

Maq lo dejó solo y se encaminó hacia el castillo de popa.

—Koraf, reúne a suficientes marineros para manejar los remos y bájalos allí deprisa —ordenó Maq.

—¿Qué pasa con el invento de Lendle? —preguntó el primer oficial.

—No lo quieras saber —comentó Maq, sacudiendo pesadamente la cabeza—, pero asegúrate de que el fuego esté apagado antes de bajar a la bodega de carga.

—¿Fuego? —preguntó lívido Fritzen, que se dirigía hacia la cocina.

Maquesta no se dio cuenta porque estaba observando a Ilyatha, el cual escudriñaba fijamente el cielo por encima del barco. Maq también miró hacia arriba. Los truenos y relámpagos habían concluido. La tormenta se estaba desvaneciendo, aunque con demasiada lentitud como para permitirles salir de allí mediante energía eólica. Al entrecerrar los ojos mirando el cielo no vio más que una lluvia cálida que le escocía en los ojos. Entonces Maq creyó ver la gaviota gris que había volado sobre ellos cuando salieron el día anterior de la bahía del Cuerno. En pocos minutos, percibió algo mucho más grande planeando sobre el *Perechon*.

Fritzen soltó los utensilios de cocina, desenvainó su espada, la agarró por la empuñadura como una lanza y se preparó para apuntarla hacia la criatura. Tailonna se acercó rápidamente a él y sujetó su brazo.

—¿No has visto nunca una criatura como ésa? —El tono de Tailonna traslucía un cierto desprecio—. Es un ki-rin y sólo puede estar aquí para ayudarnos. No le hagas ningún daño o nos traerás la perdición a todos —le ordenó.

Fritzen contuvo con dificultad su ira ante la actitud prepotente de Tailonna, pero los movimientos del ki-rin lo distrajeron enseguida.

Los pocos marineros que aún quedaban en cubierta quedaron boquiabiertos cuando el ki-rin bajó planeando hasta la altura de la cubierta del *Perechon*, enfrente de Ilyatha. Maq nunca había visto nada igual. Calculó que el animal debía de medir de largo lo mismo que dos hombres grandes. De su frente sobresalía un único cuerno espiral que brillaba como la madreperla. Una espesa crin de color bronce brillante caía desde su cabeza y cuello. Tenía cola y cascos, de un color parecido a la crin, pero no se parecía mucho a un caballo. Cerca de los hombros le brotaban dos alas pequeñas, plumosas y teñidas de oro. Incluso en la oscuridad, el manto del ki-rin mostraba cierta luminosidad, revelando pequeñas escamas doradas que relucían y titilaban como las estrellas.

La criatura e Ilyatha parecían mantener una conversación a pesar de que no se había pronunciado una palabra. El guerrero umbra hizo algún gesto, y el otro asentía de vez en cuando. Transcurridos algunos minutos, Ilyatha hizo una profunda reverencia y se volvió hacia Maquesta y Koraf.

Pido disculpas por nuestra mala educación, comunicó, hablando directamente a Maquesta. *Éste es Belwar, un ki-rin. Ah, eso ya lo sabías. Espero que no te importe. Envié un mensaje telepático de auxilio mientras nos atacaban los diablillos. Belwar lo oyó. Está de acuerdo en ayudarnos a salir de aquí.*

El ki-rin dio una vuelta completa alrededor del *Perechon*, a la altura de la cubierta. Ilyatha miró hacia un lado un momento y luego se encaminó deprisa hacia adelante. Mientras el ki-rin esperaba a proa, Ilyatha sujetó un extremo de una soga al bauprés y luego tiró el otro extremo a Belwar, que lo cogió con la boca. Con sus alas poderosas, el ki-rin alzó el vuelo, arrastrando al *Perechon* como si fuera un barco de juguete tirado por un niño. Tailonna empezó a quitar las redes de telaraña de los grupos de diablillos de mar hipnotizados, y a susurrar algunas palabras a cada grupo. A sus órdenes se alinearon y desfilaron por la borda.

Maquesta abrazó a Ilyatha.

—Esta noche ha acabado mucho mejor de lo que esperaba. Creía que íbamos a morir todos. Gracias. Quizás este Belwar sea una buena señal —dijo Maq.

—¡Sacadme de aquí! ¡Eh! ¡Estoy en la armería, sacadme de aquí!

Koraf fue el primero en oír los gritos procedentes de la proa del barco, mientras la tripulación y él limpiaban la basura creada por el ataque de los diablillos de mar. Hizo un ademán pidiendo silencio y ladeó la cabeza, escuchando, preocupado al principio de que hubiera un diablillo aún a bordo y estuviera llevando a cabo algún truco. Entonces pasó Vartan a su lado y acercó el oído a la puerta de la armería, antes de abrirla de golpe. Del interior salió Hvel a trompicones, con el rostro enrojecido.

—¡Creía que me ahogaba ahí dentro! ¡Creía que los diablillos se habían apoderado del barco! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué seguimos vivos? —farfulló el marinero.

Vartan apuntó hacia el ki-rin en el cielo. Tiraba con fuerza y seguridad, y su piel relucía con un color dorado pálido a la luz del sol naciente. Hvel se olvidó de su encierro mientras contemplaba boquiabierto a la magnífica criatura. De repente, Belwar dejó de tensar la soga que tenía en la boca. El ki-rin inclinó las alas y empezó a volver hacia el *Perechon*. Hvel y Vartan se quitaron rápidamente de en medio cuando Belwar soltó la soga y la siguió hacia abajo hasta posarse grácilmente en el borde de la cubierta superior.

Maquesta, quien había estado ayudando en la limpieza, se acercó con paso firme para saludar a la criatura y dar las gracias. Como estaba saliendo el sol, Ilyatha se había retirado a descansar a su camarote bajo cubierta.

—¿Eres el capitán? —preguntó el ki-rin cuando la joven se acercó, con una voz tan melodiosa como el dulce canto del mirlo.

—Soy la capitana del *Perechon*, y quiero darte las gracias —contestó Maquesta—. Sin tu ayuda habríamos perecido y se habrían perdido más vidas que las nuestras

como consecuencia —añadió, pensando en Melas y en Sando, la hija de Ilyatha—. Como capitana, acepto la deuda que tenemos contigo como responsabilidad mía y prometo recompensarle como desees. —Maquesta miraba directamente los ojos relucientes de color violeta de Belwar, y encontró una gran inteligencia y comprensión en ellos.

—Mi recompensa es tu sonrisa —respondió Belwar—. Pero, cuéntame, ¿qué hace el *Perechon* en esta parte del Mar Sangriento? Os acercáis a un paso peligroso entre Findeolas y Saifhum y el Cerco Exterior de El Remolino. Lo que hay allí es mucho peor que los diablillos de mar.

Remisa a revelar toda la verdad a una criatura que para ella era casi un desconocido, a pesar de su ayuda, Maq decidió contarle sólo parte de la historia.

—Nos ha contratado lord Attat de Lacynes para recoger y llevarle una carga especial. Cuanto más rápido regresemos, mejor será nuestra recompensa —explicó Maquesta—. Con esta ruta intentaba ganar tempo.

El violeta de los ojos de Belwar pasó a un morado oscuro por la ira, y su mirada se endureció.

—De haber sabido que trabajabais para lord Attat no os hubiera ayudado. Habría dejado que los diablillos os mataran y destrozaran vuestro barco. Es mi peor enemigo y todo el odio que cabe en mi corazón es para él. —La voz de Belwar había perdido gran parte de su musicalidad al decir estas palabras—. No quiero tener nada que ver con aquellos que traten con él.

El ki-rin se preparó para alejarse volando. Justo entonces se deslizó hacia ellos Tailonna, haciendo sonar las conchas trenzadas en su pelo de forma rítmica. Cuando Belwar la vio se detuvo e hizo una reverencia respetuosa. De pie junto a Maq, Tailonna devolvió el cumplido.

—Me temo que nuestra capitana no te ha contado mucho respecto a lo que hacemos aquí. —Tailonna miró de soslayo a Maq, con una expresión lo más parecida a una súplica de comprensión de lo que podría ofrecer un elfo. Maq hervía por dentro ante la desfachatez de la dimernesti—. Ella no entiende el origen de tu animosidad.

»Cuando estuviste en el palacio de Attat, ¿te fijaste en una piel que colgaba detrás de la silla, en la tarima? —Tailonna dirigió sus palabras directamente a Maq.

Maq pensó durante un minuto; ese día parecía tan distante. Rememoró el paseo con su padre a lo largo de la imponente sala, y asintió lentamente.

—Sí, lo recuerdo. No reconocí de qué animal provenía esa piel. Era dorada, con escamas y alas. —Su voz se desvaneció. Se giró hacia Belwar, quien tenía ahora la cabeza gacha, y su porte evidenciaba una gran tristeza—. Era la piel de un ki-rin —dijo Maq.

Belwar asintió y levantó la cabeza; sus ojos ardían por la ira.

—Sí. Es la piel de mi hermano, Viyeha. Habíamos estado jugando a un juego que

a veces hacíamos cerca de las cumbres de grandes montañas. El corre que te pillo, creo que lo llamáis. Estábamos en la cordillera Cima del Mundo, en Karthay. Viyeha calculó mal la separación entre dos cumbres y se lesionó en un ala. Fue tan serio que tuvimos que esperar allí unos días para que se curara antes de que pudiera volar de nuevo. Usamos nuestros poderes mágicos para crear una guarida cómoda y, por supuesto, conjuramos toda la comida y agua que hizo falta.

»Después de dos días yo... —Aquí Belwar agachó la cabeza—, me impacienté. Me aburría la falta de actividad. Empecé a ausentarme la mayor parte del día, diciéndole a Viyeha que necesitaba patrullar la isla, pero simplemente quería alejarme de allí. Al quinto día, cuando regresé de mi vuelo, me encontré el cadáver desollado de mi hermano. Y descubrí una tristeza grande e irreparable en mi corazón. —La voz de Belwar se quebró y se detuvo para recobrar la compostura.

»Attat había estado dirigiendo una expedición por las montañas, intentando capturar un nuevo ejemplar para su zoológico, cuando tropezó con nuestra guarida. Viyeha estaba durmiendo, o hubiera previsto el ataque. Tal y como sucedieron las cosas, los doce minotauros y seis ogros que iban con Attat consiguieron echar una red sobre mi hermano y cortarle la garganta. —Belwar habló con amargura.

»Un aguilucho que anidaba encima de la guarida lo presencié todo y me lo contó. Ocurrió por la mañana, poco después de irme yo. Cuando volví a última hora de la tarde, Attat y su grupo ya habían abandonado la isla. No pude encontrarlos. Pero he jurado vengarme. Algún día, cuando encuentre a Attat fuera de su fortaleza, me la cobraré.

—Te deseamos que lo hagas lo más rápido posible —dijo Maq fervientemente—. Tailonna tenía razón. Yo no estaba segura de tus simpatías así que no te conté toda nuestra historia. Attat nos hace chantaje. —La capitana le explicó acerca de Melas; Sando, la hija de Ilyatha; la captura de Tailonna y la situación de Bas-Ohn Koraf.

El ki-rin escuchó con atención. Cuando Maquesta concluyó su relato Belwar se mantuvo en silencio durante un momento y luego pareció que tomaba una decisión. El animal extendió sus alas, las batió una vez y habló.

—Me quedaré cerca, vigilando al *Perechon* durante el resto de vuestro viaje. Tengo algunas responsabilidades que atender que pueden alejarme bastante de vosotros en algún momento, pero Ilyatha me podrá convocar. —Belwar hizo una pausa, con expresión seria.

»Os ayudaré porque os lo merecéis y porque es posible que vuestro viaje me ofrezca una oportunidad de enfrentarme a mi enemigo. Peor me temo que hay otras razones para ayudaros. He estado preocupado en los últimos años por señales de maldad en las tierras que están al oeste del Mar Sangriento. Percibo que las fuerzas del Bien y del Mal se están desequilibrando, y todos debemos combatir en esta batalla en la medida de nuestras fuerzas. Y creo que todos coincidimos en saber de qué parte

está Attat.

El Cerco Exterior

La revisión de daños que hicieron al día siguiente reveló que el *Perechon* tenía bastantes destrozos, pero ninguno irreparable. Varias de las velas estaban desgarradas, y Vartan y Hvel, sentados en cubierta, se ocupaban de remendarlas con sábanas y mantas finas. Vartan llamó la atención de Maquesta mientras ésta paseaba inspeccionando los daños a la brillante luz de la mañana.

—Las velas no aguantarán, capitán —le informó Vartan—. Servirán para un par de días y luego Hvel y yo tendremos que volver a coserlas. Y no es que no sepamos hacer bien nuestro trabajo, sino que estas velas han sido remendadas ya tantas veces que pronto habrá en ellas menos tela que hilo de nuestros zurcidos.

—Maquesta, varios de nosotros hemos hablado —intervino Hvel tras toser para llamar la atención de Maq—, para comprobar cuántas monedas teníamos entre todos. No es gran cosa pero... —volvió a coser mientras concluía la frase—, hemos reunido dos docenas de piezas de acero. Eso, unido a lo que sobra de la bolsa del malvado Attat debería llegarnos para una vela nueva, por lo menos.

Maq sonrió y se sentó junto a ellos en la cubierta.

—Aprecio mucho vuestro esfuerzo —respondió la capitana—. Está claro que necesitamos velas nuevas. Aceptaré vuestra oferta, y la próxima vez que el barco gane algo de dinero, le pagaré el doble a todo aquel que haya contribuido para adquirirlas. —Dicho esto Maq se puso de pie y continuó inspección.

Los diablillos habían conseguido abrir a golpes un agujero en el fondo de la chalupa. Lendle le aseguró a Maq que podría arreglarlo, aunque ésta se tornó algo escéptica cuando lo vio extender un trozo de pergamino, coger la tiza y empezar a hacer un diagrama de la reparación, incluyendo varias mejoras.

La parte superior del palo de mesana mostraba una fisura donde se habían columpiado los diablillos. Maq se estaba ocupando de la reparación, reforzando la madera y cubriéndolo todo con soga para mayor seguridad. La joven frunció el entrecejo al pensar que si todo iba bien, debería comprar velas y mástiles nuevos.

Concluido ese trabajo, trepó al palo mayor y empezó a examinarlo. Tocó la madera, comprobó su resistencia, y su rostro se ensombreció de preocupación. El palo era fuerte, pero tenía casi los mismos años que ella, y últimamente el barco había pasado por mucho. No había grietas, pero estaba desgastado, y necesitaba ser reforzado. Mirando hacia abajo desde su atalaya vio a su tripulación trabajando con

afán. No había nadie ocioso, y ninguno de ellos parecía quejarse. Incluso Tailonna ayudaba, aunque era obvio que la elfa de mar no hacía nada que requiriese un esfuerzo físico excesivo.

Se había roto y perdido una parte de la batayola, y habría que sustituirla con sogas de forma provisional. Fritzen se estaba ocupando de ello, pues gracias a sus habilidades acrobáticas podía colgarse por la borda del barco y atar con destreza los cabos a la batayola remanente mientras inspeccionaba la madera de alrededor de las portillas, que también mostraba algunos desperfectos causados por los diablillos.

El artilugio de Lendle para sujetar cazos y cazuelas estaba destruido, cosa que no disgustaba a Maq. El gnomo había indicado que lo arreglaría, pero primero debía concluir sus planes para la chalupa y preocuparse de sustituir una vara de conexión que había sido destruida por la explosión de su máquina de remar.

Koraf descubrió que la necesidad más perentoria de arreglos y sustituciones no estaba en el aparejo, sino entre los víveres. Los diablillos habían perforado de forma metódica todos los barriles de agua dulce que llevaba el *Perechon* salvo uno, y ese suministro crucial se había derramado durante la noche. Por mucho que odiase perder más tiempo, Maq sabía que tendrían que parar en la ciudad portuaria de Marina, en Saifhum, para reponer el agua y comprar más comida con las doce monedas de acero que quedaban de Attat. Quizá podrían comprar una vela con las aportaciones de los hombres. Koraf ordenó que tiraran por la borda las cajas, barriles y cubos, ya que no tenía sentido cargar con basura, aunque antes se ocupó de quitarle los aros de hierro a los barriles, pensando que quizá podría encontrarles alguna utilidad en el futuro.

Una hora más tarde, Maquesta estaba inspeccionando con curiosidad la chalupa, que había sido reparada de forma meticulosa. Cerca del banco anterior se había instalado un mecanismo de palanca y polea que se conectaba a una vara que bajaba por un lado del barco. Siguiendo la vara, Maq vio que bajo la chalupa había una especie de aleta giratoria de color verde brillante. La joven probó la palanca y, milagrosamente, la aleta giraba de izquierda a derecha. Según el diagrama que Lendle había dejado sobre el banco, el aparato haría que la chalupa fuera más fácil de pilotar y necesitara menos fuerza a los remos. Lendle la vio apreciar su trabajo, sonrió de oreja a oreja, se rascó la nariz y dijo que debía ir a ocuparse de otros asuntos.

El gnomo se fue saltando a hacer otras chapucillas, complacido de que Maq no hubiese criticado su invento. Cuando estaba en la bodega de carga y otras zonas interiores, a menudo tenía la compañía de Ilyatha, quien mostraba un especial interés por los aspectos mecánicos de la embarcación, además de aprecio por Lendle. El gnomo, por su parte, le había confesado a Maquesta que había encontrado un compañero perfecto en el umbra, exceptuando a otro gnomo, claro está. Él, Lendle, podía hablar tan rápido como quisiera con Ilyatha, el cual, con sus poderes telepáticos, siempre lo entendía.

Maquesta sujetaba con firmeza la cabilla principal y miraba fijamente el horizonte. El ataque de los diablillos de mar y los destrozos que le habían causado al *Perechon* frenaban su progreso, y eso minaba la moral de la tripulación. Aun así, estaba claro que era un grupo testarudo, y la joven pensaba que no querría estar con otra tripulación. Poco después del mediodía las aguas rojas empezaron a moverse en una fuerte marejada, indicando que estaban llegando al Cerco Exterior de El Remolino.

Ese color le había dado su nombre al Mar Sangriento y era el resultado de las arenas que se habían levantado con el hundimiento de la ciudad de Istar y que se mantenía en constante suspensión por El Remolino que había sido creado entonces y que estaba en el centro del mar. El *Perechon* comenzó un mareante movimiento de cabeceo, subiendo y bajando por las inmensas olas.

Maq se apoyó con fuerza en el timón, pilotando el *Perechon* siempre hacia el norte, intentando mantenerse en la parte externa del Cerco Exterior. Estaba tan concentrada que no oyó a Fritzen acercarse por detrás.

—Tienes una buena tripulación —dijo de repente Fritzen, sobresaltándola—. Han hecho todo lo posible con los suministros que tienes. Tengo algunos contactos en Marina. Quizá puedan prestarme suficientes monedas para comprar una vela nueva para el palo mayor.

—Eso suena maravilloso, Fritzen —dijo Maq, volviéndose hacia él con una sonrisa.

—Fritz —le corrigió el semiogro.

—Vale, Fritz —contestó Maq—. Los hombres han reunido dos docenas de piezas de acero. Quizá con eso, y con lo que te presten tus amigos, podremos comprar varias velas nuevas. Un velamen mejor debería incrementar nuestra velocidad, y entonces tendría una preocupación menos.

—Por supuesto que —añadió Fritz con un toque de malicia en su voz grave—, si consigo que me presten las monedas necesitaré alguna garantía de que tendré aquí un empleo. Mis amigos insistirán en que les devuelva el dinero, y no podré prometérselo si no sé si tengo un empleo estable.

—Aquí tendrás un empleo siempre que lo quieras —contestó la capitana, intentando dar un tono formal a la conversación, aunque se sentía un tanto aturdida al darse cuenta de que el semiogro estaba pidiendo su permanencia a largo plazo—. Pero seré yo quien les devuelva el dinero. Lo que cobres te lo podrás quedar. —Maq hizo una pausa y se mordió el labio inferior—. Tengo que advertirte, Fritz, que a veces pasa bastante tiempo entre los días de paga en el *Perechon*. Últimamente no hemos tenido demasiada suerte consiguiendo trabajo.

—Mis amigos lo comprenderán —dijo Fritzen suavemente—. Además, cuando recuperemos a tu padre va a cambiar la suerte de este barco. La fortuna podría llamar

a tu puerta.

—¡Fritzen! —sonó un bramido de Koraf procedente de la proa. El minotauro apuntaba hacia el bauprés.

El semiogro suspiró. Estaba disfrutando de la compañía de Maquesta y le hubiera gustado estar a su lado algo más de tiempo.

—Le prometí que reforzaría el bauprés —dijo Fritz—. Tu primer oficial es un buen navegante, pero creo que no le gustan las tareas que podrían acabar con sus huesos en el agua.

—Los minotauros saben nadar —contestó riendo Maq—. Muy bien, de hecho. Pero no son nadadores muy rápidos. Además, tú eres el ágil. Ha escogido al tipo adecuado para la tarea, y ésa es una de las cualidades de un buen primer oficial.

El semiogro le dedicó una amplia sonrisa, saludó con la mano y corrió hacia proa.

Durante casi dos horas Maq luchó contra la constante deriva hacia el sur, hacia los anillos interiores de El Remolino. Empezó a caer una lluvia helada y el cielo se llenó de rayos y truenos. Maq estaba a punto de pedir ayuda cuando vio que Koraf trepaba ya por la escala que llevaba a la cubierta superior de popa. Le hizo un ademán con la cabeza a modo de saludo, levemente formal. Cuando el minotauro sugirió que se haría cargo del timón, ella se lo cedió con gusto. Al igual que había ocurrido en la mazmorra de Attat, Maquesta tenía la sensación de que en este minotauro sí se podía confiar. Maq se quedó cerca del timón para asegurarse de que Koraf podía realmente manejar la rueda en este tipo de clima, y se sintió complacida al ver el nivel de destreza que mostraba.

Tras unas cuantas horas malas, el *Perechon* se alejó de la atracción del Cerco Exterior para poner rumbo más hacia el norte, hacia el puerto de Marina. Justo después de conseguir salir, Maq detectó una vela en el horizonte de popa, y de vez en cuando, a lo largo de la tarde, la volvió a ver. La vela sólo podía pertenecer a un barco, el *Matarife*, capitaneado por el vil Mandracore, el Ratero. Mandracore era el único enemigo de Melas y, por extensión, de Maquesta, entre todos los barcos que navegaban con cierta regularidad por el Mar Sangriento. El pirata y el capitán mantenían un viejo conflicto, algo acerca de cómo habían repartido Melas y él el botín que habían recuperado de un mercante que se había hundido hacía muchos años.

La aparición del *Matarife* la había inquietado en un principio, y el hecho de que pareciera estar siguiendo al *Perechon* contribuía a esa sensación. Sin embargo, aunque el *Perechon* no estaba navegando al límite de sus posibilidades, el *Matarife* no consiguió acercarse en todo el día. Entraron en el puerto de Marina cuando ya se ponía el sol, y Maq desechó esa preocupación.

Maquesta convocó a varios miembros de la tripulación esa noche tras la cena. Con la esperanza de reducir su estancia en Marina a un día, como máximo dos,

Maquesta delegó varias responsabilidades. Lendle y ella irían al mercado a por víveres y otros pertrechos, esperando que su capacidad de estirar el dinero les facilitara la tarea, pues quedaban muy pocas monedas que gastar en el saquillo de Attat. Fritzen iría al astillero para obtener un compuesto especial con el que reforzar el palo mayor que, aunque no mostraba fisuras, había resistido una gran tensión últimamente. Después de eso, prometió visitar a algunos amigos para ver si conseguía reunir las monedas suficientes para reemplazar las velas más grandes. Hvel y Vartan comprarían el agua. Repartidas las tareas, Maq se retiró a su cabina para echar una cabezadita. Dormir era para ella una necesidad, ya que le tocaba sustituir a Fritzen en la guardia esa misma noche.

El cielo estaba lleno de estrellas y el aire seguía fragante cuando Maq relevó al semiogro. Éste se quedó con ella en la cubierta durante varios minutos, comentando el tiempo, el futuro del *Perechon*, y la facilidad con que la tripulación había aceptado al primer oficial minotauro.

—Los marineros suelen ser bastante escépticos —comentó Fritzen—, pero también son bastante flexibles. Hay una especie de hermandad del mar que parece borrar las barreras raciales. Yo estaba convencido de que acabarían aceptando a Koraf.

»Y tú, Maquesta —preguntó Fritz, con una sonrisa algo forzada—, ¿ves también con buenos ojos a las otras razas?

—Yo veo bien a todo el mundo hasta que se portan mal —contestó Maquesta, procurando que el apuesto semiogro no viera que se había ruborizado—. Deberías dormir algo. Muy pronto deberemos ir a puerto.

Maq se acomodó cerca del timón, pensando en su estrategia para atrapar al morkoth, intentando no preocuparse demasiado por Melas y procurando quitarse de la mente a Fritzen Dorgaard. No le gustaba la idea de que el semiogro ocupara tanto sus pensamientos. Se dijo que un capitán debía pensar en su barco ante todo.

Debió de dormirse durante algunos minutos, pues se despertó cuando alguien la sacudió suavemente del hombro.

—Hay muchas noches en las que no duermo bien —dijo Koraf—. Estaría encantado de hacer este turno de guardia para que tú puedas descansar algo más.

—No te preocupes, gracias —dijo Maq, a la defensiva. Luego, al percibir que el minotauro no la estaba juzgando, añadió—, pero me vendría bien algo de compañía, y si no puedes dormir, quizá me puedas complacer en eso.

Al no recibir respuesta alguna, y preocupada de haberlo ofendido en algún modo, Maq simplemente empezó a hablar. Le contó acerca de su infancia en el *Perechon*, de la primera vez que Melas le había permitido que cogiera el timón, de haber avistado al *Matarife* durante el día, y sobre casi todo lo que se le vino a la cabeza. Poco a poco, sintió que Koraf empezaba a relajarse.

—¿Y tú que me cuentas, Kof? —preguntó Maq con verdadera curiosidad—. ¿Cómo aprendiste a navegar?

Koraf guardó silencio. La joven se preguntó si el minotauro se habría dormido. Finalmente, resguardado en la oscuridad, comenzó a hablar.

La historia de Bas-Ohn Koraf

—Desde mi más tierna infancia estuve fabricando barcos, con hojas, con trocitos de madera, y ahora claro está, con troncos de madera —le dijo Koraf a Maquesta, con voz resonante pero suave, quizá para que no le oyera nadie más.

»Por eso, cuando era aún muy joven, mi familia me consiguió un puesto como aprendiz de Efroth, el mejor constructor de barcos de Nethosak —continuó Koraf—. No provengo de una familia noble o bien relacionada, así que era una muy buena educación, una de la que estaba muy orgulloso. Efroth tenía un negocio muy próspero y empezamos cuatro aprendices a la vez: Diro, Thuu, Phao y yo. Trabajamos y estudiamos bajo su tutela durante muchos años, aprendiendo no sólo a construir y diseñar barcos, sino también a navegarlos. Nos enseñó todo lo relacionado con las corrientes, las pautas meteorológicas, cómo identificar que se acercaba una tormenta observando las nubes y sintiendo el aire sobre la piel.

»No soy jactancioso, y nunca me he considerado arrogante, pero yo era el mejor estudiante. Los otros lo reconocían y de vez en cuando me pedían ayuda, todos excepto Diro. Él estaba celoso y no hacía nada por ocultar sus sentimientos. Intentaba avergonzarme delante de Efroth realizando cosas que hicieran que mi trabajo pareciera inferior, cuando evidentemente no lo era. En cualquier caso, yo sabía que era bueno, y Efroth también, así que los intentos de Diro por hacerme quedar mal sólo se volvían contra él.

»Durante doce años aprendí y trabajé, trabajé y aprendí. No es tanto tiempo, Maquesta, tú misma pasaste aún más años al lado de tu padre aprendiendo. Fue una época feliz de mi vida, quizá la más feliz. Le debo mucho.

»Finalmente llegó el día en que los aprendices debíamos ir por nuestro camino y que Efroth cogiera otro grupo. Él decía que el siguiente grupo sería el último, ya que se estaba haciendo viejo y quería algo de tiempo libre. Todos teníamos que superar una prueba final para que se nos concediera el certificado de constructores navales cualificados. La prueba consistía en diseñar y construir una embarcación, y luego navegarla en solitario por una ruta especial que Efroth había preparado por la costa. Él acompañaría a cada uno de nosotros para poder observarnos y calificarnos.

»Dediqué mucho tiempo a mi pequeño velero, pues era mi intención venderlo después del curso para darle el dinero a mi familia, en gratitud por mi aprendizaje. Después tenía planeado viajar de puerto en puerto, construyendo barcos para las

ciudades y la nobleza, diseños grandiosos del tipo que nunca se habían visto en el Mar Sangriento.

»Yo debería haber sospechado que Diro intentaría algo para desacreditarme en esta última competición, pero a esa edad yo era absurdamente ingenuo. La noche anterior a la prueba, entró en el astillero donde se guardaban nuestras embarcaciones y debilitó el casco de mi barco.

»A la mañana siguiente, nos reunimos en el embarcadero del astillero, junto a nuestros barcos. Uno por uno Efroth salió a navegar con nosotros, llevándonos a cada uno por el recorrido trazado, mientras juzgaba el comportamiento del barco, el tipo de aparejo, y evaluando la destreza del capitán. Mi turno era el último. Me gusta pensar que me eligió el último para asegurarse de que ninguno de los otros quedaba mal.

»Diro había hecho un buen trabajo. Se había esforzado realmente en cumplir su objetivo, y yo me alegré por él. Pero cuando me llegó el turno yo sabía que era el mejor.

»Todo comenzó de forma favorable. Los vientos eran racheados, pero orienté bien las velas y mi barco estaba diseñado para sacar el mayor rendimiento al viento existente. Entonces, cuando estábamos a kilómetro y medio de la costa noté que el barco hacía agua. Ante mis ojos, la fuga se convirtió en un surtidor y entonces, con un horrible estruendo mi barco se partió en dos. Me agarré a un resto del naufragio y sobreviví. Efroth no tuvo tanta suerte. Ya era viejo cuando empezamos con él como aprendices, y cuando el barco se partió, el mástil cayó y le golpeó en la cabeza. Se hundió en el agua y se ahogó antes de que yo lo pudiera alcanzar.

»Nadie me culpó directamente por su muerte. La gente simplemente sacudía la cabeza ante el exceso de confianza que yo había depositado en mis habilidades. Incluso mis padres se avergonzaron de mí. Yo estaba atónito. Ni siquiera yo sabía cómo había podido equivocarme tanto con respecto a mis capacidades.

»Esa noche deambulé por el muelle, sin saber hacia dónde ir. Entonces entré en una posada a beber algo y, mientras esperaba, vi que al final de la barra estaban Diro, Thuu y Phao. Pude adivinar por el volumen de la voz de Diro, que estaba de espaldas hacia mí, que éste estaba muy borracho. Lo último que quería hacer era unirme a ellos, pero no pude evitar oír lo que Diro decía. Estaba jactándose de su inteligencia y les mostraba a los otros la pequeña palanca que había usado para debilitar el casco de mi barco.

»Phao y Thuu, que me estaban viendo, intentaron hacerlo callar, pero no pudieron. Yo sí que pude silenciarlo para siempre. Presa de una furia incontenible, caminé hasta él y lo estrangulé. No intenté escapar. Me arrestaron de inmediato y me sentenciaron a luchar en el circo hasta morir.

Maquesta alzó la mirada hacia sus ojos llenos de lágrimas antes de hablar.

—Pero la mala pasada que Diro te había jugado y el hecho de que hubiera

causado la muerte de Efroth deberían haber cambiado tu sentencia ¿no? —preguntó Maq.

—Nuestra ley prohíbe terminantemente que un minotauro mate a otro fuera del circo, donde tienen lugar nuestros combates organizados. Dijo ya estaba muerto, no se le podía sentenciar —explicó Koraf.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo en la casa de Attat? —insistió Maq.

—A veces, a los luchadores del circo se les asignan «amos», minotauros responsables de nuestra manutención entre peleas. A cambio, éstos reciben una parte de cada apuesta que se hace en nuestros combates. Attat es mi amo. Llevo cuatro años en el circo, y todavía no he perdido nunca, en consecuencia, él cobra buen dinero por cada una de mis apariciones.

—Entonces, si Attat es tu amo, ¿por qué no te marchas después de ayudarnos a capturar al morkoth? —preguntó intrigada Maq—. Yo le contaré a Attat que escapaste durante la noche, Kof. Te dejaré en otro puerto, no tienes que volver con él —insistió Maq—. Es despreciable.

—Han muerto dos minotauros como consecuencia de mis actos —explicó Koraf sacudiendo tristemente la cabeza—, o por mi falta de intervención. Es la ley. Yo respeto la ley. Además, si me dejara partir Attat tendría razón suficiente para volver a arrojarte a su mazmorra. No es alguien con quien se pueda jugar.

Al pensar en lo que Attat le había hecho a su padre, Maq no pudo sino estar de acuerdo. La joven asintió con la cabeza y agarró la cabilla central con más fuerza aún.

El puerto de Marina

Al día siguiente, el grupo que bajó a tierra emprendió su excursión de buen humor, temprano por la mañana. Marina era un lugar muy diferente del último puerto en el que habían estado, Lacynes. Había edificios de piedra, anchas terrazas, techos de teja, toldos de bellos colores en el puerto y todo ello presentaba una cara alegre y bien cuidada para los visitantes. A ambos lados del puerto, en las laderas, se veían granjas que cultivaban la tierra en bancales.

Sin embargo Maq sabía que, por suerte, aquella apariencia de buena acogida no se hacía extensiva a cualquiera. El *Matarife* no habría osado entrar en el puerto, ni Bas-Ohn Koraf se habría sentido cómodo si hubiera acompañado a Maquesta y a los otros por la ciudad. Los piratas y los minotauros eran rechazados de forma rutinaria por las galeras que patrullaban el puerto y por los guardias armados que patrullaban por el embarcadero.

Aun así, para el capitán y los tripulantes del *Perechon*, Marina era una visión muy agradable, o lo habría sido si no hubieran estado achicando el agua que entraba a chorro por el agujero que había en el fondo de la chalupa. El intento de arreglo por parte de Lendle sólo había disminuido levemente la cantidad de agua que entraba a borbotones, y la palanca lateral se había roto la primera vez que Maq había intentado utilizarla.

—Está bien, está realy verdaderamente bien Maquesta Nar-yhon farfulló el gnomo, — tengoun plan para arreglarlo de forma permanente aún mejor que antes— continuó el gnomo guiñándole un ojo a la joven después de contemplar la vía de agua. —¡Me pondré a trabajar en cuanto concluyamos los recados! —añadió, pronunciando las palabras más despacio para que ella pudiera entenderlo mejor.

Maq se limitó a fruncir el entrecejo.

Tras arrastrar fuera del agua la chalupa por la playa e intentar sin éxito secarse las botas, Fritzen sugirió un cambio de planes. Llevó a Maq a un lado y habló con voz queda mientras vigilaba a Lendle para asegurarse de que estaba entretenido en inspeccionar la chalupa.

—Maq, ¿podemos encontrarnos en el astillero cuando acabes en el mercado? — preguntó el semiogro—. Creo que necesitamos llevar allí la chalupa para una reparación rápida antes de que Lendle complete su arreglo permanente, o tal vez no consigamos llegar nunca al *Perechon*. Y, con suerte, espero conseguir también

algunas velas nuevas.

Lendle, que obviamente les estaba oyendo, frunció el entrecejo al mirar a Fritzen; pero luego se unió al risueño gesto de aprobación de Maq.

Quedaron todos en encontrarse en el embarcadero después de comer, con la idea de que quizá tuvieran que posponer su regreso si la chalupa no estaba arreglada.

Aunque las raíces familiares de Maq estaban bien implantadas en la tierra de Saifhum, ella había pasado muy poco tiempo en la isla. Sin embargo, cada vez que la visitaba se prometía a sí misma regresar más a menudo. Ese día, en el mercado, mientras observaba cómo Lendle regateaba hábilmente con tenderos igual de hábiles, Maquesta se sentía predispuesta a olvidarse de lo que quedaba por venir, y del pasado, aunque la preocupación por su padre nunca la abandonaba.

Deambulando por las calles barridas con esmero, Maq y Lendle adquirieron rápidamente la fruta y la verdura, y la pieza de metal que Lendle precisaba para su motor de gnomo.

—¿Quieres venir conmigo al astillero? —preguntó Maq.

—No, Maquesta Nar-Thon. Debo ir a otro sitio —respondió Lendle.

—Deja que adivine: nos encontraremos para comer en la Posada de Marina, y si llego antes de comer estarás en la habitación de atrás, ¿correcto? —preguntó Maq, aprensiva.

El rostro de Lendle se iluminó. La Posada de Marina era el establecimiento más grande de su tipo en la ciudad portuaria. Además de ofrecer habitaciones para los que quisieran pasar la noche, tenía un gran comedor que servía excelente comida casera a cualquier hora del día, y una amplia habitación trasera donde nunca acababan las partidas de cartas. Los juegos más populares eran Legión, Destinos y Cazador de Recompensas, este último una versión más compleja de un juego infantil, La Caza. Lendle lo adoraba. Maq recordaba una ocasión en la que el gnomo había jugado tres días y dos noches sin parar. Y habló tanto de aquella sesión que se olvidó de sus inventos durante más de una semana.

—Oye, Lendle —le regañó Maq—, no te olvides de porqué hemos venido y lo que nos queda por hacer. No deben de quedarte muchas piezas de acero; Vartan me dijo que habías contribuido al fondo para las velas. Y me gustaría que conservaras tu dinero por si tenemos que comprar alguna cosa.

—Maquesta Nar-Thon, no tienes que preocuparte por mí —dijo con gesto adusto Lendle, irguiéndose hasta mostrar la totalidad de su metro y cinco centímetros de altura.

Maq sabía que Lendle nunca se metía en líos a propósito; simplemente, ocurría de vez en cuando, a pesar de todas sus buenas intenciones. Por otra parte, por muy ahorrativo que fuera el gnomo, la joven no pensaba que pudieran quedarle monedas suficientes como para participar en una partida de cartas. Tras dar unos pasos en

dirección al astillero, Maq se giró para decirle adiós con la mano, pero Lendle no la vio. El gnomo ya había sacado su bolsa de dinero automática y se encaminaba hacia la posada dando brincos de alegría.

—¿Dejasteis que un gnomo os arreglara la chalupa? —El viejo armador de barcos humano reía y reía como si nunca fuera a parar. Finalmente se enjugó las lágrimas de los ojos, y con obvio esfuerzo por mantenerse serio continuó—. Veré lo que puedo hacer para arreglar la embarcación, aunque tardaré algunas horas en tenerla lista. Me llevará un tiempo deshacer el trabajo del gnomo antes de empezar la reparación. La entregaré en el embarcadero cuando la tenga lista. —Reprimiendo otra carcajada se giró y se alejó sacudiendo la cabeza y hablando para sí mismo.

Maq y Fritz habían remado en la chalupa hasta el astillero, volviendo a mojarse las botas en el proceso. Cansada y hambrienta, Maq no estaba de humor como para apreciar la jocosidad del armador ante sus apuros, y miraba fijamente la espalda del hombre según se alejaba, mordiéndose la lengua para no soltarle algún impropio del que luego pudiera arrepentirse.

—Relájate, Maq —dijo Fritz, con una sonrisa—. No lo hace por fastidiar. La barca estará arreglada pronto, y esta tarde nos llevarán las velas nuevas al barco. He pedido algunos favores, prometiendo pagarles algo de interés a mis amigos y, junto con las monedas que recaudaron Vartan y Hvel, he reunido suficiente dinero para sustituir las velas. Podemos incluso usar las mejores de las viejas para futuras reparaciones.

—¡Es maravilloso! —gritó Maq, dándole un abrazo. Inmediatamente recobró la compostura y siguió caminando a su lado, adoptando una actitud formal—. Hablaba en serio cuando dije lo de pagar a tus amigos cuando consiga dinero.

—Aceptaré ese dinero —contestó el semiogro—, pero sólo si dejas que te invite a comer. —Fritzen hizo sonar un saquillo que colgaba de su cintura y contenía algunas monedas.

—Vayamos a la Posada de Marina —sugirió Maq, quien estaba muy pendiente del roce entre su brazo y el de Fritz mientras caminaban—. Allí es donde va a comer Lendle, y tengo la sensación de que deberíamos vigilar cómo le va.

Caminaron despacio, disfrutando de su tiempo juntos y con la sensación de que todo saldría bien. Cuando llegaron, el comedor de la posada estaba empezando a llenarse de clientes, pero no se veía a Lendle. Sin embargo, cuando Maq y Fritz llegaron a la habitación de atrás, lo localizaron enseguida.

Lendle estaba sentado a una gran mesa redonda, repartiendo cartas a un grupo de jugadores compuesto por dos marineros, un mercader, varios lugareños y un enano. A juzgar por el gran montón de fichas que tenía delante, era evidente que el gnomo ganaba; y a lo grande. El juego era el Cazador de Recompensas, y había que aportar cuarenta monedas para poder participar. Cuando era niña, Maq había jugado a

menudo con Lendle, apostando anzuelos y conchas, y a menudo éste se había rendido para que ella pudiera ganar; pero parecía que con su actual racha de suerte, Lendle no tenía necesidad alguna de rendirse.

—Quizá podamos devolverles el dinero a tus amigos antes de lo que esperábamos-le susurró Maquesta a Fritz.

Maq le hizo una señal con los dedos al gnomo, indicándole que se retirara y movió los labios para que éste entendiera: «Hora de dejarlo. Te esperamos en el comedor».

Lendle sacó el labio inferior para mostrar tristeza, contempló sus fichas, luego volvió a mirar a Maquesta antes de asentir alegremente con la cabeza.

—¡Última mano para mí! —anunció y añadió en cuanto Maq y Fritz se alejaron—: Bueno, quizás una o dos más después de ésta.

Cuando se sentó en el comedor, Maquesta inspeccionó el menú de la pizarra, pasando la mirada por delicias que no había saboreado desde hacía meses.

—Ternera, pollo, arenques. —La joven suspiró—. No hay estofado de anguila ni sopa de alubias ni cecina. Maravilloso.

—Permíteme —dijo Fritz, llamando a una camarera—. La señora tomará un filete grande con patatas y un vaso de vuestro mejor vino. Lo mismo para mí, pero con una jarra de cerveza con especias en lugar del vino.

—¡Dame primero tu dinero! —dijo la camarera, extendiendo la palma de la mano—. En el Marina se paga antes de comer.

Fritz sacó su saquillo y contó las monedas antes de entregárselas a la camarera con ademán ostentoso.

—Eres rico —bromeó Maq.

—No después de esta comida —contestó el semiogro, sacudiendo el monedero que ahora sonaba mucho menos—, pero nos la hemos ganado. —Miró de nuevo dentro del saquillo—. Me temo que Lendle tendrá que pagarse su propia comida.

—Eso no importa —dijo riendo Maq—, a juzgar por el montón de fichas, se lo podrá permitir.

El gnomo aún no se había unido a Fritz y Maq cuando les trajeron su humeante comida. A Maquesta no le importaba estar a solas con el semiogro; pero estaba empezando a preocuparse por Lendle. Su inquietud desapareció, sin embargo, al tomar el primer bocado del filete, y siguió comiendo como si llevara varios días en ayunas.

Lendle aún no había llegado cuando terminaron la comida, ni cuando apuraron su segunda bebida.

—Ya no puedo más —dijo Maquesta, sacudiendo sus rizos—. Debemos mantener la cabeza despejada, y parece ser que tengo que ir a por nuestro ingeniero.

Maq acababa de decidirse a ir a recuperar a Lendle, burlándose de que se había

perdido un filete excelente cuando estalló una gran bronca en la habitación trasera. En medio del estrépito Maq pudo distinguir la rápida voz nasal del gnomo.

—No puedes dejarlo —gritaba Lendle—, tienes que quedarte a aprovechar la oportunidad de recuperarme para que te lo pueda devolver.

—No estoy obligado a hacer nada de eso —contestó una voz ronca—. Tienes que pagarme *ahora mismo*.

—¡Sí! Págame ahora, pequeño —intervino otra voz.

—¿Qué te pasa, gran jugador? ¿No puedes cubrir tus apuestas? —Era otra vez la voz ronca.

—Puedo cubrir mis apuestas. Juguemos otra mano más o quizá dos. Entonces te podré pagar. De veras.

Cuando llegó Maquesta a la habitación de atrás, con Fritz pegado a sus talones, vio que el montón de fichas de Lendle había desaparecido por completo. El gnomo se enfrentaba a un mercader con aspecto próspero, y tenía ante él sus puños cerrados, como si estuviera a punto de enzarzarse en una pelea con el hombre mucho más grande. Pero cuando los otros jugadores se pusieron del lado del comerciante y el enano llevó una mano a una daga muy afilada, el gnomo bajó los brazos y comenzó de nuevo a farfullar.

Entonces, uno de los jugadores salió corriendo, empujando a un lado a Maquesta y al semiogro, quien tenía en la mano alzada las tres piezas de acero que le quedaban.

—He de suponer que esto no será suficiente para saldar la deuda —dijo Fritz.

—Me temo que necesitaremos mucho más que eso —contestó amargamente Maq, apretando los dientes mientras se sentía desbordada por un sentimiento de desesperación.

Pareció que habían transcurrido tan sólo unos instantes antes de que llegaran los guardias del puerto, convocados por el jugador que había salido corriendo de la posada. Fritz y Maq observaron impotentes cómo se llevaban a Lendle, mientras le explicaban que tendría que trabajar para saldar la deuda que había contraído con el mercader.

Era eso, o ir a la cárcel. Durante mucho tiempo.

El rescate

Maquesta agarró por la manga a una camarera que pasaba por su lado con una bandeja.

—¿A dónde llevan a la gente arrestada por no pagar sus deudas de juego? —preguntó Maq.

—Eso depende —contestó la camarera, mirando hacia la cocina, ansiosa por recoger el siguiente pedido—. El mejor sitio para empezar es la oficina del condestable, en la plaza. —La empleada se echó el pelo por encima del hombro, dándole a Maq una vaga idea de la dirección en la que debía ir.

—Sé dónde está, vamos —dijo Maq a Fritzen, abriendo la marcha por las cuidadas calles de Marina.

Las empinadas colinas de la isla llegaban casi hasta el borde del agua, lo que había impulsado el desarrollo de la ciudad de forma alargada. Los edificios se extendían siguiendo la línea de la bahía, sin la existencia de un centro de ciudad. Hacia la parte occidental de la villa, empero, donde estaban las granjas en bancales en las colinas, había una pequeña plaza con un gran reloj de sol en el centro. Alrededor de las plantas verdes bien cuidadas de la plaza estaban los edificios que albergaban las dependencias de Marina: administrador de la ciudad, registro de la propiedad, oficinas de la policía y despacho del alcalde.

—Inútil cabeza de chorlito, hijo de un habitante deforme de la ciénaga. Le estaría bien empleado si se pudiera aquí en una celda durante unas pocas semanas —barbotó iracunda Maq mientras subía enérgicamente las empinadas escaleras que llevaban a la estrecha entrada de la oficina del condestable—. No puedo perder el tiempo en esta ciudad. Tenemos que ir tras el morkoth. Me estoy pensando dejar aquí al cabeza-hueca ignorante y recogerlo a la vuelta. Le estaría bien empleado.

—¿Quién te enseñó a soltar semejante sarta de insultos? —preguntó con tono irónico Fritzen—. Si eso es lo que piensas acerca del gnomo podemos dejar que se las apañe él solo.

—¿Cómo puedes decir algo así? —preguntó Maq, fulminando a su compañero con la mirada—. Antes me cortarían el brazo derecho. Es mi amigo, y lo necesito, pero estoy furiosa de que se haya metido en este lío y de que nosotros tengamos que perder el tiempo para sacarlo de él. Lendle conoce bien la urgencia de nuestra misión.

Al acabar de subir las escaleras, Maq se detuvo un momento para recobrar el

aliento, y la compostura. Las oficinas del condestable reflejaban también la inclinación al orden de Saifhum, y se elevaban por encima de los otros edificios oficiales. Sus inmensos bloques de granito pulido formaban una construcción de cuatro pisos que culminaba en un techo plano resguardado por un parapeto, detrás del cual, Maq estaba segura, se ocultaba un contingente de guardias. Si Lendle estaba encerrado allí les iba a costar mucho trabajo sacarlo.

—Espérame aquí fuera —ordenó Maq a Fritzen.

—Pero Maq... —El semiogro inició una protesta pero la joven le interrumpió.

—Yo sé cómo son los habitantes de estas islas, y confiarán en mí porque me parezco a ellos. Sin embargo, tú sólo harías que desconfiaran. Y si tienen sospechas quizás hagan que alguien nos siga mientras estamos en Marina, lo que sería una complicación que no necesitamos. Me será más fácil obtener información si voy sola —explicó Maq—. Nos encontraremos en la plaza. Si no he salido a la hora de cenar, entonces puedes intentar averiguar lo que pasa.

—Sí, mi capitán —respondió Fritz, con una reverencia burlesca—. Tú ordenas, y yo obedezco sumisamente.

Maq apretó los dientes y puso los brazos en jarras. Abrió la boca para responder, pero luego se lo pensó mejor, dio media vuelta y entró en el edificio.

La Maquesta que entró en el despacho del condestable mostraba un porte muy distinto al que se acababa de exhibir en las escaleras. Suplicante más que autoritaria, Maq se acercó a un gran mostrador que cerraba el acceso al resto del edificio. Había un oficial sentado a la mesa, ocupado en escribir a pluma en un largo trozo de pergamino de aspecto costoso.

—Por favor, señor ¿podría usted ayudarme? —preguntó Maq en tono suplicante.

—Expón tu asunto —dijo el guardia con una brusquedad automática, sin dejar de escribir. Cuando un momento después alzó la mirada y vio a una mujer joven que obviamente necesitaba ayuda, su semblante se suavizó visiblemente.

Maq le dedicó una dulce sonrisa.

—Mi familia y yo vivimos al otro lado de la isla, y vine a la ciudad con uno de nuestros criados para visitar el mercado. Al parecer él se metió en algún lío en la Posada de Marina. Padre se va a enfadar muchísimo. ¿Podría usted decirme cómo encontrarlo y cómo puedo reparar su infracción? —Maq habló suavemente, con las manos entrelazadas sobre su regazo. Aún llevaba la bolsa de provisiones que Lendle y ella habían comprado esa mañana, lo cual confería mayor credibilidad a su historia.

—¿Criado, eh? —preguntó el policía, mirándola de arriba abajo.

Durante un instante Maq pensó que tenía que haber contado otra historia, que el guardia no se iba a creer que alguien que vestía como ella podía provenir de una familia con sirvientes. Pero no, había mucha gente sencilla y trabajadora en Saifhum, con dinero suficiente para tener criados.

—¿Cuál es el nombre del sirviente? ¿Se trata de una mujer o un varón? —preguntó el policía.

—Lendle. Se llama Lendle Chafka. Es un gnomo —contestó Maq.

—¡Gnomo! Ah, ese tipo. Imposible de olvidar. Le atizó una patada al oficial Rappa cuando lo trajeron aquí, con fuera, en la espinilla, mientras gritaba algo de que iba a volver a ganar su apuesta —dijo el oficial golpeando suavemente la mesa con la pluma.

»No vemos muchos gnomos en Marina, nunca hubiera imaginado que hubiese alguno viviendo en la isla. —La voz del hombre había adquirido un leve tono de sospecha.

—Al *otro lado* de la isla —le recordó rápidamente Maq, a la par que movía rápidamente sus largas pestañas—. Hace poco que trabaja para nosotros, y si ésta es una muestra de su comportamiento futuro, va a durar muy poco con nosotros —añadió la joven con tono indignado—. Entonces, ¿está aquí?

—No. Uno no puede saldar su deuda trabajando si está en la cárcel, o así piensa Salomdhi. Hubiéramos encerrado al gnomo durante una temporada, pero Salomdhi quería que fuera de inmediato a su casa para empezar a trabajar —aclaró el oficial complacido—. Cuando hay dinero en juego, no verás que Salomdhi salga perdiendo, eso seguro.

—¿Salomdhi? —inquirió Maq.

—Es el tipo que le ganó el dinero a vuestro sirviente en la partida de cartas. Es un mercader, el más importante de Marina —explicó el oficial—. Empezó con un puesto de frutas y ahora es el dueño de la mitad de las tiendas del mercado.

—¿Puede usted indicarme dónde vive el señor Salomdhi? —preguntó Maq—. Tal vez pueda hablar con él y llegar a un acuerdo para que mi padre le envíe el dinero. Lendle es nuestro sirviente, después de todo. Si va a trabajar gratis para alguien, mejor que sea para nosotros.

—Claro. Coge la calle que sale detrás de este edificio, y síguela hasta el final. Salomdhi vive en una gran casa blanca con tejado de tejas rojas. Es la más grande de la calle, no tiene pérdida —explicó amistosamente el oficial.

Maq ya le había dado las gracias y se disponía a partir cuando el hombre la llamó.

—¡Joven! Suerte en su negociación con Salomdhi, es un hueso duro de roer —comentó divertido el oficial, riendo entre dientes ante la evidente desigualdad entre Maquesta y el mercader.

«Ése aún no sabe lo que es dar en hueso —pensó Maq, sonriendo para sus adentros—, pero lo va a averiguar enseguida».

Fuera, en la plaza, Fritzen se entretenía tirando guijarros a las espaldas de los transeúntes mirando rápidamente hacia otro lado cuando intentaban averiguar qué les había dado.

—¿No has pensado que te podría ver hacer eso uno de los guardias que hay en el tejado del edificio del condestable? En esta ciudad, un delito así podría llevarte a la cárcel —dijo Maq, en tono admonitorio.

—Vivo peligrosamente, y me gusta —sonrió Fritz como respuesta.

—¡Sinceramente! Primero Lendle, ahora tú. Estoy rodeada de una tripulación de inmaduros, por comportamiento, no por edad —se quejó Maq. A la mente de la joven acudió una imagen de su padre y Averon luchando en la cubierta del *Perechon*. Frunció el entrecejo al recordarlo, y al pensar en Melas su sensación de estar perdiendo el tiempo se duplicó.

»¡Vámonos! Ya sé dónde está Lendle —dijo Maq.

Mientras Fritzen y ella caminaban, Maquesta le explicó lo que le había contado el oficial acerca de Salomdhi y la condena de Lendle. Los ojos de Fritzen se iluminaron al oír lo de la riqueza del mercader.

—Puede que Lendle no sea lo único que merezca la pena ser rescatado de esa casa —dijo con picardía el semiogro.

—¡Fritz! No podemos arriesgarnos. Tenemos que concentrarnos en sacar de allí a Lendle y encontrar al morkoth —barbotó acalorada Maq—. Si no entiendes eso, quizá no deberías haber venido en este viaje.

—Tengo contraída una gran deuda tanto con tu padre, por acogerme cuando se hundió el *Torado*, como con Lendle, que me cuidó durante unos días críticos para mí. —Fritz habló seriamente, tranquilizando a Maq. El rostro del semiogro se ensombreció al recordar esos dos hechos—. No soy de los que olvidan o incumplen una obligación. Puedes contar conmigo, Maquesta.

Marina no era en realidad un lugar muy grande, y llegaron rápidamente a la casa del mercader. Estaba construida al pie de una de las laderas que rodeaban la ciudad, y se extendía lo largo de muchos metros de calle sin ser demasiado profunda. Había un muro de piedra blanca de unos tres metros de alto, rematado por tejas del mismo color que las de la casa, que se extendía desde ambos lados de la residencia hasta la base de la colina.

Maq y Fritz decidieron reconocer el jardín vallado antes de acercarse a la puerta de entrada de la casa. Maquesta sabía que, aunque el truco de hacerse pasar por el ama del gnomo había funcionado con el oficial del condestable, sería más difícil que sirviera con el mercader, especialmente si la había visto en la Posada de Marina. Fritzen se arrodilló para que Maq se pudiera subir sobre sus hombros, y luego se puso lentamente en pie.

—¿Sabes que eres muy ligera? —comentó el semiogro—. Podría llevarte todo el día.

—¡Chist! —le regañó la joven—. Podría oírte alguien.

Asomándose por encima de la valla, Maq contempló un vasto jardín compuesto

por varios huertos de verduras y cuadros de flores, además de una pequeña arboleda de cerezos. Al principio Maq no vio a nadie, pero entonces atrajo su atención un movimiento al fondo del jardín, donde comenzaba la colina, y divisó a Lendle saliendo por una puerta tan bien camuflada en la agreste ladera que la joven no la habría distinguido de no haberse abierto.

El gnomo llevaba dos azadas, un rastrillo y otros cuantos utensilios de jardinería hacia uno de los huertos, donde Maq vio que ya había montado una vara en una carretilla de dos ruedas y una manija para empujar. Había varios brazos que se extendían como los radios de una rueda desde la parte superior de la vara. A pesar de la precariedad de su posición, Maq rió para sus adentros. El gnomo empezó a conectar las azadas y otras herramientas al artilugio. Parecía como si Lendle hubiera inventado algún tipo de desbrozadora automática con las azadas colocadas a la altura exacta para recortar los vegetales del huerto. Salomdhi no sabía lo que le esperaba.

—¿Te acuerdas de lo que dije acerca de que eras ligera? —susurró Fritz—. Olvídalo. Pesas cada vez más.

—¡Chist! —le recriminó de nuevo—. Mirare un ratito más.

Después de echar otro vistazo por el recinto, Maq pensó que Lendle se encontraba solo, pero no podía estar segura. El lugar era demasiado grande. Incluso si no había nadie más, era demasiado arriesgado llamarlo. El sol daba de lleno en la fila de ventanas de la parte trasera de la casa de Salomdhi, y su reflejo en los cristales hacía imposible saber si había alguien mirando desde alguna de ellas, vigilando el jardín.

Mientras planeaba su siguiente acción, Maq vio salir con prisa de la casa a un hombre corpulento, con el cabello repeinado hacia atrás con fijador y un aire próspero. Maq se agachó levemente para que su cabeza no sobresaliera por encima de la valla. Reconoció al hombre de la partida de cartas. El mercader, sin duda Salomdhi, le hizo un gesto al gnomo para que se acercara, gritando su nombre «¡Lendle Chafka!» como si fuera una enfermedad. Por suerte, la llamada acercó a Lendle a su atalaya y la joven pudo oír la conversación.

—¿Qué está pasando? —susurró Fritz.

—Chist. Te lo contaré dentro de un minuto —susurró Maq a modo de respuesta.

—Basta de chistarme. ¿Qué está pasando? —insistió el semiogro.

—Veo a Lendle. Calla —dijo Maq, que había vuelto a asomar la cabeza.

—Tengo una cita de negocios —anunció Salomdhi, dándose importancia—. Vamos, súbete la pernera del pantalón.

Maq no oyó la respuesta, si hubo alguna, por parte del gnomo, pero se imaginaba que no estaría muy feliz. La joven se alzó un poco más para ver mejor; parecía como si Salomdhi se hubiera inclinado para fijar algo al tobillo de Lendle. Maq se agachó de nuevo cuando el mercader se puso de pie.

—No hay forma de salir de este jardín sin pasar por la casa, y los criados no te

van a dejar entrar —explicó Salomdhi—. No te molestes en pensar en escapar. Ese talismán hechizado que te he colocado en el tobillo me permitirá saber dónde estás, y yo tengo la única llave que lo abre. Por supuesto que si quieres intentar escapar, por mí, adelante. Eso me otorgaría el derecho a tenerte a mi servicio durante muchos meses más. Hacía bastante tiempo que necesitaba un jardinero.

Cuando el mercader desapareció en el interior de la cueva de la ladera de la colina, Lendle empezó a seguirlo, sin embargo antes de que hubiera llegado a la puerta salió Salomdhi llevando un saco de arpillera. El mercader recorrió el jardín con la vista, pero vio poca evidencia del trabajo hecho.

—Recuerda, quiero que hayas quitado las malas hierbas de los tres huertos antes de que caiga la noche. Mañana puedes empezar a podar los cerezos. —Dicho esto, el mercader salió al jardín con el mismo aire pomposo con el que había entrado.

Cuando Maq se asomó de nuevo por encima de la valla, Lendle, distraído momentáneamente de su trabajo por la introducción de este nuevo juguete, estaba toqueteando la argolla que el mercader le había colocado.

Maq saltó al suelo para consultar con Fritzen, quien se frotó los hombros con un fingido gesto de dolor.

—El mercader se ha marchado —dijo la joven—. Dudo que haya nadie en la casa salvo los criados. Creo que sería fácil sacarlo si no fuera...

—Si no fuera ¿qué? —demandó Fritz.

—Si no fuera porque Salomdhi ha colocado algún tipo de talismán hechizado en el tobillo de Lendle —continuó Maq—, y dijo que le ayudaría a rastrearlo si trataba de escapar.

—Ese mercader no parece el tipo de persona que tenga hechizos a su disposición por toda la casa —dijo Fritzen con aspecto dubitativo—. Quizá sea un truco. Entremos primero para hablar con Lendle y más tarde nos preocuparemos del artilugio. Además, quizá sea valioso y nos interese llevárnoslo.

—De acuerdo —coincidió Maq, empezando a subirse de nuevo a los hombros de Fritzen.

—No soy una escalera —se quejó débilmente esta vez el semiogro.

—Dame un minuto —respondió la joven—. Yo podré trepar a lo alto de la valla subiéndome a tus hombros, pero ¿encima de quién te vas a subir tú?

—Encima de nadie —contestó Fritzen cuando Maq se puso de pie sobre sus hombros—. Hay quienes necesitan que les echen una mano —se burló el semiogro—, mientras que otros somos autosuficientes.

Ante ese comentario, Maquesta pateó a Fritzen, medio en broma, y no le dio por poco en la nariz. Al mirar hacia el cielo, Maq vio que el sol había cambiado de posición y había sombras a lo largo de la pared del jardín que le permitirían ocultarse si había alguien vigilando desde la casa. Agarrándose con fuerza a las tejas, se aupó y

empezó a pasar por encima de la valla.

Lendle sólo se apercibió de la presencia de Maq cuando ésta se dejó caer ágilmente al otro lado. Sin mostrar sorpresa se acercó corriendo a ella, con el entrecejo fruncido encima de su gran nariz.

—¿Dónde has estado? —preguntó enfadado el gnomo
¿Tienes idea del tiempo que llevo esperándote?

—Para el carro, Lendle —ordenó Maq ceñuda—. Con todos los problemas que hemos tenido últimamente por las apuestas, no podía creer que te metieras en una partida de Cazador de Recompensas y en una pelea de taberna al perder. No tenemos tiempo para eso. Mi padre. El morkoth. ¿Recuerdas?

Lendle tuvo por lo menos el detalle de ruborizarse; un intenso rojo carmín tiñó su piel de color avellana, antes de ponerse a la defensiva.

—Yonoperdí —barbotó el gnomo—, era un revés temporal.

Maq puso los ojos en blanco.

—Ese simio Salomdhino entiende la etiqueta de los jugadores de cartas —se quejó Lendle, que empezaba a disfrutar del tema—. Tampoco entiende nada de jardinería o como instalar un sistema decente de desbrozar las malas: —Lendle cogió a Maq de la mano y la llevó hacia la parte posterior del jardín, hacia la puerta que le había visto utilizar.

»Pero, Maquesta Nar-Thon —añadió Lendle, que empezó a hablar más despacio, lo que revelaba una gran emoción por su parte—, tienes que venir conmigo. Ese idiota debe de entender *de algo* —comentó el gnomo, que seguía conduciendo a Maq.

—Para un momento, Lendle; creo que Fritz va a unirse a nosotros —lo interrumpió Maq.

Un golpe sordo contra la parte exterior de la pared del jardín anunció la inminente llegada del semiogro. Fritzen había tomado algo de carrerilla para saltar contra la pared y usar el escaso apoyo que la superficie daba a su pie para impulsarse hasta que sus manos pudieron agarrarse a las tejas. Con un solo movimiento salvó el muro y, dando una voltereta, salió al jardín, cayendo de pie.

—Exhibicionista —dijo Maq, aparentando indiferencia, a lo que Fritzen sonrió.

—¿Qué pasa con el talismán encantado? —preguntó el semiogro.

—Parece que tú ya tienes suficiente encanto —comentó el gnomo antes de seguir arrastrando a Maq hacia la puerta.

—Lendle quiere enseñarnos algo —explicó Maq.

Como no había visto salir a Lendle del interior de la colina. Fritzen se mostró impresionado cuando el gnomo abrió la puerta oculta. Entraron en una cueva cálida y espaciosa en la que Salomdhi guardaba las herramientas del jardín, semillas, tubérculos, sacos de arpillera y similares. Era prácticamente el paraíso de un jardinero, y un buen indicador de la prosperidad del mercader.

—¿Es esto lo que tanto te excita? —preguntó Maq sorprendida—. Lendle, tenemos que salir de aquí, no tenemos tiempo para esto.

—No. No. No, Maquesta Nar-Thon. Tienes que ver esto.

Lendle los llevó hasta la esquina derecha del fondo de la cueva, cogió un desplantador de jardín de entre las herramientas y lo rozó contra la roca irregular de las paredes hasta topar con un picaporte oculto labrado en la misma roca. Cuando el gnomo accionó el tirador Maq vio que estaba unido a una pequeña chapa metálica rectangular que salió de la roca según tiraba. Al salir, pudo oírse un mecanismo en el interior de la pared.

—Pesos y contrapesos —explicó brevemente Lendle—. Muy ingenioso.

Ante ellos apareció una abertura cuando la puerta de piedra se deslizó hacia la derecha. La caverna principal recibía la luz que entraba de la puerta abierta al exterior, pero la cueva interna estaba en total oscuridad.

—Esperad —les ordenó el gnomo. Se agachó, tanteando el suelo a la izquierda de la puerta y se incorporó con un farol en la mano. Fritzen hizo saltar una chispa de una caja de pedernal que había visto al lado de un saco de nabos. Cuando el semiogro levantó el farol, Maq quedó boquiabierta.

Un saco de arpillera lleno de monedas de oro se había abierto por la costura de abajo, derramando parte de su contenido por el suelo de la cámara. Eso fue lo primero que vio Maq. Amontonados tras ése, por todo el lado izquierdo de la cueva y casi hasta el techo, había apilados sacos y sacos, repletos también de monedas a juzgar por sus formas. También había diversos tesoros esparcidos entre las bolsas: candelabros de oro engarzados con rubíes relucientes, cuencos y platos de oro y plata, cajas lacadas y arcones incrustados de joyas. Maq abrió la tapa de uno de ellos; estaba repleto de gran variedad de gemas: zafiros, diamantes y esmeraldas.

El otro lado de la cueva la dejó muda de asombro. Apoyados contra la pared había escudos metálicos, algunos labrados con oro, y montones de cotas de malla apiladas. En otro rincón había correajes para armas adornados con hebillas de plata y coseletes de cuero endurecido. Cerca de eso había espadas, algunas con empuñaduras engarzadas con brillantes, apiladas de punta, atadas unas con otras como gravillas de trigo. Había un montón de largas lanzas en el suelo de la cueva, cerca de un montón de dagas.

Fritzen dio unos pasos en esa dirección, escogió una daga con un rubí en la empuñadura, y se la metió en el cinturón. Un collar de perlas acabó en su saquillo, al igual que un estuche de plata del tamaño de un puño.

—Necesitaremos unos sacos —indicó el semiogro.

—¡No! —El tono de Maq era enérgico—. Esto no es nuestro. No somos ladrones.

—No me digas. Pues creo que el mercader amigo de Lendle no ha adquirido esto de forma honrada, y estoy seguro de que no echará de menos una o dos baratijas. —

El semiogro metió monedas de oro en su saquillo hasta que ya no cupo nada más, luego cruzó la cueva y apuntó hacia algo—. Mira esto. —Fritz estaba al lado de un montón de cascos, y estaba examinando uno. Maq y Lendle se unieron a él. En sus manos sujetaba un yelmo muy elaborado y adornado con cuernos. Éstos eran largos, finos y curvos, y parecían estar lo bastante afilados como para ensartar a un adversario. Aparte de las aperturas para los ojos del portador, el yelmo cubriría totalmente la cabeza de quien lo llevara. Era evidentemente un trabajo artesanal muy fino, pero, al mismo tiempo, era horriblemente espantoso. El semiogro se lo colocó en la cabeza.

»Éste es el casco de un señor de la guerra, no de un mercader —dijo Fritzen, ajustándose para que le encajara mejor, y examinándolo por fuera con los dedos—. Nunca he visto nada parecido a esto.

—Y tampoco deberías haber visto éste —dijo una voz ronca procedente de la puerta.

Sobresaltados, Fritzen y los otros se dieron la vuelta de un brinco. Salomdhi estaba en el umbral de la cámara del tesoro.

—¡Lendle! —barbotó el mercader—. ¿Qué haces aquí dentro y quiénes son éstos que están contigo? —El mercader dio un golpe con el pie—. Veo que me vas a ser poco rentable. El condestable ya me avisó de que me causarías más problemas de lo que valías.

—No, yo diría que ninguno de ellos vale mucho, pero quizá nos proporcionen algo de diversión —dijo una figura más grande, que estaba detrás de Salomdhi—. Y ahora mismo necesito divertirme, Maquesta Nar-Thon.

Maq se sorprendió. La voz sonaba familiar. Entonces la figura apartó a Salomdhi a un lado y entró en la cueva.

—¡Mandracore! —exclamó la joven.

Ante ella estaba el capitán pirata conocido como Mandracore, el Ratero. Era, como Fritzen, un semiogro, y aunque no era tan alto como éste, era más musculoso y fornido, aunque sin el atractivo físico de Fritzen. Su rostro, basto y poco agraciado, estaba tachonado de verrugas. Maq nunca había visto su pelo ya que siempre llevaba un pañuelo anudado, cubriéndole la cabeza. De una de las orejas colgaba un pendiente de oro con forma de calavera risueña.

—¿Qué estás haciendo en Saifhum? —preguntó Maq antes de volverse hacia Salomdhi y demandar—: ¿Qué está haciendo aquí contigo? Nunca he oído hablar de un mercader de Saifhum que tuviera negocios con piratas.

Tras ella Fritzen se deslizó con sigilo hacia un fajo de espadas. De espaldas a ellas tiró de una para liberarla del resto y la escondió tras sus piernas.

Salomdhi parecía incómodo ante las acusaciones de Maq.

—Yo... —comenzó el mercader, pero Mandracore lo interrumpió.

—Mis negocios me llevan a rincones que tú ni conoces, Maquesta Nar-Thon — cortó el pirata—. Y si quieres saber lo que estamos haciendo en esta cueva, tu pequeño amigo nos avisó.

Intrigada, Maq miró a Lendle, entonces notó que el talismán encantado que tenía en el tobillo se iluminaba de forma intermitente con una luz de color azul pálido.

—Es una gran suerte que los negocios que tengo aquí me den la oportunidad de saldar una vieja deuda —añadió Mandracore—. Lástima que no esté aquí tu padre, Maquesta, pero tú valdrás igualmente. —El pirata chasqueó los dedos y otras dos siluetas ocuparon el umbral de la puerta tras Salomdhi.

Maq, Fritzen y Lendle, al estar dentro de la cueva se hallaban en desventaja a la hora de comenzar una pelea, a no ser que pudieran atraer a los piratas —o por lo menos a Mandracore— al interior. La joven miró a sus compañeros y vio que ellos también habían comprendido la situación.

Salomdhi empezó a retroceder hacia la puerta de la cueva, mirando de soslayo a Mandracore.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó el mercader, y después, intranquilo por la expresión del pirata, se quejó—: No quiero saber nada de esto. Quiero que salgáis todos de mi propiedad. Tus amos no me pagan para esto, Mandracore. No permitiré que se cometan asesinatos en mi casa.

—¿Qué servicios estás prestando a esta escoria? —preguntó Maq.

—Sólo es una transacción económica honrada —dijo el mercader, a la defensiva—. Les alquilo esta cueva como almacén y compro y vendo algunas cosas en su nombre. Me pagan bien y yo no hago preguntas. Lo que hagan fuera no me concierne. —Salomdhi sacó pecho y alzó la barbilla para darse mayor importancia; fortalecido por sus razonamientos, se dirigió a Mandracore.

—Ya has oído lo que he dicho. Sal de aquí, y llévate a tus sicarios contigo —ordenó el mercader.

Alzando una ceja, Mandracore le hizo una señal a sus esbirros, que agarraron a Salomdhi por los brazos y lo empujaron al interior de la cámara del tesoro.

—Ningún mercader gordo le habla así a Mandracore el Ratero —rugió el pirata, acercando su fea cara a dos centímetros de la de Salomdhi—. Crees que tienes las manos limpias, ¿eh? Entonces re conviene aprender una pequeña lección. Esto debería de ser muy instructivo.

Con Mandracore vuelto de lado, concentrado en el mercader que se retorció y los otros dos piratas ocupados en sujetar a éste, Maq vio su oportunidad. Se dejó caer de rodillas y agarró una de las dagas que había en el suelo de la caverna después saltó sobre la espalda de Mandracore, aferrando su cintura con las piernas y el cuello con uno de sus brazos hasta casi cortarle la respiración, apretó la punta de la daga contra la garganta del pirata, advirtiéndole de que no se moviera.

Mientras tanto, en el momento en que Maq se puso en movimiento, Fritzen corrió un par de pasos hacia los piratas que sujetaban a Salomdhi y saltó con las piernas extendidas hacia adelante dando dos patadas en las barbillas de los dos guardias, haciéndolos caer hacia atrás sobre un montón de monedas derramadas.

El semiogro desenvainó la espada y apretó la punta contra el pecho del más grande de los dos, y soltó un gruñido que reverberó en el interior del yelmo, indicándole al pirata que no se moviera.

Libre de repente, Salomdhi se giró para correr, pero Lendle se lanzó contra sus tobillos y le hizo una llave tumbándolo boca abajo y retorciéndole el brazo, causándole el suficiente dolor para que el hombre se quedara inmóvil pero no, por desgracia, callado. Salomdhi, nada acostumbrado al daño físico, empezó a chillar que se le iba a romper el brazo.

El otro pirata que había derribado Fritzen se había puesto de pie otra vez y estaba dando vueltas alrededor del semiogro con dos largas dagas gemelas en las manos.

—Atrás —avisó Fritzen—, o rajaré el estómago de tu amigo como si fuera un cerdo en el matadero, y su sangre lavará todas estas monedas de oro.

Impávido, el pirata rió y se acercó aún más. Fritz, frustrado, cerró un puño y atizó al hombre caído en la cara, haciéndole perder el conocimiento y rompiéndole unos cuantos dientes.

A Maq, que seguía sobre la espalda de Mandracore, no le gustaba la situación. Aunque el pirata que se enfrentaba a Fritzen era un humano, y bastante más pequeño, parecía ágil y experimentado, un adversario peligroso.

—¡Dile que suelte las dagas! —bramó Maquesta a Mandracore, apretando el cuchillo contra el cuello del pirata. El semiogro apretó los dientes, negándose—. ¡Hablo en serio! —Maq giró su arma, clavando la punta en la blanda parte inferior de su barbilla hasta que apareció un hilillo de sangre—. ¡Díselo! —ordenó.

—¡Yega! —gritó Mandracore con voz entrecortada—. Suelta tus dagas. —El tono asustado de la voz hizo que el pirata soltara de inmediato los cuchillos. Fritzen recogió las dagas y se las guardó; después apuntó al suelo con la espada.

—¡Tumbate al lado de tu amigo! —ordenó Fritzen. De nuevo las palabras retumbaron dentro del casco. Sacudiendo la cabeza, se lo lanzó y lo tiró al suelo—. ¿Cómo puede alguien llevar una cosa así? —se preguntó en un susurro.

—¡Lendle, hazle callar! —farfulló Maq mientras Salomdhi seguía gimiendo. El gnomo arrancó una tira de la parte inferior de la túnica de seda de Salomdhi, y ante la evidente indignación del mercader se lo metió en la boca, amortiguando el sonido, aunque sin apagarlo del todo. Un sudor frío se apoderó del mercader, que se retorció aún más.

»Y ahora, muy despacio, vayamos a la otra parte de la cueva —ordenó Maq, que apretó las piernas alrededor de la cintura de Mandracore—. Yega y el otro, delante,

con Fritzen vigilándolos, luego Salomdhi y Lendle. Dejaremos lo mejor para lo último, Mandracore. —Maq pensaba que habría sogas en la primera estancia de la caverna, sogas que podrían utilizar para atar a Salomdhi y a los piratas. Entonces tendrían que volver al *Perechon* lo antes posible. El talismán encantado del tobillo de Lendle seguía parpadeando. La joven no sabía si estaría convocando a alguien más a la casa del mercader, pero no quería correr riesgos.

Yega tiró del pirata inconsciente y empezó a arrastrarlo como un saco de patatas, dirigiéndolo hacia la cueva anterior. Le lanzó a Maq una mirada gélida de desprecio al pasar ante ella. Justo cuando los hombres llegaron a la puerta, los ojos de Maq se abrieron de par en par.

—¡Fritzen! ¡Cuidado! —El aviso llegó demasiado tarde para el semiogro. Mandracore había apostado un tercer pirata para vigilar el jardín mientras los otros y él acompañaban dentro a Salomdhi. Ese pirata, que enarbolaba un alfanje, asestó un golpe a Fritzen desde el exterior de la cámara del tesoro. Fritz se agachó en el último instante, pero la hoja lo alcanzó de lleno en el hombro, provocándole una mueca de dolor. El semiogro levantó su arma para parar el siguiente golpe y lo consiguió desviar, pero la herida lo había debilitado.

Esto le dio a Yega una oportunidad. El pirata se alejó de Fritzen a gran velocidad y se acercó a su compañero mientras sacaba una daga del cinturón. Ahora eran dos los que se enfrentaban al semiogro, y se le acercaban.

—¡Lendle! Ve a ayudarlo, yo vigilaré al mercader. —Aunque Lendle era un luchador capacitado, Maq temía que si ella iba a ayudar a Fritzen, Mandracore sería capaz de arrollar al gnomo. Por tanto Mandracore era responsabilidad suya.

Antes de que el tercer pirata pudiera golpear de nuevo a Fritzen, Lendle saltó hacia él. El gnomo se lanzó por debajo del arma del semiogro y lo atacó con un pequeño desplantador, rajando la pierna del pirata y haciéndolo aullar. Cuando el pirata se agachó a mirar la herida, el gnomo saltó con toda la fuerza que le permitían sus rechonchas piernas y le clavó el desplantador en el pecho. La punta atravesó la colorida vestimenta y encontró su corazón. Se desplomó hacia adelante, con una expresión vidriosa en los ojos. Al mismo tiempo, el pirata que empuñaba la daga avanzó e intentó rajar el vientre a Fritzen. Desequilibrado aún, éste pudo enarbolar su arma, pero la herida de alfanje le impedía usar su brazo derecho. Al apreciar su ventaja, el pirata que quedaba saltó hacia el semiogro. Fritzen rodó hacia un lado y lanzó un golpe con el brazo izquierdo, clavando la espada bajo las costillas del pirata hasta sacar la punta por la espalda. El hombre cayó, con Fritzen prácticamente encima de él. El último pirata, que finalmente había recobrado la conciencia, se arrastró hacia el alfanje de su compañero caído, pero Lendle se interpuso entre el pirata y el arma, y lo mantuvo a raya con el pequeño desplantador.

—¡Suéltaloahoramismo! —gritó el gnomo.

El pirata observó cómo Lendle enarbolaba la ensangrentada herramienta de jardín, miró de soslayo a Mandracore y arrojó su daga al suelo.

—Ahora, ponte boca abajo —añadió Lendle, hablando más despacio para asegurarse de que el pirata le entendía. Cuando el hombre obedeció, el gnomo se sentó encima y miró a Fritzen—. ¿Estás bien?

El semiogro gruñó y se levantó de encima del pirata muerto. Miró a Lendle y esbozó una tímida sonrisa.

—Así que sabes hacer algo más que cocinar —bromeó el semiogro. Entonces frunció el entrecejo en un gesto de dolor y se miró el hombro.

Mandracore seguía inmovilizado por la punta de la daga de Maquesta y la certeza de que ésta la utilizaría. Salomdhi se puso lentamente de pie y se quedó paralizado por el temor y el horror, sin molestarse siquiera en sacarse la mordaza de la boca. Sus ojos, abiertos de par en par, contemplaron los cuerpos y la sangre.

—Lendle, ata a ese pirata que tienes debajo, y a Salomdhi también. Luego me ayudas con Mandracore —ordenó Maq—. Fritzen, ¿cómo te encuentras? ¡Aprieta fuerte esa herida! —El semiogro estaba sentado con la espalda contra la pared, sujetándose el hombro ensangrentado.

—Hago lo que puedo, Maq. He perdido sangre, pero estoy mejor que esos dos —contestó Fritzen apuntando hacia los piratas muertos—. Conseguiré volver al *Perechon*.

Maq se bajó de la espalda de Mandracore y agarró las manos del pirata hasta poder atárselas detrás con un trozo de cuerda. Lo empujó para arrodillarlo y luego le dio un fuerte empujón hacia adelante. El pirata giró la cabeza a un lado justo a tiempo para no golpearse la nariz contra el suelo de piedra.

—Esto añade una deuda más a los asuntos pendientes que tengo con la familia Nar-Thon —dijo amargamente el jefe de los piratas—. Supongo que tendré que saldar cuentas contigo a partir de ahora, ya que tu padre está fuera de juego —se burló Mandracore.

—¿Qué sabes tú acerca de mi padre? —preguntó Maq con brusquedad—. ¿Qué has oído?

—Tengo amigos en Lacynes —contestó el pirata—. Sé que Melas está viviendo de prestado, pendiente de tu regreso, siempre y cuando tengas éxito.

Maq frunció el entrecejo, preocupada porque el Ratero supiera el propósito del viaje del *Perechon*.

—¿Tienen algo que ver tus jefes en Lacynes con ese tesoro y el arsenal de armas que hay ahí dentro? —preguntó intentando averiguar la conexión.

—No dije jefes, dije amigos —contestó secamente el pirata—. Tengo muchos intereses, y en este caso los intereses de mis amigos y los míos coincidieron de un modo que me está llenando la bolsa —añadió Mandracore, disfrutando de quietud de

Maquesta.

—Nunca había visto matar a nadie —susurró a Maquesta.

—Sospecho que tus asuntos *honrados* de negocios te van a llevar por un camino en el que presenciarás muchas cosas que no has visto antes, ni querrías ver —dijo Maq, contemplándolo con desprecio—. Ahora, ¿dónde está la llave del talismán hechizado del tobillo de Lendle?

El mercader hizo un ademán con la cabeza hacia su chaleco. Maq encontró la llave en un bolsillo interior. La joven quitó el talismán, un pequeño disco de piedra lisa gris con anillos blancos incrustados, que seguían parpadeando.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó Maquesta. Salomdhi hizo un gesto hacia Mandracore, quien le sonrió. A sabiendas de que no conseguiría nada del Ratero, Maq dejó caer el talismán—. Quizás ayude a que alguien te encuentre a ti. Vámonos —añadió, volviéndose hacia Lendle.

Maq ayudó a Fritzen a incorporarse y lo sostuvo mientras salían de la cueva.

—Hasta que nos encontremos de nuevo, Maquesta —gritó Mandracore mientras la joven cerraba la puerta de la caverna oculta en la ladera.

Al pasar por el interior de la casa de Salomdhi, Lendle arrancó una tira de tela del mantel de la mesa del comedor y la usó para vendar la herida de Fritzen, en un intento de frenar la pérdida de sangre. El trío se sentía observado, pero ninguno de los criados intentó detenerlos.

—Es arriesgado ir por la vida a tu lado —bromeó Fritz con Maquesta cuando salieron a la calle.

—Creo recordar que dijiste que te gustaba vivir peligrosamente —contestó la joven. Su tono era ligero, pero su semblante mostraba preocupación—. Tenemos que volver al embarcadero y al *Perechon* lo más rápido posible. Tengo la sensación de que no pasará mucho tiempo antes de que esa escoria reciba ayuda.

—Necesito hacer una parada cuando lleguemos al embarcadero —dijo Fritz—. Tengo en el bolsillo un collar de perlas que saldará la deuda con mis amigos. Piensa en ello como si tu colega Mandracore te hubiera comprado las velas nuevas.

El Matarife

—Un hechizo de vigilancia; eso es magia muy antigua —comentó pensativa Tailonna.

En cuanto el *Perechon* hubo zarpado del puerto de Marina —con las flamantes y blancas velas nuevas gualdrapeando en los mástiles recién reforzados—. Maquesta les pidió a la elfa de mar y a Ilyatha que vinieran a su camarote. Les contó lo que había ocurrido en la isla, la esclavitud temporal de Lendle, el escondrijo de tesoros y de armas, la aparición de Mandracore, y el hechizo.

—Me sorprende que un simple mercader o incluso un pirata conozcan lo que es un hechizo de vigilancia, y mucho menos que puedan obtener uno para usarlo —continuó Tailonna.

—Bueno, Mandracore hablaba constantemente de unos amigos cuyos intereses estaba protegiendo. Me gustaría saber a quién se refería —dijo Maq. Al levantar la mirada la joven vio que Lendle había entrado en la sala a hurtadillas—. ¿Qué tal está Fritzen? —preguntó al gnomo.

Una vez más, Lendle había transformado la armería en una enfermería provisional, con Fritzen como único paciente.

—Es testarudo, Maquesta Nar-Thon, y no para de murmurar que estar contigo es muy peligroso. Me preocupa. Ha perdido mucha sangre y todavía no estaba totalmente recuperado del ataque de las arpías de mar —contestó Lendle, frotándose la barbilla con gesto contrariado—. No estoy seguro de lo que hace falta para tratarlo. Vine a pedirles a Tailonna y a Ilyatha que colaborasen conmigo en su cuidado.

Si la situación no hubiera sido tan seria, Maquesta se habría reído ante la elección de términos de Lendle. Al gnomo no le gustaba admitir que hubiera lagunas en sus conocimientos, y era muy poco frecuente que pidiera ayuda.

—Tailonna, ¿podrías, por favor, echarle un vistazo a Fritzen? —pidió Maq, a pesar de no confiar totalmente en la elfa de mar.

La dimernesti asintió en silencio y Maq tuvo que reprimir un repentino enojo. Tailonna ya había sido de gran ayuda, y sin duda volvería a serlo antes del final del viaje, pero Maq encontraba muy irritante la actitud distante de la joven elfa de mar.

—Te mantendremos informada sobre su estado —dijo el gnomo—. Ah, y otra cosa, Maquesta Nar-Thon. Fritzen Dorgaard se llenó los bolsillos de monedas de oro en la cueva del tesoro. Me hizo repartirlas entre la tripulación, lo que ha elevado

considerablemente la moral de los hombres.

La joven sonrió, complacida por la generosidad de Fritz.

—Ilyatha, me gustaría intercambiar unas palabras contigo antes de que te unas a ellos —dijo, sin necesidad, Maq. El guerrero de las sombras ya había percibido telepáticamente el deseo de la capitana de hablar con él antes de que ella pronunciara las palabras y no se había movido hacia la puerta con los demás.

»¿Has tenido alguna comunicación con Belwar desde que nos dejó el otro día? —preguntó Maq cuando los otros dos salieron del camarote hacia la enfermería.

—No, ninguna —contestó Ilyatha—. ¿Por qué lo preguntas?

—Mira a ver si puedes contactar con él. Si conozco bien a Mandracore, intentará seguirnos, y en Marina me dio razones para pensar que sabía cuál era nuestra misión —dijo Maq preocupada—. Sé que tú también estás ansioso por regresar a Lacynes. Cualquier intervención del Ratero podría retrasar nuestro regreso hasta después de... después del límite establecido por Attat. —Maq descubrió que era incapaz de decir en voz alta palabras que se refirieran a la posible muerte de su padre.

—¿Cómo podía el pirata saber algo acerca de lo que ha hecho Attat? —preguntó sorprendido Ilyatha.

—No lo sé, pero lo pienso averiguar —contestó Maq—. Mandracore se refirió a sus amigos en Lacynes. Koraf trabajó en los astilleros de la bahía del Cuerno y pienso preguntarle qué ha oído acerca del Ratero. Quiero pedirte consejo respecto a lo que debo contarle y lo que no. ¿Crees que puedo confiar en Koraf? Lo nombré mi primer oficial porque, al hacerlo, obligaba a la tripulación a aceptar su presencia. Pero ¿podría ser un espía de Attat infiltrado en el *Perechon*? —Maquesta se dio cuenta de que le estaba pidiendo consejo al guerrero umbra del mismo modo que lo hacía con su padre.

—Percibo una gran ira en el minotauro —contestó finalmente Ilyatha tras considerar su respuesta—, compensada por una bondad muy semejante en proporción. La doblez no parece algo propio de él. Hasta ahora has tenido buen criterio al tomar tus decisiones, Maquesta. Fíate de tus impresiones a la hora de juzgar a los demás. Creo que cuentas con su lealtad.

Maq sonrió afectuosamente a Ilyatha, agradecida tanto por su aprobación como por su consejo.

Fritzen estaba tendido en un camastro, pálido y febril, con los ojos cerrados.

—Muéstrame las medicinas que tienes a bordo —le dijo Tailonna a Lendle, más como orden que como petición. Pero como el gnomo tampoco sabía mucho de diplomacia y finuras, no se ofendió.

El gnomo fue al rincón en el que había dejado su estuche de medicinas, una caja de madera con un asa y un pestillo. Sin embargo, en vez de tener una tapa que se abría con bisagras hacia atrás, ésta lo hacía por los cuatro lados merced a unas

cerraduras con muelle. Cuando Lendle apretó uno de los pestillos con intención de abrir sólo el panel frontal, se soltaron los cuatro lados, y el gnomo se quedó sujetando la parte superior e inferior del estuche, que estaban sujetas en las esquinas mediante tiras de cuero. Aparecieron de repente tres cajones abiertos de hierbas y pociones que de inmediato empezaron a esparcirse por el suelo de la armería.

—Este estuche que fabriqué permite un fácil acceso a todas mis hierbas —dijo Lendle mientras recogía con ambas manos lo vertido—, pero esto nunca me había pasado antes. Siempre ha funcionado a la perfección.

—Por supuesto —comentó Tailonna, mostrando un infrecuente destello de humor. La elfa se agachó para ayudarlo, murmurando el nombre de cada hierba al volver a colocarlas de una en una en el estuche.

»Has reunido una selección de medicinas muy útil —lo felicitó Tailonna. El semblante de Lendle se iluminó por el elogio—. Deja que examine primero a Fritzen, y luego veremos si tienes lo que necesita.

Tailonna se inclinó sobre el paciente, y tocó suavemente el pecho del apuesto semiogro. Los ojos de Fritzen parpadearon durante un instante, mantuvieron la mirada de Tailonna y luego se volvieron a cerrar. Le elfa retiró el vendaje que había aplicado Lendle y tocó con cuidado los bordes de la herida de Fritzen. A pesar de su cuidado, el semiogro gritó de dolor.

Tailonna se incorporó.

—El corte del alfanje ha debido de provocar que se recrudezca el efecto de la pequeña cantidad de veneno de arpía de mar que tiene aún en la sangre —comentó Tailonna, frunciendo el entrecejo.

—¿Va a pasar esto cada vez que hieran a Fritzen? —preguntó Lendle.

—Sólo hasta que su cuerpo se haya purgado completamente del veneno, pero la toxina de las arpías de mar es muy potente. Antes de que se limpie por completo habrán de pasar muchas lunas. ¿Cómo recibió inicialmente la herida de arpía de mar? —preguntó Tailonna a la par que se volvía hacia el estuche medicinal y empezaba a seleccionar varios paquetes y frasquitos—. No conozco a ningún superviviente de encuentros con arpías de mar. Mi gente se mantiene alejada de las aguas en las que se supone habitan arpías. Creemos que no hay necesidad de proporcionarles víctimas a esas malvadas criaturas.

Lendle la informó brevemente acerca del ataque al *Torado* durante la carrera.

—Yo creía que Fritzen se había herido contra el coral cuando le rescataron los hipocampos —explicó el gnomo—, pero eso no hubiera causado esta infección. Él fue el único miembro de la tripulación del *Torado* que consiguió llegar hasta el *Perechon*.

—Ah, eso explica el sufrimiento que acabo de ver en ojos, algo superior al dolor físico —indicó Tailonna.

—Son muchas las heridas sin sanar de este superviviente —asintió Lendle.

Tras examinar las medicinas que tenía ante ella durante un momento más, Tailonna se giró hacia el gnomo.

—Hay algo más que podría ayudarlo, algo que aquí no veo —dijo finalmente la elfa.

—¿Dónde lo podemos conseguir? —preguntó Lendle—. No creo que Maquesta nos permita volver a Marina.

—No está en Marina, sino mucho más lejos. Ven conmigo —dijo bruscamente Tailonna—. Puede que necesite tu ayuda para salir del barco.

Lendle siguió gustoso a Tailonna, intrigado por descubrir sus intenciones. La elfa de mar salió por la puerta de la armería a la cubierta principal, donde caminó hasta una de las batayolas. De pie, mirando al mar, Tailonna se quitó las redecillas y conchas que sujetaban su frondoso cabello. Le entregó éstas al gnomo, quien las manoseó con temor al recordar la magia que habían mostrado durante el ataque de los diablillos.

Después, la elfa cerró los ojos y extendió los brazos en cruz, con las palmas de las manos hacia arriba y juntando el dedo pulgar con el corazón. Con la cabeza echada hacia atrás entonó unas palabras que sonaron levemente musicales. Lendle, que estaba de pie detrás de ella, observó cómo la silueta del cuerpo de la elfa de mar se difuminaba, convirtiéndose en una neblina vaporosa verdeazulada, y entonces pareció disolverse en el aire que los rodeaba. Tras un instante, todo su cuerpo adquirió una cualidad amorfa, casi traslúcida. Entonces comenzó a brillar, vibrante de energía, y el gnomo sintió cómo se le erizaba el vello. El aire parecía cargado de energía. La sustancia del cuerpo de Tailonna se separó en partículas suspendidas en el aire marino, que se convirtieron en una masa espesa que giraba lentamente justo encima de la cubierta, y cambió de color, primero a azul marino y finalmente marrón tierra. En otro minuto, la masa se alargó y adoptó de nuevo una forma concreta, la de una esbelta nutria marina de tonos marrones plateados. El animal se sentó sobre sus patas de atrás y se apoyó con las delanteras en la batayola, de manera que su cuerpo musculoso era casi tan alto como Lendle. La criatura miró al mar y ladeó la cabeza con gesto interrogante. Entonces, miró al gnomo, con ojos de un verde azulado que mantuvieron hipnotizado a Lendle. La nutria castañeteó alegremente los dientes, empujó a Lendle con su nariz fría y húmeda y luego miró de nuevo al mar.

Lendle sacudió la cabeza como para aclararse las ideas y luego soltó con cuidado las redecillas del pelo y las conchas en la cubierta pulida.

—AhsíteayudaréTailonnalanutria —murmuró el gnomo. Entonces, levantó los cuartos traseros de la criatura y la ayudó a tirarse al mar por la borda del *Perechon*. Lendle observó boquiabierto cómo el animal nadaba de espaldas y parecía decirle adiós con una de sus garras delanteras. Después, la nutria se giró boca abajo y se

alejó nadando. Lendle contempló las suaves olas hasta que la pequeña cabeza de la nutria dejó de verse. Entonces miró a su alrededor por la cubierta. De los pocos marineros que se estaban ocupando de las tareas, ninguno, al parecer, había visto la metamorfosis de Tailonna. Sintióse privilegiado porque la elfa de mar había compartido con él algo muy especial, se agachó y recogió sus redecillas y sus conchas. Luego, brincando de emoción se fue a buscar a Maquesta.

Maq encontró a Koraf en la cubierta inferior, revisando y lubricando los escalamos. La joven se detuvo al pie de la escalera que llevaba a la cubierta superior, esperando que él advirtiera su presencia y pensando lo que iba a decir.

—¿Quieres hablar conmigo? —preguntó Koraf, sin levantar la vista de su trabajo.

—Sí, necesito tu ayuda, Kof —dijo Maq—. Por favor, si tienes un momento...

El minotauro apreciaba su franqueza, y con la arrogancia típica de su raza, le gustaba que le pidiese ayuda. Soltó la alcuza y miró a Maq.

La joven se acercó y se sentó en una de las bancadas; después dio unas palmadas en el banco que tenía a su lado y, tras unos momentos de silencio, el minotauro la complació, dejando caer su pesado cuerpo sobre la madera.

—¿Mandracore el Ratero? ¿Un semiogro?

Maq asintió con la cabeza.

—Lo conozco bien —resopló Koraf—. Él *quiere* que se le conozca. Tiene una opinión muy elevada de sí mismo. —El minotauro sacudió su cabeza bovina y recorrió con el pulgar el borde de la alcuza—. A menudo atraca su barco, el *Matarife*, en la bahía del Cuerno. Es una buena nave. Demasiado buena para un tipo como ése.

—¿Sabes qué hace cuando está en Lacynes? ¿Con quién se ve? —preguntó impaciente Maq.

Koraf resopló de nuevo y se encogió de hombros antes de responder.

—Yo no pierdo el tiempo siguiendo la pista a semiogros presuntuosos —contestó el minotauro—. ¿Por qué te interesa?

Maq le relató a grandes rasgos su encuentro con Mandracore en Marina, incluyendo el hecho de que tenía una cuenta pendiente con su padre y que parecía estar al corriente de su viaje actual. Koraf pensó durante un momento, mientras jugueteaba con el fajín que llevaba en la cintura. Era obvio que le resultaba incómodo hablar acerca de sus experiencias.

—Hace mucho, antes de que me encarcelaran, lo vi en el astillero con Chot Es-Kalin. Estaban solos y mantenían una conversación en voz baja —recordó Koraf—. Pero me pareció extraño que Chot Es-Kalin, más poderoso y rico incluso que Attat, se dejara ver en público con alguien como el Ratero. Algunos minotauros piensan que relacionarse socialmente con humanos u otras razas denigra su condición social.

—¿Pero eso fue sólo una vez, hace muchos meses? —insistió Maq.

—Sí, pero no tuve oportunidad de ver a Chot durante mi encarcelamiento en la

fortaleza de Attat. Chot y Attat son rivales acérrimos —aclaró Koraf—. Attat se ha propuesto superar a Chot en riqueza para convertirse en el gobernador de Lacynes, y quizá tenga éxito si Chot no se anda con cuidado. Pero Attat también debe ser precavido con sus tácticas.

Maq asintió con la cabeza, recordando la razón por la que quería el morkoth en su zoológico.

—En ese tema, Attat está equivocado —comentó Koraf.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maq.

—Attat busca consolidar su poder exhibiendo sus posesiones. Cree que está dando una impresión de superioridad con la captura y el sometimiento de su colección de monstruos —explicó Koraf—. Chot pretende consolidar su poder usándola. Su método es más efectivo, al menos por el momento.

—Entonces ¿por qué le importa a Chot lo que haga Attat? ¿Por qué es mutua la rivalidad? —preguntó la joven.

—Attat es como una espina clavada en el costado de Chot, una molestia que ha adquirido una mayor importancia por su constancia —dijo Koraf—. Le gustaría humillar a Attat y, así, destruirlo. Chot podría acabar derrotado si sus intentos de humillar a Attat fracasan. Entonces el humillado sería Chot, quien podría perder parte de su influencia.

Maq le agradeció a Koraf sus palabras mientras lo estudiaba. El minotauro mostraba una agudeza que no era de esperar entre los de su raza y la joven se alegró de haber confiado en él.

—No sé qué parte juega Mandracore en todo esto, pero sospecho que tiene una función, y que, queramos o no, lo vamos a averiguar —dijo finalmente Maq—. Intuyo que va a perseguirnos, y con Fritz herido, tendremos que estar todos muy alerta.

Koraf gruñó, cogió de nuevo la alcuza y reanudó la tarea que se había impuesto.

A la mañana siguiente, el *Perechon* se acercaba a la costa este del cabo del Confín y había empezado a virar hacia el norte. Navegaba mejor ahora que tenía velas que no dejaban escapar el viento por los remiendos y las costuras.

Tailonna aún no había regresado al barco. Lendle le había contado con detalle la metamorfosis de la elfa de mar a Maq, y a ésta le enojó que Tailonna hubiera abandonado el barco sin permiso. Quizá no volvería, y sin ella ¿quién prepararía las pociones que les permitirían respirar bajo el agua? ¿Cómo podrían capturar al morkoth sin ellas?

Maquesta buscó al gnomo y lo encontró en la cocina, preparando té. La joven se tuvo que agachar al entrar ya que Lendle había conseguido colgar su colección de cazuelas, sartenes y utensilios varios en un sistema de poleas que parecía incluso más complejo que el modelo anterior. Maquesta suspiró y escogió una ruta que la

mantuviera alejada de los cuchillos y los tenedores.

El gnomo parecía exhausto, pues había estado en vela toda la noche cuidando a Fritzen, durmiendo sólo de vez en cuando tendido en su petate, en el suelo de la armería.

—¿Qué tal está? —preguntó Maq, decidida a no regañarle por lo de Tailonna.

—Igual —contestó Lendle, en una respuesta inusualmente breve.

Maq dudó un último instante antes de abordar el tema que había ido a hablar con el gnomo.

—Lendle, ¿has conseguido hacer algún progreso en la reparación de tu motor de remar? —preguntó la capitana. La fatiga desapareció del semblante del gnomo y se le iluminaron los ojos.

—Ilyatha y yo conseguimos hacer la mayor parte de las reparaciones antes de que atracásemos en Marina. Todavía tengo que realizar algunos ajustes antes de que pueda funcionar a pleno rendimiento —respondió alegremente el gnomo—. Me ocuparé de ello enseguida, Maquesta Nar-Thon, si eso es lo que quieres que haga.

Maq frunció el entrecejo al pensar en los ajustes de Lendle.

—Cuando regrese Tailonna, si es que regresa, quiero que ella se ocupe del cuidado de Fritz y que tú te concentres en poner en funcionamiento esa máquina —dijo Maq, plenamente consciente de que, que ella supiera, nunca había funcionado—. Puede que necesitemos todos los trucos a nuestro alcance para volver a tiempo a Lacynes. Las velas nuevas nos hacen volar, pero... —La joven se detuvo y tragó saliva—. Quiero que volvamos con tiempo de sobra por si algo sale mal. No quiero poner en peligro la vida de mi padre.

—Mi motor no es ningún truco, Maquesta Nar-Thon —respondió indignado Lendle, alzando la barbilla—. Es ciencia, y nos ayudará a regresar a Lacynes con tiempo de sobra.

—Sea lo que fuere, creo que lo necesitaremos —comentó la joven.

Cuando Maquesta salió de la cocina, Lendle estaba tarareando alegremente mientras removía su taza de té. La capitana se detuvo por un instante en la armería, donde descansaba el semiogro. De pie a su lado, la joven le puso una mano en la frente. Fritzen tenía los ojos cerrados y su tez estaba pálida y demacrada. Su piel ardía, indicando fiebre alta. Maq buscó un paño húmedo y se lo puso en la frente.

—Ojalá pudiera hacer algo por ti —susurró la joven—. Siento como si todo esto fuera culpa mía.

—Podrías quedarte un rato conmigo —contestó Fritz, sin abrir los ojos.

Maquesta se sobresaltó; creía que estaba durmiendo. Sin molestarse en contestar, acercó una silla y se sentó junto a él hasta que sus suaves ronquidos indicaron que finalmente había caído en un sueño reparador.

Estaba ya avanzada la tarde cuando Hvel, en su turno de vigía, avistó la vela

negra en el horizonte.

—¡Barco a la vista!

Maq salió corriendo de su camarote, donde había estado diseñando la estrategia para atrapar al morkoth. Subió veloz la escala hasta el castillo de popa, donde Koraf manejaba el timón, y sacó su catalejo. En realidad no necesitaba el instrumento para ver tras ellos la vela negra del *Matarife* ni para darse cuenta de que les ganaba terreno. Lo usó para ver a los hombres en cubierta y calcular cuántos componían la tripulación. Los piratas eran demasiado numerosos y se afanaban en orientar el velamen y manipular las jarcias para que la nave alcanzara la mayor velocidad posible.

Maquesta apretó los labios con fuerza.

—No puede alcanzarnos. No es posible. —A pesar de la mejorada velocidad del *Perechon*, Maq estaba preocupada. El *Matarife* era una embarcación de tres palos y más velas y tenía mayor potencial de movimiento cuando los vientos eran fuertes.

—¡Vartan! —gritó la capitana—. Sube al palo mayor y orienta un poco las velas. Veamos si podemos sacarle un poco más de velocidad al *Perechon*.

—¡Sí, mi capitán! —gritó el hombre antes de empezar a trepar por la jarcia.

—Hvel, ve bajo cubierta y tráeme a Ilyatha. ¡Dile que necesitamos su flauta de la danza del viento! —Después Maquesta miró al resto de la tripulación—. ¡Estad alerta! ¡Tenemos encima a Mandracore!

A Maquesta le preocupaba el uso del instrumento mágico porque no quería poner a prueba los mástiles, y también le disgustaba hacer subir al umbra a cubierta a plena luz del día, pero no veía otra alternativa. Alzando de nuevo el catalejo, confirmó que el *Matarife*, con sus múltiples velas de ébano, estaba, en efecto, recortando distancia. Aunque fácilmente visible por la perspectiva en mar abierto, el *Matarife* había sido avistado inicialmente cuando se encontraba muy, muy lejos del *Perechon*.

Apareció silencioso en cubierta Ilyatha, con una capa muy amplia y la cabeza oculta en las sombras de la capucha.

Esto debe de ser importante, le comunicó a Maquesta. *Estar en esta luz me causa dolor*.

Maq apuntó al *Matarife*, e Ilyatha leyó el resto de sus pensamientos. Asintiendo con la cabeza, el umbra se situó cerca de la proa y se llevó la flauta a los labios. Al principio, la melodía fue obsesiva, casi fantasmal. Las notas fluían del instrumento y cruzaban la cubierta, hinchando las velas. El barco cabeceó y escoró, pero ganó velocidad. Entonces cambió la melodía y se hizo más alegre, más rápida, y el viento aumentó como respuesta, soplando en rachas alrededor del barco y haciendo crujir los mástiles.

Maquesta miró al mar. Las aguas a pocos metros del *Perechon* estaban encrespadas y el oleaje crecía por momentos. Pero más allá las aguas estaban

tranquilas. Allí el viento no era tan fuerte, no le llegaban las notas hechizadas de la flauta de la danza del viento. La capitana sintió como un cosquilleo en su mente y percibió que Ilyatha le estaba hablando.

El Matarife *está demasiado lejos para permitirme frenar los vientos en sus velas*, comunicó el umbra. *Y sólo puedo usar la flauta unos pocos minutos más antes de que tenga que recargar su magia.*

Lo entiendo, Maquesta se concentró, satisfecha de que Ilyatha hubiera percibido sus pensamientos. La joven recordó que durante la carrera la flauta se usó durante poco tiempo a bordo del *Katos*, justo en el momento oportuno. Y parecía que Ilyatha la había usado bien ahora, para alejar al *Perechon* del *Matarife* lo suficiente como para que ésta pareciera un punto negro en el agua. Agotada temporalmente su magia, Ilyatha regresó bajo cubierta tras comunicarle a Maquesta que podría usarse de nuevo la flauta cuando atardeciera.

Durante las largas horas de la tarde, las numerosas velas negras del *Matarife* la ayudaron a acortar de forma constante la ventaja, pues soplaban un viento cada vez más fuerte. Llegado un punto, Maq bajó a la armería, llamó a Lendle desde la puerta, y le entregó una cabilla, una daga y una espada corta.

—Si Mandracore y su tripulación nos abordan, asegúrate de que Fritzen tenga un arma al alcance de la mano. No quiero que esté indefenso —le dijo al gnomo con voz queda—. Mandracore querrá vengarse de ti y de Fritz también. Matasteis cada uno a uno de sus hombres.

Estaba cayendo la tarde e Ilyatha le dijo a Maquesta que la flauta aún no había recobrado suficiente energía mágica.

—Necesitaré una hora o dos más —dijo el umbra. Maq sabía que era posible que no dispusieran de ese tiempo y, al contemplar cómo se acercaba el barco de Mandracore, la joven sintió que le hervía la sangre. Todo deseo de dejar atrás al *Matarife* la abandonó. Si Mandracore quería pelea, ella le daría una pelea que no iba a olvidar en mucho tiempo.

—¡Atención todos! —Maq había subido al castillo de popa y estaba a un lado del timón para dirigirse a sus hombres—. Creo que todos conocéis al *Matarife* y a su capitán, Mandracore el Ratero. —Los marineros que estaban reunidos debajo profirieron algunas palabras malsonantes como afirmación—. Bueno, pues al parecer quiere algo que tenemos nosotros. ¿Se lo vamos a dar? —chilló Maquesta.

—¡No! —gritaron los marineros al unísono alzando los puños al cielo.

—¡Si lo que busca es que le metamos su barco por la garganta, entonces le vamos a dar lo que quiere! —gritó Hvel desde la parte posterior del grupo. Todo el mundo lo vitoreó.

—Preparad entonces vuestras armas —ordenó Maq—. Si no podemos dejarlo atrás, entonces le ofreceremos un combate que no olvidará jamás.

Maquesta procuró virar y maniobrar el *Perechon* para dejarlo fuera del alcance del Ratero durante muchas horas sólo por darse el placer de frustrar a Mandracore. La joven estaba cansada de jugar al ratón y al gato, pero sabía que enfrentarse al pirata —que era lo que realmente quería— pondría en peligro al *Perechon*, las vidas de su tripulación, y a su padre. Pero el barco de Mandracore seguía acercándose y, cuando el sol del atardecer colgaba sobre el horizonte, Maquesta puso rumbo recto y esperó a que el *Matarife* llegara a su lado.

El primer rezón que lanzaron se enganchó en medio del barco. Enseguida cayeron otros tres. Mientras el *Matarife* y el *Perechon* flotaban uno al lado del otro en una unión forzada. Maq ordenó a Hvel y a Rawl, que estaban junto a la balista principal, que empezasen a disparar. Los proyectiles redondos disparados por el arma, parecida a una ballesta, empezaron a hacer blanco en los marineros del *Matarife* que estaban intentando tender las escalas de abordaje entre los dos barcos para salvar la distancia.

Al darse cuenta de que Koraf el minotauro estaba al final de una de las escalas, esperando para batirse con el primer pirata del *Matarife* que intentaba abordar el *Perechon*, la joven le gritó.

—¡Kof! ¡Kof! —gritó Maq. Cuando consiguió por fin llamar su atención, Maquesta hizo un movimiento de empuje con los brazos. El minotauro asintió. A pesar de que había tres piratas sobre la escala intentando llegar al *Perechon*, Koraf levantó fácilmente su extremo, luego lo empujó hacia el *Matarife* y lo soltó, con lo que la escala y sus pasajeros cayeron al mar. Maq asintió en un gesto de aprobación.

Pronto, sin embargo, a pesar de tales tácticas y de la balista, una docena de piratas del *Matarife* habían abordado el *Perechon* y se enfrentaban a la tripulación de Maq en un feroz combate. Y venían más. Maq ordenó a Vartan que se quedara al timón y se unió al combate, desenvainando su espada corta y gritando maldiciones a Mandracore, que había desaparecido. De niña le gustaba jugar a batirse con espadas y había practicado mucho, usando palos de madera en vez de armas, con Lendle, Averno y su padre. A diferencia de muchos marineros, en lugar del alfanje le gustaba manejar la espada recta. La enarboló ahora para desarmar a un pirata que tenía atrapado a Rawl contra las escaleras que conducían a la cubierta superior de popa. Rawl recogió su propia espada y acabó el trabajo. Maq recorrió la cubierta con la mirada en busca del pañuelo de Mandracore, pero no lo vio. Justo cuando iba a comprobar cómo le iba a Vartan al timón, sintió una quemazón alrededor de los tobillos, y sus pies perdieron contacto con el suelo bruscamente. Tendida de espaldas, y momentáneamente sin resuello, Maq levantó la vista para ver a un inmenso ogro de piel azul, procedente del *Matarife*, que empuñaba un látigo. La bestia tiró fuerte para tensar la tira de cuero enroscada. Convencido de que su presa estaba bien sujeta, el ogro puso una pierna a cada lado de la joven, limitando así la posibilidad de que se alejara rodando, y desenvainó su arma. Maq agarró la empuñadura de su espada y se

puso tensa, preparada para evitar el golpe del ogro y asestar el suyo.

Antes de que pudiera actuar, unos inmensos brazos recubiertos de pelaje marrón rodearon los brazos y el pecho del ogro y le aplicaron una increíble presión que hizo que el monstruo soltara su látigo y su espada. Maq rodó rápidamente hacia un lado y se quitó el látigo de los tobillos. Sujetando fuertemente al ogro desde atrás, Koraf lo levantó en vilo y lo arrojó sobre la cubierta. Sin resuello, la bestia se tambaleó hacia adelante, pero fue demasiado lenta. Koraf gruñó, desenfundó su daga y, agarrando al ogro por el pelo, le rebanó el cuello.

—¡Maquesta! ¡Maquesta!

Maquesta saltó para ver quién la llamaba con tanta urgencia. Koraf, que estaba limpiándose la daga en el muslo, apuntó a proa con la otra mano. Al mirar hacia allí, Maq localizó enseguida a Hvel que saltaba arriba y abajo cerca de la puerta de la armería agitando los brazos en el aire.

—¡Kof, ven conmigo! —ordenó la capitana. Juntos se abrieron paso matando a tres de los marineros del *Matarife* por el camino.

Cuando llegaron hasta Hvel en la puerta de la armería, Maq pudo ver por qué no había visto antes al Ratero. Lendle estaba tendido en el rincón más alejado de la habitación, inconsciente, y su rostro moreno estaba lívido. La sangre caía de una fea herida en la cabeza del gnomo tiñéndole su blanco pelo de color rojo. Delante de él, Mandracore y tres de sus ogros rodeaban el cabezal del camastro de Fritzen, con las espadas y las dagas desenvainadas. Fritzen sonrió levemente a Maq cuando Koraf y ella llegaron hasta la puerta. El capitán de los piratas sujetaba la cabilla y la daga que Maq entregado a Lendle. El Ratero usaba ahora la cabilla para pinchar violentamente el hombro herido del semiogro. Fritzen apretó los dientes para no gritar.

—Lo siento, Maq —dijo Hvel retorciéndose las manos—. Dijo que si no te llamaba o si pedía ayuda, le cortarían la garganta a Fritzen.

—Está bien, Hvel —dijo Maq, golpeándole suavemente el hombro al marinero—. Al Ratero le encanta hacer trampa con tal de no tener que disputar una batalla honesta.

—Di a tu tripulación que deje de luchar, Maquesta —ordenó Mandracore. Una sombra de ira había cruzado el rostro del pirata, pero consiguió controlarse.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó inocentemente Maq—. Al parecer, estamos ganando.

—Si no les ordenas que suelten las armas, mataré a tu amigo enfermo y le abriré la garganta al gnomo, y luego iré por ti —bramó el pirata.

—Creo que lo harás de todas formas —dijo Maq con una serenidad que no sentía realmente. Miró desesperada a su alrededor en busca de una salida a la situación. El destello de esperanza llegó cuando creyó ver que Lendle, tendido en el suelo detrás de Mandracore, abría los ojos. Entonces se dio cuenta de que, aunque el gnomo

recobrar la conciencia, en su estado actual poco podría hacer contra Mandracore y los otros tres.

Como el pirata sabía que Maquesta había dicho la verdad, no respondió. La joven tensó los músculos de las piernas, lista para saltar sobre Mandracore si alguno hacía un movimiento para dañar a Fritz. Era mejor morir luchando que suplicando misericordia en manos de bestias malvadas como éstas, se juró. Sólo la idea de que su muerte tendría como consecuencia inevitable la muerte de su padre le hizo sentir remordimientos.

Lendle parpadeó de nuevo y esta vez mantuvo los ojos abiertos. Maq intentó no mirarlo directamente para no descubrirlo. Mandracore acababa de girarse hacia uno de sus ogros cuando cesó el ruido de la lucha en la cubierta superior. El momento de silencio finalizó con un crujido explosivo, como un trueno, sólo que afuera no había tormenta. Todos los que estaban en la armería permanecieron inmóviles en sus puestos.

—¡Capitán Mandracore! ¡Capitán Mandracore! —Primero una voz y luego varias profirieron el grito. La llamada sonó débil pero insistentemente en la armería. Mandracore, maldiciendo, pinchó de nuevo la herida de Fritzen y luego ordenó a uno de sus ogros que le cubriera las espaldas mientras iba a averiguar lo que había pasado.

—El resto —bramó a sus secuaces—, quedaos aquí. ¡Tú! Coloca tu cuchillo en la garganta del semiogro. ¡Tú, vigila al gnomo! Si alguno se mueve, matad primero al semiogro. ¡Él mató a mi primer oficial!

Maquesta oyó gruñir suavemente a Kof a su lado. La joven esperaba que el minotauro pudiera controlar su genio hasta que se les presentara una buena ocasión, una que no pusiera en peligro las vidas de Fritz y de Lendle.

Arriba, en la cubierta, seguían luchando unas pocas parejas. El resto de los piratas y marineros estaban paralizados, mirando fijamente el *Matarife*, donde había estallado el caos. Belwar flotaba encima del barco pirata envuelto en un halo de luz causado por los rayos del sol poniente al reflejarse en sus escamas doradas. Bajo el animal, el palo mayor del *Matarife* estaba partido en dos, roto por una bola de metal del tamaño de una roca que había sido arrojada sobre el barco por el ki-rin. Al tiempo que la bola atravesaba la cubierta superior habían brotado fuegos que envolvían el barco en humo y llamas. Oleadas de calor procedentes de las llamas llegaban hasta el *Perechon*. El olor a madera y velas quemadas impregnaba el aire. Los piratas que se habían quedado en el *Matarife* saltaban por la borda o intentaban abordar el *Perechon*.

A la luz provocada por las llamas, Maquesta, que estaba en el umbral de la puerta de la armería, vio a Ilyatha subir las escaleras anteriores, procedente de la cubierta inferior, con la vara de sombras en la mano. La luz del fuego se reflejaba también en

otras armas que la joven no había visto antes, metidas en un arnés que ahora portaba. La mirada de Maq se encontró con la del umbra. Despejando su mente de pensamientos extraños, la joven se concentró en comunicarle la información esencial.

El semiogro con pañuelo y pendiente es Mandracore. Maq miró fijamente al capitán de los piratas y sintió alivio al ver que Ilyatha miraba al mismo sitio. *Uno de sus guerreros ogros está en la armería, al lado del camastro de Fritzen. Lendle está herido pero consciente y lo vigila otro ogro.*

Me ocuparé primero de Mandracore, respondió Ilyatha.

Con la llegada de los nuevos piratas del *Matarife* había renacido la lucha por la cubierta principal del *Perechon*, esta vez con mayor violencia que antes. Maq vio que Hvel y Vartan se esforzaban por desenganchar sendos rezones a fin de conseguir que el *Perechon* se alejara del *Matarife* envuelto en llamas, pero como tenían que defenderse constantemente de piratas que los atacaban, apenas progresaban en su intento.

Claramente furioso ante la suerte de su barco. Mandracore acababa de girar sobre sus talones para volver a la armería y dar el castigo apropiado a Maquesta, cuando lo atacó Ilyatha. Pasando desapercibido por su pelaje oscuro en la luz del anochecer, el guerrero umbra se deslizó silenciosamente hacia adelante y con un movimiento veloz clavó el extremo con gancho de su vara en el cuerpo de Mandracore. El pirata chilló, más de ira que de dolor, y se dobló por la cintura, agarrándose a la vara con expresión incrédula. Tan rápido como había clavado la vara, Ilyatha la hizo girar, lo que provocó otro gesto de incredulidad en el rostro de Mandracore. El guerrero umbra sacó la vara y Mandracore cayó de rodillas, y luego se desplomó boca abajo sobre la cubierta. Ilyatha se agachó y agarró la capa de Mandracore usándola para limpiar la sangre de la vara.

El ogro guardaespaldas que estaba al lado del capitán pirata sólo se dio cuenta de que algo no iba bien cuando Mandracore empezó a desplomarse. Soltó un aullido capaz de helar la sangre y se abalanzó sobre Ilyatha, que estaba limpiando su vara. Él guerrero umbra soltó la capa de Mandracore y se volvió, alzando la vara ya limpia para frenar al nuevo atacante, y la espada del ogro rebotó sin causar ningún daño sobre la madera. Tras ponerse de pie, Ilyatha asestó otro fuerte golpe con la vara, clavando su extremo afilado en el vientre del ogro. Este se mantuvo de pie mientras Ilyatha sujetaba la vara, pero cuando el umbra tiró del arma para desclavarla, el ogro se desplomó, uniéndose a su capitán. De nuevo Ilyatha limpió el arma y miró por la cubierta en busca de otro adversario. Al ver que no tenía a ninguno cerca, Ilyatha corrió hacia la armería.

Maquesta vio cómo salía un pirata de detrás de un barril de agua para ir en pos de Ilyatha. Cuando estaba a punto de gritar un aviso recordó que no era necesario, ya que sus pensamientos eran suficiente. Ilyatha sacó de su arnés una cuerda que tenía

una cuchilla afilada en un extremo y un contrapeso en forma de anillo en el otro, se giró y lo arrojó de forma experta contra el pirata atacante. La cuerda rodeó el cuello del desafortunado marinero y el gancho se clavó en su garganta.

El umbra siguió su camino hacia la armería, y Maq echó un vistazo al interior. Al no saber lo que estaba ocurriendo fuera del camarote, los ogros que quedaban dentro habían empezado a mostrar nerviosismo y cierta inseguridad. Por el rabillo del ojo, Maquesta vio que Lendle estaba ya totalmente alerta aunque aparentaba seguir inconsciente. Cuando el ogro que lo vigilaba miró hacia la puerta, Lendle abrió del todo los ojos y vio su daga que estaba tirada en el suelo entre su guardián y él, justo fuera de su alcance. Lo que sucediera ahora tenía que ocurrir rápido y en silencio, pensó Maq, o había una buena posibilidad de que el otro ogro bajase simplemente la espada que empuñaba para cortarle el cuello a Fritzen. El semiogro desconocía el peligro que corría, al haber perdido de nuevo la conciencia. Maquesta se mordisqueó nerviosa el labio inferior. No quería perder a Fritz. Así no. Y de ningún otro modo.

Grita el nombre de Mandracore, y luego aléjate de la puerta, le oyó Maq pensar a Ilyatha. Koraf el minotauro, que estaba de pie a su lado debió de oír un mensaje similar porque la joven lo vio parpadear y fruncir el entrecejo. Koraf se sobresaltó levemente al no estar aún familiarizado del todo con el método de comunicación del guerrero umbra, pero miró de soslayo a Maq, quien asintió casi imperceptiblemente con la cabeza.

—¡Mandracore! —gritó Maq al tiempo que salía con Koraf, dejando despejada la puerta. En ese mismo instante Lendle se deslizó por el suelo y agarró su daga, cerrando sus dedos rechonchos alrededor de la empuñadura desgastada y preparándose para saltar hacia arriba para proteger a Fritzen o para atacar al ogro que lo vigilaba de forma tan descuidada.

El ogro que custodiaba al gnomo prestó una ayuda inestimable a su plan al olvidar sus órdenes. Al ver despejada la puerta se abalanzó hacia adelante, asumiendo al parecer que Maq y el minotauro se habían confabulado en algún nuevo ataque contra Mandracore. El ogro que vigilaba a Fritzen bramó una orden que sirvió para frenar al ogro que corría, quien acababa de darse cuenta de que no debía haber abandonado su puesto. Ilyatha apareció de repente de la nada y se plantó frente al guardián; haciendo uso de su vara de sombras le clavó el extremo de madera en medio del pecho, asestándole un puñetazo y haciéndolo caer hacia atrás.

El ogro que estaba cerca de Fritzen gruñó y alzó su espada, preparado para bajarla sobre el cuello del semiogro. Lendle previó el ataque y se tiró en plancha, clavando la daga en el muslo del ogro, con lo que la bestia se volvió hacia él. El ogro se rió al ver a su diminuto atacante; ése fue su último error. El gnomo arremetió de nuevo, esta vez hacia arriba, y clavó la daga hasta la empuñadura en la tripa del ogro. Furioso y herido, el ogro se agachó y cogió a Lendle de los hombros, sacudiéndolo tan fuerte

que soltó la daga. Luego lo levantó hasta la altura de sus ojos, gruñó de forma amenazante y abrió la boca mientras levantaba a Lendle hasta la altura de su cara.

—¡No! —gritó Maq al entrar de nuevo en la armería.

Su grito atrajo durante un momento la atención del ogro, lo que dio otra oportunidad a Lendle. El gnomo pataleó hacia adelante con ambas piernas, hundiéndole los dientes del pirata. El ogro aulló y soltó a su pequeño asaltante y Lendle cayó, encogido pero de pie.

Maquesta desenvainó su espada y cargó hacia adelante, parando y rechazando el golpe de la espada del ogro. La joven retiró su arma y tras un arco hacia adelante, pero al dar un paso al frente resbaló en el creciente charco de sangre de ogro que había en el suelo, y cayó al suelo.

El semblante del ogro era una sonrisa macabra cuando elevó su espada encima de su cabeza y empezó a bajarla sobre Maquesta. Ella, sin embargo, fue más rápida, y asestó un golpe hacia arriba con su espada corta, atravesándole el abdomen de parte a parte. Después, la joven rodó hacia un lado para evitar ser aplastada y sintió el temblor del suelo cuando la enorme bestia se desplomó.

Tras limpiarse las manos de sangre en la ropa, hizo rodar al ogro y extrajo su arma.

—Lendle, ¿te encuentras bien? —preguntó Maq. El gnomo, que estaba aún de pie, algo aturcido por la caída, asintió con la cabeza y recogió su daga. Ya no le manaba sangre de la herida de la cabeza, pero seguía estando pálido.

—Porsupuestoqueestoybien —protestó Lendle, antes de dar un paso hacia adelante y caer redondo al suelo, junto al camastro de Fritzen.

—¡Kof. quédate aquí con Lendle y Fritzen! —ordenó Maq.

La joven sabía que el minotauro prefería cualquier otro cometido, pero tenía la esperanza de que el primer oficial se diera cuenta de que había pocas personas a las que confiar el trabajo de defender a sus amigos. Koraf frunció el ceño, pero se quedó en la puerta de la armería con las armas desenvainadas.

Arriba en la cubierta, unos agotados Hvel y Vartan habían conseguido por fin desenganchar los rezones. Maquesta observó cómo lanzaban los ganchos y las sogas de vuelta hacia el barco de Mandracore. El *Perechon* flotaba ya libre del *Matarife*, que ahora estaba casi totalmente consumido por las llamas, una brillante antorcha naranja meciéndose a la deriva en el mar. Belwar viraba y planeaba sobre el *Perechon*, usando su cuerno y sus cascos para ayudar a matar a aquellos piratas que seguían luchando, aunque no eran muchos. Desmoralizados ante la visión de su barco en llamas, y por el incipiente rumor de la caída de Mandracore, la mayoría de los piratas que seguían a bordo del *Perechon* estaban agrupados, sumidos en un silencio consternado, y habían depuesto las espadas y las cabillas. Aunque no habían entregado sus armas no hicieron ningún intento por usarlas. Su rendición era obvia.

Varios piratas nadaban cerca de su barco en llamas. Maq advirtió que alguien había bajado al agua las tres chalupas del *Matarife* y algunos de los marineros habían conseguido auparse hasta las embarcaciones.

El *Matarife* había sufrido un duro castigo y con Mandracore herido, posiblemente de muerte, Maq no sentía el deseo de eliminar al resto de su tripulación si ello suponía más heridas a sus marineros.

—¡Como capitana del *Perechon* declaro nuestra victoria! —gritó Maq—. Soltad vuestras armas. Todos los marineros del *Matarife* que quieran unirse a sus compañeros en el agua pueden hacerlo. A aquellos que se nieguen los meteremos en nuestro calabozo para ser entregados a las autoridades competentes cuando lleguemos a puerto. Ésta es una ruta comercial y es muy probable que os recojan. De otro modo os ofrecemos la hospitalidad de la cárcel del siguiente puerto.

—¡Y probablemente la oferta de una soga alrededor del cuello! —gritó Vartan. Los marineros del *Perechon* lo vitorearon.

Ante esas palabras, todos los piratas que sabían nadar se lanzaron por la borda al mar. Dos ogros recogieron el cuerpo flácido de Mandracore, quien respiraba débilmente, y saltaron al mar con su capitán.

—¿Por qué les has permitido llevarse a Mandracore? —preguntó Hvel a Maquesta—. Tendrías que habernos dejado rematarlo.

—Me niego a rebajarme a su nivel, y si lo hubiera metido en el calabozo se habría muerto y lo habríaapestado todo —contestó Maq fríamente—. Además, no quiero que Lendle tenga que perder el tiempo intentando curar a alguien a quien prefiero ver muerto. Dejad que los elementos se ocupen de él. En cualquier caso, ése será un final más apropiado para un tipo de su calaña.

—Y si los ogros tienen hambre... —dijo Hvel riendo— sus restos ni siquiera descansarán en el mar.

Vartan organizó un grupo para tirar a los marineros muertos del *Matarife* por la borda. La mayoría eran ogros y hacían falta dos o tres hombres para levantar cada cadáver. Nadie se negó a hacer el asqueroso trabajo, pues todos querían quitar de en medio los cuerpos cuanto antes. Al inspeccionar a la tripulación del *Perechon*, Vartan se alegró de poder decirles la capitana que aún no había víctimas, aunque sí heridos suficientes para mantener ocupados a Lendle y a Ilyatha durante muchos días.

Para asombro general, cuando despejaron de piratas las cubiertas del *Perechon*, desaparecieron las llamas que envolvían al *Matarife*. Ni siquiera quedó en el aire el olor a humo. El *Matarife* seguía sin poder navegar, ya que tenía un mástil partido, pero ni siquiera parecía chamuscado. Maq no podía creer lo que veía. Belwar, que seguía planeando encima de la cubierta del *Perechon*, empezó a reír con profundas carcajadas cuando vio las caras boquiabiertas de los que estaban en las chalupas.

—*El fuego sólo en una ilusión creada por Belwar* —dijo Ilyatha, que se había

unido a Maq.

—¿Una ilusión? ¿Cómo es posible? —preguntó la joven—. Yo sentí el calor y olí el humo.

—La magia de un ki-rin es muy poderosa —contestó simplemente Ilyatha.

—El palo mayor está roto de verdad —insistió Maq, sin quitar ojo del *Matarife*.

—Si el palo está realmente partido, pero el canto que lo rompió fue creado por Belwar —explicó Ilyatha—. El proyectil también ha desaparecido. —Se seguía viendo el agujero en la cubierta del *Matarife* pero no había rastro de la roca—. Cuando el ki-rin crea algo tan duro como el metal, tarda poco tiempo en desaparecer —explicó el guerrero umbra.

—Pues ojalá fuera capaz de conjurar algo blando y comestible que durara —dijo la joven—, Lendle no está en condiciones de trabajar, tenemos una larga noche por delante y estoy muy hambrienta.

—Ah, sí que puede —dijo Ilyatha encantado y convocó al ki-rin, repitiéndole la petición de Maquesta.

Así, una tarde que había empezado con una situación desesperada concluyó de forma agradable para la capitana del *Perechon* y su tripulación, con una opípara cena de carne asada, pudín de pan, y champiñones para Ilyatha.

Al pensar en las escasas provisiones que había insistido en recoger en Marina, Maquesta miró el banquete dispuesto ante ellos y rió a carcajadas. «Ojalá padre estuviera aquí para ver esto», pensó.

Sí, ojalá.

Despertares

Tras dormir un par de horas, Maquesta se levantó, anta del alba, para patrullar su barco. Su expresión se ensombreció cuando vio los seis cuerpos cubiertos por una lona, los de los marineros heridos que no habían sobrevivido a la primera noche. Ocupaban una sección de la cubierta principal ceca de la popa, y ella planeaba pronunciar un pequeño responso en su honor en cuanto saliera el sol. La joven suspiró con tristeza. Uno de ellos era el joven marinero que se había mareado durante la carrera. Debería recordar rebuscar entre sus pertenencias para descubrir dónde vivían sus padres. Merecían, como poco, una carta.

La capitana agachó la cabeza, pensando que cada uno de los hombres merecía algo mejor que morir a manos de los piratas de Mandracore. Entonces se maldijo a sí misma. Esos seis marineros habían muerto por su deseo de ayudar a un hombre: su padre. ¿Había cambiado seis vidas por una? ¿Darían también sus vidas Lendle y Fritzen? ¿Qué precio estaría dispuesta a pagar?

Pero rendirse ahora significaría que los muertos habían fallecido para nada, pensó. Maq analizaba las posibilidades en su mente inquieta mientras caminaba hacia la armería.

Aparte de la pérdida personal que sentía Maquesta, la pérdida de seis hombres rebajaba peligrosamente el número de tripulantes del *Perechon* durante el resto del viaje. Aunque no tanto como el *Matarife*, pensó con satisfacción. Muchos otros miembros de la tripulación del *Perechon* habían sido heridos durante la batalla, pero eran lesiones relativamente leves: cortes y hematomas, principalmente. Esos marineros descansaban en sus camarotes e Ilyatha, que se había ocupado brevemente de ellos, aseguraba que estarían levantados y realizando sus tareas dentro pocas horas, más avanzado el día.

El umbra también se había ocupado de Lendle. La herida del gnomo debía de ser bastante grave porque Ilyatha había pasado muchas horas con él esa noche. Pero el misterioso telépata se negaba a contarle a Maq cuán seria era la lesión, de hecho había rehusado comentar nada con Maq a pesar de sus repetidas preguntas. En cierto momento de la noche llegó incluso a ordenarle a Maquesta que saliera de la improvisada enfermería.

Maquesta se detuvo en la puerta de la armería. Estaba decidida a conseguir respuestas de Ilyatha esa misma mañana. El telépata iba a contarle exactamente cómo

estaban Lendle y Fritzen. La joven respiró hondo, abrió la puerta de golpe y entró resueltamente, con el discurso preparado para conseguir información.

—Estaba ocupado cuidando de tus amigos anoche —dijo Ilyatha, alzando la mirada y percibiendo sus sentimientos—. No quería entretenerme hablando, dando explicaciones y haciendo, quizá, que te preocuparas por Lendle y Fritzen más de lo necesario. Necesitabas dormir. Además, yo quería que transcurriera el tiempo para ver si podían mejorar por sí mismos.

«¿Y?», pensó Maquesta, incapaz de poner voz a sus temores.

—Y Lendle ha mostrado cierta mejoría, aunque no mucho. Por lo menos respira con regularidad. Quizá se levante en un día o dos pero... —el umbra bajó la voz, y apuntó al gnomo—, comprende que las heridas en la cabeza son difíciles de predecir. Puede que esté inconsciente durante varios días, quizá varias semanas, incluso. O más. Y puede que tarde tiempo ver a ser el que era. A menudo las lesiones en la cabeza son más difíciles de curar que las del resto del cuerpo.

Los ojos de Maquesta se llenaron de lágrimas cuando miró al gnomo, pero se contuvo.

—Se pondrá bien, ¿verdad? Dime que se pondrá bien —insistió Maq.

—Mi mente no puede penetrar en la suya. No puedo percibir sus pensamientos. —La respuesta de Ilyatha fue tranquila—. Eso es lo que me preocupa. No puedo decirte que se pondrá bien simplemente porque no lo sé.

Maquesta se mordió el labio para contener el llanto. «Los capitanes no lloran —se recordó—. Los capitanes no son débiles».

—Lendle tiene que mejorar, o nos moriremos todos de hambre —comentó la joven, aparentando entereza ante el estado del gnomo—. Hvel y Vartan dijeron que probarían hacer el guiso de anguila, sin las patatas, pero son unos cocineros horribles. —Maq miró fijamente a Ilyatha e intentó poner la mente en blanco; estaba pensando que era demasiado joven para capitanear el *Perechon*, que era incapaz de controlar las situaciones de vida o muerte cuando estaban involucradas personas a las que tenía cariño, que deseaba estuviera aquí su padre, que quería que Lendle y Fritz se pusieran bien, y que ella fuera mucho más fuerte.

El umbra la miró entre preocupado y cansado; no respondió a sus pensamientos íntimos y atribulados, sino que se deslizó hasta una silla que había al lado del gnomo. Se sentó en el fino cojín, se estiró, y bostezó. Maq le preguntó por, Fritz, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—No estoy familiarizado con el veneno de las arpías de mar, ni con otras muchas toxinas marinas, a decir verdad —dijo Ilyatha con tristeza—. Está luchando por su vida, pero me temo que podría ser una batalla perdida. Ha empeorado durante la noche. ¿Ves lo pálido que está? El veneno que hay en su sangre es muy fuerte.

—¿Puedes percibir sus pensamientos? —preguntó Maq por curiosidad.

—Sueña con sus compañeros caídos en el *Torado* —contestó el telépata tras asentir con la cabeza—, cuando no está pensando en ti.

Maquesta se paseó por la armería, mirando a Lendle, su amigo de la infancia, y a Fritzen Dorgaard, por quien sentía algo extraño y persistente.

Incorporado en una silla, el umbra dormitaba junto a sus compañeros. Fritzen y Lendle yacían boca arriba y la respiración de ambos era muy débil. Maq puso una mano en cada frente; estaban calientes. La joven frunció el entrecejo, y, sabiendo que todos dormían y nadie la podía ver, dejó fluir por fin las lágrimas.

Ensimismada en sus tristes pensamientos, al principio Maq no oyó que la llamaban. Cuando salió de la armería para ver quién era, no vio a nadie. La cubierta estaba desierta.

—Maquesta —insistió la voz—. ¡Maquesta!

Enjugándose las lágrimas, Maq se asomó por la batayola. Nadando en el agua bajo ella, con su largo cabello flotando en torno a su rostro como un abanico, estaba Tailonna. La elfa de mar la saludó con la mano y le dijo que tirara la escala de sogas que se usaba para abordar la chalupa. Mientras así lo hacía, Maq se debatió entre el alivio por el regreso de Tailonna y la irritación por su larga ausencia.

La elfa de mar trepó rápidamente por la escalera; al salir del agua, el peso de las grandes bolsas de algas que cargaba se hizo patente en sus hombros. Maq no se movió para ayudarla, pero, en cuanto saltó la batayola, la elfa de mar le entregó dos bolsas muy grandes y ella se ocupó de las otras dos más pequeñas.

—Llévame éstas a la armería, Maquesta —dijo la elfa mientras se sacudía para quitarse el agua, salpicando todo a su alrededor, principalmente a la capitana—. He traído hierbas oceánicas para curar a Fritzen. —Dicho eso Tailonna caminó con paso firme hacia la puerta de la armería, sin molestarse en comprobar si Maquesta la seguía.

Maq miró de soslayo la espalda de la elfa y las dos bolsas de algas que goteaban agua por la cubierta. Rabiosa por el trato recibido, abrió la boca para responder airada a Tailonna, pero se lo pensó mejor. La elfa de mar iba a ayudar a Fritzen, y las represalias bien podían esperar a que le administrara las medicinas.

—¡Lendle! —gritó sorprendida Tailonna al traspasar el umbral de la enfermería provisional—. ¿Qué te ha pasado?

Ilyatha despertó al oír su voz y empezó a explicarle a la elfa de mar todo lo ocurrido en su ausencia. Nerviosa y triste, la elfa se deslizó hasta un banco vacío, se arrodilló y empezó a sacar diversos trozos de algas marinas, caracolas llenas de microalgas, manojos cortos de hierba de mar, raíces bulbosas, una estrella de mar de seis puntas, y algunas cosas más. Colocó cada artículo con cuidado sobre el banco, procurando que no se tocaran entre sí.

—Maquesta, necesito mis otras bolsas. Tráelas aquí, deprisa. Tengo que actuar

rápido mientras los ingredientes estén frescos.

Maq dejó caer las bolsas al lado de la elfa de mar y luego se colocó junto a Fritz, mirando alternativamente al semiogro, a Lendle y a Tailonna.

La elfa de mar abrió las bolsas más grandes y sacó trozos de roca del tamaño de un puño sobre los que crecían minúsculas plantas de diferentes colores. Después cogió una de las bolsas de fronda vacías, metió la mano para usarla a guisa de manopla y la introdujo en las bolsas más grandes para sacar erizos de mar, con sus afiladas púas.

—Necesito un cuenco y una cuchara —continuó Tailonna—. Tráeme también dos vasos, uno para Lendle y otro para Fritzen. Creo que tengo suficiente material para mezclar pociones para los dos.

Ilyatha no hizo ademán de asistir a la elfa de mar, así que Maq resopló con resignación y giró sobre sus talones.

—Los cogeré de la cocina —dijo la joven.

Cuando regresó, con los brazos repletos de varios cuencos pequeños, cuatro tazas, tres cuchillos, una gran cuchara de acero y una tabla para cortar, Tailonna alzó la mirada, esbozó una sonrisa e indicó a la joven dónde podía poner las cosas.

—No necesitaba tantas cosas —dijo la elfa de mar.

—No importa —contestó Maquesta—. No quería tener que hacer dos viajes. —Intrigada por las mezclas que estaba preparando la elfa de mar, Maq acercó una silla a Ilyatha y se sentó a observar. La joven no intentó ocultar la animosidad que le inspiraba la altanera Tailonna y pensó por un instante si el umbra sentiría lo mismo.

La elfa usó una hoja ancha para apartar las púas de uno de los erizos, y luego atravesó el frágil caparazón de la pequeña criatura con su cuchillo, partiéndolo en dos con un sonido horrible. Después sujetó con cuidado ambas mitades encima de un cuenco hasta que dejó de gotear el líquido, que Maq pensó que debía ser el equivalente a la sangre humana. Tailonna repitió la operación con dos erizos más, y luego empezó a mezclar las raíces bulbosas con el líquido. Murmuró después unas palabras incomprensibles para Maquesta e hizo unos extraños movimientos de dedos encima del cuenco. Aparentemente satisfecha con su brebaje, Tailonna se levantó, se acercó silenciosamente a Lendle y abrió la boca del gnomo. Puso una mano detrás del rechoncho cuello del gnomo para levantarle un poco la cabeza y vertió la mezcla por su garganta. El gnomo tragó la mayoría de forma refleja, pero buena parte se le cayó de la boca y se le derramó por la barbilla.

—Límpialo mientras preparo una cataplasma para Fritzen —le ordenó Tailonna a Maquesta.

Maq apretó los dientes y se levantó airosa de la silla, cogió una pequeña toalla y limpió con cuidado el espeso líquido maloliente de la cara del gnomo. Después, se acercó resueltamente a la elfa.

—¿Qué le has dado? ¿Qué le va a hacer ese brebaje? —preguntó la capitana.

Tailonna estaba ocupada picando trozos de algas y sumergiéndolas en sangre de erizo de mar. No cabía duda que iba a utilizar todos los utensilios que le había traído Maq.

—Es una poción que me enseñó a preparar mi padre —dijo con sencillez la elfa—. Tiene un poder curativo increíblemente fuerte. Es algo mágica. —La elfa cogió un par de ostras de forma rara que había detrás de Maq, le arrancó la carne una vez abierta y la añadió a la mezcla con unas microalgas—. Necesitaré un paño.

Furiosa, Maq se acercó a un armario pisando con tuerza, pero no había paños ni toallas. Recordó que el único trozo de tela que había en la armería era la toalla que acababa de utilizar para limpiar a Lendle, de modo que se quitó el fajín que llevaba a la cintura y se lo entregó a la elfa de mar.

—¿Te vale esto? —preguntó Maq.

—Supongo que sí —contestó la elfa mientras lo cogía y lo sumergía en el líquido de olor acre. Se puso de pie, se deslizó hasta el semiogro y se sentó a su lado para vendar con el fajín el hombro y el brazo del herido—. Esto absorberá el veneno de las arpías de mar —explicó Tailonna—. Debería surtir efecto rápidamente, en especial porque corre sangre de merro por sus venas. Es extraño que, aunque sea medio ogro, sea tan humano y tan atractivo. Los merros suelen ser una raza muy fea. Fritzen tuvo suerte de no heredar ninguna de las facciones de los ogros, sólo su tamaño y su fuerza.

—¿También hay un toque de magia en esta cataplasma? —preguntó lacónica Maq.

—Por supuesto. —La elfa volvió al banco para continuar su trabajo.

—¿Qué haces ahora? —El tono de Maquesta era severo, empezaba a colmarse su paciencia.

—Quiero hacer otra poción curativa para Fritzen, y tengo intención de crear un estimulante para Lendle. Supongo que, ya que estoy en ello, deberla hacer todas las pociones curativas que pueda. Parece que las necesitas por aquí. —Tras decir esto, la elfa se volvió y sus ojos azul verdosos se encontraron con la mirada de la capitana—. Sé muy bien lo que estoy haciendo, Maquesta. Mis habilidades son considerables, y mis pociones los salvarán. Pero me vendría bien algo de ayuda... si no te importa.

—Déjame a mí —se ofreció Ilyatha. Quizás al percibir la irritación de Maquesta o porque realmente quería ayudar la elfa de mar, el umbra se levantó de su silla y se acercó al banco—. Maquesta tiene muchas otras cosas que hacer en este barco, y otras ocupaciones más urgentes.

—Tengo que enterrar a los muertos —dijo Maq. La joven se volvió hacia la puerta, rezando fervientemente para que habilidades de Tailonna y sus mezclas fueran capaces de ayudar a dos personas a las que apreciaba mucho.

El amanecer llegó al mar, un sol naciente que se elevó para colorear el agua y teñir el cielo de un rosa pálido. Con él subieron varios marineros a la cubierta del *Perechon*. Koraf cogió el timón y Vartan y Hvel se ocuparon de orientar las velas. Cuando se hubieron reunido suficientes hombres, Maquesta se acercó a los cadáveres y retiró la lona de los rostros. La tripulación se reunió a su alrededor.

La joven estaba nerviosa, pero intentó no mostrarlo; había visto en el pasado a su padre pronunciar unas últimas palabras por algún marinero, aunque nunca por tantos muertos al mismo tiempo. Ahora esa tarea le correspondía a ella.

Mirando hacia el sol se pasó los dedos inconscientemente por los rizos, recobró la compostura y se dirigió a la tripulación para recitar lentamente los nombres de los hombres muertos.

—Estos marineros dieron sus vidas por vosotros, por el *Perechon*, con la esperanza de devolver a Melas aquí. Han pagado el precio más alto que pueda pagar un marinero, y estamos aquí para honrarles por sus actos de valentía. —La voz de Maquesta sonaba fuerte, y notó que todos la miraban fijamente—. Que Habbakuk, dios del mar y de la vida eterna más allá de este mundo, vele por ellos mientras sus espíritus embarcan hacia un nuevo viaje. Ahora entregamos a nuestros amigos y camaradas a la mar, y que ella acoja a aquellos que tanto la amaron.

Koraf sopló un silbato de acero y emitió dos notas penetrantes, sostenidas, la primera grave y la segunda aguda, que indicaban el final de la breve ceremonia. Maquesta se alejó de la batayola y la tripulación inició el trabajo de tirar a sus camaradas muertos por la borda. La joven oyó los chapoteos tras ella mientras se dirigía hacia su camarote, decidida a dar los últimos retoques a su plan para capturar al morkoth. Sintió un escalofrío al pensar en lo definitivo de ese sonido.

Una hora más tarde, un repiqueteo insistente en la puerta distrajo a Maquesta de su estudio. Antes de que pudiera invitar a entrar a la persona, la puerta se abrió de par en par y entró Tailonna. El pelo de la elfa de mar estaba nuevamente adornado por las pequeñas redecillas mágicas y conchas ornamentales.

—¿Dónde estabas? —murmuró Maq—. Te necesitábamos.

—Estaba en la armería, ya lo sabes, ocupándome de Fritzen y de Lendle. Los he salvado —contestó Tailonna.

—No me refiero a eso —continuó Maquesta, furiosa—, sino al día y pico que estuviste ausente. Ni siquiera me pediste permiso para marcharte.

—No necesito el permiso de nadie... —comenzó a responder Tailonna.

—¿Ah, no? —la interrumpió Maq—. Soy la capitana del *Perechon*, un hecho al que pareces no dar importancia. Los capitanes dan las órdenes en sus barcos. Es así de sencillo. Y mientras estés en mi barco, eres parte de mi tripulación. ¿Lo entiendes?

Tailonna se irguió cuan alta era y contempló a Maq con frialdad.

—Estaba buscando los ingredientes necesarios para ayudar a Fritzen. Por suerte, también van a ayudar a Lendle.

—¿Adónde tuviste que ir a buscarlos? —espetó Maq—. ¿De vuelta a Lacynes? Si no quieres formar parte de esta misión. Tailonna, eres libre de marchar. Aunque me gustaría que primero hicieras esas pociones que nos ayuden a respirar en el agua. — Maq se puso de pie, con los brazos en jarras y la barbilla alzada con expresión desafiante, se encaró a la elfa de mar—. Creo que nunca entenderé por qué accediste a ayudarnos en un principio, pero si decides quedarte con nosotros recuerda que estás bajo mi mando, y no te volverás a marchar sin antes discutirlo conmigo.

—Vuelvo a la armería —contestó Tailonna. Los ojos de la elfa de mar se oscurecieron, y le devolvió la gélida mirada a Maquesta—. Allí aprecian mis talentos. Cuando puedas hacer un alto en la elaboración de tus planes, eres libre de venir a visitarnos, pero sólo durante un breve momento. Mis pacientes necesitan silencio y descanso. —La elfa de mar se giró como una bailarina y salió del camarote.

Maq tenía la certeza de que a Tailonna no le gustaba que la regañaran. «Pero a mí me gusta que me traten con respeto», pensó Maquesta. Miró de nuevo sus papeles y decidió seguir trabajando sobre el plan un rato más y luego ir a comprobar que tal estaban sus amigos. Quería ver por sí misma si las capacidades curativas mágicas de Tailonna eran tan eficaces como decía la elfa de mar.

Tailonna entró de forma tempestuosa en la armería, enfadada por la forma en la que le había hablado Maq.

—Hola, hermosa mujer —saludó Fritzen. El semiogro estaba incorporado en su camastro, cruzado de piernas y con una manta echada sobre los hombros—. Tengo entendido por Ilyatha que he de agradecerte la mejora de mi estado de salud.

El semblante de Tailonna se suavizó al ver a Fritzen e incluso se ruborizó levemente al tiempo que miraba de soslayo al telépata. Ilyatha estaba curando a Lendle, al parecer sin prestar atención a su presencia. La elfa de mar estaba furiosa con Maquesta, y algo enfadada consigo misma por sentirse atraída hacia este habitante de la superficie al que consideraba un mestizo.

—Eres fuerte —dijo Tailonna, a modo de respuesta—. No esperaba que mi cataplasma curativa actuara tan rápido.

—No soy persona que se quede quieta mucho tiempo —contestó Fritzen—. El descanso en cama es aburrido, y siempre he creído que las cosas se curan mejor si uno está levantado y activo.

—Ten cuidado y no hagas muchos esfuerzos —le reprendió la elfa—. La toxina de arpía de mar estará en tu sangre durante mucho tiempo, y cualquier otra lesión que sufras podría darle la posibilidad de recobrar fuerza —continuó Tailonna, poniéndole la mano en la frente—. Todavía tienes fiebre, aunque no alta. —Tardó en apartar la mano, cautivada por el apuesto semiogro.

Tailonna, ¡Lendle está despertando!

La elfa de mar oyó las palabras dentro de su cabeza y la insistencia de Ilyatha la apartó de Fritzen para acercarse al camastro de Lendle. Los párpados del gnomo se movían inquietos y su cabeza giraba lentamente de un lado a otro. Al fin, abrió los ojos y miró fijamente al umbra y a la elfa de mar.

—Meduelelacabeza —barbotó mientras intentaba incorporarse—. Dejaddesacadirmeenlacabezaconunmartillo.

—Túmbate. —La voz firme de Tailonna y una mano aún más firme en el hombro mantuvieron quieto al gnomo—. Te hirieron de gravedad y necesitas descansar.

—Tengo que hacer el desayuno —dijo el gnomo, pronunciando más despacio.

—Ya hemos desayunado —le riñó la elfa de mar—, pero si tienes hambre puedo hacer que te traigan algo aquí.

—Maquesta querrá saber que ambos han mejorado —dijo Ilyatha, apartándose del camastro en dirección a la puerta de la armería—. Iré a verla.

—¡Espera! —sugirió la elfa de mar—. Me vendría realmente bien prescindir de su compañía durante un rato. Además, está ocupada trabajando en su plan para atrapar al morkoth. Pasará por aquí más tarde. Déjala por ahora, y dejemos que Fritzen y Lendle disfruten de la tranquilidad.

Ilyatha miró a la atractiva elfa. *La capitana necesita saberlo*, comunicó; se envolvió en su capa y se tapó con la capucha hasta que su rostro quedó oculto en las sombras. Dejó caer las mangas hasta que le taparon la punta de los dedos y, respirando hondo, salió a la dolorosa luz de la mañana.

—Yo debería ayudar a Maq con sus planes —anunció Fritz.

—¡No! —El tono de Tailonna fue más de reprimenda que de imposición—. Maquesta se está apañando muy bien sola.

—No te cae muy bien, ¿verdad? —preguntó el semiogro con gesto interrogante.

—Creo que es demasiado autoritaria —contestó simplemente Tailonna—. Asume demasiadas responsabilidades y disfruta al mandar.

—Yo creo que es una buena capitana —contestó el semiogro—, y también creo que estás siendo demasiado crítica con ella.

—Es mi forma de ser. Los elfos marinos no somos habitantes de la superficie, vivimos aislados, aparte. Contemplamos el mundo de forma diferente y quizá nuestra falta de tolerancia con los demás se deba a que esperamos demasiado. Tenemos un nivel de exigencia muy alto —explicó Tailonna y se sentó al lado de Fritzen, tan cerca que sus hombros se rozaban—. Tu sangre también está teñida de mar, deberías comprender cómo me siento.

El semiogro miró fijamente los ojos azul verdosos de Tailonna.

—Creo que todos los marineros tienen algo de salitre en su sangre y en sus corazones —contestó con frialdad el semiogro—. Y creo que sería bueno que

buscaras en tu corazón un poco de respeto para Maquesta Nar-Thon. Yo diría que le debes una disculpa. La capitana tiene ahora más cosas sobre su espalda de las que tú quizá puedas llegar a tener y creo que lo está llevando de forma admirable. He servido a las órdenes de muchos capitanes, y muchos te hubieran arrojado del barco por insubordinación. No hubieran admitido tu actitud más allá del primer día.

Antes de que la elfa de mar pudiera contestar se abrió de par en par la puerta, y la luz enmarcó la figura cansada y aliviada de Maquesta. La joven sonrió abiertamente cuando vio sentado a Fritzen, pero entrecerró los ojos al ver lo cerca de él que estaba sentada Tailonna. Sin molestarse en pronunciar palabra, se acercó al camastro de Lendle y se sentó en el borde.

—Maquesta Nar-Thon —dijo lentamente el gnomo—. Me alegro de verte. Y tengo hambre. ¿Qué hay de comer?

—Un estofado de anguila pasable —contestó Maq—. Mejórate pronto viejo amigo, pues no creo que mi estómago aguante durante mucho tiempo las... obras maestras de Hvel y Vartan.

—¿Dónde está Ilyatha? —preguntó Lendle—. Ha sido muy bueno conmigo y quiero agradecerle que me haya curado.

Detrás de Maquesta, la elfa de mar abrió la boca para corregir al gnomo, para reclamar el mérito por su recuperación, pero una mirada severa de Fritzen la interrumpió.

—Ilyatha está bajo cubierta —respondió Maq—. Se ha quedado dormido en la oscuridad de la bodega de carga. Ha estado contigo en vela toda la noche, pero dijo que vendría a visitarte cuando se pusiera el sol. —Maquesta se volvió hacia Fritzen y le explicó que había estado planeando la incursión en la guarida del morkoth—. Creo que nos ayudará Belwar, aunque hoy no lo hemos visto. Ilyatha cree que está viajando en otro plano. Discutiremos esta noche los planes cuando Ilyatha haya descansado. Quizá para entonces haya vuelto Belwar.

La capitana se puso en pie, saludó con la cabeza a Fritz y a Tailonna y salió de la armería.

—Lo siento.

Las palabras sorprendieron a Maquesta, que estaba al timón contemplando las nubes del horizonte y esperando que no augurasen tormenta. Al volverse vio tras ella a la elfa de mar.

—No estoy acostumbrada a tratar con habitantes de la superficie —continuó Tailonna con franqueza—. Mis modales no son los vuestros, y pido perdón por no haber seguido tus instrucciones. Bajo las olas no tenemos capitanes. En mi comunidad los ancianos son sabios, pero son pocos, y la jerarquía está mucho menos definida. No era mi intención insultarte, e intentare pedir tu consejo y tu permiso antes de actuar. —Maquesta estaba boquiabierta—. Admito que estás al mando de

este barco —continuó Tailonna—, y que tú tomas todas las decisiones.

—Pero a menudo pido consejo —dijo Maq—, necesito la sabiduría y la ayuda de toda mi tripulación. Y agradezco lo que has hecho por Lendle y Fritzen. —La joven vio que Tailonna se animaba al mencionar al semiogro, y eso la preocupó, pero no lo exteriorizó.

Tailonna alzó las manos sobre su cabeza y movió los dedos palmeados para disfrutar de la brisa marina. La elfa marina se puso delante del timón y miró a los ojos oscuros de Maquesta a través de sus radios.

—Cuando abandoné el barco para buscar las hierbas y otras medicinas, nadé hasta mi hogar. Allí me enteré de muchas cosas, información que debería ayudarte y preocuparte, en tu intento de capturar al morkoth. —La elfa de mar empezó a contar los detalles de una colonia de kuo-toas adyacente a la guarida del morkoth—. Aunque la colonia no está aliada con la criatura, existe una tregua inestable. El morkoth no ataca a los kuo-toas y ellos no hacen nada para evitar que otras criaturas y animales entren nadando en su guarida. Se rumorea que los kuo-toas incluso ofrecen sacrificios al morkoth. Son un número considerable, y para llegar al morkoth, tú y los tuyos probablemente os tendréis que enfrentar primero a ellos.

—En este viaje no ha habido nada fácil —dijo Maq, lamentándose y bajando un poco la guardia al sentirse algo más cómoda ante la elfa de mar—. Al parecer estamos destinados a afrontar retos cada vez mayores.

—Haré lo que pueda para ayudaros —ofreció Tailonna—. No tengo ningún aprecio por los kuo-toas, ni por sus aliados, que a menudo capturan elfos de mar para convertirlos en esclavos. Mi gente me ha dicho que la colonia trabaja de acuerdo con otra comunidad subacuática cercana. Es un pueblo lleno de koalintnes. Éstos son parecidos a los hobgoblins que habitan la tierra, pero son acuáticos, y malvados, quizás incluso peores que el morkoth y los kuo-toas.

—No sé si contamos con suficientes marineros para enfrentarnos a una colonia de kuo-toas o de koalintnes —dijo Maq pensativa—. Tal vez sea mejor encontrar un camino para rodearlos e ir directamente a por el morkoth. —La capitana notó el gesto sombrío de la elfa de mar y decidió ofrecer un trato—. Cuando entreguemos el morkoth a lord Attat, mi padre regresará al barco. Tal vez podamos enrolar más marineros en Lacynes y regresar aquí. Con una tripulación mayor y la ayuda de tu gente podría irnos mejor en la batalla contra esas criaturas.

—Fritzen tiene razón —asintió la elfa de mar con la cabeza— eres inteligente. Y yo he sido... tal vez... difícil. Para limar nuestras diferencias, deja que te ofrezca un regalo.

Tailonna se dirigió a la parte posterior de la cubierta de popa para coger un cubo. Ató un cabo al asa y lo tiró por la borda para llenarlo de agua y luego lo izó. Después se sentó, cruzando las piernas, al lado de Maquesta y el timón y escudriñó el agua. A

continuación, cogió una de las conchas más pequeñas de su pelo, la sopló suavemente, murmuró unas palabras musicales y la soltó dentro del cubo.

—Hago un hechizo que me permite adivinar momentos del pasado —explicó Tailonna—. Mira dentro del cubo y concéntrate. Verás escenas conocidas y gente que te resulta familiar, pero sólo podrás conocer el pasado.

—¿Mi padre? —supuso Maq.

—Si te concentras verás momentos, o años, del pasado. Será como si estuvieras allí mismo, reviviendo lo que hayas escogido. —Tailonna agitó la mano sobre el cubo y el agua rieló y formó pequeñas ondas relucientes.

Maquesta miró fijamente las ondas y vio cómo se alisaban, dejando ver el rostro de Melas. Concentrándose, la superficie empezó de nuevo a ondularse y luego se alisó otra vez dejando ver al mayor de los Nar-Thon tendido sobre una cama, en la que lo atendía un sabio minotauro. A través de la ventana de la habitación, Maq se vio a sí misma, a Tailonna, a Koraf y a Ilyatha saliendo del recinto del palacio de Attat. El momento debía de ser justo después de que hubiera acordado llevar a cabo la horrible misión de Attat y poco después de que hubieran envenenado a su padre. Aliviada al ver que su padre estaba recibiendo los cuidados que le habían prometido, Maq se concentró en otro período de tiempo.

De nuevo aparecieron las ondas concéntricas en el cubo, y Maquesta se vio como una niña pequeña con pelo largo recogido en unas trenzas a ambos lados de la cara. Debía de tener siete u ocho años y estaba corriendo por la cubierta del *Perechon*, acercándose peligrosamente a la borda del barco. Era un juego que practicaba cuando nadie la veía, pero hoy era especialmente peligroso porque el mar estaba encrespado y la espuma sacudía constantemente la cubierta. Riendo tontamente, corrió más deprisa y de repente se oyó chillar sobresaltada cuando le resbaló un pie y salió disparada por la borda. Durante un instante sintió la caída, pero luego cambió b sensación y notó cómo la agarraban desde arriba para subirla. La rescataron los fuertes brazos de Melas, que la abrazó con fuerza, regañándola suavemente. La siguiente vez que el *Perechon* atracó, Melas se gastó todas las monedas que tenía en hacer poner una barandilla en la cubierta. Era la misma batayola que adornaba hoy el barco.

De nuevo cambió la escena; Maquesta era mayor, calculó que tendría unos doce años, por la forma en la que llevaba el pelo. Ahora lo tenía corto, el mismo corte que llevaban otros marineros, y se le veían las orejas. Pero ya no eran puntiagudas, así que no importaba. Maq había ido a ver a su padre al timón. Con una gran sonrisa, Melas acercó una caja que colocó detrás del timón de forma enérgica, levantó a Maq para ponerla encima y colocó su mano en la cabilla principal.

—¡Pilota el barco! —ordenó Melas con su voz potente y grave—. ¡Llévanos a la bahía!

Era la primera vez que cogía el timón sola. Melas le hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se alejó hacia la proa. Le confiaba a ella, una simple niña, su barco; ni siquiera la vigilaba. Debía de tener gran confianza en su hija. Maquesta sintió que su corazón se henchía de orgullo al recordar aquel glorioso momento. Pero de eso hacía mucho tiempo, y la visión se estaba desvaneciendo.

Concentrándose más, las ondas parecían moverse más rápido, y los años pasaron muy deprisa. Esta vez Maquesta era poco más que un bebé, y su madre la acunaba en los brazos para reconfortarla. Su madre, vestida con ropas amplias para ocultar su naturaleza elfa, estaba cantando una suave melodía para dormir a Maq. Era una canción elfa acerca de los bosques, pero Maq la había olvidado. Ahora la melodía se repetía una y otra vez en su cabeza cuando alzó la mirada para ver los ojos de su madre y contemplar su hermoso rostro. Si los elfos no hubieran sido perseguidos, no hubieran sido obligados a ocultarse de los humanos en varias partes del mundo, la madre de Maq no habría tenido que ocultar su verdadero origen.

Maquesta se contempló mientras crecía, se vio aprender a caminar, una tarea difícil para una niña que se criaba en la cubierta inestable de un barco, y rió al verse meter todo aquello que fuera remotamente comestible en la boca, incluyendo los mapas de su padre. Entonces se vio a sí misma sola en la cubierta del *Perechon* una noche. Debía de tener unos cuatro años. ¿Por qué estaría fuera sola tan tarde? No, notó Maquesta, al escudriñar las sombras cerca del cabrestante. No estaba sola, estaba con su madre. Su madre la había llevado hasta allí, cerca de la escala de cuerda que caía por la borda del barco.

—Ya no puedo jugar más a este juego, dulce Maquesta —le oyó decir a su madre—. Ya no puedo ocultar quién soy, lo que soy. No puedo negar mi pasado. Amo a tu padre, y te quiero a ti. Pero también debo cuidarme a mí misma y debo marchar para estar con mi gente, donde no tendré nada que ocultar. No volverás a verme después de esta noche, niña mía, pero debes saber que siempre estarás en mi corazón.

Maquesta vio cómo su madre pasaba por encima de la sogas que delimitaba la borda. Abajo la esperaba un barco pequeño, con dos elfos dentro. Uno de ellos sopló un polvillo brillante hacia arriba y Maq tosió cuando la nubecilla reluciente la envolvió. Luego vio cómo la oscuridad se tragaba a su madre y olvidó todo lo que había pasado esa noche. A la mañana siguiente, vio llorar a su padre al darse cuenta de que se había marchado su esposa. Melas imaginó que tal vez se había resbalado por la borda y se había ahogado. Luego pensó que alguien había subido durante la noche y se la había llevado. Ésa fue la mañana en que Melas y Lendle cortaron las puntas de las orejas de Maq, al temer que, si alguien descubría que la niña era en realidad una semielfa, también se la llevaran sigilosamente por la noche.

Maquesta se prometió que le contaría a su padre lo que realmente había pasado cuando este volviera al *Perechon*. Merecía conocer la verdad.

—¿Maquesta? —La elfa de mar interrumpió la concentración de Maq, y desaparecieron las ondas. La magia cesó—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó Maq—. Gracias por la visión, vi a mi padre. Le estaban cuidando cuando salimos del puerto de Lacynes.

—Te puedo ofrecer otra visión acuática mañana si así lo deseas —propuso Tailonna, que había arrojado ya el agua del cubo por la borda.

—Creo que me concentraré en el presente —dijo Maquesta.

—Ahora volveré a cuidar de Fritzen y Lendle —dijo sonriendo la elfa de mar—. Fritzen está mucho mejor, y creo que necesita a alguien con quien hablar.

Maquesta no estaba acostumbrada a los nuevos modales de Tailonna, y la trastornaba el hecho de que la elfa fuera a pasar tanto tiempo con Fritz; sacudió la cabeza para intentar descartar los celos. Fritzen era un semiogro marino y 1c iría mejor con alguien que estuviera más unido al agua, razonó con pesar. Intentando cambiar de tema, saludó a Koraf con la mano.

El minotauro, que estaba cerca del cabestrante, hablando con Hvel, respondió al saludo y recorrió rápidamente la cubierta.

—Te he estado llamando «Kof» —dijo Maq—. Quizá, he sido demasiado descortés contigo al hacerlo. Debería haberte preguntado si te importaba, hubiera sido mucho más apropiado.

—El mío es un nombre francamente difícil para las lenguas humanas —dijo el minotauro, ligeramente divertido—. Y no tengo inconveniente con la familiaridad. Me hace sentir más... integrado.

Maquesta observó que el minotauro volvía ruidosamente junto a Hvel. Parecía que Kof había encontrado un buen amigo entre la tripulación. Mientras ambos hablaban, Maq empezó a tararear una suave melodía elfa, acerca de los bosques.

Poco después de la puesta de sol se reunieron en la armería Maquesta, Ilyatha, Tailonna y Hvel. Fritzen estaba sentado en una silla. Sólo un ligero vendaje en el hombro atestiguaba que lo hubieran herido. Maq explicó su plan de intentar rodear la comunidad de kuo-toas para llegar a la cercana guarida del morkoth. Tailonna trazó un mapa, mostrando dónde creía que estaba la colonia y una localización probable para la guarida.

—Mi gente sospecha que la bestia vive en esa cresta rocosa, y que puede haber construido túneles allí, aunque no estamos seguros —dijo la elfa de mar—. Prepararé varios frasquitos de la poción que os permite respirar bajo el agua. Os vendrán bien si tardáis mucho tiempo en encontrar el hogar de la bestia.

—Yo puedo usar mis capacidades telepáticas para explorar e intentar descubrir al morkoth y, al mismo tiempo, mantenernos lejos de los kuo-toas —sugirió Ilyatha mientras examinaba el croquis de la elfa.

—Entonces está decidido —dijo Maquesta, de pie y asintiendo con la cabeza a

cada uno de sus compañeros, que devolvieron el gesto—. Iremos Tailonna, Ilyatha, Kof, Hvel y yo. Tailonna se ha ofrecido a usar sus redecillas mágicas para capturar a los kuo-toas.

—YotambiéntotambiénMaquestaNarThon. —Lendle estaba sentado en su camastro, emocionado ante la posibilidad de respirar en el agua y explorar un nuevo reino.

—Ésta vez no, amigo mío —dijo Maq con firmeza.

—¿Y yo qué? —Fritzen se puso de pie y movió el hombro—. No quiero perderme ésta, y me encuentro estupendamente.

—Ya veremos —dijeron prácticamente al unísono Maq y Tailonna.

El morkoth

Fritzen se encontraba mucho mejor; demasiado bien como para quedarse encerrado en la armería con un gnomo enfermo que parloteaba incesantemente acerca de inventos varios, entre otras cosas, cómo construir un monedero mecánico mejor. Aburrido de oír hablar del mismo tema y deseoso de respirar aire fresco, así como de disfrutar de una compañía más agradable, Fritzen esperó a que Lendle estuviera sentado en su camastro, ocupado en dibujar los esquemas de las mejoras de su máquina de remar, para salir a cubierta con sigilo. Todavía le molestaba el hombro, pero la vista le hizo olvidar rápidamente el dolor sordo. El sol se ponía sobre el Mar Sangriento, y como si fuera un bote de pintura que se hubiera volcado sobre las aguas picadas, lo transformaba en un color naranja iridiscente. Aves marinas teñidas de rosa sobrevolaban las olas, buscando algo para comer. Al hallar un pequeño pez, una soltó un grito desgarrador y se elevó hacia las nubes con su presa, que se retorció en el pico.

Bas-Ohn Koraf se encontraba de pie junto a la proa y tenía un catalejo ante su bovina cabeza para observar la costa. Maquesta estaba al timón y pilotaba el *Perechon* hacia el litoral mientras tarareaba una melodía que no conseguía quitarse de la cabeza.

Fritzen se mantuvo un rato a la sombra, observándola e intentando adivinar hacia dónde llevaría el barco. El semiogro pensó que en las inmediaciones del cabo sería un buen sitio; él lo escogería porque estaba cerca de mar abierto, lo que les permitiría emprender viaje con mayor velocidad por la mañana. Los labios de Fritz se curvaron hacia arriba al pensar en que cada vez se encontraba más cómodo en presencia de Maq y le divirtió descubrir que iba a buscarla. La joven parecía satisfecha al timón, y la tripulación no vacilaba en seguir sus órdenes. Él no tenía duda alguna en seguir a esa mujercita. Pero ¿qué haría Maquesta Nar-Thon si la misión tenía éxito y devolvían a su padre de una pieza al *Perechon*? Cederle el mando, por supuesto, decidió Fritzen. Devolvería la nave al cuidado de su padre pero, al haber saboreado las mieles de capitanear una nave, ¿se iría a buscar su propio barco? Si así era, Fritzen sospechaba que se marcharía con ella.

Fritzen se acercó sigilosamente por detrás, con intención de sorprenderla.

—¿Estás mejor? —preguntó la joven, sin molestarse en darse la vuelta.

—¿Cómo has sabido...? —preguntó el semiogro sorprendido.

—Esa cataplasma que llevas en el hombro. Apesta. Huele a pescado muerto. De hecho, seguro que tiene pescado muerto dentro —contestó Maq.

—Veo que has puesto rumbo a la cala —dijo Fritzen, sonriendo avergonzado—. Una elección excelente. Es donde yo habría ido. A salvo del viento y más difícil de detectar desde el mar.

La joven se giró finalmente hacia el semiogro y sus miradas se entrecruzaron durante un instante; él se acercó, pero ella rompió el momento de intimidad desviando la mirada al hombro herido.

—Estoy bien, Maq. De verdad. —Fritzen respondió al gesto de preocupación de Maq—. Tailonna prepara unas pociones mágicas que curan. Lendle también se encuentra mejor. Cuando lo dejé estaba trabajando duro con un plano, y luego pensaba visitar la cocina para explicarles a Hvel y a Vartan el arte de aderezar una sopa. Y, hablando de comida pronto será hora de cenar. ¿Vamos juntos?

—Cuando echemos el ancla —contestó la joven, atenta de nuevo a la costa—. Quiero comprobar las velas y el aparejo y dejar todo bien atado. Mira las nubes que tenemos encima. Es temporada de tormentas en esta parte del mar, y si esas nubes significan algo, creo que esta noche va a haber una tempestad. Si es así, espero que la cala nos proteja un poco del viento.

Fritzen se quedó con ella hasta que el *Perechon* se acercó a la costa todo lo que permitía el calado de la embarcación y esperó hasta que Maq tuvo la certeza de que eran arriadas las velas y que estaban en buen estado. Se preocupó de esto y aquello durante una hora más y entonces Fritzen, Kof y ella se sentaron con las piernas cruzadas en la cubierta y comieron cuencos de sopa de ostras, caliente y nutritiva. Cuando desaparecieron las nubes, llevándose con ellas la amenazado tormenta, y salieron las estrellas, el trío se turnó en reconocer las distintas constelaciones y en contar viejas historias acerca de monstruos marinos y de la venida de los dioses a Krynn para entrometerse en los asuntos de los marineros. Por primera vez desde que salieron del palacio de Attat los tres empezaron a relajarse y a disfrutar de la mutua compañía. Pero el buen ambiente desapareció cuando Maquesta bostezó y se puso de pie.

—Es hora de irnos a descansar —anunció la capitana—. La mayor parte de la tripulación se acostó hace más de una hora. Les dije que quiero empezar pronto mañana. —La joven se limpió una mancha de sopa que le había caído en la túnica—. Kof, quédate en cubierta durante un rato. No me gustan estas aguas, ni siquiera tan cerca de tierra. Fritz, manda a Berem y a un vigía para que le hagan compañía. Yo te relevaré más tarde. Zarpamos al amanecer.

Fritz se incorporó para marcharse abajo, y Maq se volvió hacia la escalera.

—Gracias por esta agradable velada, caballeros —añadió la joven.

—¡Maq! —La voz queda de Kof la detuvo a mitad de camino a su camarote. La

joven se paró y advirtió que el minotauro se había puesto tenso. Su nariz aleteaba y tenía erizada la cresta de pelo corto y duro en la parte trasera del cuello—. Hay algo ahí fuera.

Maquesta empezó a ir hacia el cabestrante, donde había dejado su espada, pero se detuvo de repente al observar una mano palmeada y con garras que se agarraba a la batayola.

Un sonido de arañazos tras ella la hizo girar sobre sus talones. Había varios pares de garras más en el otro lado del barco, todas pertenecientes a unos cuerpos horrendos.

—¡Kuo-toas! —gritó Kof—. Docenas de ellos. ¡Diablos de las profundidades!

—¡Fritz! —bramó la capitana—. Ve abajo y da la voz de alarma. ¡Nos están abordando! —Dicho eso se lanzó hacia el cabestrante, tirándose en plancha los últimos metros y deslizándose por la cubierta pulida. Sus dedos se cerraron sobre la empuñadura de su espada y se puso de rodillas desenvainando el arma justo a tiempo de ver que una forma oscura se movía pesadamente hacia ella. La criatura tenía una inmensa cabeza semejante a la de un róbalo, pero su boca estaba llena de afilados dientes que relucían a la luz de la luna. Estaba cubierta de una mucosidad que brillaba débilmente, y apestaba a algas podridas. Maquesta tragó saliva y se concentró en no vomitar. El torso de la criatura era como el de un hombre, si bien un poco más grande y recubierto de escamas azules y verdes, los brazos y las piernas eran casi humanos, aunque los pies eran largas aletas en las que había enganchadas hebras de algas; tenía una cola de pez que le colgaba y se arrastraba por la cubierta del barco con un sonido rasposo. El kuo-toa vestía un arnés de cuero cruzado sobre el pecho con dagas enfundadas en varias vainas equidistantes. Sujeta por una cuerda en la espalda llevaba una lanza, que la bestia intentó coger con las garras mientras avanzaba pesadamente. Maq desenvainó su espada y trazó un arco hacia arriba que abrió la barriga de la criatura según se le acercaba.

El animal soltó un chillido y miró hacia abajo para ver cómo se le salían las tripas. Maq se puso de pie y asestó otro golpe, esta vez más alto. Su espada hendió el pecho del ser, haciéndole soltar otro horrible chillido. Cuando la víctima de Maquesta se desplomó hacia adelante sobre la cubierta, la joven saltó hacia atrás y vio, muda de terror, que otros dos avanzaban como patos para ocupar su lugar. Uno llevaba un escudo recargado y era más grande, de más de dos metros de altura. Lucía un impresionante collar de coral y huesos, lo que indicaba que debía de ser importante. El kuo-toa barbotó una sarta de palabras ininteligibles y luego arremetió hacia adelante con su lanza de púas. El más pequeño hizo lo mismo apuntando hacia el estómago de Maq. La joven se agachó para evitar que la ensartaran y sintió que la mucosidad de la criatura le goteaba en los hombros. Tras ella oía a Kof luchar con más bestias: una mezcla de sus gruñidos y las palabras ininteligibles y los aullidos de

los kuo-toas.

—¡Monstruos! —espetó Maq, al sacar la espada y ponerse en pie—. ¡No tomaréis mi barco! —La joven extendió el brazo y agarró la lanza del kuo-toa más pequeño para después tirar con fuerza. El sorprendido ser perdió por un momento el equilibrio y soltó su arma para no caerse. Esquivando otra arremetida procedente del más grande, Maq le dio la vuelta al arma hasta que la afilada punta metálica apuntó hacia su enorme atacante. La joven dio un paso hacia atrás, agitó la lanza ante ella para mantener a raya al kuo-toa y ganar tiempo para pensar.

Los ojos del kuo-toa grande giraron para observar la batalla que tenía lugar en la cubierta. Maq se permitió echar un vistazo hacia atrás y se estremeció al ver que Kof caía contra la madera bajo el ataque de seis kuo-toas. El estruendo de pasos auguraba la llegada de la tripulación del *Perechon*, con Fritz al frente, pero Maq sabía que era posible que sus hombres no fueran rivales para las malvadas criaturas marinas.

Un rugido volvió a atraer su atención hacia el kuo-toa grande, que también agitaba su lanza para mantenerla a raya. Maq observó horrorizada cómo el más pequeño de los dos cogía las dagas de su arnés de cuero. La joven dio ágilmente un paso hacia un lado para esquivar el primer proyectil, pero el segundo le arañó el brazo y estuvo a punto de soltar la lanza. Sintió como si un fuego le recorriera el miembro.

—¡Tened cuidado! —avisó Maq al resto de la tripulación—. ¡Creo que están usando veneno! —Por el rabillo del ojo vio cómo al más pequeño de los kuo-toas lo atravesaba una lanza en el pecho y caía.

El más grande echó atrás la cabeza y emitió una especie de gorgoteo que sonaba como una extraña risa. Luego arremetió hacia adelante más rápido de lo que Maq hubiera creído posible y le clavó la lanza en la pierna. La herida era profunda y Maq chilló de dolor y sorpresa. Sintió que la sangre caliente le resbalaba por la pierna cuando su atacante desclavó la lanza, provocándole otra sacudida de dolor. Pero la joven apretó los dientes, se mantuvo de pie y asestó una estocada con su lanza al mismo tiempo. El kuo-toa levantó su escudo de cuero reforzado y la punta del arma de Maq se clavó en él. La criatura hizo un ruido atronador y lanzó su escudo, junto con la lanza de Maq, sobre la cubierta. Enfocó hacia adelante los ojos y dio un paso hacia ella. A su espalda, Maq oía los gritos de su tripulación: una mezcla de chillidos de dolor y aullidos de victoria.

—¡Ocupaos del minotauro, lo han derribado! —oyó gritar a uno.

—No puedo llegar hasta él —chilló otro—. ¡Estamos rodeados!

—¡Mirad eso! ¡Están subiendo más por la cubierta de popa!

—¡Aymadreaymadreaymadre!

—¿Dónde está la elfa de mar? Esperad, ahora sube a cubierta. ¡Tailonna, haz algo!

—¡Encended un fuego! ¡Veamos si eso los amilana! —gritó el timonel.

—¡Tienen redes con contrapesos! ¡Estoy atrapado!

—¿Maquesta? —Era la voz de Fritzen—. ¡No! ¡Maq!

Maquesta sintió que las manos palmeadas de la criatura la asían por la cintura y la levantaban con la misma facilidad con la que una niña llevaría una muñeca. El ser clavó con fuerza las garras, y la joven apretó los ojos mientras el kuo-toa grande la estrujaba en un abrazo de oso. La joven sintió cómo sus pulmones se vaciaban de aire; agujas de dolor le pinchaban por todo el cuerpo y su mundo empezó a dar vueltas. Entonces sintió que la tiraban hacia atrás, y aterrizó sin fuerza en la cubierta, golpeándose fuertemente la cabeza contra la madera.

Aturdida, Maq abrió lentamente los ojos y vio al semiogro con un pie a cada lado de su cuerpo, empujando al kuo-toa grande para apartarlo de ella. Fritzen se adelantó, impidiendo que la bestia recobrara el equilibrio, hasta que los dos se alejaron de ella. Entonces el semiogro saltó hacia arriba y descargó una patada en el pecho del kuo-toa, haciéndolo caer de espaldas. El semiogro siguió atacando y le golpeó la cara al kuo-toa con el talón, pero la criatura reaccionó con rapidez, agarró el tobillo de Fritzen, tiró con fuerza y el semiogro cayó en cubierta. Mientras la pareja luchaba, Maquesta se recuperó del mareo y lentamente se puso de pie. Sentía un cosquilleo en todo el brazo herido por la daga.

La joven descubrió que Ilyatha se deslizaba hasta el palo de proa oculto en las sombras. El telépata le hizo un gesto para que guardara silencio, y ella observó fascinada cómo se ponía rápidamente detrás de una pareja de kuo-toas que estaban atacando a Lendle. Se movía con tal sigilo que no crujía ni una sola tabla y, entonces, alzó dos dagas gemelas y las clavó en las espaldas de las confiadas criaturas. Lendle dio las gracias con voz chillona y saltó a un lado para evitar que los cadáveres le cayeran encima.

Detrás del gnomo, Maq vio a un joven marinero que luchaba con otra de las criaturas. El hombre estaba atrapado entre el escudo de la bestia marina y la batayola, y hacía inútiles molinillos con los brazos mientras el kuo-toa lo sacudía. Maq se agarró al cabestrante para apoyarse. Sus miembros heridos palpitaban de dolor y tuvo que concentrarse en la batalla para no perder el sentido, después miró a su alrededor en busca de un arma, pero no había nada a su alcance e intentó recordar dónde había dejado su espada, pero el aturdimiento se lo impidió.

Aun así, estaba decidida a seguir luchando hasta el sangriento final, que se temía podría llegar muy pronto, y con ello el final de la tripulación del *Perechon* y de la vida de su padre. Impulsándose en el cabestrante se tambaleó hasta el centro de la cubierta, donde sabía que guardaban las jabalinas y los arpones. Tras ella podía oír sonidos de chapoteo: los pies de los kuo-toas que se movían sobre la madera pulida. Por lo menos una de las bestias la seguía, pensó, y se mordió el labio inferior e

intentó ir más deprisa.

—¡Agáchate, Maquesta! —Era la voz de Tailonna. Maq se lanzó hacia adelante sobre cubierta y levantó la cabeza justo a tiempo de ver cómo una red de tela de araña volaba por el aire. Al ponerse a cuatro patas se giró y vio a un trío de kuo-toas atrapados como insectos en una telaraña. Tailonna se deslizó hasta Maq y la ayudó a ponerse de pie. Entonces la elfa de mar sacó otra de las redecillas de su pelo y la arrojó hacia otro grupo de kuo-toas a la par que hacía unos gestos con los dedos y pronunciaba un hechizo. La minúscula red relució en el aire y creció hasta alcanzar el tamaño de una red de pescar, y fue a caer sobre las víctimas que había escogido la elfa de mar, atrapándolas. Tailonna arrojó otra red hacia la criatura grande que luchaba con Fritzen. De nuevo una red mágica hizo blanco, envolviendo al inmenso kuo-toa. Las piernas del semiogro también estaban atrapadas en los hilillos pegajosos, pero luchó por liberarse.

—¡Allí! —gritó Maq, apuntando. Lendle, armado con una daga y una cuchara de madera, era de nuevo el centro de atención, y esta vez estaba rodeado por cuatro kuo-toas.

Tailonna asintió y soltó otra red, que golpeó a las criaturas marinas en las caras y los torsos, dejándole a Lendle espacio para huir entre sus piernas.

—Le dije que se quedara en la enfermería —murmuró la elfa de mar—. ¿Nunca hace caso de lo que se le dice?

—¡AyudadaKoftieneproblemas haced algo por favor! —gritó Lendle señalando.

Maq y Tailonna miraron más allá del palo de proa y vieron a un kuo-toa arrastrando el cuerpo tumbado del minotauro hacia la borda. Estaba inconsciente y se ahogaría pronto. De nuevo brotaron unas palabras arcanas de los labios de la elfa, pero esta vez produjeron unos dardos de color lavanda que emergieron de sus dedos. Alcanzaron al kuo-toa en el hombro e hicieron que girara a tiempo de recibir otra andanada de dardos mágicos en el pecho. Entre gritos de júbilo de los marineros del *Perechon*, la criatura de mar cayó hacia atrás encima de Kof. Había cambiado el rumbo de la batalla gracias a la elfa, y los marineros arremetieron con nuevos bríos para arrollar a los kuo-toas que quedaban.

—¡Ése debe de ser su líder! —gritó Fritzen para que se le oyera entre tanta algarabía mientras apuntaba hacia el kuo-toa grande que estaba en la red, el que había herido a Maq—. Le oí espetar órdenes a los otros, pero lo tengo atrapado. —El semiogro había recuperado la espada de Maq y había atravesado la red para colocar la punta contra la garganta de la criatura.

Tailonna y Maquesta se acercaron lentamente al gran kuo-toa.

—Pero ¿qué vamos a hacer con él? —preguntó Maq—. No podemos soltarlo, pero buscamos un morkoth, no un diablo de mar. —La joven apretó los dientes y sacudió el brazo herido, que estaba dormido, prácticamente inutilizable.

Fritzen corrió hacia Maq y la levantó como un bebé en sus musculosos brazos, dejando libre a Tailonna para crear más redes de telaraña.

—Creo que esta vez eres tú la que va a necesitar una cataplasma apesetosa. —Los oscuros ojos del semiogro denotaban preocupación aunque hablaba con voz queda—. Te voy a llevar a la armería, donde estarás a salvo. Tu tripulación puede ocuparse del resto de estas criaturas.

—Kof se va a poner bien —gritó Lendle desde el otro lado de la cubierta. El gnomo empujó al kuo-toa muerto que estaba encima del minotauro y sonrió abiertamente, pero entonces frunció el ceño al ver la pierna sangrienta de Maq—. Sólo está aturdido, en mejor estado que tú. Iré a ver cómo están los demás, y luego me ocuparé de ti, Maquesta Nar-Thon.

—Hay más kuo-toas en el agua —susurró Maquesta a Fritzen—. Puedo verlos. Tiene que haber por lo menos veinticinco y no vas a llevarme a ningún sitio hasta que esté segura de que el *Perechon* se encuentra a salvo.

—Yo no veo nada —dijo el semiogro, escudriñando el agua.

—Confía en mí —respondió Maq—, están allí fuera.

Tailonna se acercó a proa, donde tenía otros seis kuo-toas atrapados en sus redes. Varios metros tras ella, Vartan y Hvel habían convencido a doce de las criaturas que depusieran sus armas y se rindieran. La batalla había concluido al fin. Tailonna hizo un gesto para que el semiogro y Maq se reunieran con ella.

—Puedo entender lo que dicen estas criaturas, o al menos en parte. Tienen un lenguaje bastante primitivo —les informó.

—Yo lo entiendo todo —intervino Ilyatha y dio un paso al frente a la par que envainaba sus dagas—. Aunque no estoy seguro de que quieras que te lo traduzca. Son un grupo malvado y muy mal hablado.

—Pues sí que quiero saberlo —afirmó Maq, dándole un suave codazo a Fritzen para que la soltara.

El semiogro frunció el ceño pero la puso suavemente sobre cubierta, y la dejó apoyarse en él para que no cargara la pierna herida. A su alrededor, la tripulación del *Perechon* se afanaba en empujar kuo-toas muertos por la borda o se ocupaba de maniatar a los heridos y a los que se habían rendido. Durante la contienda habían muerto cuatro miembros de la dotación del *Perechon*, que estaban tendidos sobre la cubierta. Maquesta se estremeció. El precio de la vida de su padre había vuelto a subir, y ahora el *Perechon* tendría que navegar con una tripulación reducidísima.

Ilyatha comenzó a murmurar la misma jerigonza que Maq le había oído hablar al gran kuo-toa. El umbra estaba agachado sobre una pareja a la que habían atado espalda contra espalda, y había varios marineros cerca intentando entender alguno de los ruidos ininteligibles.

—El rey ordenó la incursión —dijo Ilyatha, que se volvió hacia Maq y consiguió

distraer su atención de los marineros muertos—. Al parecer tienes a bordo la realeza, y casi una colonia completa de kuo-toas. —El umbra apuntó hacia la criatura grande que había luchado con Maq y con Fritzen. El kuo-toa alto estaba atado al palo de proa, donde le vigilaban tres marineros—. Conducía a la colonia hasta un santuario submarino. Al parecer planeaban llevar a cabo una ceremonia especial de culto para honrar a la Madre del Mar, su malvada diosa. Descubrieron el *Perechon* cuando nos acercamos al cabo, y decidieron capturar a la tripulación para esclavizarnos y conseguir comida, reservando a unos pocos para ofrendas de sacrificio a la Madre del Mar, claro.

Maq se alejó de Fritzen y fue cojeando hasta el rey de los kuo-toa haciendo caso omiso de las protestas del semiogro.

—Yo no quería enfrentarme a tu gente —dijo la capitana, aunque sospechaba que la criatura no le entendía y que estaba hablando sola, pero continuó—. Íbamos a rodear vuestro territorio, no tendrías que habernos atacado. —Maq toqueteó el collar de coral que rodeaba el cuello de la criatura y tiró para desprenderlo.

—Pensé que eras importante, pero no sabía cuánto. Te vamos a utilizar *vuestra Majestad*. Vas a decirnos dónde podemos encontrar al morkoth. De hecho, creo que alguno de tus súbditos deberían llevarnos hasta la bestia, si quiere que su rey siga con vida después del amanecer.

—Eres brillante, Maq —dijo Fritzen, cuyo gesto severo se transformó en una gran sonrisa.

Ilyatha y el semiogro se acercaron veloces al rey, y de nuevo Ilyatha utilizó la extraña legua kuo-toa que sonaba como gruñidos, siseos y borboteos. La respuesta del rey fue fuerte, áspera y acentuada por escupitajos. Los demás kuo-toas atrapados también comenzaron a sisear y a farfullar en su jeringonza mientras se debatían inútilmente contra sus ataduras.

—Les está ordenando que huyan —comentó Ilyatha—. Dice que deben liberarse en nombre de la Madre del Mar.

—Quizá no se da cuenta de que hablamos en serio —dijo Fritzen que gruñó y asestó una dura patada al costado del rey. El semiogro se apoyó sobre una pierna y levantó la otra por encima de su cabeza, hasta situar el pie a la altura del rostro colérico del rey. Veloz como un rayo, bajó la pierna y la otra trazó un arco hasta pasar a menos de un centímetro de la cabeza del kuo-toa—. Tal vez debamos convencerle de que nos tome en serio.

Tailonna avanzó sigilosa y empezó a murmurar palabras arcanas mientras movía sus manos trazando extrañas formas en el aire.

—No necesitamos derramar más sangre, aunque no puedo expresar lo contenta que estoy ante el número de kuo-toas que han muerto. Matar a esta bestia os dará poco más que satisfacción, pero yo puedo conseguir que se muestre más cooperativo

de hecho, puedo lograr que sea muy razonable. —En la palma de la mano derecha de la elfa apareció una pequeña esfera azul. Tailonna sopló y la bola flotó hacia adelante, aumentó y rodeó la cabeza del rey. Durante un instante, el rostro del kuo-toa se iluminó con la misma luz azul y entonces desapareció el color, como si la magia no hubiera existido—. Inténtalo ahora.

Ilyatha miró fijamente los ojos del rey de los kuo-toas y farfulló el extraño idioma de la criatura.

—Comprendo algunas palabras —informó Tailonna a Maq—. Ilyatha le dice que salvará la vida y la de sus guerreros cautivos, pero...

—Pero tiene que proporcionarnos un guía que nos lleve a la guarida del morkoth, cosa que acaba de comprometerse a hacer —concluyó Ilyatha—. La pareja que hay al lado de la proa son hijos suyos. Nos llevarán al morkoth, aunque el rey nos avisa de que la bestia es peligrosa. Ahora no tendremos que perder el tiempo buscando su cueva, y ganaremos horas. Este maldito ataque al final se ha transformado en una bendición.

—PerotúnopuedesirMaquestaNarThon —dijo Lendle que estaba a su lado y señalaba la sangre de su pierna. El gnomo la apuntó con uno de sus dedos rechonchos y empezó a agitarlo como si ella fuese una niña que se había portado mal.

—Y tú no deberías estar en cubierta, sino en la enfermería —contestó Maq.

—Aligualquetú —respondió el gnomo.

Maq se disponía a discutir con él. El *Perechon* era su barco y, como capitana, ella daba las órdenes. Pero se lo pensó mejor y decidió cambiar de estrategia.

—Lo sé, Lendle —admitió Maq—. Voy a necesitar algunos de tus cuidados, y una de las pociones de Tailonna pero, mientras tú te ocupas de mí, quiero que Fritz, Kof, Ilyatha y Tailonna vayan tras el morkoth. Harán falta las redes de telaraña y la magia de la elfa para atrapar a la bestia.

—¿Ahora mismo, Maq? —preguntó Fritzen apuntando hacia el minotauro que empezaba a recobrar la conciencia.

—No, por la mañana —contestó la capitana que sacudió la cabeza y apuntó hacia el agua—. El mar está tan oscuro por la noche que sería como nadar en tinta. No verías ni una mano delante de tu cara. Además, están esos otros kuo-toas en el agua, y quiero que *Su Majestad* les ordene que se alejen.

—Yo también los veo —apuntó Tailonna—. Calculo que hay veinte por lo menos. Me ocuparé de ello. —Dicho eso, la elfa marina empezó a hablarle de nuevo al rey.

—¡Kof! —exclamó Maq cuando el minotauro se acercó a ella—. Ya iba siendo hora de que te levantasés y te unieras a la diversión. Quiero que te asegures de que todos nuestros invitados estén a buen recaudo en la bodega de carga esta noche, y arroja a *Su Majestad* al calabozo. Cuando acabes eso, ocúpate de que envuelvan a los muertos con lona. Les daremos sepultura mañana en alta mar.

Entonces unos brazos fuertes agarraron a Maq y ella notó cómo la llevaban hasta la enfermería, donde sucumbió finalmente al agotamiento al tenderse en un camastro. Las últimas palabras que oyó antes de dormirse fueron las rápidas instrucciones de Lendle y Tailonna a Fritzen para que empezara a mezclar hierbas.

Por la mañana, Fritzen estaba revoloteando alrededor de Maquesta, limpiándole la frente con un paño templado mientras Lendle se ocupaba de preparar otro brebaje. La joven tenía la pierna envuelta en varias capas de vendajes, estaba recostada en una almohada y empezaba a recuperar la sensibilidad en el brazo.

—Te toca a ti hacer de enferma —dijo Fritzen—. Había veneno en las armas de los kuo-toas, pero Lendle y Tailonna prepararon una mezcla que extrae el veneno. La elfa está en el camarote de la tripulación, dándoles algo a los otros heridos, y me ha asegurado que el brebaje es mágico, y todos, incluida tú, volveréis a la normalidad en unas pocas horas.

Maq sonrió e intentó incorporarse, pero el semiogro le colocó una mano amigable en el hombro.

—Eres la capitana —dijo Fritz—, y si me ordenas que te deje levantarte tendré que obedecer, pero preferiría cumplir las órdenes de un capitán sano, uno que yo sepa que va a estar por aquí durante bastante tiempo. Descansa, Maq. Kof llevará el mando en la caza del morkoth, y cuando volvamos te encontrarás mucho mejor.

Maquesta apretó los labios, pero asintió con la cabeza. Aunque quería subir a cubierta para despedirlos, sabía que Fritzen tenía razón. La joven odiaba sentirse débil y no tener un control absoluto de la situación, y estaba furiosa porque parecía que toda la tripulación se turnaba para visitar la enfermería, pero cerró los ojos, intentó relajarse y se concentró en escuchar cómo el gnomo recitaba sus ingredientes. Un olor fétido impregnaba la estancia, y Maq supo que iba a apestar antes de que todo esto concluyera.

—Cuídate —susurró Fritzen mientras se incorporaba, luego se detuvo y la miró fijamente antes de continuar—: Anoche viste más kuo-toas en el agua. ¿Qué don posees, Maquesta, para permitirte tal visión?

—No hay necesidad de contárselo —intervino Lendle, que obviamente estaba escuchando su conversación aunque siguió farfullando nombres de ingredientes y removiendo la mezcla.

—Está bien. Confío en él —contestó Maq, que abrió los ojos y se quedó mirando el techo—. No soy completamente humana —comenzó la joven—. Mi madre era una elfa que dejó a mi padre hace mucho tiempo. Ni siquiera sé si sigue viva. Ella se marchó cuando los bandos guerreros de humanos cazaban a los elfos y similares. Tengo la sospecha de que desapareció para mantener la atención aparcada del *Perechon*. Mi padre, preocupado por mi seguridad, hizo que Lendle cortara las puntas de mis orejas cuando yo era una niña, porque no quería que nadie supiera que era una

semielfa. Lo aterraba la idea de perderme a mí también. Así que tengo el don de la vista de los elfos. Puedo ver mejor que los humanos, aunque no tan bien como la mayoría de los elfos.

—Así que ahora sabes el secreto de Maquesta —dijo Lendle con gesto severo—. Sólo lo compartimos los que nos hallamos en esta habitación y su padre que está a muchas leguas de distancia. Y espero que no salga de aquí —dijo el gnomo mirando fijamente al semiogro con sus pequeños ojos brillantes—. ¿Entiendes?

En la cubierta aguardaban Ilyatha, Tailonna y Bas-Ohn Koraf, todos armados con lanzas de los kuo-toas. El minotauro llevaba un grueso cabo en la mano. Varios miembros de la tripulación se habían reunido sólo por curiosidad y cuando Fritzen se unió a ellos, Ilyatha le arrojó una gran red y le dijo que llevarían en ella al morkoth cuando lo encontrasen y lo capturaran. Tailonna metió la mano en un saquillo que colgaba de su cinturón y sacó seis frasquitos que contenían el mágico elixir que les permitiría respirar en el agua como si fuera aire. La elfa entregó dos a cada uno.

—Cada frasco debería durar muchas horas, entre ocho y doce, supongo. Puede tener distinta duración para cada uno de nosotros —añadió, mirando al minotauro y al semiogro—; pero si actuamos de prisa no debería de haber problemas.

Kof asintió con la cabeza y dio un tirón al cabo que sujetaba. En el otro extremo estaban los hijos del rey que tenían la larga sogas atada alrededor de sus cuellos como si fuesen perros con correa.

—Acabemos con esto —gruñó el minotauro—. Aunque amo el mar, no me gusta mucho nadar, y menos aún la compañía de los kuo-toas.

Fritzen estuvo a punto de dejar caer sus frasquitos cuando un estallido de luz amarilla más brillante que un mediodía iluminó la cubierta. Al disminuir el resplandor apareció Belwar, cuyos afilados cascos planeaban a pocos centímetros de la cubierta. El ki-rin saludó con la cabeza y la tripulación se apartó cuando se acercó al cuarteto.

—Iré con vosotros —anunció Belwar—. Estuve fuera anoche y regresé a tiempo sólo de ver el final de la lucha. Aunque no pude apoyaros entonces, os ayudaré ahora. Los morkoths son astutos y mortíferos.

—¡Brindemos, entonces, por nuestro éxito! —saludó Fritzen a la par que levantaba su frasco al cielo; luego se lo llevó a los labios y bebió todo el contenido de un solo trago. Los otros hicieron lo propio y se movieron como una sola persona hacia el borde de la cubierta para saltar al agua. El ki-rin también se zambulló, con una salpicadura que dejó empapados a aquellos de la tripulación que los observaban.

Koraf dio un respingo al hundirse bajo la superficie y pateó el agua como un pez herido, intentando desesperadamente mantener agarrada la sogas que ataba a los kuo-toas. El minotauro aguantó la respiración y cayó como una piedra, con Ilyatha, Fritzen, Tailonna y las criaturas justo detrás. El ki-rin planeaba justo debajo de la

superficie, observando.

Relájate, aconsejó la mente de Ilyatha. Respira en el agua como si fuera aire. Respira.

El minotauro cerró los ojos e inhaló un poco. Era una sensación extraña, la entrada de agua por la nariz hasta los pulmones. Al principio Kof pensó que se ahogaba, y que el elixir era una terrible broma de Attat, que quería que todos muriesen. Luego boqueó de miedo e inhaló grandes bocanadas de agua salada que le escocía en la garganta, pero sólo durante un momento, y entonces abrió los ojos. Estaba respirando.

Al llegar hasta el fondo arenoso, tiró de la sogá y miró de hito en hito a los hijos del rey, después se encogió de hombros y apuntó en diferentes direcciones antes de tirar de nuevo de la sogá. Al cabo, los kuo-toas comprendieron lo que quería el minotauro, y el más grande de los dos apuntó hacia el sudoeste.

Está siendo sincero, sonó la voz segura de Ilyatha dentro de la cabeza de Kof. La guarida del morkoth se encuentra en esa dirección.

Más arriba, el ki-rin vio lo que estaba ocurriendo y empezó a nadar hacia el sudoeste. Sus grandes patas batían el agua y al resto del grupo le costó no perder de vista a la mítica criatura. Pasaron por encima de un arrecife de coral, donde frondas de mar que parecían delicados abanicos se ondulaban al ritmo de la corriente. Pasó ante ellos un banco de peces ángel, que evitaron a los extraños viajeros, y en el arenoso suelo los cangrejos corrieron para apartarse de su camino. Kof empezó a disfrutar de lo que había a su alrededor y su bovino cuello giraba de un lado a otro para no perderse nada. Tras unas dos horas de viaje, el minotauro observó una cresta rocosa que cortaba el suelo arenoso de lado a lado, como la espina dorsal de algún gigante dormido. Los kuo-toas apuntaron hacia la cresta y el minotauro miró a Ilyatha, quien hizo un gesto afirmativo. El ki-rin se sumergió hasta el fondo, y los miembros del grupo, desconfiados y pensativos, frenaron su marcha al acercarse a las rocas.

La cresta se parecía a la que Tailonna había dibujado el día antes en la enfermería, y si su plano era correcto, el resto de la colonia de kuo-toas estaría al otro lado de la elevación, ligeramente hacia el norte.

Al acercarse a la cresta, descubrieron una cueva que era poco más que una estrecha grieta.

El hogar del morkoth, transmitió mentalmente Ilyatha a cada uno de ellos. Los kuo-toas temen a la bestia y dicen habita aquí. Suplican que no se les haga entrar. Sólo uno de ellos ha estado tan cerca de la entrada, cuando ofreció un sacrificio hace varios meses.

Kof miró la grieta, y luego al ki-rin, que era demasiado grande para caber por ella. El cuerno de la criatura irradiaba un débil fulgor, y habló a través del agua para

que todos pudieran oírlo.

—Vigilaré a vuestros prisioneros, ya que no puedo seguiros. Ni siquiera la magia puede hacer que quepa por allí, pero os ayudaré. —El animal cerró los ojos y apareció un fuego que se extendió a lo largo de su cuerno dorado, una combustión mágica que no se apagaba con el agua salada. Las llamas saltaron hacia adelante y golpearon los bordes de la grieta antes de penetrar en la profundidad de la roca—. El fuego no es real, por lo menos no como una hoguera auténtica. No os quemará, pero cubrirá las paredes para iluminar el laberinto interior, y quizá sirva también para asustar al morkoth, pues le gusta vivir en la oscuridad. Os deseo lo mejor. —El ki-rin cogió entre los dientes la soga que ataba a los kuo-toas y se alejó de la grieta.

Bas-Ohn Koraf inhaló una gran bocanada de agua salada y penetró en la cueva. Fritzen y Tailonna lo siguieron, pero Ilyatha se detuvo fuera un momento. El umbra temía la luz intensa y tardó unos instantes en comprender que el fulgor del fuego no le dañaría ni le cegaría. Las llamas subían y bajaban por las paredes como una crepitante hoguera de campamento, creando fantasmales sombras por doquier. De vez en cuando, la estrechez del pasadizo obligaba a Kof a avanzar de lado, y más de una vez el minotauro se raspó la espalda contra un saliente. El túnel era muy largo, tanto que Kof estaba seguro de que debían de estar a punto de salir al otro lado de la cresta, pero entonces empezaron a descender y el camino se dividió en dos.

El minotauro olisqueó, pero descubrió que su agudo olfato era inútil bajo las olas. Las llamas bailaban en ambos pasillos, pero no proporcionaban pistas acerca del camino correcto a seguir. Kof extendió su lanza y dio un paso hacia el túnel de la izquierda antes de mirar hacia atrás para indicarle a Fritzen con un gesto que cogiera el de la derecha. El semiogro asintió con la cabeza, y Tailonna lo siguió, dejando al Ilyatha para que siguiera a Kof. El minotauro sólo había avanzado unos cuantos pasos cuando sus pezuñas aplastaron algo quebradizo, y al agacharse descubrió un montón de huesos que en el pasado habían sido un pez, tal vez una barracuda, pensó. La luz del fuego relucía sobre la blanca superficie de las esquirlas. Kof sintió un escalofrío y continuó su camino; al poco tiempo soltó un gruñido que le hizo expeler un torrente de burbujas al ver que el pasadizo se dividía de nuevo. El minotauro avanzó hacia la derecha, donde el suelo descendía bruscamente en espiral y tuvo que agarrarse a las paredes para no caer. Echó un vistazo hacia atrás y, al ver que Ilyatha se dirigía al túnel de la izquierda agitó su peludo brazo y estuvo a punto de perder el equilibrio intentando captar la atención del telépata. Ilyatha miró al minotauro con gesto interrogante.

No nos separaremos de nuevo, se concentró Kof, con la esperanza de que Ilyatha captara sus pensamientos.

Muy bien, contestó el umbra. *Haré saber a los otros que deben seguir juntos*.

En el otro pasillo, Fritzen y Tailonna también se habían topado con un giro

brusco, uno con una apertura que les hizo caer flotando unos quince metros. Desde ahí continuaba el túnel hacia abajo en espiral. El semiogro se llevó las manos a la cabeza, soltando la red y la lanza. La presión a esta profundidad empezaba a ser dolorosa y se preguntó cuánto habrían avanzado y cuánto más les duraría el elixir. Metió una mano en el saquillo del cinturón para asegurarse de que seguía intacto el otro frasco. Tailonna tocó suavemente el hombro del semiogro y lo adelantó; estaban en el territorio de la elfa de mar y Fritzen, recogiendo sus pertenencias, la dejó pasar.

Casi una hora más tarde, Tailonna y Fritzen se encontraron ante una sima, y al mirar al otro lado vieron a Kof y a Ilyatha. El fuego mágico se detenía al borde del abismo, que descendía como un embudo hacia una oscuridad sobrenatural. El minotauro dio un codazo al umbra, frunciendo el entrecejo mientras intentaba enviarle un mensaje.

Estoy de acuerdo con Kof, comunicó Ilyatha a través del abismo, con palabras que sonaron con fuerza en el interior de la cabeza del semiogro. *Creo que el morkoth está abajo, y que es él quien evita que el fuego se extienda hacia allí.* Dicho eso, el umbra saltó de la cornisa y se dejó caer a la oscuridad del pozo.

Kof tragó con fuerza y se unió a él, adelantando enseguida a Ilyatha ya que su gran peso hacía que se sumergiera más rápido. La oscuridad se los había tragado por completo cuando Fritzen y Tailonna se unieron a ellos en la bajada.

Tras un tiempo que al cuarteto le parecieron horas, el grupo apareció en una gran caverna sombría. Aquí la presión era mucho mayor, lo que indicaba que estaban a gran distancia de la superficie del mar. Sólo podían ver unos metros en la oscuridad e Ilyatha dio instrucciones de que se mantuvieran unidos para no perderse. El umbra pensaba que en solitario serían presa fácil para el morkoth. Kof agitaba ante él su lanza y avanzó hasta alcanzar una pared rocosa.

Como exploradores de cuevas, el grupo recorrió el perímetro de la caverna y halló seis entradas, todas tan estrechas que les resultaría difícil penetrar en su interior.

Una para cada uno y sobran dos, pensó Ilyatha. *Debemos escoger una y damos prisa; el elixir.*

Kof asintió con la cabeza, y a pesar del aviso de Ilyatha decidió que cada uno entrara en un pasillo y que se mantendrían ligeramente unidos mediante la mente telepática del umbra. Indicó a Ilyatha que tomara el pasillo más cercano, y Fritzen el siguiente. El minotauro hizo caso omiso de los dos siguientes al ver que la pendiente era demasiado pronunciada. Después señaló para que Tailonna cogiera el siguiente y él se adentró por el último. Todos penetraron con un arma en una mano y rozando la pared con la otra para tantear el camino.

Y todos perdieron el equilibrio al desaparecer del suelo bajo sus pies y cayeron más y más hondo, deslizándose por pasadizos rocosos que giraban y giraban.

De nuevo los cuatro aparecieron en una caverna sombría al converger los cuatro

túneles en el mismo lugar. Kof gruñó, emitiendo un largo hilillo de burbujas y luego indicó a los otros que se quedaran juntos mientras él recorría el perímetro de la cámara, tocando los salientes y entrantes de la pared con las manos. Cuando regresó con ellos sus ojos ardían de ira e Ilyatha frunció el entrecejo al penetrar en la mente del minotauro para descubrir lo que estaba pensando.

Kof dice que ésta es la misma cámara que dejamos hace unos minutos. Hay seis entradas, y cree que son las mismas por las que bajamos antes, pensó Ilyatha, enviando el mensaje a todos. Creo que nunca hemos salido de esta estancia y creo que es una ilusión y que nos están manipulando. No sé dónde nos hallamos pero... Antes de que el umbra pudiera continuar disminuyó ligeramente la oscuridad de la caverna, como si alguien estuviera encendiendo lentamente un fanal, y vieron que las paredes de roca estaban incrustadas de gemas. Encima de ellos, muy arriba, los bordes de la caverna estaban iluminados por el fuego mágico del ki-rin. Las llamas siguieron bailando alegremente, apuntando hacia una forma negra que descendía hacia el suelo de la caverna. La masa oscura se detuvo a mitad de camino del fondo, flotando sobre ellos.

¡El morkoth! Les comunicó a todos Ilyatha. *Ha estado jugando con nosotros.*

De la cintura para arriba, la horripilante criatura parecía una serpiente marina, aunque tenía una aleta dorsal con pinchos que llegaba hasta la cresta de su ancha cabeza, parecida a la de un pez. Las cuatro extremidades delgadas, que salían de sus costados escamosos como los brazos de una langosta, acababan en unas pinzas que se abrían y cerraban de forma casi rítmica, con un sonido de castañeteo. Los ojos del morkoth estaban en la parte delantera de su cara, como en los humanos, pero a diferencia de éstos eran oscuras esferas con puntitos rojos en el centro. La criatura no tenía orejas, al menos visibles, y su boca parecía el pico de un calamar. Lo abría y cerraba repetidamente con un sonido seco que reverberaba a través del agua y ponía nervioso al cuarteto que tenía debajo. Entonces el morkoth sacó una larga lengua rosa, que parecía una lombriz marina anillada, y la agitó en el agua.

La parte inferior del cuerpo de la bestia era como un pulpo, con tentáculos recubiertos de ventosas que se retorcían sin parar. El morkoth era algo más grande que Kof, y era negro como la noche, con algunas escamas plateadas luminiscentes repartidas de forma irregular por su superficie. Al acercarse a ellos, descendiendo ligeramente por el agua, siguió castañeteando el pico y agitando los brazos con pinzas, y sus tentáculos ondularon de forma casi hipnótica, dibujando formas en el agua con minúsculas burbujas de aire. Ilyatha y Tailonna se quedaron inmóviles, mirando fijamente a la criatura. Las lanzas que tenían en las manos cayeron al suelo mientras seguían con la vista los extraños dibujos.

Reaccionad, se concentró Kof, rezando para que el umbra y la elfa marina detectaran sus pensamientos. *¡Pensad! Os está hipnotizando. ¡Despertad!* Pero nadie

respondió a sus demandas. Sólo Fritzen y él parecían inmunes a las ondulaciones del morkoth. El minotauro gruñó y se colocó delante de Ilyatha y Tailonna con su lanza alzada. Intentó herir a la bestia, pero los tentáculos de la criatura estaban fuera de su alcance. Se siguió retorciendo y Kof notó que se mareaba, por lo que cerró los ojos para borrar los dibujos de su mente y continuó asestando golpes con la lanza.

Tras él, Fritzen se acercó a la elfa de mar. El semiogro sujetó su lanza y la red debajo del brazo y la zarandé con vigor. A su lado, el umbra pareció recobrase y, durante un momento, el rostro sombrío del semiogro mostró alivio. Ilyatha desenvainó dos dagas gemelas y cuando parecía que iba a saltar sobre el morkoth, se giró hacia Fritzen y se abalanzó sobre él. El semiogro soltó a Tailonna y se echó al suelo, sorprendido al ver a Ilyatha nadar con las dagas trazando arcos justo donde había estado él antes. El umbra se giró y lo miró de hito en hito con unos extraños ojos que tenían puntitos blancos girando en su interior.

«¡El morkoth!», maldijo Fritzen. Primero se había apoderado de la elfa de mar, y ahora el peligro era doble. Rodó hacia un lado, haciendo caer al suelo a Tailonna, se agachó y se impulsó con los fuertes músculos de sus piernas. El semiogro nadó rápido por el agua con el umbra pisándole los talones. Pasaron al lado del morkoth, que seguía retorciéndose y creando más dibujos con las burbujas. Al mirar hacia allí Fritzen sintió un fuerte mareo, pero luchó contra él y se concentró en Ilyatha, que se le acercaba.

Ilyatha sonrió con maldad al acercarse al semiogro. Aunque Fritzen era un excelente acróbata, su destreza era mucho menor bajo el agua y el umbra maniobraba con mucha mayor facilidad. Fritzen sabía que tendría que recurrir a su fuerza. Ilyatha pataleó fuerte con las piernas hacia Fritzen, y el semiogro maniobró para mantenerse quieto y enfrentarse a él. Cuando lo tuvo a su alcance, le agarró ambas muñecas para mantener alejadas las dagas. Por el rabillo del ojo Fritzen vio cómo Tailonna se movía, se incorporaba con dificultad y miraba hacia arriba, a Fritzen e Ilyatha, antes de echar un rápido vistazo al morkoth. El semiogro dio gracias a los dioses de que no hubiera puntitos blancos en los ojos de la elfa.

Tailonna alzó las manos y agitó los dedos mientras movía la boca para hacer un conjuro. Cogió una de las redecillas de su cabello y, cuidando de no mirar directamente a los tentáculos del morkoth, se concentró en un punto del torso de la bestia. Al terminar el conjuro, la red salió despedida por el agua hacia la bestia; pero se detuvo a pocos centímetros del grotesco cuerpo del animal, flotando durante un instante. Entonces la telaraña encantada retrocedió a la misma velocidad y envolvió a Tailonna con fuerza haciendo que el conjuro se volviera contra ella misma.

Fritzen maldijo entre dientes. La elfa de mar había sido su mejor baza. El umbra se revolvía entre sus manos con todas sus fuerzas, y el semiogro apretó hasta que vio un gesto de dolor en el rostro de Ilyatha. Dando una patada al agua, Fritzen lanzó al

umbra bruscamente contra la pared de la caverna. El semiogro estaba intentando aturdir a Ilyatha, pero el guerrero umbra era testarudo y se resistió con fuerza.

Debajo de ellos, el morkoth descendía lentamente hacia Kof. El minotauro seguía agitando a ciegas su lanza ante él, temeroso de abrir los ojos y ser hechizado por los movimientos de la vil bestia. A través de la telaraña, Tailonna vio al morkoth colocarse a la espalda de Kof.

—¡Está detrás de ti! —gritó la elfa. El sonido de su voz apenas atravesó el agua pero llegó a los agudos oídos de Kof—. Ha dejado de retorcerse. Puedes abrir los ojos.

Su aviso casi llegó demasiado tarde. Uno de los tentáculos del morkoth serpenteó hacia la nuca del minotauro, pero Kof se giró y abrió los ojos a tiempo de verlo, se agachó y le asestó una estocada con la lanza, clavando la punta en el elástico tentáculo. El agua se tiñó de sangre negra. Kof sabía que Attat quería la bestia intacta, pero ante la ineficacia de las redes de la elfa marina no había otra elección que enfrentarse a él o morir; o enfrentarse a él y morir. Tiró de la lanza, pero su punta con púas había atravesado el tentáculo y estaba atascada. Gruñendo, soltó la empuñadura y agarró otro tentáculo para acercarse al cuerpo de la criatura.

El morkoth soltó un chillido que atravesó el agua e hizo lagrimear al minotauro. Koraf sintió un insoportable dolor de cabeza, pero sabía que si soltaba a la bestia moriría. Apretó los dientes e intensificó la lucha por llegar hasta el cuerpo. Los otros tentáculos de la bestia se aferraron a las piernas del minotauro, inmovilizándolo. Como respuesta, Koraf clavó las uñas en el tentáculo que agarraba, haciendo brotar más sangre.

La bestia empezó de nuevo a retorcerse para desembarazarse del persistente minotauro. Sus brazos con pinzas castañetearon de forma amenazadora y se giró para intentar morder a Kof con el pico. El minotauro aprovechó la maniobra del morkoth y soltó el tentáculo para agarrarse a su cabeza de pez. El morkoth consiguió morder el hombro del minotauro, haciéndolo estremecerse de dolor.

Más arriba, Fritzen seguía luchando con su hipnotizado atacante, golpeando de forma repetida a Ilyatha contra la pared de la caverna hasta que finalmente el umbra perdió el sentido. El semiogro notó que el telépata seguía respirando y bajó agradecido el flácido cuerpo hasta el suelo, donde Tailonna seguía luchando con su telaraña. Luego nadó hacia donde se encontraban el morkoth y Koraf.

El minotauro clavó los dedos en la cara del morkoth, arrastrando las uñas por la piel y las escamas, haciendo chillar a la bestia. Los tentáculos se retorcieron frenéticamente y se aferraron a la cintura de Kof, donde apretaron con fuerza, intentando vaciar los pulmones del minotauro. Koraf sintió que el mundo se oscurecía, pero clavó de nuevo las uñas, esta vez en el cuello del morkoth, zarandeando a la bestia mientras inhalaba agua.

Fritzen agarró uno de los tentáculos que sujetaban al minotauro y tiró con fuerza. Aunque no pudo soltar el tentáculo, sí consiguió aflojarlo lo suficiente para que Kof pudiera respirar. El minotauro hizo acopio de fuera y apretó con mayor intensidad el cuello del morkoth, en un intento de asfixiarlo. Fritzen consiguió meter la mano entre el tentáculo y la cintura de Kof, empujó con fuerza y logró introducir el antebrazo entre el tentáculo y el minotauro. Tras unos instantes eternos, el morkoth se debilitó, y los tentáculos lo soltaron. Kof, el morkoth y Fritzen flotando hasta el suelo de la caverna todos unidos en un montón. El morkoth estaba inmóvil y, por un momento, el semiogro temió que estuviera muerto.

—No, todavía está vivo —dijo Tailonna, que había conseguido liberarse finalmente de la telaraña—. Aunque Kof ha estado a punto de matarlo, y aún puede morir si no lo llevamos al barco y cuidamos de sus heridas. Aunque no estoy segura de poder crear una poción para curarlo.

Fritzen se estremeció ante la idea de ayudar a una criatura tan malvada. «Quizá Lendle lo pueda curar», pensó. El gnomo parecía capaz de hacer maravillas.

Kof dio un suave codazo al semiogro y asintió con la cabeza en señal de agradecimiento. El mordisco que tenía en el hombro era profundo, pero pequeño. Lo apretó suavemente con los dedos. El minotauro hizo una mueca de dolor, pero intentó olvidar su sufrimiento. Había recibido heridas mucho peores en el circo de Lacynes. Satisfecho, se acercó al umbra, que estaba recobrando el sentido. Kof se agachó, recogió las dagas de Ilyatha y luego miró las paredes de la caverna. Se volvió hacia su compañero, concentrándose, y estableció contacto con los pensamientos del umbra.

Sacad de aquí al morkoth y pedirle al ki-rin que os ayude. Yo voy a quedarme unos minutos para recoger algunas de estas gemas, le comunicó el minotauro. Ilyatha intentó protestar, pero una mirada severa de Kof le cortó en seco. *Si el morkoth muere, o Attat se echa atrás en el trato, puede que Maquesta necesite algo de valor para negociar por su padre y el Perechon.*

Ilyatha expuso a los otros el plan de Kof. Tailonna entregó al minotauro la bolsa que llevaba a la cintura, luego ayudó a Ilyatha a incorporarse y ambos bucearon hacia el exterior de la caverna. Fritzen envolvió al morkoth en la red, puso una mano en el hombro de Kof y asintió. Luego tomó impulso y se alejó nadando, arrastrando a su presa herida.

Una vez solo, Koraf emprendió su trabajo de desprender esmeraldas, diamantes y rubíes de las paredes de la guarida del morkoth, y meterlas a puñados en sus bolsillos y la bolsa de Tailonna. Escogió sólo las gemas mayores, las que mejor captaban la luz del fuego mágico de encima de su cabeza. Al cabo de un rato, cuando ya no podía llevar más y estaba seguro de haber reunido una fortuna, empezó a sentirse mareado. Pensó que tal vez había estado reuniendo el tesoro durante varias horas. Manoseó el

saquillo que tenía en la cintura, sacó su segundo frasco de poción y se lo bebió.

Después encontró el camino de salida.

El ki-rin ya había llevado el morkoth al barco y regresó a buscar a Bas-Ohn Koraf. El minotauro, cargado con su tesoro reluciente, aceptó agradecido la invitación de Belwar y se subió a su lomo. En menos de una hora llegaron a la cubierta del *Perechon*.

La fiebre de Maquesta había desaparecido. La joven estaba en la proa, a babor, charlando animadamente con Fritzen, que seguía empapado, y Tailonna, que se había envuelto en una manta. La capitana llevaba un fino vendaje blanco en la pierna y se apoyaba en una lanza, pero al parecer se encontraba mucho mejor.

Ilyatha se hallaba cerca de ellos, dirigiéndose en su jerga al rey kuo-toa, que estaba atado de pies y manos. Los otros kuo-toas estaban reunidos en cubierta, contra la batayola, mientras la tripulación del *Perechon* los vigilaba armada con lanzas y arpones. Cuando el ki-rin se posó, detrás de Maquesta, la joven se giró y sonrió abiertamente a Belwar y al minotauro.

—Belwar, gracias por devolverme a mi primer oficial. Lendle vigila al morkoth. Hemos metido a la bestia en la jaula que nos dio Attat, que hemos fijado a la popa del barco, lo justo debajo del agua para que el bicho no se muera. Lendle cree que puede salvarlo; ha estado echando hierbas al agua a su alrededor. Pero tendremos que vigilarlo de cerca para que no utilice ninguno de sus sucios trucos. Creo que todo va a salir bien —dijo la capitana—. Y conseguiremos recuperar a mi padre y al *Perechon*.

—Espero que todo te vaya bien, Maquesta —dijo el ki-rin, asintiendo, pero con ojos tristes—. Debo partir ahora, aunque volveré si me necesitas.

El minotauro toqueteó las gemas que tenía en los bolsillos, dejando que sus dedos recorrieran su fina superficie. Luego dio unos golpecitos en la bolsa de Tailonna que colgaba a su costado.

—Tengo una garantía, capitán —dijo Kof cuando estuvo seguro de que la tripulación estaba ocupada y no les escuchaba. Sacó una gran esmeralda y se la enseñó—. Hay más. Suficiente para comprar varios barcos, quizás incluso para comprar todos los barcos de Lacynes y pagar tripulaciones completas.

El minotauro le entregó la bolsa de Tailonna y caminó con Maquesta hasta su camarote, donde sacó las gemas de sus bolsillos y las extendió por la mesa. Los ojos de Maq se iluminaron. Era más riqueza de la que ella había visto en toda su vida, tanta como había en la cueva del mercader de Marina.

—Espero que no las necesitemos para negociar con Attat —dijo la joven—. Se me ocurren cosas mejores que hacer con ellas, incluyendo pagar a una tripulación que lleva trabajando sin compensación durante demasiado tiempo.

Maquesta escondió el tesoro bajo su cama, y luego Kof y ella regresaron a cubierta. Tailonna corrió hacia la pareja con la petición de que ejecutaran al resto de

los kuo-toas.

—Matamos a más de la mitad de la colonia cuando anoche atacaron el barco —discutió Maquesta—. Creo que ésa es una pérdida muy importante, de la que tardarán en recuperarse. Matar a los enemigos cautivos es una carnicería cruel.

—Su número ya no representa una amenaza para mi gente —dijo la elfa marina asintiendo convencida con la cabeza—. Si nos atacaran ahora, podríamos enfrentarnos a ellos. Ahora somos más fuertes que ellos.

Dicho eso, Maquesta le hizo un ademán a Ilyatha, el cual cortó las sogas que ataban al rey y le ordenó que saltara por la borda. La tripulación exhortó al resto de los kuo-toas a que saltaran detrás de él.

—Los hijos de rey siguen retenidos en la bodega —dijo Maq a Tailonna—. Cuando estemos lejos de aquí los soltaremos, ya que el rey nos ha asegurado que no nos atacará si sus hijos no sufren daño alguno. Ahora navegaremos hacia aguas más profundas, donde daremos el último adiós a nuestros muertos, y después volveremos al palacio de Attat.

El regreso

—No tienes por qué seguir más tiempo con nosotros —le dijo Maq a Tailonna—. Podemos llevarte hasta el cabo del Confín. No está lejos, y tiene un puerto profundo en el que podemos penetrar. No nos retrasaría más de una hora, dos a lo sumo.

Las mujeres se encontraban cerca de la proa del barco, contemplando el cielo del amanecer y la mar encrespada. Las velas estaban hinchadas de aire y crujían con cada ráfaga, y el barco subía una tras otra ola, cabeceando y empapando de espuma a Maq y a Tailonna. A pesar del fuerte viento, no avanzaban con la rapidez necesaria. Arrastrar la jaula con el morkoth estaba retrasando de forma considerable su progreso.

La elfa de mar se volvió hacia Maquesta con el inicio de una sonrisa en sus finos labios.

—Sé que podría marcharme —dijo con voz queda—. Con la captura del morkoth concluyen mis obligaciones, pero... —Tailonna se detuvo y miró hacia el cielo despejado—. Tengo que saber cómo acaba todo esto, Maquesta. He llegado hasta aquí, y quiero llegar hasta el final. Además, no puedes permitirte perder una o dos horas.

—¿Y después de eso? —preguntó la capitana.

—Éste es un buen barco, y me consta que eres una capitana excelente, además de contar con una tripulación muy capaz, pero si sigues navegando por estas aguas vas a necesitar a alguien que sepa un poco de magia —dijo la elfa, guiñándole un ojo a Maq—. Quizá me quede. Durante un tiempo, al menos.

—Creo que eso le gustaría a la tripulación —contestó Maq, aunque no estaba segura de si le gustaba la presencia a bordo de la elfa de mar.

—Debo cazar algunos peces para el morkoth —añadió Tailonna—. Mi gente me dijo que la bestia sólo come animales vivos, y creo que quieres que se entregue el morkoth sano y salvo a lord Attat, así que, con tu permiso... —La elfa de mar apuntó hacia la batayola.

Maquesta asintió con la cabeza, desacostumbrada a que Tailonna le pidiera permiso para hacer algo. Entonces Maq se volvió y caminó por el lado de babor del barco. Oyó tras ella un chapoteo que indicaba que la elfa de mar se había lanzado al agua. Maquesta deseó que Tailonna atrapara muchos peces ya que les vendría bien a ella y a la tripulación cenar algo de pescado fresco.

Maq pasó al lado de Kof, quien obviamente estaba disfrutando de su turno al timón, y se preguntó qué estaría pensando el minotauro. Iban de regreso hacia Lacynes, donde volvería a ser propiedad de lord Attat. Ella quería hablar de ese tema con él más tarde, ya que había estado pensando en comprar sus servicios a Attat de forma definitiva. La capitana lo saludó con la mano al pasar por su lado y el minotauro asintió como respuesta.

Su pierna ya había sanado, gracias al ungüento mágico de la elfa y a las hierbas de Lendle, aunque seguía estando un poco rígida. Se había prometido caminar todo lo posible —órdenes del gnomo— para ir recuperando movilidad. Durante un momento sopesó la posibilidad de ir bajo cubierta a buscar a Fritzen. Disfrutaba de la compañía del semiogro y le gustaría volver a oír la historia de la captura del morkoth y los sinuosos pasadizos de su guarida, pero cambió de idea. El semiogro estaba con varios de los miembros de la tripulación, descansando, con suerte durmiendo. Sería su turno cuando llegara la noche. Con el retraso originado por la jaula, y navegando más lento de lo esperado, el *Perechon* debía seguir avanzando, por muy grandes que fueran los peligros de navegar por el Mar Sangriento durante la noche. Ya no habría paradas, e Ilyatha usarla la flauta de la danza del viento cada atardecer hasta que se agotara su magia.

Maq observó a Lendle, que estaba inclinado sobre la batayola cerca de la jaula del morkoth, y decidió charlar con él durante un rato. Quería agradecerle al gnomo su ayuda para curarle la pierna. No había tenido ocasión de darle las gracias antes, preocupada como estaba por el barco e intranquila por el morkoth. Resumiendo, que no había apreciado debidamente la labor del gnomo, y ésa era una situación con la que iba a acabar en ese mismo instante.

—Eressindudalacriaturamásfeaquehevistoentodamivida —farfulló Lendle al morkoth. El gnomo estaba asomado por encima de la batayola todo lo que le permitía su corta estatura, escudriñando a la bestia y hablándole en voz alta. Estaba claro que Lendle quería que se le oyera por encima del ruido del viento y de las olas. Aunque la criatura permanecía sumergida, tenía la cabeza fuera del agua y miraba con interés al gnomo. Lendle observó cómo el animal abría y cerraba el pico y entrecerraba los ojos con puntitos rojos. El gnomo trató de imitar al morkoth, pero desistió finalmente y agitó los dedos rechonchos como si regañara a un niño.

—Sé bueno conmigo —espetó—. Yotehemantenidovivoconmishierbas.

—Más espacio, por favor —dijo Maq al llegar a su lado. Le rascó cariñosamente la cabeza—. Si yo a duras penas te entiendo, es poco probable que el morkoth pueda entender una sola palabra.

—¿Tú crees? —preguntó sorprendido Lendle.

—Sí, eso creo —contestó la capitana.

—En realidad no estaba hablando con él —dijo Lendle, frotándose la punta de su

amplia nariz. Intentó hablar más lento para que Maq le entendiera—. ¿Es feo, verdad?

—Sí —contestó Maq.

—Parece como si lo hubieran hecho juntando fragmentos de otros animales. Parte pulpo, parte barracuda, un toque de calamar y quizá también algo de serpiente de mar o de anguila. Sería un cebo excelente para pescar peces realmente grandes. Es una pena que tengamos que deshacernos de él.

—Si tú lo dices —acotó Maq.

—¿Sabes una cosa, Maquesta Nar-Thon? Yo podría crear un artilugio similar a sus tentáculos, pero rectos, y, por supuesto, los haría más anchos y planos, como remos —comenzó a divagar Lendle—. Los fabricaría en acero o madera dura. Eso sería lo mejor, porque no interesaría que se retorcieran, como hacen sus tentáculos. Tendrían que ser resistentes, e impermeables también. Los colocaría equidistantes, como las extremidades de una estrella de mar o los radios de una rueda, y entonces los conectaría a un barril, que reemplazaría la parte recta de su cuerpo, ¿ves? Si pudiera fijarlos a un torno, o a algo que los hiciera rotar, apuesto a que podría conectarlo a la popa del *Perechon*. Entonces giraría la manivela para darle cuerda, como al juguete de un niño, y nos ayudaría a avanzar más rápido. Iríamos mucho más deprisa.

—Tiene posibilidades —comentó Maq, sonriendo levemente a Lendle—, pero ¿por qué no te vas abajo y trabajas en tu máquina de remar? Ese artilugio ya está construido; sólo tienes que conseguir que funcione bien. La jaula del morkoth retrasa nuestra marcha, y no podemos llevar a la criatura de ninguna otra forma, pues si lo sacásemos del agua, moriría.

—¡Mi máquina de remar! —gritó el gnomo con gran alegría—. ¡Claro que podrías ir mucho más deprisa, Maquesta Nar-Thon, si consigo que funcione mi máquina!

—Exacto —comentó Maq.

—Me pongo en ello ahora mismo —se ofreció Lendle.

—Maravillosa idea —sentenció la capitana.

—Y haré la comida mientras tanto. —El gnomo se alejó de la batayola y se dirigió hacia la escalera de bajada. Entonces se detuvo, se rascó la cabeza, y se volvió hacia Maquesta—. ¿Qué preparo para el morkoth? ¿Crees que le gustaría mi sopa de alubias pintas? ¿Y los molletes de harina de avena? ¿Arenques salados?

—No te preocupes por el morkoth, Lendle. Tailonna ha ido a pescar algunos peces para él. Dice que los morkoths sólo comen presas vivas, y yo que tú tendría cuidado de no acercarme tanto a la jaula. Esos tentáculos son largos, y odiaría tener que contarle a la tripulación que eso se había comido al cocinero.

El gnomo giró sobre sus talones y siguió su camino.

—Ah, Lendle —llamó Maq. El gnomo se detuvo de nuevo y hacia atrás—. Gracias por curarme la pierna y el brazo. Y por ocuparte del resto de la tripulación. Sin ti, estaríamos todos en la enfermería.

—No fue nada —dijo sonriente el gnomo agitando la mano para quitarse importancia—. Además, me ayudaron Tailonna e Ilyatha. —Luego, desapareció bajo cubierta.

Maquesta miró fijamente al morkoth a través del agua. La bestia flotaba plácidamente dentro de la jaula, mirándola de vez en cuando. Cuando la joven extendió la mano para tocar los barrotes de la parte superior advirtió que los puntitos rojos de los ojos del morkoth cobraban mayor intensidad y brillo y que sus tentáculos se movían a mayor velocidad. Luego, retiró la mano y la bestia pareció de nuevo dócil. Maq dudaba de que la criatura estuviera sometida y sospechaba que simplemente esperaba el momento oportuno, a que se le presentara la ocasión si alguien se arribaba demasiado. Decidió avisar a la tripulación para que no se acercasen. No podía permitirse el lujo de perder más marineros, ni al morkoth.

Le correspondió a Tailonna alimentar cada día al morkoth. La elfa cazaba los peces, luego los llevaba a la jaula y los metía a través de los barrotes, con cuidado de no acercarse demasiado los dedos al pico de la bestia. El animal parecía cada día más fuerte y, aunque los barrotes de la jaula eran sólidos y el cerrojo era fuerte y se hallaba fuera del alcance del morkoth, la elfa estaba preocupada por la presencia de la bestia.

—¿Crees que tendremos algún problema para conseguir llevar al morkoth hasta el palacio de lord Attat? —preguntó la elfa cuando Maquesta y Fritzen se acercaron a ver cómo le daba de comer.

—Ningún problema en absoluto —contestó Maq—. Tengo intención de hacer que el jefe minotauro venga a buscarlo.

Los tres rieron con ganas durante varios minutos y luego Maquesta se dirigió al castillo de popa. Fritzen la siguió.

—Cuando lleguemos a Lacynes... —comenzó el semiogro.

—Si llegamos a tiempo —lo interrumpió Maq—. La jaula nos está frenando, a pesar de la flauta mágica. Es un imprevisto que me preocupa. No había contado con la resistencia de la jaula.

—Llegaremos a tiempo —afirmó el semiogro—. Y cuando lleguemos, ¿qué vas a hacer, Maquesta? —La joven lo miró con gesto interrogante—. Ahora ya has probado lo que es ser capitana. No te imagino haciendo ninguna otra cosa.

Maq tuvo que admitir que sentía una gran satisfacción por el respeto que le demostraba la tripulación del *Perechon*. Ya nadie la trataba como si fuera la mascota del barco o como alguien que debía recibir un trato especial por ser la hija del capitán. Era la capitana del *Perechon*, por lo menos durante una semana más, y todos

los de a bordo la reconocían como tal. Una o dos veces se le había ocurrido pensar cómo se sentiría cuando Melas fuera de nuevo el capitán, y ella tuviera que volver a cumplir órdenes. Pero desechó rápidamente esos pensamientos como la mayor deslealtad posible.

—Mi padre es el capitán del *Perechon* —afirmó Maq—. Es así de sencillo.

—Kof trajo los bolsillos llenos de gemas, suficientes como para comprar tu propio barco —comentó Fritzen—, y mucho más.

—Lo sé —dijo Maq con la cabeza gacha—. He estado pensando en ello. Quiero ofrecerle algunas de las gemas a Attat a cambio de Kof. Él merece su libertad, y es poco probable que Attat lo deje marchar, aunque sólo sea por rencor. Pero si Attat aceptara hacer un trato, seguirían quedando gemas suficientes para pagarle a esta tripulación el sueldo de un año y comprar una embarcación de dos palos totalmente equipada. Odiaría tener que dejar a mi padre; pero, a pesar de todo, esto de estar al mando me gusta.

—Ya se nota —dijo Fritz sonriendo.

—Tendría que conseguir una tripulación —dijo Maq, soñando.

—Bueno, para empezar, tendrías a Kof, si consigues convencer a Attat —dijo Fritzen—. Y me tienes a mí.

Maquesta alzó los ojos para mirarlo y Fritzen la estrechó entre sus brazos. El semiogro la besó, y aunque ella disfrutó de su abrazo, luego se apartó, confusa, y preocupada de que alguien los hubiera visco.

—Yo... tengo que coger el timón —tartamudeó la joven—. Es mi turno.

—Te relevaré dentro de unas horas —se ofreció él, con una amplia sonrisa.

Maquesta asintió, y retrocedió unos pasos al darse cuenta de que se estaba ruborizando. Al volverse y subir saltando las escaleras, permitió que una amplia sonrisa iluminara su cara.

Mientras Lendle se entretenía en la bodega trabajando en su máquina de remar, Ilyatha lo ayudó, disfrutando de la oscuridad del interior del barco y de la compañía del gnomo. El umbra le dijo al gnomo que el trabajo le ayudaba a no pensar en su hija, Sando, aunque de vez en cuando la mirada de Ilyatha se perdía en la distancia, como si se hallara en trance. Lendle sospechaba que estaba intentando contactar con su hija por telepatía. Finalmente las palabras del umbra confirmaron sus sospechas.

—Nos encontramos aún demasiado lejos como para que mi mente pueda contactar con la suya para asegurarle que volvemos a casa —dijo Ilyatha con pesar.

—Todavía faltan muchos días de viaje hasta Lacynes —intentó reconfortarlo Lendle—. Estará bien, ya lo verás.

El umbra hizo algunos pequeños ajustes aquí y allá a la estrafalaria máquina de remar, y luego miró de soslayo al gnomo.

—Pero ¿qué pasaría, amigo mío, si llegamos tarde? —preguntó con tristeza

Ilyatha—. Según Kof, Lacynes está a ocho días de navegación, y sólo quedan siete para que se cumpla el plazo fijado.

—Lo conseguiremos —afirmó lentamente el gnomo, que había cogido una caja repleta de varas, cilindros, abrazaderas, tuercas, tornos y poleas—. Maquesta Nar-Thon pensará en algo. Ella no permitirá que lleguemos tarde.

Belwar siguió vigilando el viaje del *Perechon*. De vez en cuando el magnífico ki-rin aparecía entre las nubes, planeaba sobre el barco y saludaba amistosamente a los marineros, y alguna vez les tiró barras de pan, quesos, sacos de naranjas y otros comestibles. A menudo la comida adoptaba la forma de aves míticas o peces de largas aletas, pues el ki-rin los creaba con su propia imaginación.

La gran criatura conversaba a menudo con la elfa de mar en estas visitas, aunque Maquesta a veces también era partícipe de sus sabias palabras.

—Percibo que la maldad crece —dijo el ki-rin en una de esas ocasiones especiales. Estaba empezando a ponerse el sol, y dejó claro que en esta visita sólo quería estar con Maquesta—. Atrapar al morkoth sólo ha detenido una gota de la ola de maldad que está cobrando fuerza en el Mar Sangriento.

—Te referiste ya a esa maldad con anterioridad, cuando te conocimos —dijo Maquesta, mirando los iridiscentes ojos de Belwar—. ¿Cómo puedes percibirlo? Y ¿sabes de qué maldad se trata?

—Es parte de mi naturaleza percibir el pulso del Bien y del Mal en este mundo. Además, también puedo sentirlo en otros planos que coexisten en paralelo con vuestro mundo —dijo el ki-rin, sacudiendo con tristeza la cabeza; su dorada crin brilló e hizo parpadear a Maq—. El Mal existe en cualquier mundo, pero cuando su fuerza aumenta, cuando esas malvadas intenciones se tornan más poderosas, se despierta en mí una gran zozobra. Ahora estoy intranquilo, y por eso sé que la maldad se está haciendo más tangible. —El ki-rin planeó sobre la cubierta y miró hacia el cielo—. Hay asuntos que he de resolver en otro plano, aunque no creo que me tengan apartado de aquí más de unos pocos días. Regresaré con vosotros cuando haya completado mis tareas. —Dicho eso, se elevó por el aire, refulgió, y se transformó en una nube translúcida y brillante que se disipó al viento.

El *Perechon* se acercaba a la región del Mar Sangriento conocida como la Copa de Sangre, lugar en el que había hundidos muchos barcos. Maquesta estaba de pie cerca del cabestrante, mirando por el catalejo. Empezaba a preocuparle realmente la posibilidad de no llegar a tiempo a Lacynes. La flauta había sido una bendición, pero estaban a cuatro días del puerto minotauro y el plazo se cumpliría en sólo tres.

—Ocurre algo extraño en el agua —dijo Tailonna al trepar por la borda.

Maquesta guardó el catalejo al ver aparecer a la elfa. La capitana ya se había acostumbrado a las frecuentes excursiones de la elfa para atrapar peces para el

morkoth, o simplemente para nadar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, reuniéndose con ella.

—No hay peces. Al menos nada que yo pueda pescar para darle a la bestia —contestó Tailonna. La elfa se sacudió, pero esta vez se alejó lo suficiente de la capitana como para no empaparla—. Vi un par de barracudas y un gran tiburón toro. Eso fue todo. Aunque peces de ese tamaño tienden a mantener alejados a los peces más pequeños, nadé tan lejos que tendría que haber visto por lo menos un banco de peces ángel o algunos peces abrazo cerca del fondo.

Maq miró hacia la cubierta de popa. Hvel charlaba con Kof, que estaba al timón. Maq se frotó la barbilla.

—Quizá la presencia del morkoth los ahuyente; a mí, desde luego, ese bicho me da escalofríos —comentó Maq—. Hasta ahora no había sido un problema para los peces pero, tal vez, como ahora está más fuerte... —La capitana dio algunos pasos hacia el centro de la cubierta e hizo un gesto con la mano para llamar la atención de Hvel—. ¡Echa un vistazo al morkoth y comprueba que todo va bien! —Hvel asintió con la cabeza, y Maq siguió conversando con Tailonna.

Aunque Maquesta pensaba que la elfa de mar era altanera y algo irritante, estaba empezando a tomarle afecto. La dimernesti había comenzado a ganarse el respeto de Maq. La había aleccionado sobre varias simas que había en el Mar Sangriento, cosas que Maq pensaba que ni siquiera su padre conocía. Tailonna le explicó también dónde se hallaban las ciudades de coral de los tritones y las zonas que frecuentaban otras razas marinas, y le contó que los tritones estaban a menudo más que dispuestos a comerciar con los habitantes de la superficie, aunque sabían regatear muy bien.

—Lejos, al oeste, se encuentra La Sima de Istar —comenzó Tailonna la narración acerca de otra de las características del fondo marino—. Allí el agua tiene una profundidad de más de noventa metros y a mitad de camino hay un remolino que gira sobre una antigua columna recubierta de runas.

Mientras escuchaba la historia, Maq echó un vistazo por encima del hombro de la elfa para observar a Hvel, y entrecerró los ojos para ver qué hacía. El marinero parecía muy ocupado con la cadena de la jaula, probablemente desprendiendo algunas algas que se hubieran quedado enganchadas. Hvel siguió un momento más afanándose y bregando con la jaula y entonces empezó a toquetear el mecanismo que la sujetaba a la cubierta.

—¡No! —gritó Maq al darse cuenta de lo que estaba haciendo el marinero. Dejó a la elfa de mar y corrió hacia la zona de popa del barco; sus sandalias golpearon con fuerza la madera pulida de la cubierta. Un sonido más suave indicó que la elfa, descalza, venía justo detrás de ella—. ¡Quietos Hvel! ¡Soltarás la jaula!

Hvel alzó la mirada y sonrió a su capitana que se acercaba. Asintiendo con la cabeza soltó la última abrazadera que sujetaba la jaula del morkoth a la parte

posterior del barco.

—¿Qué has hecho? —chilló Maq, al detenerse a su lado.

Hvel la miró sin verla, y la joven advirtió los puntitos rojos.

—El morkoth necesitaba estar libre —dijo el marinero, en una voz monocorde y sin entonación—. Pero no pude abrir la jaula. A fe mía que lo intenté. Así que solté la jaula. Pensé que tal vez el impacto contra el fondo del mar haga que se abra. Mi amigo el morkoth necesitaba estar libre. Él me lo dijo.

—¡Parad el barco! —bramó Maquesta con todas sus fuerzas.

De inmediato los marineros saltaron sobre la jarcia para arriar las velas.

—¡Largad el ancla! —ordenó a continuación Maq—. ¡Ahora!

—Sí, mi capitán —chilló Vartan desde el cabestrante, donde trabajaba frenéticamente para soltar el ancla.

Unos fuertes golpes contra la cubierta acompañaron a Koraf y a Fritzen en su cartería hacia la zona donde había estado fijada la jaula. Hvel les sonrió, sacó pecho y les explicó rápidamente el éxito que había tenido al liberar a su nuevo amigo. Furiosa, Maquesta le agarró de los hombros y lo zarandeó. Los puntitos rojos se desvanecieron, y Hvel, algo aturdido se quedó mirando al agua.

—¿Qué ha pasado con la jaula? —preguntó inocentemente el marinero—. ¿Por qué hemos parado? ¿Por qué me miráis así?

Maq no le hizo caso y se volvió hacia la dimernesti.

—Tailonna, ¿cuánto tardarías en preparar unas cuantas pociones para respirar en el agua? —preguntó Maq.

—No mucho tiempo —contestó la elfa de mar—. Pero creo que sólo me quedan ingredientes para una. —La elfa corrió hacia la armería, donde almacenaba sus hierbas.

—¡Hazlo rápido! —le gritó Maq mientras se alejaba—. Voy a ir a por la jaula. —Entonces se volvió hacia Koraf—. Lleva a Hvel bajo cubierta. Quiero que Lendle le eche un vistazo.

El minotauro se llevó a Hvel, que seguía desconcertado, lo que dejó solos frente al agua a Maq y a Fritzen.

—Déjame ir a buscar la jaula —ofreció el semiogro—, yo me he enfrentado antes al morkoth, en su propio terreno. Sé con qué me voy a enfrentar. Además, soy más fuerte que tú, y esa jaula es pesada.

—Ésta es mi misión —dijo Maq con firmeza sacudiendo la cabeza—. Tengo que hacerlo yo. —La joven tenía los hombros caídos—. Estábamos tan cerca. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

—Todavía no hemos perdido —dijo Fritz, que la abrazó desde detrás por la cintura—, pero tendrás que ceder esta vez. No hay manera de que tú puedas subir esa jaula.

—Tú tampoco —espetó la joven que se giró sobre sus talones para liberarse del abrazo—. Ni siquiera tú tienes tanta fuerza. Pero me vendría bien tu ayuda aquí arriba. Lendle tiene varios tornos y poleas en la bodega. Los he visto tirados cerca de su máquina de remar. Si consiguieseis instalar uno, anclado a la cubierta de popa, yo intentaría enganchar un par de cables a la jaula y podríamos izarla.

—¿Qué pasa si la jaula se ha abierto, Maquesta? —preguntó Fritzen, frotándose la barbilla mientras contemplaba el mar—. ¿Qué pasará si el morkoth ha escapado?

—Entonces habremos fracasado —dijo ella con voz queda—. Mi padre morirá e Ilyatha no volverá a ver a su hija; pero no permitiré que muera otro marinero en esta misión.

—¿Está libre la bestia? —preguntó Lendle, que se acercó deprisa y metió la cabeza entre la batayola—. Todo el mundo dice que la bestia se ha escapado.

—Una escapada temporal —dijo Tailonna al acercarse sujetando un frasco—. Hay suficiente para una poción, y ni siquiera está completa. Sospecho que ésta sólo durará unas pocas horas. —Maq se alejó de Fritz y cogió el frasco con mano temblorosa.

—Entonces, tendrá que ser suficiente —dijo la capitana al beberlo. Ingirió la mezcla de un solo trago, se aseguró de que su espada corta y su daga estaban bien cogidas en el cinturón, saltó por encima de la batayola como si fuera un potro y se sumergió en las encrespadas aguas.

—Voy con ella —dijo Tailonna mirando de soslayo a Fritzen y a Lendle. Acto seguido se zambulló también en el mar.

El gnomo se asomó por encima de la batayola para ver cómo desaparecían sus cuerpos a medida que se hundían en el mar.

—Estome está dándome muy mala espina —murmulló Lendle. El semiogro le dio unos golpecitos en el hombro, y el excitado gnomo estuvo a punto de caer también al mar.

—¿Tornos y poleas? —preguntó el semiogro.

El gnomo asintió y condujo a Fritzen hasta la bodega.

El agua se volvía más fría cuanto más profundo nadaba Maquesta. Tenía la túnica pegada a la piel, lo que dificultaba sus movimientos y después de bajar varios metros se quitó las sandalias y dejó que se alejaran flotando. Sintió cómo el agua entraba y salía por su nariz, llegando a los pulmones. Era una sensación extraña, pero la poción funcionaba, y a Maq le asombró estar respirando agua en vez de aire.

Bajo ella surgían extrañas formas oscuras: formaciones rocosas, un pequeño arrecife de coral, los restos de algún naufragio. Parpadeó repetidamente, pateó con más fuerza, y sus esfuerzos la llevaron aún más abajo. Apareció ante ella un barco hundido, y otro. La joven apretó los dientes al pensar que el morkoth había escogido el centro de la Copa de Sangre para intentar escapar. Se rumoreaba que esas aguas estaban repletas de todo tipo de vida submarina, atraída ahí por los cascos vacíos de

naves otrora orgullosas: carabelas, goletas, barcos de guerra y carracas. Los buceadores que venían a la Copa de Sangre para cosechar los tesoros ocultos en los restos rara vez tenían éxito. La mayoría sucumbía a los ataques de los tiburones toro.

Ahora, los tiburones eran la menor de las preocupaciones de Maquesta. De hecho, Maq no veía pez alguno. ¡Un momento! Había un inmenso tiburón toro. Nadaba perezosamente sobre el mayor de los barcos hundidos, probablemente en busca de alimento. Maq decidió que ésa era la explicación de la ausencia de peces más pequeños. Los tiburones comían cualquier cosa más pequeña que ellos.

Intentando mantenerse a una buena distancia del enorme tiburón, Maquesta flotó varios metros por encima del fondo del mar e intentó vislumbrar en la penumbra la jaula del morkoth. Lo único que pudo ver fue el cementerio de desafortunados barcos y las espirales rocosas que se elevaban entre ellos. La joven calculó dónde podría haber caído la jaula antes de que el *Perechon* se detuviera y empezó a nadar hacia adelante, rodeando los barcos con la sospecha de que probablemente la jaula había caído más allá de ellos. Con cada brazada rezaba para que la jaula siguiera intacta. Si el morkoth había conseguido escapar, podría haberse escondido en cualquiera de esos barcos carcomidos; o podría estar nadando para alejarse de allí tan rápido como sus tentáculos pudieran llevar su horrible cuerpo.

Cuando sus ojos semielfos empezaron a acostumbrarse a la falta de luz, Maquesta empezó a distinguir los detalles. La mayoría de los barcos llevaba décadas en el fondo. Los costados estaban repletos de percebes, lapas y algas que tapaban los nombres de los cascos. Los mástiles rotos apuntaban en varias direcciones, como si el fondo del mar fuese un gigantesco acerico. Trozos de vela en descomposición gualdrapeaban en algunos de los mástiles, semejando fantasmas que flotaran en el agua.

El *Pez Volador Dorado*, el *Tesoro del Mar Sangriento*, el *Sueño de Felicia* y el *Roland Roja* eran algunos de los nombres que pudo discernir entre los naufragios más recientes. Tal vez fuesen víctimas de los diablillos del Mar Sangriento, pensó, cuando su rumbo la llevó alrededor del cementerio hacia una ladera de coral que había más allá. Afortunadamente el morkoth no había hipnotizado a Hvel por la noche, cuando salían los diablillos, pensó la joven.

Algo rozó una de las piernas de Maquesta y ésta desenvainó su daga, giró en el agua y se detuvo justo antes de asestar una puñalada con el arma. Era Tailonna. La elfa de mar apuntó hacia la cresta de coral. Maquesta siguió la mirada de la dimernesti y descubrió la silueta de la jaula, justo al otro lado de una ladera, al entrecerrar los ojos Maq divisó que el morkoth seguía dentro. Pero lo estaban ayudando a escapar.

«¡No!», gritó la mente de Maquesta a la par que pataleaba con furia para acercarse a la ladera de coral. Un calamar, al parecer hipnotizado por el morkoth,

estaba trabajando en los barrotes, intentando separarlos con los tentáculos. El morkoth lo estaba ayudando, usando los suyos para hacer lo mismo.

Los ojos de Maquesta se abrieron de par en par al ver que los barrotes comenzaban a doblarse. La elfa marina pasó rápidamente a su lado abalanzándose contra el calamar y golpeando con fuerza el bulboso cuerpo del cefalópodo, empujándolo lejos y ensartándolo en una afilada punta de coral. Maquesta nadó tan rápido que le dolieron los pulmones del esfuerzo. Sujetó la daga entre los dientes y se lanzó hacia la jaula. Al tocar fondo en la ladera, al lado de la jaula, los afilados bordes del coral hirieron sus pies. Haciendo caso omiso del dolor, Maquesta sacó su espada corta, avanzó e insertó la hoja entre los barrotes para mantener a raya al morkoth. Después examinó los barrotes, que estaban combados hacia fuera. No había suficiente sitio para que pudiera pasar el morkoth, decidió, aunque más que suficiente para que pudiera sacar un tentáculo.

Maq miró hacia atrás y vio a Tailonna acabar con el calamar moribundo. Otro se acercaba lentamente a Maquesta y la jaula, y la elfa marina empezó a espantarlo como habría hecho con un perro callejero.

Maquesta miró al morkoth y luego dirigió la vista hacia arriba y al sur, donde podía distinguirse a duras penas la silueta del casco del *Perechon*. El tiburón toro nadaba debajo del barco, probablemente curioso.

«Vas a volver con nosotros —pensó mientras echaba una malévola mirada al morkoth—. No podrás volver a usar uno de tus trucos. A mí no me importa si los usas con lord Attat. Pero primero —añadió para sí misma—, tenemos que sacarte de esta jaula para que puedas nadar libre. No hay razón alguna para tenerte confinado en esta horrible jaula».

Los ojos de Maquesta tenían un punteado rojo, como si fueran espejos de los ojos del morkoth. La criatura flotaba dentro de la jaula y sus tentáculos formaban dibujos con burbujas en el agua oscura.

Maq observó las burbujas durante varios minutos y luego se impulsó y nadó hasta la parte superior de la jaula, allí la soldadura de las barras debía de ser más débil, decidió, mientras enganchaba las piernas entre los barrotes para apoyarse y empezar a trabajar en el metal con su daga. La punta de su arma se partió, pero el resto de la cuchilla seguía siendo fuerte.

Más rápido, urgió el morkoth.

Más rápido, repitió ella en silencio.

Maquesta estaba a punto de conseguir romper una de las soldaduras cuando sintió que caía hacia atrás, empujada por dos fuertes brazos. Tailonna había apartado a Maq de la jaula de un empujón y la hizo chocar contra la cresta de coral, un golpe seco que vació los pulmones de la capitana.

«No lo entiendes —le decían a Tailonna los ojos de Maq—. Mi amigo el morkoth

debe quedar en libertad».

Tailonna agarró la cabeza de Maquesta y acercó su cara a de la de la capitana.

—Escúchame —dijo Tailonna. El sonido burbujeante de su voz resultaba distorsionado por el agua—. La bestia te ha hipnotizado, al igual que hizo con Hvel. Igual que hizo con Ilyatha dentro del túnel de su guarida. ¡Lucha contra él!

Maq parpadeó e intentó concentrarse en las palabras y en los relucientes ojos verde azulados que tenía ante ella. Tailonna la zarandeó con fuerza.

—El morkoth —boqueó Maquesta—. El morkoth me ha adormecido. — Maquesta empujó contra la ladera para alejarse de la dimernesti en dirección a la jaula. Los puntitos rojos de sus ojos habían desaparecido y en su lugar sólo había ira. Golpeó con fuerza la parte superior de la jaula con la empuñadura de su daga para captar la atención de la bestia, entonces entrecerró los ojos y lo miró fijamente.

Maquesta se puso de pie encima de la jaula y apuntó hacia arriba, en dirección al *Perechon*. Entonces le hizo un ademán a Tailonna, indicándole que debía ir al barco. La elfa sacudió enérgicamente la cabeza, insegura tal vez de que Maquesta hubiera recuperado el control. Pero Maq apuntó de nuevo hacia arriba y después a la jaula.

Tailonna entendió. Debía ir al barco y bajar un cable. La elfa marina esperó unos instantes a que se alejara el tiburón toro y entonces empujó con sus poderosas piernas contra el fondo del mar y empezó a subir hacia la superficie.

Maquesta vio subir a la dimernesti y sintió envidia de su capacidad de nadar con tanta fuerza y moverse con tanta gracia dentro del agua. Entonces apareció una sombra en el campo visual de Maq. La joven parpadeó y miró hacia arriba, temiéndose inicialmente la presencia de otro tiburón toro. Al entrecerrar los ojos volvió a ver el movimiento. Una de las columnas rocosas que había entre los barcos hundidos se estremecía, como si estuviera a punto de caer.

Entonces la columna empezó a retorcerse, a contorsionarse. Al principio Maq pensó que la imagen era una ilusión óptica provocada por las corrientes, pero mientras miraba vio que las otras columnas comenzaban a moverse también. Echó un vistazo al morkoth. Estaba inmóvil. Tenía quietos los tentáculos, aunque sus grandes ojos la miraban intensamente, con malicia. «No es un truco creado por el morkoth», pensó. Tailonna se encontraba ya demasiado lejos para advertir lo que estaba ocurriendo. Maquesta sólo pudo ver el minúsculo reflejo de la elfa que desaparecía en la superficie del mar, a la cubierta del *Perechon*.

Preocupada por las rocas móviles, Maquesta se impulsó en la jaula en un intento de alejarse del fondo del mar y poder ver mejor las columnas vivientes. Al elevarse divisó que las columnas rocosas se unían a una roca mayor, una que estaba en medio del cementerio de barcos. Se le encogió el estómago al darse cuenta de que no eran rocas lo que estaba mirando, sino un ser vivo, un leviatán que se levantaba desde el fondo del mar. Un par de grandes ojos se abrieron en el bulboso cuerpo de apariencia

rocosa, dejando a Maq boquiabierta.

¡Un pulpo gigante! Su mente funcionaba a toda velocidad. Ésa era la razón de que hubiera tantos barcos hundidos en la zona. No eran víctimas de los ataques de los diablillos de mar, sino de esa terrible monstruosidad. Y también era la razón de que hubiera tan pocos peces. El tiburón toro era algo insignificante comparado con esa cosa. Al moverse la criatura cayeron percebes y algas, parásitos que se habían adherido a sus tentáculos, y dejaron a la vista una piel lisa de tonos verde y negro. El manto del pulpo, su cuerpo en forma de bolsa, era más grande que los barcos que estaban esparcidos a su alrededor. Unos ojos cuyo diámetro era mayor que la altura de un hombre parpadearon a Maq desde la base de su enorme cuerpo. Ocho tentáculos, más largos que la mayor serpiente marina, se retorcían y giraban, levantando la arena del fondo del mar. La parte inferior de los tentáculos era de un color mucho más claro y estaba revestida de cientos de ventosas. Cuando los tentáculos se separaron del fondo del mar Maq atisbó la inmensa boca del animal en la parte inferior de su manto. Mientras miraba, el color de la criatura empezó a cambiar y se hizo más claro para camuflarse con la arena y los barcos destruidos.

Maquesta se dijo que el monstruo debía de llevar semanas dormido para haber acumulado tantas algas en su piel. ¿Qué lo habría despertado? Miró hacia abajo, al morkoth, y vio que sus ojos estaban prácticamente ardiendo. Tenía un solo tentáculo extendido hacia el gigante, si lo estuviera llamando como con un inmenso dedo.

Maq ascendió de inmediato, pateando con fuerza. Tenía que llegar al *Perechon*, tenía que sacar al barco de allí. Recuperar al morkoth se había vuelto demasiado costoso. Se negaba a arriesgar las vidas de todos los que estaban a bordo.

Dejando tras de sí un reguero de burbujas, Maq notó cómo la luz se hacía cada vez más intensa, indicando que se acercaba a la superficie. ¡*Ilyatha!* Llamó con la mente. ¡*Haz que leven el ancla! Haz que...* Por el rabillo del ojo Maquesta vio un grueso tentáculo que se enroscaba a la cadena del ancla. Como un niño con un juguete, la gran bestia empezó a tirar, y la joven contempló con angustia que el *Perechon* se balanceaba.

Cambiando de táctica, Maq varió el rumbo para colocarse bajo el barco. Le dolía el costado pero nadó cada vez con más ímpetu. Estaba casi debajo del barco, cerca de la cadena. Se tocó el cinturón y descubrió que no tenía su daga, caída en algún lugar del fondo del mar. Pero tenía su espada corta. Desenvainó el arma y, nadando con mayor dificultad al disponer de una sola mano, llegó finalmente a la cadena.

¡*Escúchame Ilyatha!* Siguió concentrada en el umbra con la esperanza de que éste percibiría sus pensamientos. *Tienes que sacar de aquí al Perechon.*

La joven abrazó la cadena con las piernas y se puso boca abajo, mirando hacia el pulpo. A continuación reptó por la cadena, se acercó al tentáculo y le asestó unos golpes con la espada. Consiguió atravesar la mitad de la punta del tentáculo que

sujetaba la cadena y entonces echó atrás el arma para descargar otro golpe.

Estoy aquí, Maquesta. La voz de Ilyatha sonó en el interior de su cabeza.

¡Hay un pulpo gigante!, gritó mentalmente Maq al telepata. *Ha cogido la cadena del ancla. Estoy cortando para liberarlo. ¡Levad anclas! ¡Dile a Kof que saque de aquí al Perechon!*

Te tiraremos un cabo, le comunicó Ilyatha, con cierta urgencia en su voz telepática.

¡No os preocupéis por mí!, repuso la joven. *El barco. Salvad el barco.* Dio otro corte al tentáculo y esta vez atravesó con éxito la clásica extremidad. Una sangre de color granate, casi negra, se desparramó en el agua como una nube. La joven notó que desaparecía la tensión que había en la cadena. *¡Moved el barco! Es una orden. ¡Tailonna os ayudará a salir de la Copa de Sangre!* Maquesta se daba cuenta de que con esos pensamientos estaba condenando de forma irrevocable a su padre, que ya estaba completamente fuera de su alcance salvarle la vida. Sin el morkoth, no habría antídoto para Melas. No habría libertad para la hija de Ilyatha. Pero quedarse sobre la Copa de Sangre ponía en peligro las vidas de todos los que estaban en el *Perechon*, y eso era injustificable.

Soltando la cadena en el momento en que notó que empezaban a llevarla, Maquesta decidió ganar algo de tiempo para el *Perechon*. Nadó hasta otro tentáculo y clavó su espada, dando estocadas a la masa elástica. A su alrededor parecía que sólo hubiera ventosas intentando atraparla, pero logró mantenerse fuera de su alcance. Desclavó la espada y la volvió a clavar una y otra vez. Entonces la oscuridad la envolvió mientras el agua se convertía en una sustancia negra. Giró la cabeza en todas las direcciones, pero la ausencia de luz era absoluta. Ni siquiera su aguda visión elfa podía penetrar en esa oscuridad. Entonces empezaron a picarle los ojos y cayó en la cuenta de que el pulpo había liberado una tinta que había teñido el agua de negro.

Maq estaba desorientada sin saber dónde se hallaba la superficie ni dónde el fondo del océano, en el que se hallaba el pulpo. Pataleando con fuerza, empezó a moverse, con la esperanza de estar yendo hacia la superficie. Agarró con fuerza la espada y la agitó ante sí de un lado a otro para mantener lejos cualquier tentáculo. Notó un súbito dolor en la pierna y se dio cuenta de que uno de los tentáculos había conseguido esquivar su arma. Tal vez el leviatán podía ver a través de su nube oscura. El pulpo gigante le estrujó la pierna y la joven apretó los dientes e intentó olvidar el dolor. Retorciéndose en las negras aguas, siguió galopando a ciegas con la esperanza de acertar a algo.

Una y otra vez trazó arcos por el agua con la espada hasta que finalmente encontró resistencia. Tras una estocada, sintió un reguero de burbujas al lado de su cuerpo. Tenía que haber herido al leviatán. Asestó otro golpe y se estremeció al notar que un tentáculo que agarraba el brazo con el que manejaba la espada. La apretó con

fuerza, pero Maq siguió aferrada a la empuñadura, decidida a no soltar el arma. Con el otro tentáculo sujetándole la pierna, las extremidades del pulpo comenzaron a separarse. ¡El pulpo intentaba partirla en dos!

Maquesta luchó contra una oleada de dolor y buscó a tientas con su mano libre. Tocó el tentáculo que le envolvía el brazo y se revolvió frenéticamente hasta que notó su mano apresada y la empuñadura que aún agarraba con fuerza. Asió la espada con la mano izquierda y comenzó a serrar el tentáculo, intentando liberar el brazo atrapado. El tentáculo tiró con más fuerza y estuvo a punto de desencajarle el hombro, pero ella insistió. El tentáculo tiró con más fuerza y Maq chilló, aunque no emitió ningún sonido, sólo un reguero de burbujas. Cortó con mayor rapidez y al final recibió la recompensa a sus esfuerzos cuando el tentáculo que le apresaba el brazo lo soltó y se alejó retorciéndose. Se agachó y se tocó la pantorrilla y el tentáculo que la seguía estrujando allí. De nuevo comenzó a cortar, y el tentáculo se soltó rápidamente para evitar ser seccionado. La joven pateó con todas sus fuerzas para alejarse del monstruo.

Notó cómo ascendía y pateó con mayor empeño. Maqueta sabía que si este pulpo gigante era como sus primos más pequeños, podría regenerar sus elásticas extremidades, pero le llevaría varias semanas y ella y el *Perechon* estarían ya muy lejos de allí. Su corazón palpitaba salvajemente dentro del pecho, un estruendo que llenaba sus oídos y aumentaba su terror. Sus piernas batían el agua y sintió que le faltaba el aire y se mareaba, pero en ese momento su cabeza emergió y empezó a respirar aire. La joven tosió y expulsó un chorro del agua salada que había tenido en los pulmones. Parpadeó repetidamente y entrecerró los ojos por la intensidad del sol de la mañana mientras giraba en el agua, buscando el *Perechon*.

El ancla ya colgaba del barco, que estaba a algo más de cien metros de distancia de ella. Mientras contemplaba la embarcación, las velas llegaron hasta el tope del mástil y empezaron a llenarse de viento. Maq envainó su espada y empezó a nadar hacia el barco. No serviría de nada intentar luchar con el pulpo gigante cuando no podía ver nada por la tinta que había en el agua, decidió.

—¡Allí está Maq! —Era la voz de Fritzen—. ¡Esperadla!

¡*No me esperéis!*, ordenó la mente de Maq con la esperanza de que Ilyatha aún le estuviera leyendo los pensamientos. *Si liego al barco por mi cuenta, bien. Pero salid de aquí antes de que...* Sus últimas palabras se perdieron cuando vio un tentáculo gigante salir del agua y envolver la proa del *Perechon*.

Presas del pánico, Maquesta nadó más deprisa, respirando a grandes bocanadas y contemplando cómo los marineros corrían hacia la masa elástica que amenazaba con volcar su barco. Al acercarse, el agua empezó a bullir delante de ella, burbujeando como la sopa de Lendle en el caldero. Una enorme cabeza bulbosa irrumpió entre las olas. El leviatán había emergido y pretendía añadir el barco a su colección de trofeos

en el fondo del mar.

—¡No te llevarás el *Perechon*! —gritó Maq enfurecida—. No te quedarás con mi barco.

La gran bestia estaba tan concentrada en el barco que no notó la presencia de Maq. Levantó otros dos tentáculos y los dejó caer, uno entre el palo de mesana y el mayor y el otro en la sección de popa. El pulpo gigante empezó a balancear con furia el barco y Maq vio caer al agua a Vartan y a Hvel.

En la cubierta del *Perechon*, Koraf desistió de intentar pilotar la nave. El minotauro desenvainó su espada, agarró una cabilla y corrió hacia el tentáculo que estaba entre los dos palos. La elástica extremidad había roto la batayola a ambos lados de la cubierta y, como una serpiente, comenzaba a cerrarse alrededor del centro del barco. El minotauro hizo una mueca de dolor al oír los crujidos de la madera. Gesticulando frenéticamente, indicó a la mayoría de los marineros que se unieran a él. Rodeando a la bestia, clavaron sus espadas en el tentáculo del leviatán, atravesando el grueso tejido e intentando desprenderlo.

Fritzen había agarrado el tentáculo que estaba en la sección de popa e intentaba hacer que se soltara. Tenía hinchados los músculos y las venas del cuello. Envolvió el tentáculo con el brazo por donde éste era más delgado, hacia el lado de babor y, con el otro, echó mano a la empuñadura de la daga que llevaba en la cintura. Levantó el arma por detrás de la cabeza para luego dejarla caer, clavándola en la carne de la bestia. Su sangre oscura cayó en la cubierta, que se hizo resbaladiza. Al semiogro le costó mucho mantener el equilibrio; entonces, el tentáculo se le enfrentó.

La extremidad soltó la cubierta donde la madera se había astillado dejando un enorme agujero que llegaba hasta la cocina, y se alzó por el aire. Como si fuera una serpiente, bajó y rodeó a Fritzen. Lo levantó de la cubierta y lo zarandeó como un niño sacudiría un sonajero. El semiogro se concentró en no soltar la daga. Mientras el monstruo lo zarandeaba, Fritzen le clavó repetidamente el arma.

El leviatán soltó un estruendoso chillido. ¡Fritzen y los otros estaban haciéndole daño! Presa de la ira, el pulpo gigante arrojó a Fritzen contra el palo de mesana. El semiogro voló por el aire hasta que chocó de espaldas con la madera, a media altura del mástil, con un golpe seco. Sin aire en los pulmones, cayó a plomo en la cubierta, cerca de donde Koraf y los otros acababan de conseguir seccionar el tentáculo que tenía agarrado el barco entre los palos.

El semiogro se quejó con un gruñido y sacudió la cabeza. Durante un momento le pareció como si hubiera dos minotauros, todo lo vio por partida doble. Sacudió de nuevo la cabeza y empezó a enfocar bien de nuevo, tambaleándose hacia adelante, cayó sobre el tentáculo y empujó la extremidad amputada por la borda. El muñón resultante se retorció de forma enloquecedora. Koraf ordenó a los marineros que retrocedieran para que la bestia no los alcanzara. Mientras cumplían las órdenes, la

extremidad sangrienta golpeó el palo de mesana, causando una grieta. El largo mástil se tambaleó por un instante y luego la mitad superior se partió y cayó con estrépito a cubierta, inmovilizando a dos marineros que no lograron apartarse a tiempo y cubriendo al resto con la vela abatida.

Tailonna e Ilyatha luchaban contra el tentáculo que estaba en la proa del barco. La elfa marina tarareaba concentrada mientras el umbra golpeaba sin cesar a la masa elástica con su vara de púas. En los dedos de Tailonna aparecieron unos dardos de color violeta que hicieron blanco en el tentáculo y lo obligaron a retroceder de dolor. Al retirarse, el tentáculo golpeó a Ilyatha, lanzándolo al agua.

Maquesta vio caer al umbra quien, envuelto en su amplia túnica, agitó los brazos, incapaz de mantenerse a flote. Maq nadó hacia él y, por el rabillo del ojo, vio que Vartan y Hvel se hablan agarrado a un trozo de la batayola que flotaba en el agua. Maquesta llegó jadeando hasta el umbra y lo ayudó a desembarazarse de la empapada capa.

—Sé que el sol te va a hacer daño —dijo jadeando Maquesta—. Pero te vas a ahogar si no te quitas estas ropas. —La joven dejó que la túnica y la capucha se hundieran, agarró a Ilyatha de los hombros y nadó con él hasta Hvel y Vartan. Los gritos de sus tripulantes y el estrépito de los chillidos del pulpo la abrumaron.

¡Maq! —gritó Vartan—. Creíamos que habías muerto.

—Agarradlo —le dijo Maquesta a Hvel, y empujó hacia él al umbra—. Voy a por el pulpo; si no conseguimos rechazarlo moriremos todos.

La joven se sumergió, respirando de nuevo profundamente en el agua, agradecida de que la poción de Tailonna siguiera funcionando. Maquesta se alejó formando un ángulo con el barco y pasó debajo del pulpo. Desde allí vio cómo movía de forma salvaje sus extremidades y que tenía dos de ellas cortadas por la mitad; manaba sangre oscura de los bordes desgarrados. La criatura tenía la boca abierta y agitaba hacia los lados su larga y puntiaguda lengua, cubierta con dos hileras de afilados dientes.

Mientras Maq nadaba hacia el vientre de la bestia, con su espada corta delante de ella, uno de los tentáculos ilesos agarró a un marinero que se revolvía y se lo llevó a la boca. La capitana buceó lo más rápido que pudo para acercarse, pero el pulpo se meció al desafortunado marinero en el pico y con la lengua troceó al hombre antes de que Maq pudiera averiguar de quién se trataba.

Maquesta cerró por un momento los ojos para no contemplar el horrible final del marinero. Al abrirlos lentamente de nuevo, vio que el pico del pulpo se abría y cerraba sucesivamente mientras masticaba su comida. La joven avanzó y esquivó un par de tentáculos antes de clavar su espada en el vientre del enorme cuerpo bulboso. El pulpo chilló de nuevo, pero esta vez sonó más fuerte que antes. El leviatán apartó sus tentáculos del *Perechon* y empezó a remover con ellos el agua alrededor de su

cuerpo, en busca de su atacante.

Maquesta luchó por mantenerse apartada de los tentáculos, escondida debajo del pulpo gigante, donde los ojos de la bestia no podían verla, y volvió a clavarle la espada. Casi en el acto, la volvió a envolver la oscuridad casi total de la cinta. Impávida, la joven extrajo la espada y arremetió hacia adelante, convencida de que la gran bestia no debía de estar demasiado lejos.

En la cubierta, Fritzen y Koraf habían tirado una escala de sogas por la borda para ayudar a Vartan e Ilyatha.

—¡Daos prisa, por favor! —imploró Vartan—. ¡La bestia se llevó a Hvel, lo arrastró a las profundidades, y nosotros seremos los siguientes!

Tailonna saltó al mar y ayudó a Ilyatha a subir por la escalera. El umbra tenía los ojos cerrados e intentaba taparse la cara con sus manos palmeadas para evitar los rayos de sol. Vartan adelantó a Ilyatha, subió varios peldaños de la escala y luego extendió un brazo, indicándole a Tailonna que acercara al umbra para ayudarle desde arriba.

Después de asegurarse de que Ilyatha se encontraba cómodo, Tailonna se tiró de nuevo de cabeza al agua y fue a buscar a Maquesta, a quien suponía sumergida en medio de la nube de oscuridad. La elfa murmuró unas palabras y sobre la palma de una de sus manos apareció un globo de luz azul incandescente, capaz de penetrar la niebla oscura. Descubrió a Maq bajo el cuerno del pulpo gigante. Maquesta se estremecía y Tailonna advirtió que la dentada lengua de la criatura agarraba la pierna izquierda de la capitana.

La elfa dio un respingo al caer en la cuenta de que, seguramente, el pulpo había liberado su veneno paralizador en el agua, uno de sus últimos recursos. Maquesta debía de haberle hecho mucho daño a la bestia, pensó Tailonna mientras nadaba hacia la boca del pulpo, deseando llegar a tiempo.

Maq sintió que se le dormían los dedos y tuvo que agarrar la espada con ambas manos para que no se le cayera. Sintió escalofríos y calambres por todo el cuerpo y un cosquilleo en la pierna izquierda, donde la había agarrado la lengua de la bestia. Se mordió el labio inferior con la esperanza de que ese dolor la ayudara a concentrarse; enfocando su objetivo, asestó una estocada con la espada que atravesó la lengua del cefalópodo.

La bestia la soltó, y empezó a mover de forma salvaje la lengua, que tenía la espada aún clavada. Maquesta, desarmada, miró a su alrededor y vio a Tailonna que se acercaba nadando. La elfa de mar llevaba una daga en la cintura y Maquesta nadó con dificultad hacia ella, apuntando hacia el arma.

Tailonna llegó hasta Maq con un par de brazadas y, al fijarse en los ojos vidriosos de la capitana, comprendió que ésta se hallaba bajo el efecto de la toxina que afectaba al sistema nervioso. La elfa de mar sacudió la cabeza y señaló en dirección contraria

al pulpo, en un intento de que Maquesta se alejara hasta un lugar seguro, pero Maq estaba decidida. Extendiendo los dedos insensibles, vio que su mano se cerraba sobre la empuñadura de la daga y desenvainó el arma del cinturón de Tailonna; puso también la otra mano en la empuñadura para asegurarse de que no se le caía. La luz mágica de Tailonna la ayudó a ver al pulpo gigante, que se había vuelto hacia ellas para poder vigilar a las dos diminutas figuras que estaban debajo de él.

La elfa de mar comenzó de nuevo a murmurar, invocando a los dardos violetas que salieron de las puntas de sus dedos y alcanzaron al pulpo cerca de la boca. Los ojos sin párpados del monstruo se dilataron y se tornaron oscuros, repletos de ira, mientras movía los tentáculos para acercarse a las dos pequeñas criaturas que tanto daño le estaban causando.

Al mismo tiempo, Maquesta, decidida, nadó con dificultad, esquivando con suerte un tentáculo y acercándose a la cabeza de la criatura. Los inmensos ojos la contemplaron con maldad, y Maq miró fijamente a la bestia, gruñó enseñando los dientes y clavó la daga en el ojo que tenía más cerca.

Un instante después, el agua en torno al *Perechon* se transformó en un oleaje encrespado y espumoso. Los tentáculos sacudían el agua y el pulpo gigante se retorció y chilló tan fuerte que los que estaban a bordo del barco se taparon los oídos. El barco cabeceó y varios de los marineros cayeron de rodillas.

—¡A los remos! —bramó Kof, aunque sólo los marineros que tenía más cerca pudieron oírlo en medio del estruendo causado por el leviatán.

Maquesta y Tailonna salieron despedidas hacia atrás por el agua porque el pulpo se estaba impulsando con un chorro a través de su cuerpo. La súbita emisión hizo alejarse al cefalópodo del *Perechon* y la fuerte corriente creada arrojó a Maq y a la elfa de mar contra el casco del barco con un golpe seco.

—¡Agarraos a la escala de sogas! —les gritó Fritzen.

Maq había empezado a recuperar la sensibilidad de los dedos y, haciendo acopio de la poca fuerza que le quedaba, subió por la escala y cayó desplomada sobre cubierta. Tailonna subió con rapidez tras ella. Al levantar la cabeza, Maq comprobó la gran devastación que la bestia había causado en el barco.

El palo de mesana estaba partido de forma irreparable, en peor estado que el mástil que Belwar había destruido en el *Matarife*. No quedaba casi batayola en el barco y había múltiples agujeros en la cubierta donde los tentáculos de la bestia habían destrozado los tablones. Alrededor de Maq su tripulación trabajaba para recoger y ordenar.

Fritzen la ayudó a ponerse en pie. Sus miradas se encontraron pero esta vez la joven no aparró la vista.

—Creí que iba a perderte —dijo el semiogro.

—He perdido a mi padre —comentó la joven fríamente—. El *Perechon* ya no

puede llegar antes del plazo marcado por Attat, el morkoth está en el fondo del mar y la única forma que tenemos de avanzar es remando. Tardaremos semanas en volver a Lacynes.

—También perdimos a Hvel —dijo el semiogro después de besarla en la frente—. El pulpo se lo llevó al fondo. Aparte de eso, dos marineros resultaron heridos cuando cayó el palo de mesana, pero sus lesiones no son graves. Ilyatha también se recuperará, si te sirve de consuelo. Está en la armería, cubierto con una manta. El sol le ha quemado la piel y lo ha cegado momentáneamente.

Un reguero de lágrimas brotó de los ojos de Maquesta: el precio pagado ya era muy, muy alto.

Durante casi una hora los únicos sonidos que se oyeron en cubierta fueron los de los miembros de la tripulación que recogían los trozos del mástil y plegaban la vela. Maquesta estaba sentada en el castillo de popa, contemplando fijamente el agua. Vartan se acercó silenciosamente por detrás.

—Hemos organizado los turnos a los remos, tal como ordenaste. Empezarán... — La voz del marinero se desvaneció.

De bajo cubierta llegó una sucesión de gruñidos, silbidos, zumbidos y chasquidos. Se oyó una especie de gran eructo y salió una gran humareda negra a través de todos los agujeros de la cubierta. Maquesta se puso rápidamente en pie y se tapó los oídos con las manos. El aire se llenó de un estruendo de sonidos mecánicos y roces, chirridos y golpeteos. De nuevo salieron bocanadas de humo y entonces el *Perechon* se puso en marcha y comenzó a avanzar. Maq bajó por la escalera de la cubierta de popa y atravesó rauda el humo. De pie en un costado del barco se asomó por la borda: los remos se movían, todos a la vez.

—¡Mimáquinaestáfuncionando! —gritó Lendle.

El gnomo subió corriendo a cubierta y todas las miradas confluyeron en él. La tripulación del *Perechon* lo vitoreó, y los ojos de Lendle se llenaron de lágrimas de agradecimiento. Tenía destrozadas las ropas y el pequeño cuerpo lleno de quemaduras. Se le habían chamuscado las puntas de las botas, y los dedos de los pies, recubiertos de hollín, se movían nerviosos. No quedaba gran cosa de lo que había sido su barba, y su cabello, amaño blanco, tenía ahora el mismo color que el de Maquesta. Su cara estaba tiznada excepto por un surco en cada mejilla que habían lavado las lágrimas.

—¡MaquestaNarThonmimáquinaestáfuncionando! —exclamó incrédulo el gnomo.

La capitana corrió hacia el gnomo y lo abrazó con fuerza, ensuciándose de hollín y porquería. El rostro de gnomo se iluminó con una gran sonrisa, y habló más lento para hacerse entender.

—Ahora podremos llegar a tiempo a Lacynes. Con una sola vela y mi máquina de

remar, avanzaremos más rápido.

—¡Pero el morkoth! —gritó Maquesta—. ¡Tailonna! ¿Crees que el pulpo seguirá allí abajo?

La elfa se acercó deprisa a Maq y le dio al gnomo unos golpecitos afectuosos en la cabeza.

—Creo que hace tiempo que el pulpo ha abandonado estas aguas. Bajaré un cable por la borda y comprobaré si la bestia sigue en la jaula. Si es así, la izaremos, y si no, empezaremos a buscarla de nuevo.

—Esta misión ya ha sido demasiado costosa —dijo Maq, sacudiendo la cabeza—. No arriesgaré ninguna vida más en esta cacería de la criatura para Attat.

La dimernesti asintió con la cabeza, comprendiendo de algún modo lo que estaba pasando por la mente de Maquesta. Corrió hasta la popa del barco y se tiró de cabeza, sin apenas salpicar cuando su esbelto cuerpo cortó la superficie del mar.

—Lendle, ¿puedes hacer que tus remos se detengan... sin parar tu máquina? Tal vez baste con sacarlos del agua para que no avancemos —preguntó Maq, mirando los brillantes ojos del gnomo y deseando que no estuviera cometiendo otro error—. Me da miedo que lo apagues, no vaya a ser que luego no lo puedas volver a poner en marcha.

—Oh, funcionará muy bien a partir de ahora —contestó Lendle, henchido de orgullo—. Cuando nos ordenaste que colocásemos un tomo y una polea en la cubierta de popa para izar la jaula del morkoth, tuve que sacar el torno grande de mi máquina. Al parecer tenía demasiadas piezas en el motor porque, cuando cerré la tapa y lo puse en marcha, funcionó de inmediato. Por supuesto que está el tema del exceso de humo.

—¿Así que ya habéis instalado el torno y la polea? —inquirió la capitana.

—Oh, sí —contestó el gnomo—. Vartan y yo lo hicimos mientras tú estabas... ocupada bajo el agua.

—¡Y parece que vamos a necesitar ese torno y esa polea! —gritó Fritzen desde la cubierta de popa—. Necesitaré un poco de ayuda con la manivela. ¡Tailonna dice que el morkoth sigue dentro de la jaula!

Varios minutos más tarde la cabeza de Tailonna apareció en la superficie.

—He enganchado el cable —dijo la elfa de mar—. Y parece que el morkoth está claramente disgustado con todo lo que ha ocurrido.

Mientras trepaba a la cubierta, la elfa de mar explicó que había tenido que ahuyentar a prácticamente un ejército de cangrejos que estaban trabajando a fondo para intentar liberar al morkoth. Los barrotes de acero eran bastante más duros que sus pinzas, y lo único que había conseguido era que los pequeños crustáceos se enfadaran bastante.

Tuvieron que turnarse grupos de tres hombres en la manivela hasta conseguir izar la jaula del morkoth del fondo del mar. Cuando la jaula apareció en la superficie, Maq

ordenó a sus hombres que miraran a otro lado. La joven corrió hasta la bodega y cogió una de las velas viejas que había guardado por si la necesitaban para remendar las nuevas.

Tailonna envolvió la jaula con la tela para que el morkoth no pudiera mirar a través de los barrotes e hipnotizar a alguno de los hombres. La elfa dejó sólo un pequeño agujero, del tamaño justo para poder meter peces a través del mismo para alimentar a la bestia. En el agujero cosieron una cortina a fin de que, cuando no estuviera comiendo, el morkoth ni siquiera pudiera ver un puntito de cielo.

—Me recuerda un loro naranja que tenía mi madre —dijo pensativo Fritzen—. La pequeña ave hacía tanto ruido que había que tapar por completo la jaula cada noche. Mi madre usaba una sábana blanca y, cuando yo era niño, tenía pesadillas acerca del fantasma que había en la cocina.

—Me atrevería a decir que un morkoth es algo más molesto que un ave —comentó Maq.

—No creo que consiguiese convencer de eso a mi madre —bromeó Fritz.

—Por lo menos tú tienes madre —comentó triste Maq.

—En alguna parte —concluyó al cabo el semioagro.

Cuando consiguieron amarrar la jaula de nuevo a la sección de popa, Maq le hizo un ademán con la cabeza a Lendle para que pusiera a toda marcha su máquina de remar. La tripulación al completo se había reunido en cubierta para ver cómo funcionaba la máquina del gnomo. Miraban con ansiedad por la borda, observando los remos que seguían suspendidos justo encima de la superficie del agua. Finalmente empezaron a moverse y los escálamos chirriaron, lentamente al principio y luego ganando potencia y velocidad.

La tripulación prorrumpió en un espontáneo aplauso y el rubor de Lendle se apreció incluso bajo el hollín.

Durante la mayor parte del día siguiente, Lendle cuidó de la máquina de remar como si fuera un niño recién nacido, saliendo de la bodega sólo para comer algún bocado de vez en cuando, lo que obligó a Vartan a suplirle como cocinero. El *Perechon* avanzaba más rápido que nunca, y también hacía más ruido de lo que Maq hubiera creído posible. Tomó mentalmente nota para acordarse de comentarle a Lendle —después de llegar a Lacynes— si podía hacer que la máquina funcionase de forma más silenciosa. La capitana no quería preguntarle ahora y arriesgarse a que hiciera algo que provocara un parón en la máquina.

Maquesta y Fritzen estaban de pie junto al timón, escuchando la extraña sucesión de ruidos y observando la puesta de sol. Hacía dos días que la máquina funcionaba y, en menos de doce horas, el *Perechon* estaría acercándose a la entrada de la bahía del Cuerno, arrastrando tras él a su presa, y con más de medio día de adelanto respecto al plazo establecido por Attat.

Resoluciones

El *Perechon* entró entre chirridos, silbidos y otros ruidos metálicos en la bahía de Lacynes poco después del amanecer del día siguiente, antes del plazo establecido por lord Attat. Algunos marineros que había en el embarcadero miraron atónitos la maltrecha embarcación que navegaba ligera pero ruidosamente.

Maquesta ordenó a Lendle que apagara su máquina de remar y el barco entró deslizándose sobre las fétidas aguas justo a tiempo para que la tripulación viera cómo un tripulante minotauro arrojaba las entrañas de algún animal grande por la borda de una goleta. Maq hizo una mueca de asco y pensó agradecida que en pocas horas Melas y el *Perechon* estarían fuera de Lacynes, para siempre si de ella dependiera. La joven dudaba que el jefe minotauro quisiera quedarse con la embarcación cuando viera el estado del barco y la falta del palo de mesana. Fritzen le preguntó si era posible hacer las reparaciones en el puerto, pero Maq se limitó a fruncir el entrecejo.

—En cuanto tengamos a mi padre e Ilyatha recupere a su hija, nos largaremos de este sitio. Podemos encontrar otro puerto a pocos días de aquí. Quizá no tenga unas instalaciones tan buenas, pero estoy segura de que será bastante más acogedor — contestó Maquesta.

Bas-Ohn Koraf estaba de pie en la proa y Maquesta advirtió que el minotauro había sucumbido a un profundo estado de depresión. Antes de que se pusiera el sol, Koraf habría perdido de nuevo su libertad, aunque la joven tenía la esperanza de que Attat accediera a venderlo por unas cuantas gemas del morkoth. Además, quedaba el delicado asunto de que su padre se acostumbrara a tener un tripulante minotauro. Eso tal vez sería difícil después de todo lo que le había hecho Attat, pero ella se había acostumbrado a depender demasiado de Kof para renunciar así como así al primer oficial minotauro.

Cuando el *Perechon* estuvo anclado con seguridad, Maq envió a Vartan y Fritzen a tierra en la chalupa, con un mensaje para lord Attat. El jefe minotauro debía venir al embarcadero, llevando con él a Melas y a Sando. El mensaje decía también que Maq se reuniría con él en la cubierta del *Perechon*, momento en el que le entregaría al morkoth, concluyendo su parte del trato con el jefe minotauro. Un intercambio de prisioneros, pensó la joven.

Maq no tenía ni idea de cómo planeaba lord Attat llevarse el morkoth desde el puerto hasta su palacio, pues pensaba que la criatura moriría en cuanto la sacaran del

agua, pero Maq no tenía intención de preocuparse de eso. Ella había cumplido su parte del trato y no le importaba lo que Attat pretendiera hacer con la bestia.

La capitana saludó con la mano cuando Fritzen y Vartan se pusieron a los remos de la chalupa y bogaron hacia el embarcadero, y luego se puso a pasear por la cubierta, esperando ansiosa el regreso de su padre. Tenía tantas cosas que contarle. ¡Contarle! ¡Pues claro! La joven corrió bajo cubierta, donde Ilyatha se ocultaba de los rayos del sol.

—Ilyatha —barbotó Maquesta—, ¿has conseguido comunicarte con tu hija? ¿Se encuentra bien?

—Mi hija está viva —dijo el umbra con una leve sonrisa—, aunque sigue en esa horrible prisión de piedra en el jardín. Precisamente ahora los rayos de sol se dirigen de nuevo hacia ella, pero le he asegurado que no tendrá que esperar mucho más. Pronto estaremos juntos y en libertad.

—Y entonces el *Perechon* os llevará tan cerca de vuestro hogar como sea posible —ofreció Maq—. ¿Puedes percibir los pensamientos de mi padre? —preguntó la joven, que se alegraba por Ilyatha, pero necesitaba a su vez una evidencia que la tranquilizara—. ¿Puedes comunicarle que pronto estará de nuevo en la cubierta del *Perechon*?

El umbra sacudió lentamente la cabeza.

—Me puedo comunicar con Sando a esta distancia porque ella también es telépata, y a lo largo de nuestro viaje he podido contactar con el ki-rin porque tiene una mente potente y mágica, mucho más desarrollada que la mía. Mi habilidad para alcanzar a los que no tienen tales dones es limitada —le explicó Ilyatha.

—Pero supiste que estábamos escapando de la fortaleza de lord Attat —comenzó Maq—. Fuiste capaz de...

—La mazmorra estaba en el límite de mis poderes, la distancia máxima a la que llegaba con la mente dentro de su palacio. Me aposté en un lugar desde el que podía controlar lo que ocurría abajo.

Maquesta se encorvó, pero Ilyatha recordó que el *Perechon* había regresado antes del plazo estipulado por Attat, un logro del que Melas y ella deberían sentirse orgullosos. No tendrían que esperar mucho más.

Maq y el umbra siguieron charlando acerca de dónde irían Ilyatha y Sando, del rumbo que seguiría el *Perechon* durante los próximos meses, y de si Maquesta intentaría comprar su propio barco. Se preguntaron dónde se encontraría el ki-rin, pues habían creído que los acompañaría al entrar en el puerto. Pero Ilyatha dijo que su mente no percibía la de Belwar, que probablemente el ki-rin estaba visitando otro plano. Cuando Maq se dio cuenta de que había transcurrido bastante tiempo subió a la cubierta. A juzgar por la posición del sol, estaba bien entrada la tarde, y desde luego hacía rato que había pasado la hora en la que esperaba que hubieran regresado Vartan

y Fritz. ¿Por qué tardaban tanto? ¿Habría ido algo mal? ¿Estaría lord Attat retrasándose a propósito para hacerla esperar y tenerla en ascuas, preocupada e intranquila? La tripulación sabía que su capitana estaba nerviosa; Maquesta no había hecho nada por ocultar sus sentimientos. Ellos también se arremolinaban por cubierta, esperando y observando a su capitana.

Asimismo Tailonna paseaba por cubierta, aunque no dejaba entrever lo que estaba pensando. Finalmente miró a la joven capitana y agitó la mano.

—Hago esto como un regalo para ti, Maquesta —dijo la elfa con una mueca de asco antes de encaminarse hacia el bauprés. Encaramada en la batayola, miró la superficie del agua con un gesto de repugnancia, se lanzó por la borda, y empezó a nadar rápidamente hacia el embarcadero.

Maq corrió a proa y desde allí observó cómo la elfa de mar esquivaba barriles flotantes, zonas de porquería repleta de insectos y los restos hinchados de cadáveres de animales. Buceó por debajo de otras basuras que salpicaban el puerto; no había nada de agua limpia a menos de cincuenta metros de la orilla. Cuando Tailonna llegó al embarcadero, Maq frunció el entrecejo. La piel antaño azulada y hermosa de la elfa de mar había adquirido un color marrón sucio, y en su pelo se enredaban repugnantes pegotes de musgo. Intentó sin éxito sacudirse la porquería y miró furiosa, a los marineros del embarcadero, que reían y se palmeaban las piernas señalándola.

A Maquesta le pareció que Tailonna les había dedicado algún comentario porque uno de los marineros se puso en pie y corrió hacia la elfa. Tailonna se limitó a esquivarlo y el hombre se cayó a las pútridas aguas. Mientras sus camaradas se partían de risa, la elfa se metió en la chalupa y remó de vuelta al *Perechon*.

Tailonna esperó en la pequeña embarcación y le hizo un gesto a Maquesta para que tirara la escala de sogas.

—Voy a ir a Lacynes a lavarme y comprarme ropa nueva —explicó Tailonna, sonriendo—. Por supuesto, que tendrás que pagarla tú. Mientras, puedes visitar a lord Attat.

Espérame, Maquesta, comunicó Ilyatha. Aguantaré el sol para ver a mi hija.

¡No!, pensó Maquesta con aspereza. No le daré a Attat la oportunidad de someterte de nuevo a su voluntad para que le reveles lo que yo esté pensando o haciendo, le quedarás aquí. Yo te traeré a Sando.

Maquesta descendió por la escala, seguida por Lendle. Antes de que el trío tuviera tiempo de empujar la chalupa para alejarse del barco, Koraf se asomó por la horda y empezó a bajar también.

—Yo voy —dijo el minotauro—. No te dejaré ir sola al palacio de Attat. Conozco el lugar. No me agrada la idea de volver allí, pero no tengo elección.

Mientras toqueteaba el saquillo que colgaba de su cintura, Maquesta pensó que, probablemente, sería mejor contar con la ayuda de Kof. Llevaba con ella muchas

gemas con las que esperaba comprar su libertad. El minotauro se puso a los remos y condujo la embarcación de vuelta al embarcadero, en tanto que Maq le daba las gracias a la elfa de mar y le metía una de las gemas en la mano.

—Esto debería ser suficiente para comprar ropa bonita —dijo Maquesta—. Y también debería servir para quitarte esa peste a puerto.

—El baño es definitivamente lo primero —dijo la elfa de mar, moviendo la nariz—. El agua del puerto es tóxica. Ahí no crece nada aparte de mugre o insectos y pequeñas serpientes venenosas. Deberían matar a los minotauros por estropear el agua de esa manera.

>Varios minutos después, Maquesta y Koraf caminaban con paso firme por el embarcadero, y Lendle hacía lo posible por mantener el mismo ritmo. El trío pasó ante varios embarcaderos en busca de la calle principal que les llevaría hasta la imponente mansión de Attat.

—¡MaquestaNarThonmásdespacioporfavor! —murmuró el gnomo. Lendle estaba prácticamente sin resuello y daba cuatro pasos por cada una de las largas zancadas de Maq y de Koraf. El gnomo jadeaba y corría a saltitos mientras agitaba los brazos arriba y abajo como si, igual que las alas de un pájaro, pudieran ayudarle a avanzar.

—Tengo prisa, Lendle —espetó la joven—. Estoy preocupada. —Su semblante dejaba traslucir consternación, pero el gnomo hizo caso omiso.

—Caminamásdespacioporfavor —jadeó el cocinero. Luego abrió los ojos de par en par al vislumbrar algo que Maq y su primer oficial no habían visto—. ¡ParaMaquestaNarThon!

Perturbada, Maq se paró de repente, y Lendle, que no había dejado de caminar, tropezó con sus piernas y estuvo a punto de tirarla al suelo.

—¡Mira! —gritó el gnomo, apuntando hacia el puerto—. Fíjate en eso, Maquesta. —Puesto que Maquesta parecía demasiado ocupada como para distraerse, el gnomo le cogió de la mano y apuntó de nuevo.

Finalmente, la joven se giró para ver lo que había llamado la atención del gnomo y se le cayó el alma a los pies. Anclado a varios barcos del *Perechon*, a la sombra de una gran carabela, estaba el *Matarife*. No habían visto el barco desde la cubierta del *Perechon*, lo que quería decir, esperaba la joven, que la tripulación del *Matarife*, o lo que quedaba de ella, al menos, tampoco podía ver su barco. El *Matarife* estaba en casi un mal estado como el *Perechon*. Vio que parte de la tripulación trabajaba para arreglar el palo mayor, el que Belwar había destrozado. Otro grupo parecía ocupado en reparar el agujero de la cubierta. Había una chalupa atracada cerca del centro del barco. Tal vez estaban todos a bordo.

—Debemos darnos prisa —le dijo Maquesta al gnomo—. Tenemos que recoger a mi padre, Fritzen, Vartan y Sando. Y hay que salir de aquí. No quiero tener problemas.

—Oh, yo diría que ya tienes problemas, capitana Nar-Thon —se oyó una voz tras ellos.

Maquesta y Koraf giraron sobre sus talones y vieron algo muy desagradable. Mandracore, con aspecto harapiento, se les acercaba. Iba flanqueado por una pareja de merros, u ogros acuáticos. Por su apariencia podrían ser gemelos; el pelo enmarañado de ambos semejaba una mata de algas resecas, su piel era de un color verde azulado y tenían los hombros, el cuello y parte de los brazos recubiertos de escamas. Llevaban petos de cuero que apenas ocultaban sus voluminosos músculos.

Mandracore vestía cambian armadura de cuero negro, tachonada de piezas de acero. Su rostro mostraba cicatrices recientes, la más evidente de las cuales era un largo verdugón rojizo que iba desde encima de su ojo derecho hasta la parte inferior de su mejilla. Al mirarlo con más atención, Maq notó que su ojo derecho no se movía y que la pupila estaba vidriosa. Al cuello llevaba una pesada cadena de oro, de la que colgaba un gran dije en forma de puño. La joven sospechó que se trataba de una pieza de joyería cogida de la cueva del tesoro del mercader de Marina.

La ondulante capa roja del capitán pirata le cubría totalmente el brazo derecho mientras se acercaba a ellos, y el hombre cojeaba de forma ostensible. Preocupada de que pudiera ir armado, Maq se colocó delante de Lendle y asió la empuñadura de su espada corta. Koraf soltó un gruñido que resonó en su amplia garganta.

—¿Lucharías conmigo aquí? —preguntó Mandracore, trazando un arco con su brazo izquierdo. Maq siguió su gesto y vio que los tenderos fisgaban a través de los escaparates y que los viandantes se habían detenido para observarlos—. Pero mira, ¡allí hay un guardia de la ciudad! Cosa rara en Lacynes, desde luego. A lo mejor no le importaría volver la vista hacia otro lado, ¿eh, Maquesta? Tal vez no me viera atravesarte con mi espada. O tal vez te sorprendiera desenvainando tu arma contra este humilde y respetado visitante y te arrojaría al calabozo... durante mucho tiempo. Tal vez acabarás en la mazmorra de lord Attat. Tengo entendido que compra prisioneros y los pone a trabajar en el circo. Me pregunto cuánto durarías allí. Claro que podrías preguntárselo a tu primer oficial. He oído que es una estrella entre los gladiadores del jefe minotauro.

—Te di por muerto —siseó Maquesta.

—Ah, y casi acertaste, querida —respondió con suavidad Mandracore—. Tiburones toro. —El pirata abrió su capa revelando un muñón donde antes había estado su brazo derecho—. Si no hubiera sido por mis leales amigos ogros, los tiburones me habrían devorado por completo. Pero los escualos tuvieron que conformarse con varios de mis marineros, y el brazo con el que manejaba mi espada. Apenas pude alcanzar el *Matarife*, y todo te lo tengo que agradecer a ti. Durante todo el viaje de vuelta hasta aquí un fuego interior me quemaba con una furia que nunca antes había sentido —gruñó el pirata. Su aliento olía intensamente a cerveza.

»Llevamos días reparando el *Matarife*, y cada amanecer he-rezado para volver a verte —continuó Mandracore—. Hoy mis oraciones han sido escuchadas cuando vi entrar ruidosamente tu barco en el puerto. Si el *Perechon* estuviera en mejor estado que mi propio barco, me lo llevaría y te dejaría lo que queda del *Matarife*.

Mandracore dio otro paso hacia Maquesta y la joven movió levemente la mano para desenvainar su arma. La detuvo una mano pequeña en su muñeca. Lendle había entrecerrado los ojos y sacudió la cabeza en la dirección del guardia de Lacynes.

Mandracore no merece la pena, indicaron los labios del gnomo sin emitir sonido alguno.

—Tengo que ajustar cuentas contigo, Maquesta Nar-Thon —espetó Mandracore—. Me has costado un brazo, varios de mis mejores marineros, y una considerable suma de dinero. Si hubiera frustrado vuestra misión de capturar a la bestia que salisteis a cazar para lord Attat, me hubieran desembolsado una considerable suma de dinero. Así que, mi querida Maquesta, vas a pagar lo que me debes, ¿entiendes? Quizá me lo cobre antes de que abandones el puerto, mientras las pocas autoridades que hay hacen la vista gorda. O tal vez me lo cobre cuando estemos en alta mar. Pero te aseguro una cosa, capitana Nar-Thon, tan cierto como que el sol sale cada mañana sobre el Mar Sangriento que me cobraré todo lo que me debes.

Los ogros pasaron empujando al lado de Maquesta, Koraf y Lendle, y el apestoso olor a sudor de sus cuerpos impregnó el aire y estuvo a punto de hacer vomitar a Maq. Al girarse para ver cómo se alejaba el grupo de Mandracore, la joven sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Debería haberme asegurado de que estaba muerto —susurró—. Nunca dejes a tus enemigos con aire en los pulmones. —Mandracore tenía importantes amigos en la ciudad y Maq sabía que no podría levantar la mano contra él allí, aunque sospechaba que el Ratero sí podría hacer impunemente lo que quisiera con ella y con el *Perechon*.

»Tendremos que salir de Lacynes pronto —les dijo con voz queda a Lendle y a Kof—. Los enemigos de Mandracore tienen tendencia a desaparecer, y por lo visto acabo de ponerme a la cabeza de la lista. Probablemente, le queda al menos un día para acabar de arreglar su palo de mesana, y tengo la intención de largarme de aquí antes de que pueda izar una sola vela.

El gnomo asintió y se apresuró tras ella, esforzándose de nuevo por mantener el ritmo de las largas y enérgicas zancadas de su capitana. Koraf echó un último vistazo al puerto y a la maltrecha embarcación pirata, y luego corrió tras ellos.

Al acercarse a la mansión de Attat, Maquesta notó que reinaba un gran silencio en la zona. Las calles que rodeaban el palacio estaban desiertas. Las pueras estaban cerradas, y los postigos de las ventanas, echados. Era como si los vecinos esperaran que ocurriera algo desagradable. La joven apretó los dientes, hizo caso omiso del nudo que tenía en el estómago, y se encaminó con energía hacia la puerta principal.

Una pareja de musculosos minotauros le cerró el paso.

—Vengo a ver a lord Attat —espetó la joven—. Me está esperando. —Los minotauros la miraron con dureza y ella les devolvió la mirada—. ¡Dejadme entrar ahora mismo! —La joven estaba furiosa y se llevó la mano a la empuñadura de la espada. Los guardias siguieron inmóviles. Entonces Maq les gritó algunas palabras en su propio idioma, palabras que le había enseñado Koraf.

Finalmente, los guardias asintieron al comprender sus intenciones y se apartaron para permitirle el paso a la joven, al gnomo y a Koraf. Lendle le dio un suave codazo cuando entraron en el patio exterior y señaló a los minotauros que los observaban. Maquesta nunca había visto tantos minotauros reunidos. Había más que el día en que ella y los demás se habían escapado de las mazmorras de Attat. Todos iban armados y parecían contemplarla con obvio interés. La joven sintió una cierta dosis de satisfacción al pensar que Attat consideraba necesario tal cantidad de guardias para ocuparse de ella.

La joven avanzó con decisión hacia el edificio principal, donde le abrieron las puertas, y siguió su camino por los pasillos de suelo de mármol en los que colgaban innumerables tesoros artísticos, a través de la sala de estar con sus valiosos instrumentos musicales de cuerda, y finalmente penetró en la inmensa cámara del jefe minotauro.

Attat estaba sentado en su trono, debajo de la piel de ki-rin que colgaba de la pared, y tenía una jaula en su regazo. El minotauro estaba metiendo un cuchillo entre los barrotes para despertar a lo que había dentro. La estancia era demasiado larga como para que Maquesta pudiera apreciar todos los detalles, aunque vio que la desafortunada criatura era gris, tal vez una ardilla o una rata grande. Los dos imponentes guardias que flanqueaban a Attat dieron un paso para aproximarse a su jefe. Cuando la joven se acercó, empuñaron sus enormes lanzas. De nuevo, encadenadas a las columnas, estaban las criaturas de Attat: el gran oso blanco, que gruñó cuando pasaron a su lado; el grifo y el hipogrifo que seguían amenazándose aunque las cadenas que tenían alrededor de los cuellos les impedían tocarse; y algunas bestias que la joven no había visto antes. Entre ellas había una gruesa serpiente de color marrón rojizo con puntos dorados que se había enrollado en la columna. Maq pensó que desenrollada debía de medir por lo menos seis metros. También había un hombre con cabeza de halcón y largas garras en lugar de pies.

—Un kenku —susurró Lendle—. Una criatura realmente rara a la que le desagradan los elfos y los humanos.

—Y apostaría a que ahora también los minotauros —acotó Maq.

Cuando Koraf, el gnomo y ella siguieron avanzando vieron más columnas. Encadenado a una de ellas había un simio de piel amarilla y grandes ojos rosados. Debía de medir casi tres metros, juzgó la joven devolviéndole la mirada. El simio

saltó hacia atrás dejando ver a otros dos prisioneros de Attat. Maquesta se estremeció. Fritzen y Vartan estaban encadenados a la columna más alejada y, por el aspecto que presentaban, les habían propinado una paliza. El semiogro alzó la cabeza cuando Maq se acercó y le dedicó una débil sonrisa.

—Saludos, Maquesta Nar-Thon —bramó Attat—. Te estábamos esperando.

—¿Qué les has hecho a Fritz y a Vartan? —susurró la joven, que recorrió la distancia que la separaba de la tarima. Los guardianes dieron un paso al frente para asegurarse de que no amenazaba a su señor. Al acercarse, Maq vio lo que había en la jaula que Attat tenía en su regazo. Era un elefante enano que tenía heridas en los costados, allí donde el jefe minotauro le había pinchado con su cuchillo.

Attat soltó bruscamente la jaula en el suelo y se puso en pie. Hoy no llevaba un atuendo tan regio pero, aun así, el minotauro vestía una túnica de aspecto caro, de un color parecido al de la capa de tono morado oscuro que tenía echada sobre los hombros.

—¿Que qué les he hecho? Pues los castigué, por supuesto. No te trajeron a ti, no trajeron a Bas-Ohn Koraf, y no me trajeron al morkoth. —Attat la miró con frialdad, y con algo de desprecio—. El trato era que tú me traerías al morkoth. Por lo menos has devuelto a Koraf. Dentro de unos días se celebrará un combate y tengo intención de que participe.

—El morkoth está en el puerto, en la jaula que tú nos diste —replicó furiosa Maquesta—. No tengo medios para traerlo hasta aquí. No dispongo de carro y tampoco de un gran tanque de agua en el que trasladarlo.

—Eso se puede arreglar —contestó Attat, que se acariciaba pensativo la barba.

—No se arreglará nada hasta que no tenga a mi padre y se le haya administrado el antídoto. Y quiero que se libere ahora mismo a Fritz y a Vartan —ordenó Maquesta con voz fuerte e insistente—. También necesitaré a Sando. Su padre la aguarda en el *Perechon*.

—Ah, tu precioso *Perechon* —comentó Attat—. Mis espías del puerto me han informado de que tu barco está en mal estado.

—¿Mi padre, lord Attat? —insistió Maquesta—. Yo he cumplido mi parte de nuestro asqueroso pacto.

El minotauro hizo un ademán y uno de los guardias se acercó, haciendo mucho ruido con las pezuñas, hasta un nicho tapado con una cortina. El lacayo retiró la pesada tela y asintió con la cabeza hacia Maq.

—Sabes cómo llegar hasta mi calabozo ¿verdad, Maquesta? —dijo Attat con los ojos entrecerrados—. Tu padre está allí abajo. Súbelo, Maquesta. El antídoto le aguarda. —El jefe minotauro metió la mano entre los pliegues de su capa y sacó el frasco que contenía el líquido de color dorado—. Y ya que bajas, dile a los carceleros que encierren a Koraf. Cuando regreséis tu padre y tú, habré soltado a tus hombres.

—El minotauro señaló a uno de sus guardias, quien movió las llaves que tenía en la cintura.

Maquesta miró el nicho y luego se encaró a Attat.

—Me gustaría comprar al minotauro Bas-Ohn Koraf —dijo con un tono comercial—. Es un marinero avezado, y me haría un buen servicio como tripulante.

—Oh, considero que Bas-Ohn Koraf no tiene precio. Es mi mejor luchador, sigue invicto, y no está en venta —contestó Attat, que miró fijamente a Koraf y apuntó hacia el nicho—. Regresa a tu hogar, esclavo, y lo más rápido posible. Al padre de Maquesta no le queda mucho tiempo de vida.

Maq miró a Koraf, pero los ojos del minotauro no revelaban emoción alguna. El primer oficial del *Perechon* asintió de forma estoica con la cabeza y se encaminó hacia el nicho; sus pezuñas resonaron en el suelo de mármol. Maquesta tragó saliva antes de seguirlo, y la pareja recorrió el largo y sinuoso descenso por la escalera que los conducía al malsano y húmedo subterráneo del palacio de Attat.

—No permitiré que te vuelvan a encerrar —dijo con voz queda Maq para que no la oyeran los guardianes que pudiera haber por allí—. Ha de haber algún otro modo de sacarte de aquí.

—En esta ciudad soy propiedad de lord Attat —contestó Koraf—. No tienes elección, y no conseguirás que tu padre mejore de ningún otro modo.

Cuando llegaron al pie de la escalera unos instantes más tarde, Maq reconoció el pasillo con filas de jaulas a ambos lados. Una pareja de guardianes se le acercó y, asintiendo, cogieron entre ambos a Koraf de los brazos.

—Nos alegramos de tenerte de nuevo en casa —se mofó uno de ellos mientras guiaba a Koraf hacia su antigua celda.

Maq contempló cómo se llevaban a su primer oficial. La ira crecía en su interior y su mente trabajaba a toda velocidad para analizar las distintas posibilidades.

—¡No! —gritó la joven antes de que hubieran recorrido la mitad del húmedo pasillo. Maq desenvainó su espada corta y se abalanzó sobre ellos. Los guardianes se dieron la vuelta, pero demasiado tarde. Su arma se clavó hasta la mitad en el costado de uno de ellos que, gruñendo, se desplomó al suelo retorciéndose. Maquesta sacó su arma de un tirón y flexionó las rodillas, lista para enfrentarse al otro guardián.

El segundo guardián soltó a Koraf y desenvainó su arma, un alfanje casi el doble de grande que la espada de Maq. Gruñendo de forma amenazante, lo alzó por encima del hombro para trazar un arco hacia abajo. Maquesta se abalanzó hacia adelante y le asestó un tajo en el abdomen, retirándose de un salto antes de que el descenso del arma pudiera alcanzarla. El guardián se miró el estómago con expresión incrédula y vio cómo se formaba una línea roja donde la joven había atravesado su armadura de cuero. Bramando de ira, agachó la cabeza y embistió hacia adelante con intención de cornear a su oponente. De nuevo Maq se alejó, esquivando por poco los cuernos y el

alfanje.

La capitana avanzó hacia Koraf y sujetó ante ella su espada, agitando la punta y provocando al guardián.

—No hagas esto —le avisó Koraf—. Attat nos matará a los dos si mueren los guardianes.

—Ya no hay vuelta atrás —jadeó la joven—. ¿Por qué no me echas una mano?

Maquesta saltó hacia atrás, en dirección a la cámara de tortura de la mazmorra, y se agachó para enfrentarse a siguiente embestida del guardián. Cuando éste se acercó, la joven acuchilló hacia arriba con fuerza, atravesando la armadura, e hirió la carne que había debajo. La joven apretó los dientes y tiró fuerte para desclavar el arma; luego se echó al suelo y rodó hacia un lado. El guardia estaba herido de gravedad, pero seguía acosándola. De reojo, vio cómo el primer guardia empezaba a moverse.

—¡Kof! —bramó la joven—. No dejes que se escape.

Maq vio a Koraf deslizarse hacia adelante y bajar su pezuña sobre el cráneo del minotauro que seguía en el suelo. Un crujido indicó que ése ya no iría a ninguna parte.

Distraída por un momento, Maquesta no estaba preparada para el siguiente movimiento de su atacante. El minotauro la embistió con la espada alzada por encima del hombro. Trazó un arco abierto, como si fuera a matar una mosca y, aunque la joven trató de esquivarla, la hoja la golpeó en el hombro. Maq retrocedió hasta la pared y se miró el brazo. No era un corte profundo, pero la sangre manaba abundantemente, empapándole la manga de la túnica. La joven gruñó y alzó la vista hacia el guardián, que avanzó un paso hacia adelante y levantó nuevamente su arma. Maquesta ya no podía escapar, y el arma del minotauro tenía un alcance mucho mayor que la de Maq. La joven se agachó, esperando el golpe, y se quedó boquiabierta cuando éste se desplomó de rodillas y cayó hacia adelante, golpeándose sonoramente la cabeza contra el suelo de piedra. Tenía clavada en el centro de la espalda el arma del otro guardián.

—¿Kof? —preguntó la joven.

—No podía dejar que murieras —dijo el minotauro—, aunque ahora tengo las manos manchadas de más sangre de minotauro.

Maquesta se arrodilló y arrancó una tira de tela de la capa del guardián. La enrolló con fuerza alrededor de su hombro para intentar detener la hemorragia.

—Ayúdame a encontrar a mi padre —insistió la joven.

—Y después, ¿qué? —preguntó Koraf—. Hemos matado a los guardianes. Lord Attat lo sabrá y hará que nos torturen hasta la muerte.

—No seas tan optimista —dijo Maq a la par que limpiaba su espada y la envainaba. La joven se alisó la túnica y giró la faja para ocultar una gota de sangre—. Attat pensó que yo le obedecería sin rechistar y que te llevaría a una celda. Él no

contaba con el hecho de que esta misión ya ha sido demasiado costosa. No habrá más sacrificios para el jefe minotauro.

Maquesta corrió de celda en celda hasta que encontró la pequeña estancia en la que estaba tendido su padre.

—¡Las llaves! Rápido. —La joven miraba por entre los barrotes, tenía extendido un brazo a su espalda y movía enérgicamente los dedos. Koraf cogió el llavero de uno de los guardianes muertos y lo colocó en la mano de la capitana.

Maq manoseó las llaves hasta encontrar la que abría la celda y mientras tanto llamaba a su padre con voz queda; pero no obtuvo respuesta. Abriendo de par en par la puerta, entró y se arrodilló al lado de su padre.

—¿Padre?

La piel de Melas tenía el color de la pizarra y su rostro estaba demacrado y huesudo. Su pecho apenas se movía y con cada inspiración sonaba un débil silbido. Maq cogió su mano y notó los huesos a causa de la extremada delgadez, y lo fría y pegajosa que estaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y sollozó con tal fuerza que apenas oyó la entrada de Kof en la celda tras ella.

—¿Padre? —repitió Maq.

Los ojos de Melas parpadearon, y la miró con gesto interrogante.

—Soy yo... Maquesta —dijo la joven con voz queda—. He vuelto a buscarte.

—¿Maq? —susurró casi imperceptiblemente Melas, y sus labios agrietados se curvaron hacia arriba en una sonrisa.

—Voy a sacarte de aquí —dijo Maq asintiendo con la cabeza. La joven se inclinó hacia adelante y lo besó en la mejilla.

Maquesta se incorporó, respiró hondo unas cuantas veces y luego metió sus brazos debajo de los hombros y las rodillas de su padre. Ligeramente inclinada hacia adelante, la joven lo levantó y se giró hacia Kof. Maq ajustó la posición de la cabeza de su padre para que se apoyara sobre su hombro herido, ocultando la sangre.

—¿Ves? Attat no sabrá lo que ha ocurrido aquí abajo —dijo satisfecha de sí misma la joven mientras caminaba hacia la puerta con pasos más lentos por el peso de Melas—. Sígueme por las escaleras, después de que hayas liberado a los otros prisioneros que haya aquí abajo, y luego te quedas detrás de la cortina. Voy a conseguir que salgamos todos de aquí.

El minotauro la contempló con una expresión confusa en su rostro bovino.

—Por lo menos déjame que te lo lleve por las escaleras —ofreció Kof.

—Está tan consumido que apenas pesa —dijo Maq, negando con la cabeza—. Además, se supone que debo sentirme fatigada cuando llegue de vuelta a la cámara de audiencias de Attat y, si lo llevas tú, no mostraré signo alguno de cansancio. No quiero que Attat sospeche nada en absoluto.

El minotauro asintió y recuperó el llavero. Maquesta oyó cómo se abrían las

puertas de las celdas mientras comenzaba su largo ascenso.

Al echar hacia un lado la cortina vio que Fritzen y Vartan seguían encadenados a la columna. Lendle estaba de pie junto a ellos, parloteando. La joven miró fijamente a Attat al entrar en la sala. El jefe minotauro tenía el frasco de líquido dorado en la mano.

—Tu antídoto —dijo el minotauro, pasando los dedos sobre el liso vidrio. Attat inclinó el frasco para que la luz de las antorchas iluminara el líquido y lo hiciera centellear.

Maquesta dio otro paso al frente y contempló aterrorizada cómo el jefe minotauro levantaba el frasco por encima de la cabeza y lo rompía en mil pedazos contra el suelo. El líquido dorado goteó por las grietas que había entre las baldosas de mármol.

—¡Idiota! —barbotó Attat—. Nunca tuve intención de dejar vivir a tu padre. Ni a ti. Sólo erais herramientas de mi cacería del morkoth. ¡Guardias! —El jefe minotauro dio una palmada, y los dos guardias que había a su lado bajaron corriendo las escaleras y se acercaron a Maquesta.

—¡No! —gritó Maq. La joven puso a su padre en el suelo, brincó por encima de él haciendo una pirueta y esquivando por poco las lanzas que intentaban herirla. Saltó para ponerse en pie y, girando en el aire, y vio que los guardias venían de nuevo hacia ella. Llena de furia, y comprendiendo que sólo tenía una oportunidad, corrió hacia los minotauros, oyendo como ruido de fondo los gritos de ánimo de Vartan y de Fritz. Al llegar a ellos, agarró la lanza de uno de los guardias y tiró con todas sus fuerzas. El arma quedó en sus manos, aunque la joven cayó al suelo de espaldas por el impulso.

Sin incorporarse, le dio la vuelta al arma, igual que le había visto hacer a Ilyatha con su vara, y ensartó al guardia al que había quitado el arma. Cayó desplomado sobre la lanza, y su peso le hizo clavársela aún más. La joven soltó el arma y rodó hacia un lado para evitar el cuerpo inerte del minotauro y a su otro compañero, que se abalanzaba hacia ella.

Lendle se unió a la lucha, con su pequeña espada desenvainada. La agitó ante el otro guardián y se acercó para acuchillarle las piernas. El minotauro retrocedió hacia la tarima.

—¡Guardias! —gritó de nuevo Attat.

Maquesta sabía que estaba llamando a los que se encontraban fuera de la cámara, y comprendió que tenía que actuar deprisa. La joven subió a gran velocidad los escalones de la tarima, pasó al lado del guardián y arrolló a Attat, haciéndolo rodar hacia atrás tirando al mismo tiempo su inmenso sillón de madera. El mueble se astilló y crujió de forma sonora. El estrépito continuó, y Maq tardó algunos segundos en darse cuenta de que el ruido ya no procedía del sillón roto.

Había llegado Bas-Ohn Koraf, enarbolando la espada curva de uno los guardianes muertos. Entró rugiendo en la estancia y se dirigió hacia el minotauro que intentaba

embestir a Maquesta. El guardia se detuvo durante una fracción de segundo, lo suficiente para darle el tiempo que necesitaba.

Koraf cambió la forma en la que empuñaba el arma y la alzó por encima del hombro. En ese momento, la lanzó como una jabalina, y el arma voló, reflejando la luz de las antorchas. La espada alcanzó su objetivo y se clavó en medio de la gruesa garganta del sorprendido minotauro. El guardia ya estaba muerto antes de caer al suelo, Koraf saltó hacia adelante, recogió la lanza caída, y se la arrojó a Maquesta.

Maq la cogió al vuelo justo cuando Attat empezaba a ponerse en pie y se abría una de las puertas de la cámara para dar paso a seis guardias minotauros. Pensando con rapidez, la joven clavó la punta contra el costado de Attat.

—¡Ordénales que se detengan! —espetó Maq—. ¡Díselo!

El jefe minotauro le lanzó una mirada furiosa, y sus guardias siguieron avanzando, aunque algo dubitativos. Uno de ellos gruñó de forma sonora y dio un paso hacia la tarima.

—¡Te mataré! ¡Juro que lo haré! —gritó Maquesta—. Tú has firmado la sentencia de muerte de mi padre, y también dijiste que me matarías a mí. ¿Qué tengo que perder, lord Attat? Ahora, diles que suelten sus armas o te atravieso con la lanza.

El jefe minotauro asintió lentamente, con los ojos enardecidos por el odio.

—Vuestras armas —ordenó Attat—. Soltadlas, y retroceded. ¡Ahora!

Los guardias obedecieron, y Koraf y Lendle corrieron a recoger el montón de lanzas, cimitarras, hachas y cuchillos que depositaron cerca de Fritz y de Vartan. Koraf se acercó a los dos guardias muertos y les dio la vuelta. Al encontrar un llavero en uno de sus cinturones, se encaminó hacia los tripulantes cautivos.

—Tienes que tener más antídoto en alguna parte —dijo Maq furiosa—. ¿Dónde está?

Attat rió, y sus graves tonos reverberaron por las paredes de la cámara mientras intentaba sentarse.

—No hay más antídoto, Maquesta —siseó el minotauro—. E incluso si hubiera más, tu padre está ya demasiado enfermo y no le serviría de nada. Se debilitó demasiado rápido y habría necesitado el antídoto hace varios días para sobrevivir.

Maquesta sabía que decía la verdad, y contuvo un sollozo.

—Tú y yo vamos a salir de aquí —susurró entre dientes—. Nos vamos al *Perechon*. Ahora eres mi prisionero.

—¿Has pensado secuestrarme? —instó Attat riendo de nuevo—. Soy poderoso en esta ciudad y mi rapto sólo te llevaría a tu propia destrucción.

La joven lo pinchó hasta que se levantó con dificultad sobre sus pezuñas, y luego lo empujó por las escaleras de la tarima y asintió hacia Fritzen y Vartan, que finalmente estaban libres de sus cadenas. El semiogro estudió la colección de armas, escogió una de las espadas curvas y la metió en su cinturón. Vartan seleccionó un

hacha y lo agitó hacia los guardianes, quienes alzaron las manos como respuesta.

A continuación, Fritzen subió corriendo las escaleras de la tarima y tiró de uno de los cordones que ataban las pesadas cortinas. El semiogro agarró los brazos de Attat y tiró de ellos para juntarlos detrás de la ancha espalda del minotauro, tras lo cual ató la soga varias veces alrededor de sus peludas muñecas.

Al alzar la mirada, y satisfecho de que los minotauros estuvieran guardando una prudente distancia, Fritzen se acercó a Melas, se arrodilló, y lo levantó. El semiogro se estremeció al observar lo demacrado que estaba, y sintió pena por Maquesta al pensar que la joven debía de estar sufriendo terriblemente. Fritz hizo un ademán con la cabeza.

—Kof, mira a ver si alguna de esas llaves abre la jaula de Sando en el jardín —dijo Maq—. Está en una pequeña cueva, cerca de la estatua de un centauro.

Koraf abandonó la estancia, y Maquesta y el jefe minotauro caminaron entre las columnas hasta las puertas más alejadas. Fritzen y Vartan fueron detrás de ellos, y Lendle corrió para alcanzarles. El gnomo llevaba en su mano izquierda la jaula con el diminuto elefante. Para cuando llegaron a las últimas columnas, Koraf había regresado y acunaba entre sus brazos a la hija del guerrero umbra.

—Está ciega —dijo simplemente Koraf—. Será más fácil llevarla en brazos.

Maquesta señaló con la cabeza hacia la puerta y pinchó el costado de Attat con la pesada lanza. En ese instante, uno de los guardias minotauros se lanzó hacia ellos. Vartan oyó el golpeteo de sus pezuñas contra el mármol y giró sobre sus talones. Aunque el guardia estaba indefenso, tenía gacha la cabeza y embestía hacia ellos como un toro enloquecido.

Vartan echó hacia atrás su hacha, corrió hacia él y le rebanó un grueso brazo provocando que el minotauro girara sobre sí mismo. El guardia patinó hacia atrás por el suelo pulido y fue a caer cerca del grifo encadenado. El animal se levantó sobre sus patas traseras, extendió sus alas y apresó los hombros del minotauro con sus garras afiladas como cuchillas. El grifo clavó su pico en el cuello del guardia y el minotauro chilló de forma horripilante. La escena fue suficiente como para hacer que los otros guardianes desistieran de intentar ayudar a su jefe.

Maquesta pinchó de nuevo a Attat, pero esta vez dejó que la punta de lanza se clavara en su costado, del que empezó a brotar la sangre.

—¡Abrid las puertas! —bramó Attat. Mientras atravesaban el umbral añadió—: Nunca saldréis con vida de mi palacio, capitana Nar-Thon. Tengo muchos guardianes en el patio exterior. No dejarán que te salgas con la tuya.

Azuzándolo de nuevo, Maquesta condujo a su pequeño séquito por los pasillos de la fortaleza hasta el patio amurallado que había al final. Koraf envolvió con rapidez a Sando, en un intento de evitar que la intensa luz del sol le hiciera más daño del que ya había hecho.

—¡MiraMaquestaNarThon! —gritó con alegría Lendle.

Una visión placentera les esperaba al salir a la luz del sol, y en el rostro de Maquesta apareció una ancha sonrisa. Dispersas entre las esculturas y los arbustos había redes mágicas, y atrapados en ellas estaban los guardianes de Attat. En el centro del patio, y chapoteando alegremente en una fuente, estaba la elfa de mar, y sus ropas, ahora limpias, colgaban de un minotauro de piedra de cuya boca brotaba un chorro de agua.

—Me empezaba a preguntar cuándo ibais a salir —dijo Tailonna y se sumergió en el agua de manera que sólo se le veía la cabeza—. Espero que al gran señor no le moleste que use su fuente. La posada en la que me detuve no ofrecía sus servicios a los elfos de mar, y yo tenía necesidad imperiosa de darme un baño. —La elfa guiñó un ojo a Maquesta y adoptó un tono más serio—. Mis redes durarán todavía veinte o treinta minutos, así que sería buena idea apresurarse hacia al *Perechon*.

Maquesta asintió y azuzó a Attat, para que siguiera avanzando.

—¿No vas a unirte a nosotros? —preguntó Maq, mirando a la elfa de mar.

—Lo haré en cuanto salgáis todos de aquí para que pueda vestirme —contestó Tailonna.

Detrás del grupo de Maquesta se arrastraba una docena de humanos vestidos con ropas harapientas, los prisioneros de la mazmorra de Attat. Los seguían arrastrando los pies, charlando amigablemente entre ellos. Koraf le dijo a Maq que no sabía por qué crímenes se les había condenado, pero todo eso podría averiguarse más tarde. Lo que todos los prisioneros tenían en común era un ardiente deseo de abandonar Lacynes, y todos ellos estaban dispuestos a trabajar en el *Perechon* a cambio de su pasaje. Un par eran avezados guerreros, pues el minotauro los había visto competir en la arena y sobrevivir.

Todo el mundo se quedaba mirando el extraño desfile: viandantes minotauros y humanos, tenderos, vendedores ambulantes y marineros. El grupo de Maquesta pasó ante dos guardias minotauros que intentaron acercarse a la capitana del *Perechon*, hasta que espoleó a Attat y éste ordenó a los guardias que los dejaran en paz. El minotauro estaba siendo demasiado condescendiente, pensó Maquesta al azuzarlo de nuevo para instarlo a que caminase más deprisa.

A mitad de camino del puerto, Maquesta les dijo a Fritz y a Lendle que se pusieran delante. Las calles se estaban llenando y la joven quería tener a alguien en vanguardia para que el jefe minotauro no pudiera salir corriendo. Vartan se colocó a su derecha, y Koraf, que llevaba en brazos a Sando, se colocó a su izquierda, dejando así encajonado a Attat.

Acunando aún a Melas, el semiogro condujo la procesión por la calle principal hasta el embarcadero, donde estaba amarrada la chalupa del *Perechon*. Maquesta les indicó a los prisioneros que esperasen en la orilla. Tendrían que hacer más de un viaje

en la chalupa para llevar a todo el mundo a bordo. Lendle esperó con los hombres, sujetando su elefante, mientras Fritzen conducía al resto del grupo hasta el malecón. Se aproximaban a la chalupa, que estaba atracada junto a otra embarcación similar en la que había cuatro minotauros, cuando lord Attat echó la cabeza hacia atrás.

—¡Ayudadme! —bramó a los minotauros—. ¡Quieren secuestrarme!

Maquesta maldijo su suerte cuando el cuarteto de marineros enarboló sus alfanjes y subió pesadamente al embarcadero. Sus pezuñas golpeaban ruidosamente contra los tablones mientras avanzaban. Vartan se colocó delante de Fritzen y desenvainó su espada corta. El semiogro dio un paso atrás y empezó a retroceder con Melas.

—¡Llévalo a la orilla! —le gritó Maq a Fritz.

Los músculos de Attat se hincharon porque el minotauro luchaba por romper el cordón que le ataba las manos. Maquesta clavó con firmeza la lanza en su costado.

—Diles que se detengan, lord Attat —espetó la joven—, o te mataré aquí mismo y arrojaré tu cadáver a la bahía del Cuerno.

Attat gruñó y con una súbita exhibición de fuerza rompió sus ataduras. El minotauro lanzó una cox y su afilada pezuña golpeó en la pantorrilla de Maquesta. Maq se tambaleó y a punto estuvo de soltar la inmensa lanza; pero, apretando los dientes, equilibró el arma, y lo azuzó de nuevo.

El jefe minotauro se giró, y la punta con púas sólo le desgarró la capa morada. Attat esbozó una mueca maliciosa, se abalanzó sobre ella e intentó arrancarle el arma de las manos, aunque sólo consiguió desequilibrarla. Maquesta cayó de rodillas, agarrando aún la lanza. Sus ojos se abrieron de par en par al ver cómo Attat pasaba corriendo a su lado, corriendo hacia Fritzen, que llevaba a su padre a la orilla.

—¡Fritz! ¡Cuidado! —gritó Maq.

El semiogro giró sobre sus talones y luego dio un ágil salto hacia un lado para evitar la embestida de Attat.

Entonces Maquesta se dio cuenta de que el jefe minotauro no tenía intención de atacar a Fritzen, sino de rebasarlo. Sus pezuñas retumbaron sobre los tablones, y luego saltó hasta la orilla. Apoyándose en la lanza, Maq consiguió incorporarse y corrió tras él. Pero el ruido de una lucha con espadas la hizo detenerse. La joven se giró, viendo que Vartan tenía dificultades con los marineros minotauros. Koraf depositó suavemente a Sando en el suelo y sacó su espada curva.

Como el embarcadero no era muy ancho, sólo dos de los marineros podían llegar hasta Vartan. Los otros dos estaban detrás de sus compañeros, apoyándolos con sus gruñidos. Enarbolando el hacha, Vartan trazó un arco y clavó su afilada arma en el pecho de uno de los atacantes. El minotauro herido rugió y cayó hacia atrás. Vartan avanzó unos pasos y lo siguió por el embarcadero, lo que permitió que dos de los minotauros lo atacaran de frente y el tercero se le acercara por detrás. Estaba rodeado.

Maquesta corrió hacia él, siguiendo de cerca a Koraf. Vartan chilló cuando uno de

los minotauros clavó profundamente su arma en su muslo. Otro minotauro alzó el alfanje por encima de su cabeza para descargarlo sobre el timonel, pero Koraf fue más rápido. Empujó a un lado al herido Vartan y frenó el alfanje.

Maq lanzó una estocada con su inmensa lanza, clavando su punta en el vientre de otro marinero. El minotauro se desplomó, y Maquesta tiró con fuerza para desclavar su arma. Al mismo tiempo Koraf hizo un molinete con su arma y golpeó la mano de su asaltante, lo que hizo saltar su alfanje para unirse a la basura de la bahía.

—¡Rendíos! —bramó Koraf en lengua minotauro.

Los marineros obedecieron con rapidez, y arrastraron a sus compañeros heridos hasta su chalupa.

—¡LocogimosMaquestaNarThon! —gritó Lendle. Sus pequeños pies sonaban como palmaditas contra la madera del embarcadero—. ¡Lo cogimos!

Maquesta se volvió, viendo a los antiguos prisioneros de Attat rodeando al minotauro, que no era tratado con demasiada amabilidad; lo condujeron de vuelta al embarcadero a empellones. Detrás de ellos avanzaba Tailonna. La elfa le hizo un gesto a Maquesta e indicó la chalupa.

—¡La magia de mis redes se estará acabando! —gritó la elfa.

Maq asintió. Se encaminó hacia donde estaba de pie Sando, sola y confusa. Al recoger a la asustada joven, sintió cómo la mente de Sando hacía contacto con la suya.

Todo va a salir bien, pensó Maquesta. Te vamos a llevar con tu padre, en el Perechon.

Me dijo que me protegerías, se concentró Sando como respuesta. Nos está esperando.

Maquesta miró, más allá de los marineros, a Fritzen, que estaba en la orilla. El semiogro recogió con cuidado a Melas y empezó a bajar por el embarcadero hacia Maquesta.

Lendle saltó al interior de la chalupa y luego extendió los brazos para coger la jaula del elefante y ponerla a su lado. Maq entregó con cuidado a la niña umbra al gnomo. Como empezaba a ponerse el sol, Sando comenzaba a encontrarse mejor. La niña se sentó a la derecha del gnomo y esperó a que los otros se unieran a ellos. Maquesta, Attat, Vartan y Fritz, que portaba a Melas, llenaron los asientos para el primer viaje de la chalupa hasta el *Perechon*.

Cuando estuvieron en cubierta, la tripulación rodeó al jefe de los minotauros, e Ilyatha corrió para coger a su hija y estrecharla entre sus brazos. Fritz depositó con cuidado a Melas sobre la cubierta, y Maq se sentó a su lado. Los párpados de su padre temblaron antes de abrirse, y tosió con una mueca de dolor.

—Recuerda la lección de mi vida, Maquesta —susurró Melas—. No confíes en nadie. —La boca del padre se abrió de nuevo y Maq se acercó más para poder oírlo

—. Cuida bien del *Perechon*, capitana Nar-Thon.

Melas exhaló su último aliento y Maq rompió a llorar abiertamente.

—Le daremos un funeral marinero —dijo con voz queda Fritzen, apoyando suavemente una mano en el hombro de Maquesta.

La joven asintió y permitió que el semiogro la ayudara a ponerse en pie mientras un marinero pasaba a su lado con una lona. Tras ella, la chalupa regresaba de su segundo viaje. Mientras Tailonna, Koraf y un grupo de antiguos prisioneros subían por la escala de sogas, una luz brillante envolvió al *Perechon*.

Belwar apareció en el ciclo por encima del palo de mesana, emitiendo un chillido de ira. El ki-rin se lanzó hacia la cubierta y los marineros que rodeaban a Attat huyeron presas del pánico, dejando al prisionero solo. El cuerno del ki-rin, que apuntaba hacia el tembloroso jefe minotauro, centelleaba de energía.

—¡Tú mataste a mi hermano! —gritó Belwar—. ¡Ahora yo haré lo mismo contigo!

El ki-rin clavó su cuerno en el hombro de Attat y el cuerpo del minotauro se recubrió de una tenue y crepitante luz dorada. Belwar sacudió la cabeza para desenganchar al minotauro y dejó que su trémulo cuerpo cayera sobre cubierta.

Después puso sus cascos delanteros en el pecho de Attat y escudriñó sus oscuros ojos. El jefe minotauro gemía, implorando por su vida. Belwar hizo caso omiso de sus débiles protestas.

—Eres parte del Mal que se está extendiendo por el Mar Sangriento. Acabar con tu despreciable vida servirá de ejemplo y como venganza.

Belwar sacudió su crin y miró a su alrededor, a los miembros de la tripulación.

—¡Vosotros! —les gritó a Koraf y a Fritzen—. Izad la jaula del morkoth.

Maquesta observó cómo Kof, ayudado por el semiogro, cumplía la petición del ki-rin, subiendo la jaula del morkoth y rompiendo la soldadura de la parte superior. Cuando Kof abrió lentamente la tapa de la jaula, Belwar abrió su boca y agarró al jefe minotauro por la túnica. Después arrastró al implorante jefe minotauro por la cubierta y lo arrojó dentro de la jaula.

—¡Dejemos que lord Attat tenga su precioso trofeo! —exclamó el ki-rin. Hizo un gesto con la cabeza a Kof, y el primer oficial bajó la tapa de la jaula.

El ki-rin tocó con su cuerno el mecanismo que sujetaba la jaula al *Perechon*, y la abrazadera metálica se rompió. El armazón cayó al fondo del puerto y el agua se tornó roja de inmediato alrededor del barco, indicando la muerte del jefe minotauro de Lacynes.

Satisfecho, Belwar se elevó sobre la cubierta y planeó hacia Maquesta.

—Siento la muerte de tu padre —dijo el ki-rin—. Nadie, ni siquiera yo, habría podido salvarlo. Pero debes saber que su espíritu está en un lugar mejor, navegando por un mar hermoso e infinito. —El cuerno del ki-rin brilló, y el ser se elevó por los

aires—. Vigilaré al morkoth para asegurarme de que no mata a ningún inocente en Lacynes. Y de vez en cuando te vigilaré a ti, Maquesta Nar-Thon.

Otro destello de luz iluminó la creciente oscuridad del cielo nocturno y, después, el ki-rin desapareció.

Maquesta paseó la mirada por la cubierta. Ilyatha seguía abrazado a Sando, envolviendo con sus brazos palmeados a la diminuta niña umbra. Maq tenía intención de llevar a la pareja al otro lado de Mithas, desde donde podrían llegar con facilidad hasta su hogar.

Tailonna escoltaba al último grupo de antiguos prisioneros de Attat por encima de la batayola. Maquesta se preguntó cuántos de ellos querrían quedarse. Necesitaba más marineros, y tenía las gemas con las que pagar el salario a la tripulación. Algunas de las piedras preciosas servirían también para comprar mástiles nuevos, así como muchas herramientas y piezas para el gnomo.

Vartan dirigía a un grupo de tripulantes que izaba las velas del palo mayor. Otro grupo de marineros encendía los fanales y los colgaba por las cubiertas de popa y de proa.

De algún lugar bajo cubierta salieron unos crujidos y un estruendo mecánico. Lendle ponía en marcha su máquina de remar. La joven notó el avance del barco y miró sobre la borda para contemplar los remos en movimiento. Una voluta de humo salió de la bodega de carga, y el *Perechon* zarpó al fin.

—Lo superarás —dijo Fritzen, que se había acercado a Maq por detrás. El semiogro la abrazó con cariño.

—Lo sé —contestó la joven, mirando de soslayo la lona que cubría el cuerpo de su padre—. Pero tardaré algún tiempo.

—¿Cuáles son las órdenes, capitán? —gritó Koraf. El minotauro había subido al castillo de popa y había tomado el timón.

—Sácanos del puerto, Kof —dijo la joven, cuya voz empezaba a recobrar algo de alegría—. Quiero que nos vayamos tan lejos de Lacynes como nos lleven las olas y el viento.